

Consultado en:

<http://www.ambiente.gov.ar/infoteca/imagenes/quiroya01.pdf>

Fecha de consulta: 31/01/2012.

Rayén Quiroga Martínez

NATURALEZA, CULTURAS Y NECESIDADES HUMANAS.
Ensayos de Transformación

Rayén Quiroga Martínez



NATURALEZA, CULTURAS Y NECESIDADES HUMANAS.
Ensayos de Transformación

Rayén Quiroga Martínez

Primera edición: 2003

© Programa de las Naciones Unidas para el Medio
Ambiente - PNUMA - Oficina Regional para Améri-
ca Latina y el Caribe

Boulevard de los Virreyes 155
Col. Lomas de Virreyes
11000, México D. F.
www.pnuma.org

© Universidad Bolivariana

Huérfanos 2917
Santiago – Chile
www.ubolivariana.cl

Edición general:

Enrique Leff

Diseño, diagramación y portadas:

Alexis Rodríguez

ISBN 956-8024-07-7

RPI 139.327

Impreso en:

LOM ediciones

a Luis, compañero de viaje, por tu sabiduría y alegría de vida, por el milagro de crear y criar juntos

a Milita y Lucero, que me regalaron la pasión por los estudios de género y la ecología, en ese orden

a Hiram, que siempre se mantuvo sereno y estable, contra viento y marea, con los ideales en alto

a Lourdes, Margarita, Joan, Humberto, Antonio y Enrique, verdaderos maestros, que al vivir, pensar y sentir, me regalaron lucecitas para ver mejor los caminos

a mis amigos, que han tenido la sabiduría de soportarme en las búsquedas e inseguridades propias de los viajes

a las cinco hermanitas por compartir lo que realmente importa y ser parte del eslabón con que transmitimos hacia delante la fuerza

a Camila, Tobías y Sebastián, por seguir educándose con sus ocurrencias. Estas letras surgen para que ustedes sí puedan vivir en un mundo más justo, solidario, sustentable y placentero.

¿Qué hacer? De la literatura a la ecología, de la guerra de las galaxias al efecto invernadero, del tratamiento de los residuos a las congestiones de tráfico, todo se discute en este mundo nuestro. Pero el sistema democrático, como si de un dato definitivamente adquirido se tratase, intocable por naturaleza hasta la consumación de los siglos, ése no se discute. Mas si no estoy equivocado, si no soy incapaz de sumar dos y dos, entonces, entre tantas otras discusiones necesarias o indispensables, urge, antes de que se nos haga demasiado tarde, promover un debate mundial sobre la democracia y las causas de su decadencia, sobre la intervención de los ciudadanos en la vida política y social, sobre las relaciones entre los Estados y el poder económico y financiero mundial, sobre aquello que afirma y aquello que niega la democracia, sobre el derecho a la felicidad y a una existencia digna, sobre las miserias y esperanzas de la humanidad o, hablando con menos retórica, de los simples seres humanos que la componen, uno a uno y todos juntos. No hay peor engaño que el de quien se engaña a sí mismo. Y así estamos viviendo.

José Saramago, premio Nobel de Literatura 1998, **Este mundo de la injusticia globalizada**, *texto leído en la clausura del Foro Mundial Social reunido en Porto Alegre (Brasil) 2003.*

ÍNDICE

PREFACIO] 15

INTRODUCCIÓN] 19

**CAPÍTULO 1. PERSONAS, SISTEMAS, TRANSFORMACIONES.
UNA BÚSQUEDA TRANSDISCIPLINAR] 29**

1.1 La mala relación que construimos entre los humanos.] **34**

1.2 La insostenible y violenta relación humanidad-ecosistemas,] **35**

1.3 La excesiva escala, intensidad y persistencia de los quehaceres humanos respecto de los ecosistemas, los territorios y las diversas dinámicas culturales.] **36**

1.4 La relación alienante humanidad-artefactos.] **36**

1.5 La regencia de incentivos y motivaciones equivocados, jurídicamente incrustados en la sociedad.] **38**

1.6 Pérdida del sentido de la vida y del trabajo.] **39**

**CAPÍTULO 2. LOS PROCESOS ECONÓMICOS Y LAS
NECESIDADES HUMANAS] 43**

2.1 De qué va la economía] **45**

2.2 Cómo se construye el saber económico. Y para qué se construye.] **54**

2.3 Complejidad de los fenómenos y abstracción económica.] **59**

2.4 Modelos económicos: supuestos, teoría, política.] **63**

2.5 Preceptos transversales al pensamiento económico convencional.] **67**

2.6 Panorámica del Pensamiento Económico.] **75**

CAPÍTULO 3. GENEALOGÍA DEL DESARROLLO] 77

3.1 El origen economicista de las ideas sobre el crecimiento y el desarrollo.] **80**

3.2 Teorías y políticas de desarrollo.] **93**

CAPÍTULO 4. LA CONCEPCIÓN NEOLIBERAL Y EL NEOLIBERALISMO REAL EN AMÉRICA LATINA.] 107

- 4.1 Fundamentos teóricos del neoliberalismo.] 114
- 4.2 Neoliberalismo real en América Latina.] 138
- 4.3 Reflexiones sobre el mercado, la competencia y la globalización.] 156

CAPÍTULO 5. LAS MUJERES Y LO AMBIENTAL EN EL DISCURSO Y LA PRÁCTICA DEL DESARROLLO.] 163

- 5.1 Mujeres en el desarrollo: del integrismo de las mujeres, a la crítica de las relaciones de género.] 165
- 5.2 El despertar de la conciencia ambiental en el desarrollo.] 169
- 5.3 Integrismo medioambiental: Concepción del desarrollo sustentable.] 174
- 5.4 El desarrollo humano: foco en las personas.] 179
- 5.5 Desarrollo humano sustentable: explicitando la preocupación por la gente y su medio.] 180

CAPÍTULO 6. EL FRACASO DEL DESARROLLO EN TODAS LAS ESCALAS.] 183

- 6.1 Nada más vasto en la Tierra como el planeta mismo.] 187
- 6.2 América Latina y el Caribe: El desarrollo aún esquivo.] 200

CAPÍTULO 7: NUEVAS EPISTEMOLOGÍAS PARA COMPRENDER Y TRANSFORMAR EL DESARROLLO.] 221

- 7.1 Enfoque Sistémico.] 227
- 7.2 Aproximaciones Críticas sobre el Desarrollo, la Sustentabilidad y las Dinámicas Culturales.] 231

CAPÍTULO 8. SUSTENTABILIDAD Y NECESIDADES HUMANAS.] 239

- 8.1 La construcción de una transdisciplina para la sustentabilidad.] 243
- 8.2 La sustentabilidad como potencia relacional.] 246
- 8.3 Patrimonio natural y sustentabilidad.] 251

- 8.4 Globalización, transflujo, sustentabilidad.] 253
- 8.5 Manejando los límites ecológicos.] 259
- 8.6 Sobre límites y responsabilidades.] 265
- 8.7 Escala y diversidad en la forja de la sustentabilidad.] 270

CAPÍTULO 9. RESIGNIFICANDO EL DESARROLLO COMO SI TODAS LAS PERSONAS IMPORTASEN.] 277

- 9.1 El desarrollo a escala humana: las necesidades reconceptualizadas.] 280
- 9.2 El pensamiento económico feminista.] 286
- 9.3 Los diversos ecofeminismos.] 294
- 9.4 Contribuciones neofeministas del afuera.] 305
- 9.5 Ética y nuevas epistemologías para resignificar el desarrollo.] 310

CAPÍTULO 10. EMOCIONES Y DINAMICAS CULTURALES EN EL DESARROLLO HUMANO.] 317

- 10.1 Lo humano es razonamiento y emocionar entrelazado.] 321
- 10.2 ¿Dónde se gesta el desarrollo humano?.] 324
- 10.3. La emoción del amor en la hominización.] 329
- 10.4. La cultura como una red de conversaciones.] 333
- 10.5. De la cultura matrística a la cultura patriarcal.] 338
- 10.6 De aberraciones patriarcales y reductos matrísticos contemporáneos.] 347

CAPÍTULO 11. PARA VIVIR UN CAMBIO CIVILIZATORIO.] 353

- 11.1 Redes de diversas economías sustentables.] 358
- 11.2 Poder, culturas, transformaciones.] 376

A MODO DE EPÍLOGO.] 393

BIBLIOGRAFÍA CITADA Y CONSULTADA.] 409

PREFACIO

Escribo primeramente como una persona, llena de defectos y con ganas de que le aumenten un poquito las virtudes.

Vivo como mujer latinoamericana y caribeña, que proviene de una tradición familiar que nos atrapa desde la infancia en el compromiso con los intereses de los que tienen menos poder y oportunidades. Es como si aparte de nuestra cultura latina, portásemos los genes de la importancia. Debido a ellos, nos importa lo que le pasa y no le pasa a los demás, lo que ocurre en nuestra ciudad y en nuestro país, lo que podría abrirse a América y lo que otros obstaculizan. Y sobre todo, nos importa saber por qué ocurren estas cosas y qué podríamos hacer para cambiarlas. Además, quisiéramos que esto mismo lo sepan otros, y que también les importe. Son los genes ineludibles de la importancia.

Escribo como una economista que ingresó a la Universidad para entender sobre la pobreza, soñando que en su ejercicio futuro, contribuiría a que desapareciese. Y en el camino, descubrió que el problema central es la disponibilidad y la distribución de la riqueza y de las pobreza. Que era necesario comprender el fenómeno de la emoción y de los discursos racionales que constituyen las conversaciones de amor y de exclusión de las diversas culturas que vamos construyendo. Lo anterior envuelve y atraviesa lo económico, la forma en que se distribuye la carga del

trabajo y sus frutos, entre las clases sociales, entre las generaciones, entre regiones geopolíticas, entre los géneros, entre las etnias y los grupos étnicos.

Pienso como alguien que en su formación descubrió que el sistema en que vivimos es estructural y dinámicamente injusto, que margina a la mayoría de las oportunidades y beneficios, acumulando en pocas manos casi todos los recursos y ganancias, y repartiéndolo al viento los costos, el sufrimiento, el deterioro ecológico, todos los males que el patriarcado economicista, excluyente y homogenizador, trae consigo.

Pienso como una economista humilde, segura de que la economía, como ciencia, es tan aportativa e impotente, como cualquier disciplina individual. Creo que las aproximaciones transdisciplinarias son ejercicios científicos más adecuados y potentes para entender los problemas cada vez más complejos e interrelacionados que nos ha tocado vivir. Por eso pido disculpas a los profesionales en psicología, lingüística, epistemología, antropología, sociología y ciencias ambientales, también a los politólogos, y a los expertos en género, pobreza, y desarrollo, pues mi ignorancia en estas materias es fenomenal, y aún así me he visto obligada a tocar estas áreas temáticas por difíciles que sean, para poder comprender mejor el mundo.

Pido misericordia también porque prescindiré del formato académico tradicional que proviene del Norte, donde los pensadores son contratados full time y de por vida, para darse esos lujos academicistas que no siempre consiguen llegar al grano, a la herida, a lo que verdaderamente nos importa. No pretendo hacer un clásico texto académico que apenas circule por la elite, sino dejar que fluyan las ideas y mi humanidad en estas líneas, porque estoy segura que lo que he aprendido en todos estos años, puede ser transmitido así con mayor fidelidad. Por eso he eliminado

en todo espacio posible, las citas bibliográficas, controlando la obligación que siente la academia por mostrar su ilustración, inhibiendo cualquier posible aporte innovador, con la letanía de personajes e ideas que publicaron antes de nosotros. A lo más, los autores originales más importantes se mencionan, y sus obras son referidas, para aquellos que quisieran profundizar.

Acá en los países latinoamericanos, luego de la arremetida neoliberal y las transformaciones en los sistemas educativos, los académicos deben autofinanciar su labor con muchas horas de docencia y de consultoría. El tiempo que necesitamos para pensar, discutir y aportar, y sobre todo para comunicarnos con los demás en forma significativa, es casi inexistente. Esta es la primera razón por la cual he decidido ir a campo traviesa y tratar de mostrar directamente el tuétano, lo sustantivo y esencial en el complejo ámbito transdisciplinar en que me he estado sumergiendo con los años.

La segunda razón por la que limito el formalismo academicista, es porque creo firmemente, con Maturana, que la razón es un constructo supuestamente objetivo que resulta en discursos sobrios, con los que justificamos y hacemos coherentes nuestros propios sentires. Desde el paradigma científico tradicional, parece que nos avergonzáramos de lo que son las emociones y las obligáramos hacia un exilio imposible. Pero esta pretensión es apenas un espejismo. Aceptamos razonamientos «científicos» sólo cuando son coherentes con nuestra forma de ver el mundo, o sea, con nuestras más primarias y elaboradas emociones, preferencias e ideologías. Si escarbamos al interior de cualquier argumento, del más «neutral» científico o tecnócrata, siempre podemos llegar hasta una premisa fundamental sobre la que se sostiene el resto del andamiaje, y que está en esa posición, por una decisión más bien arbitraria. Todo discurso se ancla al fondo, en un supremo acto de fe, descansando sobre un grupo de supuestos implícitos o explícitos.

Y sobre esta misma forma de ver los procesos, se desprende que los argumentos en efecto «entran» en las personas a partir de sus emociones (pregúntele a los publicistas), por lo que un texto en el que se cree y por cuyas ideas se está apasionado, podría ser hasta más efectivo que la más fría y calculada teoría científica.

Escribo estas líneas desde mi historia y visión, orgullosa de los referentes concretos que alimentan mi reflexionar, consciente de que no estoy sola en la búsqueda, feliz de haber encontrado en este tránsito vital a muchos otros que quieren cambiar al mundo, que ansían otro desarrollo, basado en nuevas miradas, en un ejercicio ético permanente. No me interesa describir una realidad pretendidamente externa, sino comprenderla, junto a otras personas, para saber cómo ésta se puede transformar, si estamos de acuerdo en no querer lo que nos pasa en ella. Se trata de purgarnos a nosotros mismos de todas las mentiras con que crecimos y que nos enseñaron en lugares como la escuela y la televisión. Se trata, es muy simple, de ponerle el hombro (y la cabeza, y el corazón), a un verdadero cambio civilizatorio.

Intento ordenar estas ideas y se las presento a ustedes, con la esperanza de que su revisión les haga pensar y soñar, que estas líneas cobren vuelo propio y les sirvan al menos para alimentar reflexiones, y en el mejor de los casos, para inspirar cambios en sus vidas y en sus trabajos. Como si fueran semillas que echamos al viento, esperando que puedan germinar en nuestro continente, sin saber exactamente dónde y cómo. ¡Viva el misterio!

Rayén Quiroga Martínez
Invierno austral, 2003

Introducción

i introducción i

INTRODUCCION

Este libro trata sobre muchas cosas que a primera vista podrían parecer inconexas. Intento abordar el desarrollo y su fracaso, los sistemas económicos y su misión satisfactora de necesidades humanas, los procesos culturales patriarcales que son hegemónicos pero que coexisten con espacios de cuidado y ternura, las dinámicas ecosistémicas que nos sostienen, las relaciones de género, el origen de nuestro proyecto de humanidad; y algunos atisbos y propuestas alternativas que caracterizan el cambio civilizatorio que marca nuestro vivir. Pero por sobre todas las cosas, intento fijarme en las relaciones que se verifican y retroalimentaciones recurrentes entre éstas dinámicas recién enunciadas, para abordar la complejidad de un sistema a escala mundial, que funciona con casi todos sus componentes afinados en lo medular, aunque muestra obvias especificidades locales. Me propongo comprender lo que nos ocurre y nuestra propia responsabilidad en éstos procesos, no sólo para saber más, sino principalmente para inspirar las transformaciones que necesitamos.

Intentaré trabajar la complejidad inherente a las dinámicas de desarrollo humano, entendidos como procesos que mejoran la calidad de la vida, en un marco cultural específico, y en un contexto ecológico frágil y limitado. Abordo la red de interrelaciones recurrentes entre fenómenos muy distintos e imbricados, que no son considerados, ni en su diversidad ni en forma simultánea, por

ninguna disciplina científica. Las síntesis que propongo es, por lo tanto, un ensayo transdisciplinar, motivado por el deseo de forjar sociedades diversas, solidarias, centradas en el amor hacia uno mismo, las otras personas, y la naturaleza.

Mi interés en las relaciones y las síntesis es tan antiguo como la búsqueda transdisciplinar que comencé desde mi adolescencia, en la escuela secundaria. Una de las pocas constantes en mi vida, ha sido mantener la mira en la generalidad, en el intento de sintetizar distintas dinámicas y elementos, buscando entender los patrones de relación cambiantes entre los diversos elementos que componen los problemas que afectan a América Latina, para visualizar y eventualmente construir algunas respuestas o soluciones. Mucho antes de que descubriera las lecturas sobre epistemología y sobre el cambio de paradigma, a las que tuve acceso durante los años ochenta mientras estudiaba mi postgrado en Estados Unidos, he mantenido un interés vivo en las lecturas y en las discusiones con maestros y colegas de las más diversas disciplinas, buscando claves e idealmente conexiones, entre las dinámicas económicas, políticas, culturales, ecológicas, éticas y filosóficas; que de alguna manera ayudan a explicarnos el sistema en que vivimos, que nos promete tanto y nos puede dar tan poco, si consideramos nuestra inmensa potencia como humanos.

A modo de anécdota, puedo relatar que hasta mi adolescencia, pensaba que podía llegar a ser una científica en el área biológica, específicamente en la biología marina, hasta que una profesora de historia me abrió los ojos al fascinante mundo de los procesos sociales que en realidad no había logrado entender hasta la fecha. A los quince años, declaré cambiar radicalmente mi vocación y emprendí mi educación en ciencias políticas, historia y economía, en forma autodidacta. Al mismo tiempo, trabajaba con mucha dedicación en teatro, y además había estado tratando de aprender sobre literatura, música y plástica. De ahí que deci-

INTRODUCCION

dir mi carrera en la Universidad haya sido realmente difícil, porque me gustaban tanto las ciencias sociales, como las naturales, las humanidades y las artes. Hoy es para mí evidente que no tenía la madurez mínima necesaria para tomar una decisión tan compleja, y sin embargo de alguna forma a lo largo de mi trabajo he realizado el camino de vuelta, re-encontrándome con mi vocación transgresora.

Probablemente fui una de las pocas estudiantes de economía, que como asignaturas electivas seleccionaba cursos de biología, de ecología, de genética y de literatura latinoamericana. Desde la pura intuición, me guíé a través del incierto camino de capturar las dinámicas y los procesos como hitos más importantes que las estructuras, privilegiando las relaciones entre los elementos, por encima de los aparejos constitutivos del todo mayor. Luego, en medio de mis estudios, a partir de mis lecturas en la biblioteca de la Universidad de Rutgers, comprendí que muchos otros habían pensado y escrito todo esto en forma brillante, y me sentí menos sola e insegura. Hasta el día de hoy, me siguen apasionando la poesía, los números y el pensamiento complejo, casi con igual fuerza.

Gregory Bateson sin duda alguna ha sido uno de los pensadores que más han influenciado la ciencia contemporánea. En un tiempo caracterizado por la fragmentación y la sobre especialización, Bateson desafió los supuestos básicos y los métodos de varias ciencias buscando los patrones tras los patrones, y los procesos más allá de las estructuras (Capra, 1988). Bateson planteaba que ya que las relaciones son la esencia del mundo viviente, y que todos podríamos trabajar mejor, si hablásemos el lenguaje de las relaciones para describirlo. Así, un elemento central en el paradigma emergente, es el cambio desde los objetos hacia las relaciones, como bien establece el magnífico Fritjof Capra en el *Punto Crucial* y sus otras obras.

Inspirada con las ideas sobre los paradigmas científicos, realicé lecturas reveladoras, partiendo por Marilyn Ferguson y su *Conspiración de Acuario*; a la que siguió otra brillante autora, que cambió profundamente mi comprensión de nuestra historia, posibilitando varios rediseños del futuro, regalo maravilloso que provino de Riane Eisler y su copiosa obra. Luego encontré en mis estudios los escritos de Herman Daly y su visión termodinámica de la economía, en los que descubrí fundamentos imprescindibles para entender la relación entre la economía y los ecosistemas. A continuación, en mi ruta aparecieron las obras de maestros y maestras que compartieron sus ideas por medio de libros y conversaciones, enriqueciendo mi reflexión con sus aportes sustantivos. Dentro de estos autores puedo señalar a Humberto Maturana, a Lourdes Benería, a Antonio Elizalde, a Margarita Pisano, a Joan Martínez Alier, y a Enrique Leff. Para ellos, mi infinita gratitud hacia su empeño, su visión y su inmensa humanidad.

Con una cantidad apreciable de años a cuestas, se siente el sosiego y la calma. Mis búsquedas encajaron en el momento que tenían que cuajar, cuando me di cuenta que abrazaría las distintas vertientes que habían alimentado mi formación, para trabajar en áreas transdisciplinarias desde las cuales podría acercarme más a la comprensión de los sistemas complejos. En cierta forma, tal vez podría contribuir a que otros comprendieran conmigo, las complejidades sistémicas del desarrollo. Por eso también trabajé casi dos décadas como docente en diversas universidades de la región, habiendo encontrado alumnos motivados y dedicados, que a través de sus preguntas e inquietudes, completaron mi formación.

Este libro es entonces el resultado de algunos itinerarios en el camino que realicé antes, y no pretende otra cosa más que presentar ciertos mapas conceptuales que a mi juicio son necesarios para comprender y eventualmente transformar el sistema

INTRODUCCION

inherentemente dominante y excluyente que ayudamos a reproducir a diario. El problema no reside ni en la economía ni en el capitalismo, tampoco está en la depredación de la naturaleza, ni mucho menos en las violentas relaciones de género que construimos. El problema está en todo aquello, en todas las dinámicas que reproducimos a diario, con mayor o menor conciencia. Ya no podemos seguir evadiendo nuestra responsabilidad culpando a la oscura disciplina del compañero de al lado, o al país omni y unipotente, o a las corporaciones privadas y transnacionales que nos gobiernan. Todo está relacionado con todo, y en ese fluir de interrelaciones recurrentes, que se retroalimentan en forma dinámica, podemos leer los signos del sistema, y también sus grietas.

Los temas que están contenidos en cada uno de los capítulos, podrían haberse ordenado de varias maneras, puesto que a decir de los sistémicos, todo se relaciona con los demás componentes y subsistemas. Al menos tres criterios podrían haber servido para estructurar este trabajo, a saber: a) un ordenamiento cronológico donde se relate el itinerario del desarrollo y sus falencias, tal como sucedió conforme a la historia y la geopolítica; b) una estructuración en base a temas constitutivos de cierto origen disciplinar, que hable de «lo económico», lo «social», los aspectos «distributivos», el «proceso de hominización», la teoría de género; y luego sintetizara en las propuestas híbridas e integradoras de «segunda generación» como son el pensamiento económico feminista, los ecofeminismos, la filosofía del desarrollo, el ecodesarrollo, etc; o bien c) ordena con una estructura que parta por un diagnóstico de la situación que problematice y eventualmente interese al lector para continuar el análisis de los textos explicativos y de las alternativas. Cada una de estas aproximaciones de estructura tiene sus ventajas y desventajas, de ahí que la decisión final haya sido arbitraria, correspondiente con una aproximación disciplinar, para luego desembocar en la búsqueda transdisciplinar y propositiva. La razón de esta elección

proviene de un arriesgado juicio de aprovechar la ventaja pedagógica de este esquema.

Como un libro no se puede imprimir más que en un orden lineal, ofrezco la estructura capitular que a continuación se describe, con la salvaguarda de que cada uno de los capítulos intenta escribirse de tal forma que se pueda leer en otros órdenes, saltándose los temas menos interesantes para quien lee, y luego profundizando en lo que no se leyó, cuando el momento así lo amerite.

En el primer capítulo se hace una síntesis respecto de lo que está funcionando mal en el sistema, desde la perspectiva del bienestar humano; y se da cuenta de los distintos ensayos más bien silenciosos e inorgánicos que por doquier muestran los caminos par transformar el mundo.

El segundo capítulo presenta las necesidades humanas y su relación íntima con los sistemas económicos, muestra el origen de la economía como disciplina, y discute cómo se construyen el conocimiento y las políticas económicas, que obviamente trascienden este confinado ámbito, para afectar la vida de todos nosotros.

En el tercer capítulo, se realiza una panorámica revisión de la genealogía del desarrollo, discutiéndose algunas escuelas de pensamiento económico y las teorías de desarrollo que se fundan en la economía política. Se aborda como centro de análisis la distribución de la renta, y más recientemente, el tema de las necesidades básicas en el contexto del desarrollismo latinoamericano.

En el capítulo cuatro, se describe la concepción neoliberal con cierta profundidad, para mostrar cómo su oferta de desarrollo y bienestar a partir del imperio de los mercados, sólo puede

INTRODUCCION

cumplirse bajo determinados supuestos implícitos y explícitos bastante heroicos; revisándose a continuación su implementación experimental en Latinoamérica; abordándose sus graves consecuencias sociales y ambientales, y argumentándose que debido a la amplia resistencia ciudadana, casi todos los países en nuestra región ya mitigan e incluso abandonan la ortodoxia neoliberal, fortaleciendo la regulación de los mercados, e incrementando la provisión estatal de servicios sociales. Sin embargo, estos intentos apenas han logrado detener el deterioro laboral, social, distributivo y ecosistémico en nuestros países, porque en esencia nuestra visión y gestión del desarrollo no ha cambiado demasiado.

En el quinto capítulo, se da cuenta de las limitaciones de las concepciones tradicionales del desarrollo, que quedan a la vista cuando irrumpe la preocupación por la mujer como sujeto de desarrollo y la relación de la sociedad con el medio ambiente, ambas dimensiones que no había sido consideradas previamente en la corriente principal desarrollista latinoamericana. A continuación se presentan sucintamente las visiones institucionales del desarrollo sustentable y el desarrollo humano, que no logran deconstruir el discurso desarrollista pero plantean importantes cuestionamientos al concepto y la práctica del desarrollo en Latinoamérica.

Por lo mismo, en el capítulo seis se muestra el rotundo fracaso del desarrollo a escala mundial; donde se observa el incremento de la brecha entre ricos y pobres, y la creciente depredación de los ecosistemas. Se proporcionan indicadores seleccionados a escala mundial, y en particular respecto de América Latina, que no ha podido avanzar sólidamente en su economía, no ha podido distribuir más equitativamente la riqueza, y menos aún ha podido abordar el desafío de construir sustentabilidad en su proceso de desarrollo.

En el capítulo siete se aborda la discusión sobre las nuevas epistemologías y paradigmas que asumen una mirada nueva sobre las personas y de calidad de vida, considerándose sólo aquellas propuestas sistémicas más relevantes, e intentándose construir una síntesis tanto explicativa como propositiva.

En el octavo capítulo, se aborda el análisis sobre la sustentabilidad del desarrollo, desde un enfoque termodinámico y transdisciplinar, que muestra los desafíos que impone al sistema dominante globalizado, un abordaje complejo y sistémico de las dinámicas de sustentabilidad centrado en el bien común.

En el capítulo nueve se intenta resignificar el desarrollo, como si todas las personas importásemos, sintetizando aportes que provienen de distintas transdisciplinas críticas y propositivas como son el desarrollo a escala humana, el ecofeminismo y el pensamiento económico feminista.

En el capítulo diez, se cuenta la historia de la hominización, relevando el rol de nuestras emociones en la construcción de nuestro linaje humano. Se desarrollan los dos grandes modelos culturales de factura humana, a saber las sociedades matrístico-solidarias y las patriarcales-dominadoras, con el fin de explicitar que todos los acontecimientos humanos se recrean dentro de dinámicas culturales de legitimación u apropiación y exclusión, elementos que configuran dominios operacionales disímiles para el proyecto de humanidad centrada en el bien común, que todos decimos buscar.

Finalmente, en el capítulo once se esbozan, con gruesa brocha, algunas ideas que pueden mostrar los atisbos de los cambios civilizatorios que tendremos que construir, si queremos el bien común para nuestra y las futuras generaciones.

Capítulo 1

1 PERSONAS, SISTEMAS,
TRANSFORMACIONES. UNA
BUSQUEDA TRANSDISCIPLINAR

PERSONAS, SISTEMAS, TRANSFORMACIONES. UNA BUSQUEDA TRANSDISCIPLINAR

Desde hace demasiado tiempo, vivimos en un sistema de dominación y exclusión a escala mundial, que despliega una cultura de apropiación y deslegitimación del otro y de lo diverso; se recrea en una economía globalizada cuya motivación más profunda reside en el ansia de ganancias individuales, resultantes de la apropiación del trabajo humano y el asalto a la naturaleza; y cuyas dinámicas se reproducen a diario gracias a nuestro irrestricto compromiso y participación, porque el sistema cuenta con nuestra complicidad más o menos consciente, para su adecuado funcionamiento.

Aunque nuestro complejo mundo actual presenta reflejos y especificidades nacionales y locales, al presente deja mucho que desear respecto de la vieja idea de alcanzar el desarrollo de las personas que compartimos el planeta. Al menos tres de sus signos, que no son pasajeros sino inherentes a su propio funcionamiento, son inaceptables y se revierten en contra de nuestro proyecto de humanidad. Se trata de la inequidad distributiva sistémica (tanto en el esfuerzo como respecto de los frutos del desarrollo); del proceso de homogenización que destruyen la diversidad cultural y las identidades que son constitutivas de la experiencia humana; y de la destrucción y degradación del patrimonio natural que ocurre por la intensidad de la intervención humana a escala mundial. Debido al deterioro que se acumula,

muchos sentimos que tenemos que hacer algo al respecto, puesto que nuestra propia experiencia vital y la de las futuras generaciones, requiere de diversos cambios sustantivos, que a la postre imbrican un proyecto civilizatorio.

El trabajo que iniciamos en este libro tiene que ver con dos tareas imprescindibles para comprender y abordar los cambios que en forma silenciosa han comenzado a producirse. La primera tarea es comprender mejor lo que está ocurriendo entre la humanidad, los ecosistemas y las dimensiones políticas y simbólicas que se imbrican en los estilos de producción y consumo, enfatizando cómo cada uno de nosotros somos parte del sistema y contribuimos a sus manutención en el tiempo. La segunda tarea es develar y deconstruir las falsas proclamas y los espejismos con que nos tratan de anestesiarse, para que continuemos viviendo como meros recursos humanos y consumidores, funcionales a este sistema que no tiene nada que ofrecernos a la gran mayoría de ciudadanos del mundo.

Pero como el razonamiento es necesario pero no es suficiente para impulsar cambios verdaderos, también intentaré la tarea de movilizar sentimientos, valiéndome del importante rol del emocionar en todas las dinámicas humanas. Consecuentemente, se presenta la evidencia del fracaso en las promesas del desarrollo a escala mundial y latinoamericana, para que entre todos, nos demos permiso para experimentar los naturales sentimientos de pena, asco y repudio; con la esperanza de que estos conocimientos y lo que nos provocan, puedan motivarnos para hacer algo al respecto. Este libro no pretende ser entonces un frío tratado sobre un tema objetivo y lejano que sólo pueden utilizar los expertos. Primero porque la objetividad no existe en ningún quehacer humano, y segundo porque al menos a mí me parece que la intersubjetividad aporta tanto como la razón, para comprender mejor y eventualmente transformar los procesos.

Por eso, este libro tratará de involucrar el razonamiento y las emociones que nos constituyen como humanos, para comprender y sentir lo que estamos construyendo a diario, nuestras vidas, relaciones y referentes, en forma más completa y abarcativa. Idealmente, con estos dos ingredientes podríamos juntar suficientes elementos de juicio para querer cambiar nuestra visión del mundo y del desarrollo; y de paso, encontrar la fuerza para empezar por nosotros mismos, porque a todas luces, éste parece ser el camino más infalible.

Estas tareas no son fáciles ni gratuitas. Para comprender mejor, es necesario revisar una serie de aportes disciplinares y transdisciplinares que tienen mucho que decir en la comprensión actual de los procesos mencionados. Pero a la postre, el paso más difícil es asir toda esta complejidad, y de alguna manera construir una síntesis que haga sentido, que trasluzca los hilos conductores o los nodos centrales en que se apoya el propio sistema. En esta compleja tarea de síntesis, nos encontramos trabajando no pocas personas en distintos países y espacios.

Comprender las interrelaciones entre los componentes de un sistema es bastante más difícil que entender cada compartimiento estanco por separado. Y sin embargo, es en las interrelaciones complejas y recurrentes que operan entre los elementos constitutivos de un todo mayor (que nosotros artificialmente visualizamos como aparejos separados), donde residen las claves más significativas para mejor entender, y luego transformar, aquello que conocemos.

Pero tampoco debemos perder de vista lo central, aún dentro de un todo mayor y más complejo. En la búsqueda de una síntesis transdisciplinaria que motive mi trabajo, he notado que a menudo mantener como referente unas pocas ideas centrales que sirvan como faros a lo largo del viaje, es bastante ventajoso al propósito de comprensión. Por esto, a lo largo de este libro,

podría ser de utilidad mantener en cuenta cuáles son los problemas principales que nos siguen motivando a indagar, comprender y posiblemente a transformar la realidad.

Los problemas que resaltan del sistema, que son evidentes para cualquier latinoamericano e incluso para cualquier persona en el mundo que quiera ampliar su mirada, no son nada nuevos. Hoy en día, en parte asistidos por las nuevas tecnologías de comunicación e información, y por modelos educativos que privilegian la pregunta y las búsquedas, podemos comprender más profunda y rápidamente que antes estos grandes desafíos.

A mí juicio, estos elementos centrales son críticos en el sostenimiento de nuestros actuales procesos humanos, que dejan todo que desear. Veamos.

1.1 La mala relación que construimos entre los humanos.

Vivimos una forma despiadada de relación con el otro, que excluye al distinto, se apropia de lo que hacen y anhelan los demás, persigue al que disiente y aniquila la creatividad, la ternura y el asombro. Esta forma de no considerar al otro como igualmente legítimo en la convivencia, nos permite hacer la vista gorda cuando presenciamos (participamos en) la explotación, el exterminio, el sostenimiento de la inequidad y la pobreza entre nuestros congéneres; amparados en su género, origen étnico o racial, pertenencia a determinados grupos, nacionalidad, origen socio-económico. Esta manera de relacionarnos tiene una explicación histórica que se remonta a siete milenios, pero lo interesante es que en medio de todo el modelo de dominación y exclusión, persisten remansos de amor y acogimiento incondicionales como los que casi todos experimentamos en la infancia, junto a la persona que realiza los cuidados primordiales; pues sin estos espacios, ya hubiésemos desaparecido de la faz de

la tierra. Además de que la cultura que recreamos en nuestro diario vivir nos hace bastante infelices, creo que todo el sistema económico globalizado actual se desplomaría si por alguna inspiración inexplicable, los seres humanos comenzáramos a comportarnos con el otro a partir de un permanente ejercicio ético responsable; considerando a todos como legítimos, distintos, pero no mejores ni peores, ni más o menos merecedores que nosotros mismos, de lo que la vida tiene para ofrecernos a lo largo del viaje.

1.2 La insostenible y violenta relación humanidad-ecosistemas, que define la forma en que nos apropiamos de los ecosistemas que nos alimentan, limpian y sostienen. Desde los orígenes de la humanidad, y para algunas culturas contemporáneas que han logrado persistir, la relación de las personas con la naturaleza es radicalmente distinta de la que prevalece hoy. Se trataba de una relación donde las personas forman parte inseparable de la naturaleza, reverenciando la fuerza creadora de la vida y los ciclos que dan sustento y vida a los humanos. Las personas tomaban lo necesario para su sustento y lo hacían con una escala e intensidad que no alcanzaba a amenazar el sostenimiento de los ciclos de vida y de materia/energía en nuestro planeta. Pero como ocurre hoy, si sólo vemos a la naturaleza como una fuente supuestamente infinita de recursos para nuestras ansias de tener cada vez más cosas y privilegios; si fingimos que los ecosistemas fueron creados como meros receptáculos de todos los desechos que le mandamos de vuelta a la naturaleza, después de haber procesado sus insumos; si creemos que tenemos un derecho inalienable a depredar y devastar la naturaleza y a reducir la biodiversidad, a contaminar los cursos de agua y los suelos porque el fin justifica los medios y todo en la biosfera

fue creado para nuestro usufructo; obviamente no seremos capaces de construir ni economías ni sociedades, que al mismo tiempo de satisfacer todas nuestras necesidades fundamentales, logren esto en forma sustentable a lo largo del tiempo. Por este camino que recorreremos, trazado por la manera en que nos relacionamos con los ecosistemas que nos sostienen, vamos directo al despenhadero.

1.3 La excesiva escala, intensidad y persistencia de los quehaceres humanos respecto de los ecosistemas, los territorios y las diversas dinámicas culturales. El tamaño sí importa: frente a una naturaleza que se recicla, que evoluciona y se repone con un ritmo constante y lento (desde el punto de vista humano), no da lo mismo asaltarla sin cuartel, con una intensidad fulminante y una persistencia de años, que cosechar de los ecosistemas la energía y la materia que necesitamos en forma cuidadosa, practicando el reciclaje, reutilizando y devolviendo depuradamente nuestros desechos a la madre tierra. Igualmente, para una comunidad local, para una etnia de reducido número de integrantes, no da lo mismo que se instale a su lado un esquema de etnoturismo respetuoso y controlado, a que una horda masiva de turistas invada su territorio durante todo el año. Así, el tamaño, la intensidad y la persistencia de las intervenciones humanas en distintos contextos ecológicos y culturales muestran distinto signo respecto de la equidad, la diversidad y la sustentabilidad de dichos procesos. No considerar estos elementos porque el «'mundo es ancho y ajeno'» o porque los incentivos para profitar de estas oportunidades están dados, también constituye un claro camino sin retorno hacia nuestra propia destrucción.

1.4 La relación alienante humanidad-artefactos.

Los seres humanos estamos verdaderamente alienados con los espejismos del tener, hasta el punto de que con mayor o menor conciencia, ocupamos gran parte de nuestro tiempo energía a la carrera por consumir y mucho menos al trabajo vital de ser mejores personas. Para la gran mayoría de personas en el mundo, la miseria material en la que viven no les permite acceder al consumismo, pero la vida al filo de la navaja hace de sus experiencias vitales una constante lucha por acceder a aquellos productos mínimos para torcerle la mano al sistema y lograr al menos la alimentación. Al mismo tiempo, la población más rica del mundo, en los países del Norte, ejercita sus patrones de sobreconsumo, dispendio y desperdicio, que al final también resulta en emisiones, contaminantes y residuos de todo tipo, incluyendo tóxicos, en una magnitud absoluta y una proporcionalidad que supera con creces, lo que en justicia distributiva les corresponde de espacio ambiental en la biosfera. Parece ser que nuestra inseguridad ontológica nos impulsa, toda vez que podemos, a consumir cada vez más, a embarcarnos en la ciega carrera por acumular artefactos cada vez más inservibles, como si con esto pudiésemos satisfacer las necesidades humanas y alcanzar la felicidad colectiva. Apenas comienzan a despegar económicamente nuestros países, nada más nos hacemos «emergentes», y comenzamos a extender las jornadas laborales, y hacer malabares para poder financiar nuestra urgencia de ir por los supermercados y las multi-tiendas, haciéndonos de cuantos aparejos podamos comprar. Con esto, se pierden los espacios mentales y afectivos para construir mejores relaciones humanas y familiares, comenzando la carrera hacia el estrés, la depresión y el consumo de sustancias. Estos elementos, además del costo personal que importan, y que podemos observar en los países de

nuestra Latinoamérica, son centrales en el sostenimiento del sistema que estamos cuestionando. Las aproximaciones cosistas, instrumentales y consumistas que despliega nuestra cultura supuestamente moderna, y que nos estimula a plena luz del día los medios de comunicación, es completamente instrumental al orden económico globalizado, que necesita seguir expandiendo sus mercados y haciéndonos la ilusión de que las necesidades nos crecen, y que sus productos las pueden satisfacer en forma instantánea. Darse cuenta y revisar esta relación es imprescindible, para que podamos soñar y realizar un mundo más justo, solidario y sustentable, donde valga la pena vivir.

1.5 La regencia de incentivos y motivaciones equivocados, jurídicamente incrustados en la sociedad.

El sistema en que vivimos funciona motivando a las personas desde el beneficio y el lucro individual, activando las ansias de tener y tener, en forma excluyente, hasta lograr la incrustación de esta doctrina en un esquema de propiedad privada, que exprime al otro en forma sistemática. Vivimos en un sistema donde se premia la motivación individualista en la búsqueda de bienestar, la que se transforma en el principal motor de vida. La búsqueda legitimada de ganancias individuales, sobre todo cuando se posee capital, resulta en un sistema donde casi todos se lanzan en la carrera, caiga quien caiga, pues los que no corren no ganan, son perdedores, y poco menos que merecen la miseria. La competencia por llegar primero, venderlo todo y ganar cada vez más, se traduce en un sistema de incentivos que condecora a los más despiadados, a los que menos les importa el prójimo, a los que logran hacer la vista gorda y embolsillarse tranquilamente el fruto el trabajo de otros. La economía basada en la propiedad privada y en un esquema de elites

que se aferran al privilegio, se presenta al imaginario colectivo como la mejor manera de vivir en el mundo (ya se puede ver lo que ocurrió con los socialismos reales). Con nuestra anuencia o disidencia controlada, el sistema se protege y legitima a través del Estado de derecho, construyendo marcos jurídicos, que desde la Constitución hasta las leyes más simples, sacramentan el derecho a la propiedad privada, que no es otra cosa que la exclusión de otros, respecto de los bienes y el patrimonio sobre los que sólo una persona tendrá pleno y reconocido derecho.

1.6 Pérdida del sentido de la vida y del trabajo. En esta carrera desquiciada, violenta y depredadora que termina destruyendo los procesos que más nos importan como humanos, cabe preguntarse ¿por qué y para qué hacemos lo que hacemos? ¿Cuál es el sentido del trabajo, del desarrollo, de nuestras búsquedas, de nuestra existencia? En América Latina, cuando el desarrollo parece ser un objetivo menos distante para los países «emergentes», caemos en cuenta de que la expansión de nuestra economía no es gratuita, que en paralelo sufrimos costos sociales, laborales, familiares y ambientales tan grandes, que uno debe preguntarse si todo el esfuerzo y el sacrificio vale realmente la pena. Y cuando observamos a nuestros modelos del Norte, ¿**nos interesa** realmente emprender el mismo camino? ¿Qué nos ocurre cuando conocemos lo que pasa en los países industrializados con las relaciones humanas, el sentido de comunidad, la salud física y mental de sus habitantes, con su visión del mundo, con el respeto a la diversidad, con sus energías creativas y con tantos otros procesos cuestionables? Nos preguntamos también, acaso **podemos** emular su proceso, a sabiendas de que éstos han logrado su meta con base en la expoliación de nuestras

riquezas en algún intervalo de la historia. ¿Es esto lo que queremos para nosotros y nuestra comunidad? Parece obvio que en el camino de irnos desarrollando como naciones y como familias hemos perdido a brújula y navegamos a la deriva, empujados por los vientos y las corrientes que nos arrebatan y nos estancan, según convenga al sistema. Si nos detenemos a reflexionar sobre estas molestas e inquisitivas interrogantes, entonces podremos al menos saber si estamos avanzando hacia donde queremos y también podremos juzgar si los métodos que estamos utilizando son los más congruentes con nuestros anhelos. Permitámonos soñar que construimos sociedades humanistas, sustentables; rediseñemos nuestro desarrollo para que tenga sentido y significación para nuestro continente, desechemos las mentiras y los espejismos. Pero por sobre todo, soñemos un sueño propio.

Para comenzar a comprender las causas de nuestros problemas centrales, en la búsqueda de las necesarias síntesis, necesariamente tenemos que recurrir a las disciplinas y transdisciplinas que fundamentan los aportes más sustantivos para comprender mejor lo que nos está pasando, a saber: Economía, Antropología, Ecología, Desarrollo, Género, Sustentabilidad, Epistemología y Filosofía de la Ciencia.

La tarea de utilizar algunas partes de estos aportes previos, importa un desafío formidable, porque a ninguno de nosotros nos formaron transdisciplinariamente, ni siquiera multidisciplinariamente, y todos traemos una trayectoria más voluminosa y profunda en alguna de las disciplinas, en mi caso la economía y el desarrollo. En general, somos pudorosos y nos cuesta mucho abordar conocimientos y evidencias que provienen de campos en donde no hemos sido formados. Pero tenemos que atrevernos porque de otra manera simplemente no vamos a entender ni lo mínimo necesario. Sólo recordemos que no somos

expertos en casi nada, y que siempre hay otros a nuestro lado que nos pueden tender la mano para discernir mejor y profundizar más en aquello que tenemos menor o más reciente manejo.

En este libro, apenas intento iniciar un viaje panorámico de revisión de los aportes disciplinares y transdisciplinares con la debida advertencia de que como visión de alguien, serán adoptados con todos los sesgos y arbitrariedades acostumbradas, y haciendo la invitación a continuar la profundización de los contenidos aludidos cuando se deba, se pueda y se quiera.

Como veremos, el desarrollo ha fracasado en su tarea de producir mayor equidad, mayor solidaridad, en forma sustentable y diversa. En las últimas décadas asistimos a un esfuerzo extractivo y de producción económica sin precedentes, y sin embargo la inequidad en la distribución del ingreso, la homogeneización cultural y social, la persistencia de la pobreza y la exclusión de miles de millones de seres humanos de los beneficios de este esfuerzo compartido, no dejan dudas al respecto. Lamento adelantar que el sistema actual es incapaz de lograr lo que nos promete en términos de desarrollo humano compartido y sustentable. Pero no sólo el sistema económico globalizador, homogeneizante y depredador de la naturaleza es responsable, también nuestra visión del mundo y del bienestar, así como nuestras diversas formas de relacionarnos con los otros y con la naturaleza, las que se parecen en sus características más importantes. Somos todos partes de un todo mayor, y lo que le hacemos al de al lado y a la naturaleza, nos lo hacemos a nosotros mismos.

El patrimonio natural que compartimos la humanidad y otras especies dentro de nuestro frágil planeta es crítico, no sólo para la manutención de la actividad económica futura, sino también para el sostenimiento de la vida misma. Pero esta idea parece demasiado extrema, si acudimos a la tabla de salvación que provee la tecnología, que nos invita a creer que siempre podremos

resolver nuestros problemas con tecnologías adecuadas. Creer esto, reviste tanto desconocimiento como soberbia, ambas funcionales a la hora de acomodarnos las inseguridades ontológicas que tenemos las personas. Investigando más a fondo, nos damos cuenta de que estamos silenciosamente regidos por leyes naturales que gobiernan nuestra biosfera, incluyendo a todos cuantos vivimos en y de ella y de cuyos principios no escapa ni a la más innovativa y eficiente de las tecnologías.

Habiendo estudiado por décadas sobre estos procesos, estoy convencida que tecnologías aparte, necesitamos modificar sustancialmente los estilos de vida y de desarrollo en todo el planeta, redistribuir los recursos y la riqueza, aprender a relacionarnos de otro modo con los otros, para que podamos sobrevivir y vivir cada vez con más creatividad, libertad y goce. El sistema de dominación y exclusión en que se enmarcan todas nuestras vivencias, nos presenta el mayor desafío de la historia moderna: transformarnos o desaparecer de la faz de la tierra.

Nada más y nada menos, se trata pues de un simple cambio civilizatorio.

Capítulo 2

2 LOS PROCESOS ECONOMICOS Y LAS NECESIDADES HUMANAS

LOS PROCESOS ECONÓMICOS Y LAS NECESIDADES HUMANAS

Contra lo que casi todo el mundo piensa, la economía se refiere a las personas, y a sus necesidades. Se debe, por tanto, al bienestar humano actual, y futuro. El dinero, los trabajos y el sistema productivo y distributivo son apenas los medios.

Casi da cierta vergüenza defensiva tener que decirlo, puesto que hoy en día pareciera que la economía es la culpable de todos nuestros males. No sé a quién se le ha ocurrido semejante sobreestimación de este campo de conocimiento, que es apenas una disciplina perteneciente a las ciencias sociales; aunque al mismo tiempo sea un proceso mediante el cual se satisfacen las necesidades de la gente, a partir de los recursos disponibles.

2.1 De qué va la economía

Si se busca en los libros de texto, se verá que en general la economía se entiende como una ciencia que estudia la *asignación de recursos escasos para la satisfacción de necesidades humanas*. O sea, el campo de estudio de la economía, como disciplina científica, está dado por el problema central que se plantea toda sociedad, que se refiere a cómo satisfacer las necesidades humanas del grupo, con los recursos limitados con los que se cuenta. La idea es que mediante el análisis económico, se logre combinar eficientemente los recursos naturales, el trabajo,

el ingenio y los recursos financieros, para lograr máximos beneficios y utilidades, minimizando costos y desperdicio. A este respecto, pensadores reconocidos de la economía han adelantado las cinco preguntas centrales que tienen que ser resueltas en todo sistema económico: Qué producir, cuánto, cuándo y cómo hacerlo, y para quienes.

Tanta y tan obvia es la relación de lo económico con el bienestar o malestar humano, que desde que entramos en las aulas de las escuelas de economía, algunos esperamos formarnos para contribuir a que nuestros países optimicen sus procesos de producción, distribución y consumo, para que con los recursos naturales, físicos y humanos, podamos incrementar el bienestar de la población al menor costo, minimizando el desperdicio. Esta aproximación filosófica al quehacer y el sentido de la disciplina, es desde luego más congruente con algunas escuelas económicas que con otras, pero en ningún caso la formación de economistas debiera ser contradictoria con el problema central que intenta resolver la disciplina, que es la relación entre necesidades y escasez.

También están los sistemas económicos «reales», que son las maneras en que las personas se organizan para resolver la producción y las necesidades humanas. Aquí se puede hablar de economías de mercado (asentadas en la propiedad privada), los sistemas de planificación central (donde la propiedad es Estatal), encontrándose mayoritariamente en la realidad sistemas mixtos o híbridos, que combinan las dinámicas del mercado con cierta dosis de regulación y provisión por parte del Estado. Pero históricamente, también se han presentado otros sistemas (por ejemplo: esclavistas, de propiedad y gestión comunitaria o cooperativa, de pequeños centros autoabastecidos, y también de grandes imperios anexionistas).

No vamos a entrar ahora a discutir todo esto, sólo baste decir que la economía como ciencia y campo de quehacer, impli-

ca tener en consideración todas estas opciones, con sus correspondientes pros y contras. También corresponde decir, que no existe un sistema económico superior a otro, pues todo dependerá de lo que queremos lograr del sistema, para qué y para quiénes queremos lograrlo, y qué costos y precios estamos dispuestos a enfrentar para conseguirlo.

Dentro de este panorama, el neoliberalismo como corriente actualmente hegemónica, es apenas una escuela de pensamiento, cuyas ideas germinaron por primera vez en Inglaterra hace unos 300 años, teniendo como génesis de la Escuela Liberal. Pero como doctrina moderna, se ha hecho muy famosa, hasta el punto en que hoy, tanto la ciudadanía como los medios, tienden a confundir los contenidos del neoliberalismo con la economía.

En su versión moderna, que apenas lleva instaurada en nuestra Latinoamérica una treintena de años, la doctrina neoliberal no ha innovado sus fundamentos, apenas se ha mezclado con algunas concepciones monetaristas y se ha servido de una plataforma de relaciones públicas sin precedentes.

Evidentemente, esto no ha sido financiado desde la academia, sino desde los grupos corporativos de interés que al decir de Korten (1998), gobiernan al mundo. Estos grupos de interés, necesitan el sostenimiento del sistema como hoy lo conocemos, para seguir expandiendo su riqueza y su poder.

Pero si estas líneas ya están pareciendo demasiado cercanas a una añeja retórica de los sesenta, o bien suenan ciertamente «dependentistas», sostengo una visión más amplia e integradora. No toda la dominación y atropello a la razón humanista, a la ética, a la equidad distributiva, viene del arriba y del afuera. Por el contrario, el sostenimiento de las actuales aproximaciones neoliberales a la gestión de la economía, y con ello, lamentable-

mente al manejo de una parte importante de la vida de las personas, descansa en el compromiso de la mayoría de los ciudadanos. Nosotros mismos, como personas que miramos la tele y nos tragamos las ideas sin cernidor, somos cómplices, participamos y por tanto reproducimos referentes culturales específicos. Privilegiamos el tener, la competencia; y valoramos el individualismo, el materialismo, y el consumismo. Tampoco quiero decir que todo es culpa nuestra, ya que grandes intereses se benefician con nuestra complicidad. Nuestra responsabilidad comienza apenas cuando nos damos cuenta, y sólo desde ahí, seguir igual o transformar la realidad, se convierte realmente en una opción. Todos conformamos un sistema que es más que la simple suma de sus partes, y en nuestro operar consciente o automático, vamos configurando nuestro mundo.

El estilo de desarrollo imperante es entonces, algo más que la inicial imposición de una determinada corriente del pensamiento económico por parte de un grupo de poder, pues su reproducción y logros en el tiempo, sólo son concebibles en virtud de nuestra participación en el sistema, sea ésta consciente o inconsciente, a partir de lo que no hacemos, de lo que hacemos y de cómo lo hacemos.

Estas afirmaciones pueden resultar tal vez un tanto exóticas para quienes no son especialistas en economía, acostumbrados, como está la mayoría de la gente, a creer que la economía es una especie de campo técnico, que además de misterioso y difícil, congrega a quienes sienten una especie de obsesión por el uso de los números y los gráficos. Estas barreras formales, de partida logran su propósito: intimidar a quien, desde su afortunada «ignorancia» piensa, siente o percibe, que algo no anda bien con la economía, algo que no es capaz de precisar y menos aún, se atrevería a discutir con el Olimpo de los economistas profesionales.

La objetividad supuestamente neutral de la economía, no podría alejarse más de la verdad. La economía es una ciencia bastante simple, una vez que se descubre su epistemología¹ y su lenguaje un tanto crítico para legos. De hecho, la economía es un conjunto de escuelas de pensamiento y una acumulación de experiencias históricas de gestión económica en diversas regiones y países. No existe un cuerpo homogéneo de conocimiento económico, sino más bien una colección de pensadores brillantes fundacionales, un gran número de seguidores menos agraciados, y recetas de política económica muy diversas, e incluso contradictorias.

¿Sorprendente? No hay por qué. Como toda ciencia humana, la economía está hecha por personas de carne y hueso, que piensan y sienten y tienen determinadas opciones y preferencias. Más aún, como toda ciencia social, no puede «experimentar» sus hipótesis en laboratorios controlados, sino que se aproxima al conocimiento mediante un proceso de ensayo y error, y en esto no dista demasiado de la medicina.

Ahora bien, uno echa de menos una cierta apertura de la economía para trabajar, en estos tiempos de turbulencia y complejidad, en equipo con otros saberes. Es como que la economía, igual que otras disciplinas, temiese el diálogo multi o transdisciplinar. Y es que por sí misma, la economía no es capaz de responder las preguntas más importantes en los campos del desarrollo, la equidad y el bienestar humano. A la economía le hace falta la visión más global que resitúe con precisión su lugar en el universo, a la vez que haga explícitos y manejables los límites que los ecosistemas y sus inexorables leyes físicas le imponen. La economía precisa urgentemente discutir su relación con los constructos y dinámicas culturales que la esculpen de una deter-

¹ La epistemología se refiere al estudio de la forma en que se construye saber o conocimiento. Trata de los fundamentos y los métodos del conocimiento científico, estudiando críticamente los principios, métodos y resultados de las disciplinas para determinar su origen, su estructura lógica, su valor y su alcance explicativo.

minada forma y no de otra. A la economía le hace mucha falta abrirse a discutir con el resto de las ciencias sociales, y también con las nuevas transdisciplinas como pueden ser los estudios de género, la sustentabilidad y el desarrollo humano.

Me explico. Lo cierto y lo peligroso para el bienestar humano, es que cuando uno estudia economía en pre-grado, puede interpretar que ésta tiene lugar en un vacío, que no se alimenta de ninguna fuente ni expele desechos a ninguna parte, es como si fuese mágica: crea riqueza desde el trabajo humano y por ende, no tiene límites. Recién en los ochenta, se comienza a permear infinitesimalmente la academia económica con algunos «temas» ambientales, que deberían constituir en verdad, los fundamentos termodinámicos y bióticos del quehacer económico. Pero ahora no vamos a abordar este tema. Más adelante se verá con amplitud la relación entre la economía y las dinámicas ecológicas que la sustentan, discutiendo los determinantes de la sustentabilidad de los procesos humanos, en escala local o planetaria.

Y respecto a los números y las ecuaciones, lo que ocurrió es que en su origen histórico como ciencia, a efectos de ahorrar descripciones demasiado largas sobre el comportamiento de algunos procesos, los economistas echaron mano de las matemáticas para formalizar, sintetizar y precisar conocimientos económicos. Ya lo saben, aunque menos hermosa, una ecuación vale mil palabras.

En la historia del pensamiento económico, las escuelas económicas formales se «matematizan» a partir de los años mil novecientos, cuando los neoclásicos y posteriores escuelas de pensamiento económico, se encandilan con la física mecanicista, y un poquitín acomplejados, deciden emprender la cruzada de «objetivar», de tecnificar la economía. Pero lo hicieron en demasía, hasta el exceso de considerar sólo aquello que cabe en la cuadratura de las matrices, los sistemas de ecuaciones

simultaneas, y sus múltiples derivadas e integrales. Los neoclásicos lograron hacer de la economía y su enseñanza, una suerte de ciencia dura, exorcizada de sus demonios «morales» y sociales. El legado de reducción matemática vive, diría que con contadas excepciones, pues la economía está hoy incluso descorazonada de su preocupación central fundacional, que es la distribución del esfuerzo y los frutos de la actividad productiva².

Hoy en día, la mayoría de universidades y de académicos exitosos, o sea aquellos con más publicaciones en su especialidad, promueven la adicción de sus adeptos a los modelos econométricos y proyectivos, permitiéndoles el abuso del álgebra y, el cálculo y las estadísticas; transformando las herramientas, en la razón de ser y la fuente del conocimiento. Pero desafortunadamente, en su trayecto olvidan el *sentido* del pensamiento, el propósito de la investigación económica, no logran asir la complejidad cada vez mayor del mundo, y se vuelven incapaces de proponer tanto explicaciones como salidas efectivas a los principales problemas actuales; como son la pobreza, la inequidad en la distribución, la asimetría de costos y beneficios derivados del comercio «libre», los efectos indeseados de la actividad económica, y la sustentabilidad ecológica de los procesos de crecimiento económico.

Lo anterior, bajo ningún punto de vista, pretende desvalorizar las matemáticas en el quehacer económico. Me incluyo entre los que adoran las herramientas que hacen el trabajo más fácil, apreciando pues los números y las pruebas estadísticas y los gráficos en su justa medida, como recursos que pueden ser usados hasta donde su aporte lo justifique. Pero sí me parece un desperdicio de recursos valiosos, que la mayoría de las escuelas de economía en el mundo, asignen tanto tiempo a la tarea de sofisti-

² La preocupación distributiva es central no sólo por razones éticas, sino también porque esta dinámica tiene gran influencia sobre la capacidad de crecimiento económico y sobre la satisfacción de necesidades humanas al interior del sistema económico.

car cada vez más sus herramientas para calcular, predecir y modelar aspectos cada vez más irrelevantes de la realidad. Me temo que incluso no se dan cuenta de lo que hacen, y sobre todo, de lo que dejan de hacer. Siento mucho discrepar de esta asignación ineficiente de recursos intelectuales en el mundo, sobre todo porque mi argumento, puede interpretarse como una amenaza a los empleos garantizados de muchos colegas académicos, sobre todo en los países del Norte. Pero ya se vuelve a notar, sale mi formación de economista por todos lados, es parte de mi deformación profesional. Estoy entrenada para tratar de sacarle el máximo provecho a recursos escasos.

Tristemente, la mayoría de las personas desprecian a los economistas. En parte, porque creen que todos los economistas somos iguales (de una determinada escuela) y que nuestro afán es recortarle los gastos sociales a la gente y pedirles que trabajen más y con menos protección, por remuneraciones flexibles, en función de las necesidades de las empresas³.

La verdad es que si la economía fuese esta especie de catedral donde se rinde culto a la religión del neoliberalismo, hace tiempo que no quedarían en sus filas algunas personas de lo más sensibles, que buscan realizar los preceptos centrales de toda investigación y gestión económica, o sea: satisfacer necesidades humanas con recursos escasos.

Los economistas, como cualquier vecino, tenemos intereses y nos inclinamos por ciertas miradas de mundo y por algunas ideologías. Como todo el mundo, pensamos y ejercemos la profesión, interactuando en un momento de la historia y desde un determinado conjunto de preferencias políticas, culturales y has-

³ Los economistas somos los culpables, que a menudo «ponemos» la cara cuando las decisiones sobre el tipo de desarrollo las han tomado otros, que defienden una tradición de riqueza y privilegios.

ta estéticas. Pero en esta situación, no es que estemos solos, nos acompañan todos los científicos y «tecnócratas» del mundo.

Aunque muchos personajes, desde cierta inseguridad, intentan atribuir a la ciencia un carácter de objetividad y neutralidad que ninguna empresa humana puede tener, es de sentido común darse cuenta de que cada científico determina personalmente qué cosas entran en su investigación y la forma en que quedan representadas las relaciones entre las variables o dimensiones que está sistematizando. Y en ningún lugar esto es más cierto, que en el frágil terreno de las humanidades y las ciencias sociales. Así, un economista que investiga la causa de la inflación, determinará que ésta se origina en la irresponsabilidad del gobierno que imprime moneda inorgánica, mientras que otro, la atribuirá a la pugna distributiva inherente al sistema; siendo las derivaciones de política económica diametralmente opuestas en cada caso. En el primer ejemplo, que se trata de la visión monetarista, se recetará un Estado menos activo y más pequeño para reducir la deuda pública que incentiva la emisión inorgánica. En el segundo caso, Michael Kalecki y más aún Raúl Prebisch, prescribirían políticas de ingreso, intervención de los mercados y posiblemente la construcción de consensos políticos, para detener el traspaso interminable de la inflación por costos entre los tres agentes que participan en el sistema macroeconómico.

Lo anterior es muy interesante, y, probablemente, es una de las maravillas más ingeniosas con que uno se encuentra en la escuela de economía donde estudia. Si es que uno estudia en una escuela pluralista. Para la misma problemática, distintos economistas explican y recetan no sólo con ciertas diferencias, sino que a veces indican medidas diametralmente opuestas, lo cual resulta evidentemente atractivo a la mente inquisitiva.

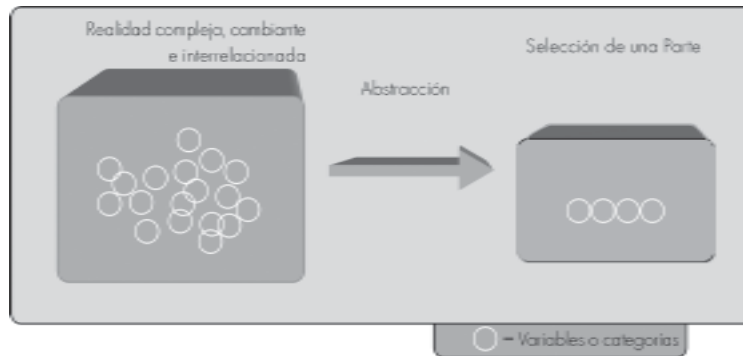
Si bien en este espacio no podemos desarrollar tan ampliamente la cuestión epistemológica, al menos será discutida super-

ficialmente en relación al campo del conocimiento económico a continuación, para aquellos que tengan interés.

2.2 Cómo se construye el saber económico. Y para qué se construye.

La forma en que se construye conocimiento económico es similar a otras disciplinas científicas. La realidad es tan compleja, que a menudo se recurre al método de la abstracción, que consiste en extraer o seleccionar algunas variables o procesos, supuestamente los más relevantes, para explicar cómo funcionan las cosas. De una realidad cambiante y compleja, que en la práctica opera como un sistema de interacciones recurrentes, los científicos sociales «aíslan» algunos componentes y los examinan para ver cómo se afectan mutuamente.

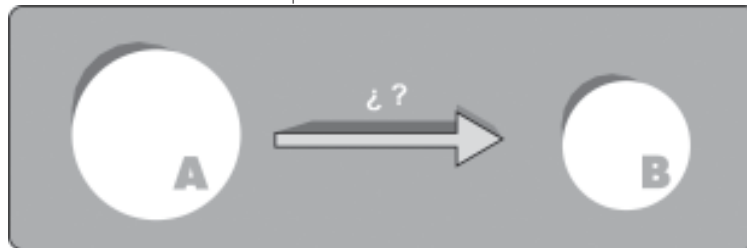
Esquema 2.1 Proceso de abstracción



Obviamente, cuando se selecciona una parte de la realidad para estudiarla y sacar conclusiones sobre cómo funciona esa parte, se está realizando una opción específica respecto de qué es más importante, y por eso toda nuestra humanidad queda contenida en el acto mismo de la abstracción, determinando los resultados de dicho ejercicio.

Respecto del análisis económico en general, es habitual que además se agregue la metodología de aislar las variables de dos en dos, para investigar las unidades (ladrillos) constitucionales del conocimiento económico, que consiste en determinar qué elementos influyen sobre una variable (como el salario o el ahorro), para que éste se comporte de cierta forma.

Esquema 2.2 Buscando la relación entre dos variables



Por ejemplo, primero se intenta determinar la relación entre lo que la gente demanda y el precio del producto, dos variables que se «conectan» de cierta manera. A todos nos pasa que tenemos una cantidad limitada de dinero, y por tanto mientras más caro es algo, menos cantidad podremos comprar de él. En términos teóricos, por pura observación de la realidad, se puede decir que la demanda será mayor cuanto más bajo sea el precio y viceversa.

Hay muchas cosas adicionales que entran en juego y que afectan la demanda; la compleja realidad incluye otros productos, la calidad distinta de éstos, preferencias por modas y por marcas, las capacidades de endeudamiento, la idea de que algo exclusivo y bueno puede ser más caro pero valerlo, incluso nuestros estados de ánimo que a veces nos hace compradores compulsivos. Pero dentro de toda esta maraña de posibles factores que explican cómo demandamos los consumidores, es muy difícil entender la más mínima cosa. Es casi obvio que para sistematizar cómo funciona la demanda, hay que partir por privile-

giar algunas variables o fenómenos como más explicativos que otros. En este caso, hemos determinado que casi con entera seguridad, el precio del producto es muy determinante en nuestra decisión de compra; seguido por el presupuesto con que cuenta el consumidor. Ya hemos hecho la abstracción: la demanda por un producto depende (más que nada) de su precio y del presupuesto del consumidor.

Y así, ya hemos establecido no sólo que las cosas se relacionan entre sí (precio y demanda), sino también cómo se relacionan (a más de uno, menos de lo otro; relación inversamente proporcional). A seguidas podríamos medir el comportamiento real de ambas variables y validar empíricamente lo observado. Aún más, podríamos incluso concluir obteniendo la magnitud o intensidad en que una opera frente a la otra, a lo largo del tiempo.

Sin embargo, este precepto básico de la economía puede no ser cierto, si otros factores «externos» entran en juego y afectan sustancialmente la variable bajo estudio se manifiestan con cierta potencia. Por ejemplo, puede ocurrir que las personas tengan una preferencia sentimental especial por un objeto que las haga capaces de pagar lo que sea por el mismo. Entonces, se restringe la validez de la observación general, recurriendo a la explicitación de que tal variable determina a tal otra en cierta forma, siempre que todos los otros factores se consideren fijos o constantes, lo que en lenguaje económico científico se *dice* «*caeteris paribus*».

En nuestro ejemplo del precio y la demanda, se podría decir con toda la propiedad científica de la economía, algo así:

$$D = f(P)$$

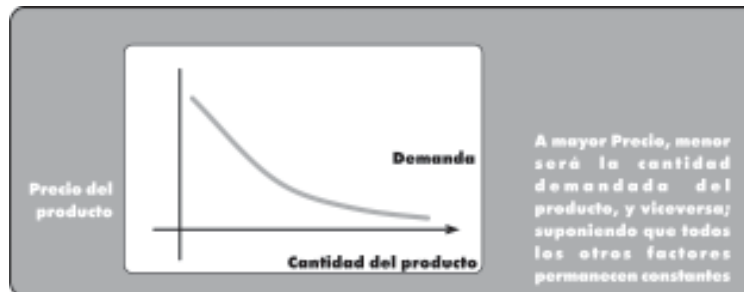
La demanda de un producto depende de su precio, en forma inversamente proporcional. Esto mismo, en ecuaciones se puede escribir:

$$D = f(P), \delta D / \delta P < 0$$

que se lee así: la Demanda (D) de un producto, es una función inversamente proporcional a su precio (P).

Lo mismo puede también expresarse adecuadamente en el sistema de coordenadas cartesianas, construyendo un gráfico, puesto que casi todas las funciones económicas básicas se construyen linealmente:

Esquema 2.3 Comportamiento de la Demanda



Al principio, los gráficos y las ecuaciones pueden resultar difíciles de leer, pero con el tiempo, ahorran tiempo y formalizan sintéticamente una gran cantidad de contenidos de saber económico y por eso su uso ha sido extendido, sobre todo con fines analíticos y didácticos.

En general, la tentación de seguir complejizando las relaciones funcionales de dependencia, es muy grande. La matemática permite que vayamos traduciendo casi todo esto a ecuaciones o matrices que sirven el interés formalista. Pero siempre, esto habrá de realizarse explicitando las restricciones y límites correspondientes que deben asegurar que el modelo resultará en observaciones y predicciones consistentes con la teoría económica, y principalmente, con la realidad.

Por supuesto que el ejercicio previo, que es bastante rústico, y su único propósito es ilustrar cómo se construye saber eco-

nómico mediante el método de abstracción y de establecimiento de relaciones funcionales de comportamiento.

A una primera «relación funcional» que se establece entre dos variables, se van agregando cada vez más, formalizándose así todo un cuerpo teórico que constituye un determinado saber económico. En nuestro ejemplo, además de saber cómo se comportan los consumidores individuales, podemos también establecer cómo se conducen los productores individuales, cómo la oferta depende también del precio pero en forma directamente proporcional, y luego investigar de qué dependen los niveles de salario, el Producto Interno Bruto, las exportaciones y la tasa de interés. A medida que los economistas van formulando explicaciones para cada una de las variables económicas individuales (microeconomía) o nacionales (macroeconomía), se va gestando una teoría, un nuevo cuerpo teórico del cual se pueden ir extrayendo derivaciones decisionales, preceptos de política económica, porque la economía nació y sigue siendo, una ciencia normativa.

Ahora bien, aún y cuando la realidad sea muy compleja, hasta cierto punto es conveniente utilizar la abstracción porque gracias a este recurso, podemos estipular que *en general, si subimos los precios tendremos menos demanda y viceversa*; y esto nos puede ayudar a tomar decisiones económicas acertadas. Lo que no podemos por ningún motivo, es olvidar que esto es una súper simplificación de la realidad, que sólo funciona cuando lo demás no ha cambiado y/o se considera casi irrelevante.

El precepto de cautela siempre debe obligarnos a explicitar el carácter restringido y particular de cada teoría o modelo económico. Uno debe sospechar por tanto, de aquellas prescripciones que son idénticas, independientemente del país o del momento histórico donde se intente su aplicación.

Y como veremos respecto del neoliberalismo, se debe investigar con rigurosidad bajo qué condiciones un cuerpo de co-

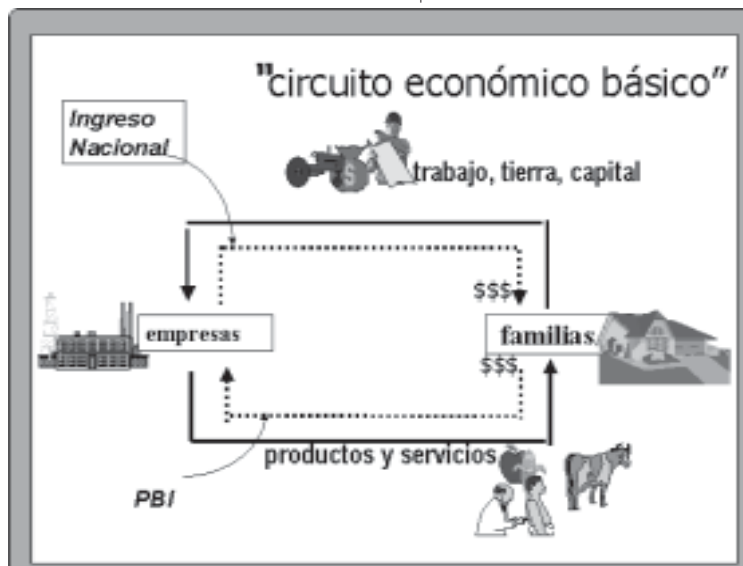
nocimiento económico es aplicable, qué tan cercanos a la realidad correspondiente son sus supuestos; y quién y bajo qué circunstancias económicas, políticas y geográficas, y desde qué intereses e ideología, lo configuró como modelo.

2.3 Complejidad de los fenómenos y abstracción económica.

Veamos por un momento la concepción fundamental de la economía tradicional, con la que todo estudiante se topa en el primer semestre, y que marcará el resto de su formación y ejercicio profesional.

Se tiene el siguiente esquema, mejor conocido como el circuito económico básico, que relaciona el funcionamiento de los productores (empresas) y los consumidores (familias) en la producción de mercancías y el intercambio de factores de la producción (trabajo, tierra y capital)

Esquema 2.4 Circuito Económico Básico



En este circuito, las familias que son dueñas de los factores productivos como la tierra, el trabajo y el capital, le proveen a las empresas dichos factores, a cambio de una retribución correspondiente (rentas, salarios, intereses), al mismo tiempo, las empresas producen mercancías y servicios y se las venden a las familias a cambio de su valor monetario en el mercado. Se forman dos circuitos en dirección contraria. El primero, exterior, que gira en contra de las manecillas del reloj, representa el flujo continuo de la economía real (factores y bienes). Mientras, el circuito interior fluye, según las manillas del reloj, representando la corriente monetaria que actúa como medio de cambio y de pago de la economía real. Si medimos el flujo de la producción a lo largo de un año, en unidades monetarias, obtenemos el indicador más agregado que nos habla del tamaño de la economía de un país, o sea el Producto Interno Bruto (PIB). Si sumamos el flujo anual de los sueldos, rentas e intereses, tendremos el indicador Ingreso Nacional.

Lo anterior es el producto de una heroica sobre-simplificación de la realidad, ya que se ha prescindido de una serie de elementos que hacen parte de la realidad, sin alterar los resultados del ejercicio sustantivamente, como son la participación del gobierno y las relaciones internacionales.

¿Por qué traigo este esquema a la discusión? Porque me interesa mostrar cómo, copiando un circuito eléctrico a la vieja física, los economistas hasta el día de hoy podrían verse tentados a creer que la economía está suspendida en el aire, que no se construye social y políticamente, de acuerdo a unos referentes culturales específicos y cambiantes; y sobre todo, que nada alimenta la producción económica y a su vez la producción económica, parece no generar ni desechos ni externalidades negativas.

Tradicionalmente, la economía se percibe escindida de cualquier sistema de creencias, de la visión de mundo de los ciudadanos, desprovista de su tejido social y político, libérrima res-

pecto de consideraciones distributivas, y además, mágicamente alimentada por algo que siempre le proveerá, de forma milagrosa, de la materia y la energía que importa todo proceso extractivo y transformador de la naturaleza. De ahí a pensar que la expansión infinita de la producción económica del mundo es no sólo posible, sino deseable, sólo hay un paso. Paso que damos todos los economistas, en forma casi automática.

Lamentablemente, los economistas a veces no somos todo lo rigurosos que nos gustaría, y a menudo olvidamos que el esquema antes visto es una infinitesimal parte de la realidad, que está sobre-simplificada, para mostrar cómo se interrelacionan los mercados factoriales y de bienes. No nos forman para entender que la economía es apenas un subsistema termodinámicamente abierto que es alimentado y limpiado por complejos procesos ecológicos, cuya provisión constante, limitada y frágil, deberíamos tomar muy en cuenta si quisiéramos hacer bien nuestro trabajo.

Veamos a continuación un breve adelanto de lo que se discute actualmente respecto a la sustentabilidad ecológica de las economías humanas, ya que este análisis es crucial para comprender el proceso de desarrollo de las personas dentro del entorno natural.

La sustentabilidad vista transdisciplinariamente.

Para la economía socioecológica, la economía constituye un subsistema termodinámicamente abierto que funciona dentro del macrosistema ecológico que le sostiene. Tanto el fluir de la vida como el funcionamiento de la economía humana, se alimentan de la única fuente de energía con que cuenta la biósfera: la energía solar, sea esta directa o indirecta, actual o acumulada (por ejemplo, en forma de petróleo). De este flujo continuo, lo que canaliza la economía humana (transflujo) ya no estará dispo-

nible para las demás especies animales y vegetales. La economía insume de los ecosistemas energía en forma de materias primas y de energía útil (fósil, hidráulica, etc.) y produce dos tipos de residuos: el calor disipado (por la segunda ley de termodinámica) y residuos materiales (potencialmente reciclables).

Así, la sustentabilidad resulta de la relación entre dos variables: la extracción/producción económica, que insume energía y produce residuos, y la resiliencia de los ecosistemas, que es la capacidad de reponer los compuestos tomados y de absorber-reciclar los desechos producidos por efecto de cualquier fenómeno (en nuestro caso la dinámica económica). Cuando la magnitud e intensidad de la expansión económica es superior a la resiliencia de los ecosistemas, ocurre un daño ambiental o pérdida de patrimonio ecológico, y queda comprometida la sustentabilidad de la dinámica productiva. En este caso, el crecimiento económico es excesivo en función de la resiliencia ecosistémica. Pero en el caso contrario, se podría sostener el proceso en el tiempo.

Para la economía socioecológica, el crecimiento económico debe llegar sólo hasta el punto de la resiliencia de los ecosistemas a escala local, regional y global. Más allá del mismo, la magnitud y la intensidad extractiva es demasiado grande, y el medio ambiente es incapaz de reponer los recursos extraídos y absorber (y reciclar, reutilizar o degradar) los desechos generados por la actividad económica. Visto en función de espacios ecológicos o bioregiones, el subsistema económico no puede crecer infinitamente dentro del universo ecosistémico finito que le sustenta, a menos que el furor expansionista de los economistas logre vencer las leyes de la física, la química, la biología, y la ecología a un mismo tiempo.

Más adelante, se discutirá en extenso esta visión compleja y sistémica. Baste por el momento señalar que mirar la economía dentro de un todo más complejo y cambiante, supone dar un salto epistemológico enorme, para el cual la mayoría de los profesionales formados y deformados con el instrumental tradicional, no están del todo preparados, y me temo que tampoco están ni remotamente interesados.

2.4 Modelos económicos: supuestos, teoría, política

Casi todo el conocimiento económico está estructurado en base a modelos simplificados de la realidad, especies de maquetas, que nos permiten «manipular» algunas variables y ensayar sus resultados, quedando en posición de predecir comportamientos futuros, dentro de determinadas circunstancias; antes de «probar» recetas en la realidad.

Sin importar de qué escuela de pensamiento económico se trate⁴, todos los modelos están constituidos por un conjunto de variables cuyo comportamiento y determinantes son identificados y formalizados, a menudo en un sistema de ecuaciones simultáneas. Esta teoría, que relaciona variables, a su vez está basada en un conjunto de supuestos implícitos y explícitos, sin cuyo concurso no podrían sostenerse los preceptos teóricos centrales. El heroicismo relativo de los supuestos de trabajo de cada modelo, tiene que ver con la necesidad de simplificar los elementos de la realidad que se desean comprender. Finalmente, a partir del corpus de conocimiento que se construye en cada modelo, es posible derivar algunas nociones de política, o preceptos de intervención para modificar en determinados procesos con senti-

⁴ Esto se explica porque la economía en tanto ciencia, surge dentro del paradigma científico tradicional, de herencia Cartesiana Newtoniana, que además de su potencia propia, muestra un fuerte sesgo racionalista, atomizador, mecanicista, lineal y determinista. Sin negar que este paradigma científico generó importantes avances en las ciencias físicas, hoy obstaculiza el avance hacia una comprensión más integral y sistémica de los fenómenos complejos a los que nos abocamos, requiriéndose un nuevo paradigma científico, como establece Fritjof Capra (1982).

do económico, o sea tratando de controlar inflación, generar crecimiento económico, maximizar beneficios y/o satisfacer de necesidades humanas.

Esquema 2.5 Construcción de conocimiento y acción



Lo que hace a los modelos más o menos eficaces o contraproducentes, es la solvencia de los supuestos o premisas fundamentales. La cercanía de éstos con la realidad, determina la «potencia» de las recetas de cada escuela o doctrina económica. Mientras más irreales o lejanos a la realidad sean los supuestos, menos éxito se puede esperar de sus prescripciones. Más adelante se analizará este punto, aplicado al modelo neoliberal, para analizar por qué desde un inicio, sus enseñanzas estaban condenadas al fracaso.

A estas alturas del partido, con más de 300 años de desarrollo y contando con los ordenadores y las máquinas de calcular

que todos damos por garantizadas en la vida moderna, casi todos los modelos que persisten en los textos no tienen problemas de coherencia interna, es decir los supuestos, comportamientos que describe y las políticas que recomienda, están perfectamente alineados.

Pero lo que no se debe olvidar nunca, es que los modelos son una burda simplificación de la realidad, y que al recomendar políticas económicas, tenemos que recordar que la realidad es mucho más compleja, cambiante e inasible que el modelo.

Pero los economistas a menudo jugamos a los dados y casi nos creemos superiores, después de todo en la Universidad nos enseñan que manipulando la tasa de interés aumentaremos la inversión, y con ella, el PIB y el bienestar general del país. Se ruega perdonar tanta soberbia, pero eso es lo que aprendemos en las escuelas de economía. Nos enseñan, nos conquistan para creernos semi dioses, y después es natural que nos transformemos en personajes deleznable, arrogantes, incapaces de oír o ver, absurdamente embriagados en una ilusión de poder inexistente.

Puedo hacer un *mea culpa* respecto de lo que nos ocurre cuando empezamos a manipular modelos. Nos salen nuestros peores bajos instintos. Recuerdo en mis estudios de maestría en Estados Unidos, viniendo de una universidad latinoamericana a principios de los ochenta, habíamos sufrido en el pre-grado, calculando una regresión con calculadora, nos había tomado cerca de un mes, pero todos los alumnos de Econometría II habíamos entendido bien el proceso y sus limitaciones. En mi primera clase de Econometría graduada, el profesor nos entregó una base de datos en diskette para correr una regresión sobre el consumo estadounidense y realizar un análisis crítico de los resultados, de acuerdo a determinados parámetros y pruebas.

Debo confesar que adorando los números y siendo ayudante de matemáticas desde muy temprano en la Universidad,

experimenté la angustia normal de quien no ha tenido antes acceso a un PC y por lo tanto, la menor idea de qué hacer con el diskette que se nos había entregado. Hasta que un colega de doctorado, que hoy trabaja en la New School of Economics de NY, llegó a salvarme con su solidaridad, enseñándome como barmirme con el computador y además cómo usar el TSP, luego de haber perdido los datos completos varias veces.

Pero ahí comenzó otro problema. Me entusiasmé mucho con la facilidad con que se pueden cambiar ciertos parámetros y valores, obteniendo resultados distintos. Rápidamente me olvidé de pensar en qué estaba haciendo, cuando hacerlo era tanto más rápido. Pronto, todo comenzó a parecer posible y al mismo tiempo nada parecía tener sentido. Tuve que dar una larga caminata para recobrar el sentido de realidad, repasar las varias teorías sobre el consumo, quedarme con la de Keynes, grabarme de nuevo que las restricciones para la ecuación estaban dadas en la teoría⁵ y que la prueba empírica que me aprestaba a realizar tenía que tener sentido económico.

Sentí una suerte de peligro en ciernes, esa tentación de creer que porque se puede jugar con los modelos, también se pueden experimentar con estas dinámicas en la realidad. Y ciertamente temí al preguntarme si no era eso mismo lo que estaban haciendo los Chicago Boys en el cono sur. Pensé que era muy fácil perder el control ético de nuestro quehacer. Y fantaseé que muchas personalidades extrañas, sin duda eran atraídas por estos laboratorios macroeconómicos donde futuros economistas, juegan con propensiones marginales al ahorro y con eficiencias de fondos de pensiones, o sea con el bienestar de la gente, como los bebés juegan torpemente con sus bloquecitos de colores.

⁵ Por ejemplo, que siendo el consumo una función creciente del ingreso nacional, contiene una parte que es autónoma ($C = \alpha + \beta Y$; $\alpha > 0$, $0 < \beta < 1$)

2.5 Preceptos transversales al pensamiento económico convencional

En este punto, conviene discutir ciertos preceptos fundacionales de la teoría económica general, sin los cuales, no se constituye el andamiaje teórico de ninguna escuela económica, incluyendo la (neo) liberal, que descansa en su majestad, el mercado.

La soberanía del consumidor.

El comportamiento racional de los agentes económicos.

La apología de la competencia.

Consumidores: soberanos del mercado.

Este precepto dice relación con la idea de que en el mercado, el consumidor es soberano porque sus gustos marcarán la pauta de los productos que triunfen en la competencia por sus favores. Así, sus decisiones (y no la de los empresarios) conducirán el devenir de la producción y el comercio. Sus preferencias reveladas en el momento de ejercer la demanda (comprar), orientarán a los productores hacia sus necesidades concretas. Si algún producto es malo, el consumidor lo desechará, se abstendrá de comprarlo y la línea de producción se detendrá. ¿Para qué necesitamos un ente regulador (Estado), si el mercado tiene estos mecanismos automáticos de corrección?

El precepto de soberanía del consumidor es una poesía maravillosa que no es del todo desechable, cuando pensamos en los países desarrollados; pero la realidad que vivimos nosotros es muy distinta. Por lo mismo, la pretendida autorregulación de los mercados que estarían a merced de los consumidores, queda en entredicho.

En nuestra Latinoamérica, la soberanía que tenemos como consumidores es tenue y esporádica, ya que funciona una combi-

nación de mercados formales e informales, en cuya complejidad a menudo se diluyen las «señales» y también las responsabilidades. Como sabemos, nuestra panorámica social, económica y política nos habla de pobreza, de una mala distribución social del ingreso y de un régimen de propiedad privada que amenaza seriamente las posibilidades reales de ejercer soberanía frente a los productores y comerciantes. Por otro lado, el consumidor es muchas veces presa de mercados cautivos, porque la gran mayoría de ellos tienen que funcionar en base a créditos directos de los comercios, y además porque no existe información disponible para optar en forma soberana.

Además, y a mi juicio felizmente, existen ciertas proporciones de población que participan poco en los mercados, y que viven como se ha hecho desde hace mucho, apoyándose en economías de auto-consumo, trueque y redes solidarias. Preguntémosle a los argentinos si en este momento de crisis, acaso se sienten soberanos, pero luego echemos a correr, no sea que nos llegue una golpiza bien merecida.

Finalmente, existe una serie de «externalidades», que no son evidentes de forma inmediata al comprador, como pueden ser los impactos ambientales y sanitarios de la producción, o el uso de ciertos productos o servicios.

De hecho, la única manera en que en casos emblemáticos los consumidores se han podido defender adecuadamente de las grandes corporaciones, sobre todo en los países desarrollados, como en los casos de la industria farmacéutica, tabaquera y química, ha sido mediante la organización de consumidores⁶ para la defensa colectiva de sus intereses.

⁶ Rompiendo el precepto de competencia perfecta que teóricamente garantiza la eficiencia del mercado en la asignación de recursos.

Somos racionales, somos «homo economicus».

De acuerdo a este precepto, las personas no somos únicamente *homo sapiens*, sino también *homo economicus*, que es la metáfora usada por algunos economistas para caracterizar, un tanto gráficamente, que habrían fundamentos físicos y antropológicos en el comportamiento supuestamente racional de los agentes económicos (en el libre juego de la oferta y la demanda). Aunque dejaremos para varios capítulos más adelante la discusión moderna sobre el proceso de la hominización, así como de la relación indisoluble entre razón y las emociones, al menos examinemos mientras tanto lo que se nos inculca cuando somos aún pichones de economistas.

El *homo economicus* se comporta en forma «racional», esto es, buscando el propio interés individual: si somos consumidores queremos comprar mucho, con el menor costo posible (maximizaremos utilidad como le decimos a la satisfacción). Si por el contrario somos productores, queremos vender mucho y bien caro, para maximizar los beneficios (como llamamos a las ganancias). El comportamiento racional del *homo economicus* implica que todos buscamos nuestro propio provecho personal.

Este precepto individualista es fundamental en el pensamiento y las políticas económicas, ya que sin él, no funciona la primera ley económica (ley de la oferta y la demanda), la que a su vez sostiene la defensa del mecanismo del mercado como el mejor asignador de recursos en la sociedad.

A su vez, esta famosa ley de oferta y demanda, establece que compradores y vendedores concurren a un mercado para competir por el mejor trato que le beneficie individualmente, generando un precio «justo», que refleja las antagónicas fuerzas de oferentes y demandantes. El arreglo de un precio, que a la postre refleja los intereses de productores y consumidores, se realiza de

forma «impersonal» y atomizada, de esto se encargan las fuerzas y los mecanismos de mercado. No hacen falta interventores externos que irrumpen en este fluir de fuerzas mercantiles, como podría ser la fijación de precios máximos para productos de primera necesidad, por parte del Estado.

Lo cierto es que el impersonalismo del mercado, sólo ocurre cuando se trata de mercados relativamente grandes, generalmente en zonas urbanas de alta densidad poblacional, donde los vínculos de parentesco y afecto se han diluido con el tiempo y la modernidad. Pero no así en espacios rurales y/o tradicionales, donde aún prevalecen prácticas basadas en el parentesco y/o la solidaridad.

Aquí no puedo contener el impulso de resumir la anécdota que Humberto Maturana ha relatado en algunos seminarios. Este biólogo del conocimiento, con todos los honores académicos de rigor, ya en su madurez, tuvo la idea de sentarse en un curso de economía básica, porque quería entender cómo pensaban estos colegas. Cuando el profesor explicó el precepto de racionalidad económica, Maturana no pudo evitar lanzar la pregunta respecto de qué pasaría en el argumento, si el ofertante y el demandante se conocían, y aún más, se tenían cierta consideración o afecto. No recuerdo cómo salió el curso de la perplejidad en que todos se precipitaron ante lo que deben haber considerado como una insolencia y una transgresión imperdonable de un lego; pero lo importante aquí es señalar que desde luego Maturana, con su nada inocente pregunta, echó por tierra un pilar fundamental de la teoría económica convencional.

Esto así, porque en una cultura de amor, donde los otros nos importan, los precios alcanzados en un sistema de mercado serían cualquier cosa «distorsionada». Por no perjudicar o incluso por beneficiar al otro, los agentes económicos se volverían «irracionales». El ofertante bajaría demasiado el precio, el com-

prador, haría lo contrario, subiéndolo. No habría posibilidad alguna de llegar a un acuerdo porque ambas fuerzas, alimentadas por el afecto, empujarían hacia un distanciamiento de precios, en vez de hacia una convergencia. A su vez, estos resultantes «irracionales», generarían señales distorsionadas y contradictorias al proceso de asignación de recursos.

Se podrá reconocer, desde la experiencia propia, que los procesos de compra-venta dentro de la familia, con un hijo o un hermano, a menudo termina en desastre. Al final, se realiza la transacción, pero las inconformidades se presentan, sin poder expresarse abierta y «racionalmente», ya que se tiene temor a herir al otro o al «que dirán», y es precisamente esta condición lo que echa por la borda todo el funcionamiento impersonal de los mercados.

El mercado sólo funciona «racionalmente» entre desconocidos que no se importan ni un poquito. Por eso, las empresas exitosas no se expanden en los pueblos chicos donde tanto los vínculos de parentesco y afecto, como el capital social, ejercen la función de control ético de la iniciativa «racional» del *homo economicus*. Por el contrario, la gran empresa necesita siempre ampliar su ámbito de clientes, crecer y crecer territorialmente, para lograr el tamaño y la solvencia económica que le permite permanecer activa y vigente por los años, sin que las condiciones de sus ventas puedan ser conocidas y discutidas por todos los ciudadanos. No está claro si por estas razones únicamente, pero al menos junto a ellas, se fue forjando en el mundo la tendencia al gigantismo en la producción y en las organizaciones humanas.

La apología de la competencia.

La idea aquí es que la competencia férrea depura el mercado de aquellos que son más ineficientes, inviables, e incumplidores. Sobreviven los mejores, quiebran los ineficientes

obsoletos, incapaces de competir. El planteamiento sería impresentable, si es que no se prometiese a los consumidores que estas tristes caídas, son en realidad beneficiosas para él, que tiene un presupuesto limitado, y que merece mejores productos y precios. El argumento neoliberal se erige en nombre del bienestar del consumidor y por eso debe ser aceptado, podríamos decir hasta agradecido, por los compradores. Para lograr obtener su complicidad hacia las devastadoras fuerzas de la competencia mercantil, sus ideólogos proclaman que el consumidor merece productores solventes, eficientes e innovadores.

«A camarón que se duerme, se lo lleva la corriente», y en el mercado salvaje, «el que pestañea, pierde». Así son las crueles reglas del mercado, según el fundamentalismo economicista, y en él, sólo pueden sobrevivir los más aptos, remedando la teoría darwinista de la evolución biológica. Esta idea parece bastante atractiva, sobre todo como Darwin la propuso, implicando un proceso evolutivo que supuestamente avanza hacia un estadio mejor o más pleno, pero ¿acaso el mercado y la competencia nos han hecho un mundo y una sociedad mejores?

Nadie puede negar que un poco de competencia, dentro de ciertos límites, puede beneficiar al prójimo. Pero demasiada competencia, sobre todo en un contexto de desigualdad en el acceso a las oportunidades y a la información, puede ser sinónimo de reproducción de un régimen de privilegios y exclusión del botín, que se queda siempre en el mismo club privado.

Por ejemplo, y retomando el ya famoso tema de la globalización económica, consideremos la competencia feroz que se da en la economía internacional entre los países en vías de desarrollo. Este proceso ocurre en un contexto donde

las regulaciones transnacionales son casi inexistentes, generándose «incentivos» perversos, que se traducen en el uso de trabajo esclavo o infantil, en conductas depredadoras y contaminadoras de los recursos naturales, para poder llegar al mercado con precios más bajos. En este sentido, la competencia genera señales (socialmente inaceptables) de que «todo vale». Si los consumidores (desinformados) van a tener la decisión en su bolsillo, optando por lo que cuesta menos, entonces los productores localizados (a miles de kilómetros de distancia), donde las leyes y normas son más laxas y/o su cumplimiento es difícil de fiscalizar, van a tender a externalizar costos sociales, laborales y ambientales, como mecanismo central de competitividad.

Por supuesto que en una economía internacionalizada, no importa que estas ganancias jugosas del corto plazo, con el tiempo tiendan a extinguirse; porque entran nuevos competidores más deleznables, y también porque la población denuncia y por tanto atenúa este tipo de prácticas predatorias. Pero nada de esto altera el sistema en su fondo, puesto que las empresas pueden empaquetar y buscar nuevos horizontes para sus capitales, en rubros distintos, cada vez que lo necesiten.

La tesis de la competencia deseable, además oculta una falacia de composición: un poco de competencia puede ser deseable, porque despabila y nos impulsa a hacer mejores cosas, en relación a una situación sin premura. Pero cuando esta competencia se torna en una lucha campal permanentemente, donde sólo sobreviven los más fuertes (económica, política o tecnológicamente hablando), la dinámica se vuelve perniciosa porque aniquila, deja a unos pocos, disminuye la diversidad cultural y social, destruye conocimientos locales y ancestrales, las tradiciones, la identidad de cada uno de los pueblos. ¿Y quiénes se benefician con esto? Apenas un puñado de corporaciones transnacionales y grupos de poder, al interior de nuestros países.

Esto así porque, en la lucha por una mayor «tajada del mercado», las empresas se van absorbiendo y fundiendo para abaratar costos y generar economías de escala (amén de disminuir competidores). De seguir dicho proceso, se van gestando situaciones de cartel, oligopolio y monopolio, que perjudican a los mismos intereses de los consumidores, a los que se declaraba beneficiar en un principio.

Nada más lejano a la humanidad que la competencia feroz. Como se verá más adelante, según Maturana la historia de la hominización surge en un contexto de convivencia amorosa, de cooperación, donde emerge el lenguaje y el rápido desarrollo del cerebro humano, iniciándose por tanto, nuestro linaje de homínidos. No es en un ámbito de exclusión competitiva, frente a recursos escasos, que surge la historia de la humanidad, sino al calor y en la convivencia respetuosa de la legitimidad del otro, en que se funda nuestra evolución biológica, afectiva, intelectual.

Por tanto, plantear que como especie podemos conseguir más bienestar mediante el ejercicio sistemático y sobredimensionado de la competencia, significa olvidar nuestro origen y negar la cultura que nos permitió ser lo que somos. Esto no significa que como humanos no seamos capaces de la violencia, la exclusión y el desamor que implica toda competencia. Como especie, somos tan capaces de recrear culturas amorosas y vitales, como excluyentes y negadoras; pero si hemos de sobrevivir, de prosperar y de generar sustentabilidad en nuestro desarrollo, deberemos re-dimensionar y limitar el valor de las acciones de competencia, a aquellas que generen más beneficios que maleficios, para continuar con aquello de ser, entre los animales, los *sapiens sapiens*, o al decir de Maturana, los *homo sapiens amans*.

Pero volvamos por un momento a la forma en que en el campo de la economía se construyen modelos, que es un elemento central para poder deconstruir el ideario economicista de la economía.

2.6 Panorámica del Pensamiento Económico

En su concepción teórica, el liberalismo y su revitalización neoliberal demoniza el Estado, exagera el individualismo y legitima el ansia de lucro sin límites y la búsqueda de la satisfacción individual, a costa del deterioro ambiental y laboral que se conciben como «externalidades» eventualmente manejables e incluso reversibles. Sin embargo, esta concepción teórica que afirma que la búsqueda de bienestar individual maximiza el bienestar común, en la realidad no logra su objetivo y la evidencia empírica así lo muestra.

La economía como ciencia está constituida por un conjunto de escuelas de pensamiento económico que se han sucedido en el tiempo. Por lo pronto, interesa establecer que históricamente, la economía ha producido varias escuelas de pensamiento en sus 300 años. Se inicia con los clásicos liberales que fundaron la disciplina, estableciendo la conveniencia de que los Estados no interviniesen en los procesos económicos. Continúa con Carlos Marx (1867) y su virulenta crítica a la economía política capitalista, que ya sabemos las consecuencias que tuvo en la historia del mundo. Después surgieron los neoclásicos, con su intento de recuperar lo que ya habían dicho antes los clásicos del liberalismo, reforzando con mayor formalismo matemático que el Estado no debía intervenir en la economía.

Y así estaban las cosas hasta que se expandió la Gran Depresión de 1930, y aunque se seguían las enseñanzas liberales imperantes, el mercado no reaccionó nunca por sí mismo. Por esos años John Maynard Keynes (1936) construyó su notable texto fundacional de la macroeconomía, y con una cierta ayuda de la Segunda Guerra, sus enseñanzas sacaron al mundo hacia el crecimiento económico formidable de la postguerra. Luego vendrían los *shocks* petroleros, la crisis de la deuda externa latinoamericana, el derrumbe de la industrialización en nuestra región y el consecuente descrédito de las ideas de la CEPAL; con lo que

se habían generado las condiciones para la arremetida neoliberal monetarista que Milton Friedman había contribuido a forjar desde los años 50, en la Escuela de Economía de Chicago.

Desde los años setenta, se experimentó con el modelo neoliberal en las economías de nuestra región, creyéndose que con él se lograría hacer que las economías crecieran, se «sinceraran» o «ajustaran» respecto del entorno internacional, para producir entonces una nueva época de bienestar. Pero en el contexto latinoamericano, caracterizado por un débil standard laboral, social y ambiental, por falta de garantías derechos de las personas y por la institucionalización de la ley del más fuerte, el experimento neoliberal produjo resultados de exiguo y volátil crecimiento, hipertrofia financiera, desindustrialización acelerada, aumento del desempleo y la pobreza, concentración del ingreso y depredación de ecosistemas. A pesar de lo que la gente cree, hace mucho tiempo que la realidad muestra que el neoliberalismo y su receta dogmática de apertura externa, desregulación total y privatización se hunden bajo el peso de su propia promesa fallida. De hecho, la mayoría de los países latinoamericanos que han avanzado un tanto en desarrollo, son precisamente aquellos que han roto con el dogma y la ideología neoliberal, atreviéndose tímidamente a introducir marcos regulatorios, a intencionar al menos parcialmente su inserción internacional y a no privatizar a cualquier precio.

Estos nuevos sistemas híbridos que se plantean un mercado que funciona mejor dentro de un marco regulatorio, donde existe una dirección estratégica de la economía que se operativiza mediante el juego de oferta y demanda, la inserción internacional estratégica, la cooperación público-privada, y la protección progresiva de los derechos laborales, de género y de los ecosistemas fueron adelantadas a partir de los años ochenta por una serie de pensadores latinoamericanos que iniciaron el enfoque neoestructuralista.

Capítulo 3

3 GENEALOGÍA DEL DESARROLLO 3

GENEALOGIA DEL DESARROLLO

Dentro de nuestro proceso histórico, tras los choques petroleros y el posterior hundimiento del desarrollismo industrialista de las economías latinoamericanas, ocurrió un retroceso significativo en la potencia de nuestros países para generar desarrollo económico. La contrarrevolución neoliberal-monetarista generó costos sociales profundos, en cierta forma capturados en la idea cepaliana de la «década perdida de los ochentas», de cuyas consecuencias aun no nos hemos recuperado del todo. Sin embargo, la visión economicista del desarrollo, que se ha implementado con distintas recetas en la región, también ha generado efectos contradictorios y consecuencias negativas sobre la sustentabilidad ambiental y ecosistémica, así como en las dinámicas culturales de las comunidades humanas.

Distinta sería nuestra historia si en vez de aplicar recetas hechas en Inglaterra y Estados Unidos, sin ningún respeto ni sensibilidad por nuestra diversidad cultural, por nuestra identidad y visiones alternativas de lo que es progreso y bienestar, hubiésemos podido gestar nuestro propio camino de desarrollo, con respeto por nuestra naturaleza y nuestra identidad. Además de los intereses involucrados en nuestra ardua y fallida búsqueda del desarrollo, ha gravitado de manera importante la concepción de lo que se entiende y se practica como progreso, a menudo desde un punto de vista reducido y economicista, que parte por encubrir

los límites éticos, ecológicos y culturales al crecimiento de la extracción y distribución económica.

Desafortunadamente, las ideas y teorías de crecimiento y desarrollo económico nacieron en el seno de la economía, dentro de una racionalidad y en congruencia con una determinada visión de mundo, que no incorpora en el análisis las dinámicas culturales ni ecosistémicas que en forma recurrente interactúan y verdaderamente sostienen aquello que entendemos como lo económico. La única escuela de pensamiento económico que de algún modo se planteó elementos hoy identificables con la preocupación por la sustentabilidad fueron los fisiócratas, que pensaban, en un lenguaje un tanto antiguo, que el valor era generado por la tierra, y que se debían cuidar los acervos mientras se utilizaban los flujos de generación de nuevo valor. En palabras propias de los economistas franceses del siglo XVIII, se hablaba de aumentar las «riquezas renacientes» sin menoscabo de los «bienes de fondo» (Naredo, 1996).

Sin embargo, la tradición economicista logró imponerse completamente hasta el día de hoy, hegemонizando el discurso y la práctica del desarrollo en nuestra región, sin que se haya logrado transformar esta realidad, a pesar de voces disidentes y propositivas que surgieron en nuestra región, publicando a partir de los sesenta y setenta. De ahí que en este capítulo se desarrolla el itinerario del pensamiento sobre crecimiento y desarrollo, para abordar los elementos ecológicos y culturales, igualmente importantes en el resultado y las perspectivas futuras del desarrollo humano.

3.1 El origen economicista de las ideas sobre el crecimiento y el desarrollo

En varios de nuestros países, la ortodoxia economista neoliberal y su lenguaje de domesticación, aún hoy tratan de con-

vencernos de que el mercado a costa de todo, como si no hubiera un mañana, es la única vía para generar bienestar humano en el mundo.

Para entender cómo surge el liberalismo y posteriormente el neoliberalismo, es necesario contextualizar estos procesos, porque como en todo quehacer humano, existe una historia que explica la forma en que las distintas escuelas económicas fueron construyendo sus premisas y sus derivaciones de política, siempre en relación con una visión determinada de la vida, desde donde plantean y legitiman sus intereses construyendo explicaciones sobre la riqueza y su aseguramiento o expansión.

Estoy segura de que los padres de la economía, sobre los que pretendo hacer una síntesis heroica en las próximas líneas, seguramente se revolverían en sus respectivas tumbas de saberse exprimidos hasta el tuétano por tan apretado esfuerzo de contextualización, pero a riesgo de recibir sus fantasmales protestas, intentaré hacer la tarea, rogando su anuencia, invocando el interés superior de compartir sus ideas.

Como ya adelantamos, existen al menos dos espacios donde entendemos «lo económico»: como actividad humana cotidiana, y como campo de conocimiento. La actividad económica, como quehacer de las personas para procurarse el sustento, con distintas formas y grados de organización, es un proceso humano que surge con la propia hominización, hace ya varios milenios.

Pero la economía, como campo de conocimientos y de intervención para lograr ciertos fines, en occidente se remonta al pensamiento de los griegos. Indudablemente, otras civilizaciones, incluyendo las precolombinas de América, también elaboraban preceptos sobre la administración de los recursos y la riqueza dentro de la sociedad en cuestión, las que pueden observarse a partir de los vestigios de sus prácticas, que lucen bastante más

sustentables y equitativas que las actuales. Sin embargo, estas prácticas resultan muy desconocidas para los economistas formados en la tradición anglosajona.

Podemos encontrar nociones económicas muy temprano en la historia escrita de occidente. De hecho, Aristóteles y Platón argumentan sobre algunos elementos de la vida económica en consistencia con su pensamiento filosófico. Más adelante en la historia, se puede encontrar a Santo Tomás de Aquino, que escribía en una economía completamente autárquica y feudal, condenando la usura, pero hasta cierta forma adelantando ciertos elementos sobre el comercio en los albores del intercambio que luego transformaría a Europa en la cuna del capitalismo.

Mención aparte merecen los más recientes fisiócratas y mercantilistas, grupos heterogéneos que desde Europa plantearon ideas bastante interesantes y sin duda innovadoras, antes del surgimiento formal de la economía como la ciencia que estudiamos hoy. Los mercantilistas, que se remontan a la Europa pre-industrial, donde florecían las artes y los oficios en un modo de producción más bien artesanal, con un comercio creciente, sostenían algunos principios económicos, entre los cuales destaca la defensa del nacionalismo y de la necesaria fortaleza del Estado: para que los países se enriquecieran, era menester ingresar todo el oro que fuese posible, y proteger a los productores internos contra la competencia de otras naciones; atribuyéndose, desde entonces, el calificativo de «proteccionistas».

Los clásicos liberales

Sin embargo, el nacimiento de la economía como disciplina científica, habitualmente se data en el surgimiento de la escuela liberal. El primer padre de la economía, Adam Smith, publicó en 1776 su famoso libro *Una Investigación Sobre la Causa de la Riqueza de las Naciones*, siendo autor de la también conocida

metáfora del mercado como una «mano invisible», que asigna y mueve los recursos escasos en forma supuestamente «neutral», logrando por sí solo alinear la búsqueda del interés individual con el bienestar de los demás.

Construyendo sobre algunas nociones de Smith, el inglés David Ricardo lo superaría, elaborando su magnífica obra *Principios de Economía Política y Tributación* (1817). Muchos establecen que Ricardo fue el verdadero padre de la economía, debido al superior nivel de elaboración de sus propuestas teóricas, a la amplitud de su obra, que comprende casi todos los aspectos de la economía como la entendemos hoy, y al talento incuestionable que muestra en sus escritos. Él fue el primer economista en usar el método de hacer modelos simplificados (con fuertes supuestos) y aplicar sus derivaciones de política a problemas importantes de la economía de su país. Como profundizaremos más adelante, David Ricardo es el más fundamentado defensor del liberalismo económico, lo que en resumidas cuentas significa abogar por el menor grado posible de intervención del Estado en la economía. Es también el creador de la teoría de las ventajas comparativas, en las que descansa la apología actual sobre las bondades del libre comercio, y finalmente, a través de su teoría sobre la renta, de cierta forma inspira el moderno precepto del «chorreo» o «derrame», según el cual los frutos del crecimiento económico tarde o temprano llegan a los trabajadores.

Ricardo ya escribía en plena expansión del capitalismo en Inglaterra, cuna de la primera Revolución Industrial del mundo, la que se basó en el uso intensivo del acero, la invención de los motores a vapor, la maquinización de los procesos productivos, en el sistema de trenes como medio de transporte que acercaba los países, y en la explotación del carbón como combustible. Surgían por doquier las fábricas y los productos manufacturados en la industria, y con ello, surgía una nueva clase social: los obre-

ros industriales que trabajaban en condiciones paupérrimas y vivían inhumanamente en los cordones proletarios de las ciudades inglesas y europeas.

Y por todo el mundo, surgían también las críticas al sistema económico imperante, proceso coronado por las publicaciones de un filósofo y economista tan famoso como poco leído, Karl Marx, quien transformó para siempre la historia del mundo, no sólo con la fundación de una nueva escuela de economía política, sino también con su trabajo político, asociado con Engels.

El aporte de Marx

Para Marx, lo que diferencia una sociedad de otra no es lo que se produce, sino cómo se produce, o sea las relaciones sociales de producción, que en toda sociedad de clases, se caracterizan por la explotación del trabajo social y la apropiación privada del excedente económico. Así, los Modos de Producción están compuestos por una base económica determinante, sobre lo que se levanta una super-estructura ideológica y política que da sustentación discursiva y legitimidad a las relaciones sociales de explotación que existen en la mayoría de éstos. Marx estudió los Modos de Producción de la Comunidad Primitiva, Esclavista, Feudal, Asiático, Mercantil Simple y, sobre todo, el Modo de Producción Capitalista, estableciendo que todos ellos constituyen constructos históricos (no naturales ni eternos), susceptibles de cambio y transformación cuando se dan una serie de condiciones y contradicciones internas.

En su libro *El Capital. Crítica de la Economía Política* (1867), Marx estableció que la explotación del trabajo de los obreros es consustancial al modo de producción capitalista, que los obreros desprovistos de medios de producción se

ven obligados a vender su fuerza de trabajo en la industria, lo que es aprovechado por los propietarios del capital (capitalistas). Merced al trabajo humano de los obreros, se produce más valor que el necesario para sostener la vida del trabajador (y su familia). El capitalista fija el salario basado en este mínimo de subsistencia, que al ser inferior al valor producido en la jornada de trabajo, genera la plusvalía (valor adicional al requerido para financiar los bienes de subsistencia de quien lo produce). La propiedad de los medios de producción permite que el capitalista se apropie legalmente de este excedente (plusvalor), para reproducir el círculo de acumulación (privada) de ganancias (y su transformación en capital), en detrimento de los intereses proletarios. Por lo tanto, existe un antagonismo irreconciliable entre las clases sociales, cuya lucha sistemática generaría las condiciones para la transformación social hacia un nuevo modo de producción que sí fuese capaz de repartir los frutos del trabajo social entre todos. Marx pensaba que era necesario, ni más ni menos, construir un nuevo modo de producción y distribución (socialista o comunista), basado en la socialización o colectivización de los medios de producción, y por tanto, del excedente del trabajo humano.

Cundió el terror y el pánico, no sólo en la vida real, sino también en el pensamiento económico. Como ironizan Marx y Engels al inicio del Manifiesto Comunista: «Un fantasma recorrer Europa, el fantasma del comunismo». El sistema era histórico y superable, los mercados se fundamentan en relaciones de explotación e injusticia, los precios y salarios no se determinan por libres fuerzas de oferta y demanda, sino por la imposición que trae consigo ser o no dueño de los medios de producción. De pronto, todo lo que decían los clásicos liberales sonaba desde incompleto, hasta falso. A la luz del nuevo pensamiento, el sistema económico por sí mismo ya parecía impotente para producir el bien común, de ahí que el pensamiento de Marx resultara peligroso para el joven capitalismo europeo.

Ricardo y Marx partían de la misma teoría del valor trabajo (según la cual, sólo el trabajo humano crea nuevo valor o riqueza), y ambos reconocían el antagonismo de intereses entre los trabajadores y los capitalistas. Esto no es nada sorprendente, porque hasta el día de hoy podemos reconocer que, como establece Ricardo, si el precio está dado por el mercado (por ejemplo un par de zapatos se puede vender en 20 dólares), entonces mientras más aumento el salario de los trabajadores, menor ganancia tendrá el dueño de la empresa, y mientras mejor renta este último sobre su inversión, peores niveles de remuneración recibirán los trabajadores. La diferencia entre Ricardo y Marx, en términos de elaboración científica, surge en la «dinamización» de este precepto. Para Ricardo, según veremos más adelante, la aparente contradicción se soluciona con su teoría de la renta, la cual se entendería hoy como una concepción sobre la expansión o crecimiento económico. Ricardo estipulaba que al requerirse cada vez más mano de obra, ésta se hará progresivamente escasa, y los salarios de los trabajadores tenderán a subir en forma «natural», por la vía del mercado, sin requerirse intervenciones del Estado.

¿Y que sostenía Marx? En primer lugar se debe reconocer la complejidad de su pensamiento, puesto que además de plantearse desde la economía, Marx incorporaba elementos de historia y filosofía, combinando además el materialismo histórico y el dialéctico, creando categorías propias que resultan en una epistemología nueva, más abarcativa y transversal. En su visión de la explotación capitalista de la fuerza de trabajo de los obreros, Marx no veía ninguna posibilidad de que dicho Modo de Producción pudiese resultar en beneficios sustanciales y sostenidos para los trabajadores. Además, existían contradicciones en el núcleo mismo del sistema capitalista, por las cuales, éste se destruiría a sí mismo en el tiempo.

Por tanto, la forma de generar lo que hoy entenderíamos como una distribución equitativa de la riqueza, en los distintos

países, era cambiar el modo de producción. A partir de Carlos Marx, el mundo cambia para siempre, y la economía se escinde en dos grandes ramas, que seguirían desarrollándose en paralelo hasta la actualidad. La primera, continuaba la tradición legada por Ricardo, entre los cuales destacan, aunque por motivos opuestos Keynes, Prebisch y Friedman. La segunda se desarrolla expandiendo los fundamentos de Marx, entre los que se destacaron Luxemburgo, Lenin, Emmanuel, Amin y Mandel.

Como hemos visto, desde la apología de Ricardo o la devastadora crítica de Marx, la economía en su origen, abrazó sin mayores complejos su relación con lo político, entendido en su más amplio significado que incluye y trasciende elementos de política pública y de quehacer político. Consecuentemente, los libros centrales de Ricardo y de Marx, se refieren a la economía política, e incluso se titulan o subtitulan como tal.

La escuela neoclásica liberal

Como era de esperarse, luego de Marx y sus peligrosas enseñanzas, surge una respuesta tradicional desde la economía «burguesa» como la llamaba él: la escuela neoclásica. Estos economistas, entre los que Alfred Marshall resaltaba como uno de los más rigurosos y brillantes, estaban interesados en continuar el argumento liberal de la economía. Los neoclásicos comenzaron su cruzada aséptica, tratando de tecnificar y neutralizar el pensamiento económico, purgándolo de toda posible «confusión» con lo político, las ciencias sociales y los valores humanos. En un segundo rango del neoclásico económico, también escribían economistas como Walras, Jevons y Pareto. Esta escuela neoclásica de pensamiento aportó grandemente a la teoría microeconómica, por medio del análisis marginalista, cuyos escritos se produjeron hacia finales del Siglo XIX y comienzos del Siglo XX. La escuela optó por temas lejanos a la economía política, resolviendo estas molestas variables como procesos

«exógenos» al comportamiento y las decisiones económicas, que quedan por tanto fuera del campo de la investigación y discusión económica «pura».

En cuanto al método, con la debida licencia poética, podría decirse que estos neoclásicos estaban casi avergonzados del desarrollo de la economía dentro de las ciencias sociales y las humanidades, y que eran admiradores de la física y la matemática como ciencias duras. Sin lugar a dudas, ni a matices, iniciaron la tarea de expresar todo lo posible en lenguaje matemático (ecuaciones, derivadas, integrales y gráficos cartesianos) en un estéril ejercicio. Estéril en el sentido de que los problemas centrales de la economía seguían sin ser resueltos adecuadamente, y la más grave depresión económica del siglo XX lo demostraría muy rápidamente. No obstante, a partir de los neoclásicos, la ciencia económica tradicional quedó un tanto prisionera de esta formalidad matemática, que está demás decirlo, era bastante instrumental al propósito de evadir las cuestiones de equidad distributiva, que habían descarrilado a ciertos pensadores por caminos poco decorosos.

Respecto de los preceptos, los neoclásicos asumieron casi todo el pensamiento liberal, sin mayores innovaciones, estableciendo matemáticamente cómo los mecanismos del mercado, en forma garantizada, automática y única, logran generar los equilibrios estables, producir precios donde se iguala oferta con demanda, asignando los recursos en forma eficiente y óptima. Cualquier decisión incorrecta por parte de los agentes económicos (productores, consumidores) sería corregida por el mercado mediante el sistema de precios. Demás está decir, de acuerdo a la escuela neoclásica el Estado distorsionaría las fuerzas naturales del mercado, y por tanto debía abstenerse de intervenir.

En los albores del Siglo XX, comenzaba la Segunda Revolución Industrial y el motor del capitalismo se trasladaba a la na-

ciente y pujante economía estadounidense. Se inventaba el motor de combustión interna, la electricidad, la industria petroquímica, la energía y el transporte basados en combustibles fósiles. Se erguía en todo su esplendor, la nueva cultura del automóvil. Comenzaba también el nuevo siglo, todo era expansión, crecimiento y progreso. Los bolcheviques gobernaban en la Unión Soviética y la Primera Guerra mundial llegaba a su fin, con su correspondiente estímulo a la economía mundial. Marx estaba rotundamente equivocado, y por el momento ganaban los economistas tradicionales (neoclásicos).

El legado de Keynes

Durante los años 1920's, la capacidad de crecimiento económico del nuevo imperio norteamericano parecía ilimitada, y consecuentemente se produjeron las apuestas especulativas en la bolsa de Nueva York, en una corrida alcista que encumbró los precios y las ganancias bursátiles hasta las nubes. Dicho proceso, tan certeramente como la gravedad, es la antesala de una caída más o menos abrupta, una vez que el público «se da cuenta» que se han sobrevalorado los títulos y acciones, distanciándose en forma insostenible los precios de mercado y la real posición productiva y financiera de la empresa en cuestión (burbuja bursátil).

Hasta que llegó el 29 de octubre de 1929. Octubre negro, como se llamó. Se desploma la bolsa de valores de Nueva York. Esto genera el pánico bursátil: las empresas quiebran, los empleados quedan sin trabajo por años, se expande la pobreza, caen otras economías del mundo capitalista y el sueño americano se hace trizas. Ha comenzado la Gran Depresión económica, que significa que se contrae la producción, el empleo, y el comercio mundial.

Según las enseñanzas liberales y neoclásicas imperantes, no había que hacer nada, los mercados se recuperarían solos en

la medida que los salarios se desplomaran. Pero los sueldos estaban en el suelo, y nada pasaba con la inversión ni el empleo. Ni señas de recuperación. La economía neoclásica liberal estaba completamente impotente, no podía hacer nada. Por el otro lado, los economistas de tradición marxista, diagnosticaban una crisis del capitalismo que ya avanzaba hacia su derrumbe.

Entonces, John Maynard Keynes, un joven inglés que había sido alumno del neoclásico Alfred Marshall, publica en 1936 su *Teoría General del Interés, la Ocupación y el Dinero*. En él, echaba por tierra todo precepto liberal, estableciendo las bases para el manejo moderno de la macroeconomía, mediante las herramientas fiscales, monetarias y cambiarias que hoy hacen de nuestras economías, procesos bien comportados, que no se desordenan tanto y logran mantener los precios estables y el empleo y la producción en crecimiento. Keynes cobró fama mundial, se convirtió en asesor de la corona inglesa y del presidente norteamericano, y junto con el esfuerzo militar-económico de la segunda guerra, logró sacar al mundo de la Depresión, generando una nueva era de crecimiento económico que no parecía tener fin. Eventualmente fue elevado a la categoría de Sir John Maynard Keynes, por parte de la corona británica.

Keynes investigó cómo se comportan las principales variables macroeconómicas en su Teoría General, articulando por primera vez un conocimiento económico que integraba los sectores de producción, empleo y moneda. El autor construyó una visión global de cómo funcionan y se relacionan las decisiones de inversión, el consecuente nivel de empleo y su doble impacto sobre la oferta y la demanda agregadas, en un marco de incertidumbre explícita y fuerte peso de las expectativas. En su libro, Keynes establece cómo se comportan las variables agregadas de la economía, no el consumidor e inversionista individual⁷, sino el consumo y la inversión como procesos globales de un país.

⁷ Que constituía el foco de la atención de la microeconomía neoclásica.

Por ejemplo, estableció que el consumo está determinado por el nivel de ingreso nacional, mientras que la inversión por la tasa de interés; y así sucesivamente, con las variables de empleo, dinero, interés, producción potencial, sector externo.

Por lo tanto, si un empresario aumenta (o disminuye) la producción, a través de la contratación (o despido) de personas, estará también expandiendo (o contrayendo) la demanda agregada, por lo que la economía se irá acercando en forma secuenciada hacia los niveles potenciales de producción, siempre explicitando el paso del tiempo y la irreversibilidad de los procesos. Así, se generan decisiones individuales basadas en expectativas, que no siempre resultan en un equilibrio ni mucho menos en pleno empleo de forma automática. El ciclo económico que se deriva de las decisiones descoordinadas de los agentes económicos es «manejable» con la caja de herramientas de Keynes, pues al aplicar política económica (fiscal, monetaria, cambiaria) en forma anti-cíclica, el gobierno en forma directa o indirecta «suaviza» los auges y caídas cíclicas en el nivel de producción y empleo, y puede inducir la demanda efectiva hacia arriba o hacia abajo según se requiera.

Por demás meritorio, Keynes fue capaz de establecer las interconexiones recurrentes entre los mercados real, monetario y de empleo, en un marco de incertidumbre explícita que funcionaban tanto para el caso depresivo como inflacionario. Su prescripción se podría ilustrar con simpleza de la siguiente manera: en un contexto depresivo donde ningún empresario en su sano juicio se atreve a arriesgar su capital en la producción, se puede aumentar la inversión pública, con lo que se genera empleo y a través de los sueldos, demanda nueva que atrae a los mismos privados reticentes, a introducirse en la dinámica. El rol del Estado en este caso específico consiste en generar las condiciones para que el sector privado, como se llama hoy, invierta y produzca, lo que a su vez genera más demanda y así sucesivamente, en

un círculo virtuoso de crecimiento económico a través de la demanda inducida.

Keynes estaba preocupado por averiguar cómo los países podían aumentar su producción y el empleo de su mano de obra, pues la Gran Depresión había derrumbado la producción en todo el mundo capitalista, así que su foco de atención estaba entonces plenamente justificado. Cuando construyó las herramientas fiscales y monetarias *ad hoc*, que a la postre fueron implementadas con notable éxito, y no necesariamente porque él lo hubiera querido, la política económica se obsesionó con el crecimiento económico, un poco a costa de lo que fuera, y como si no existiesen límites de ningún tipo. A este respecto, resulta irónica la célebre frase de Keynes: «en el largo plazo, todos estaremos muertos».

A partir de Keynes, el Estado debe intervenir en la economía, en un rol de rectoría y de modulación del ciclo económico, mediante las herramientas idóneas que tiene a su haber. Se rompía el mito de la capacidad autoreguladora de los mercados. El Estado se hace cargo del riesgo, rompe el círculo vicioso depresivo de la economía (dejada al antojo de los mercados), y por tanto se hace responsable de modular el comportamiento cíclico, inherente a las economías de mercado. Hasta el *revival* neoliberal en los años setenta, nadie se atrevió a afirmar que los mercados debían dejarse en plena libertad para hacer y deshacer en la economía de un país. Esta fue la revolución keynesiana, en cuyos preceptos se formaron la mayoría de los economistas latinoamericanos que producirían la primera escuela de pensamiento económico de nuestra región.

Después de la segunda guerra mundial, el fragor expansionista consolidó a los Estados Unidos de Norteamérica como la primera potencia mundial (aunque en esos tiempos tenía un contrapeso en el bloque soviético). En este tiempo de

optimismo, se robustecieron las ideas economicistas de que el crecimiento económico no tiene límites aparentes, ya que la tecnología será capital en impulsar el desarrollo y la modernidad, tal como planteaban los teóricos de la modernización⁸. Así, nacía la noción de que los países más «atrasados» o tradicionales debían seguir a los más avanzados por una serie de etapas sucesivas hacia el progreso. Como veremos, la modernización, teoría manufacturada en el Norte, parece hasta el día de hoy, sospechosamente simple.

3.2 Teorías y Políticas de Desarrollo

Las concepciones tradicionales del desarrollo han acompañado el discurso y la gestión en este campo, afectando el curso de nuestra historia y de nuestras vidas. Como no se intenta realizar una revisión exhaustiva de todas las teorías de crecimiento y desarrollo, bastará por el momento traer a la discusión aquellas que han sido más influyentes y trascendentes para el caso latinoamericano. Estas concepciones tradicionales del desarrollo se inician con las ideas de la modernización de Rostow (1960), pasan por la visión y gestión desarrollista de factura latinoamericana, y se extienden hasta la versión neoliberal del proceso de expansión económica.

Como punto de partida, entender el crecimiento de la producción (PIB) y el desarrollo económico como procesos equivalentes, se remonta probablemente al trabajo de Keynes, siendo en aquel entonces, justificadas por la búsqueda de reactivación tras la mayor depresión mundial en los años treinta del siglo recién pasado.

Sólo a partir del período de industrialización inducida en nuestra América Latina, que se extiende en la América Latina, desde los años cuarenta y hasta los setenta, dependiendo del país,

⁸ Rostow y Germani, entre otros.

se consideró con cierta importancia la dinámica de distribución de los frutos del crecimiento, incorporándose políticas sociales en la gestión desarrollista, las que procuraban realizar las tareas que el mercado por sí mismo no lograba. En ese período, se logró además de cierta industrialización mercado internista, el desarrollo de una fuerte clase media, la provisión masiva de servicios de educación, salud, seguridad social, infraestructura y saneamiento básico, a cargo de nuestra versión del Estado del bienestar. Es en este tiempo cuando se generaliza la noción de que el crecimiento económico, o sea el nivel del producto, no equivale ya al desarrollo; ya que el desarrollo (socio)económico, comprende también la condición de que mejore la distribución del ingreso, que disminuya la pobreza (basado en el enfoque de las necesidades básicas) y que la población tenga más acceso a los servicios básicos.

Comencemos revisando muy rápidamente algunas visiones tradicionales del desarrollo, que son relevantes para nuestra realidad como región, y en futuros capítulos emprendamos la discusión de concepciones innovadoras, más sistémicas y transdisciplinarias.

Casi todos los autores coinciden en lo esquivo del concepto de desarrollo, tal vez porque el mismo obliga a tomar posición y a desnudar la visión de mundo que ésta trae consigo, explicitándose conflictos y tensiones que son irreductibles en la discusión que trata de averiguar cómo mejorarle la vida al prójimo. El campo conceptual y operativo del desarrollo es fecundo, y sus teorías hasta cierto punto pueden parecer contradictorias. Esto, porque en su construcción, se hace evidente la relación de complejidad entre la creación de riqueza, su distribución, y los factores éticos y valóricos subyacentes, tanto en las visiones de desarrollo, como en su aplicación y resultados. Cada autor, de acuerdo a su contexto histórico y su ideología y valo-

res, «modelará» una concepción concordante a su visión del mundo.

Discutamos las distintas ideas de desarrollo, que han ido surgiendo y/o han influenciado a nuestra región a partir de 1945, las que fueron hegemónicas durante largos años tanto en la reflexión como en la gestión en torno al tema.

3.2.1 La Teoría de la Modernización

La sabiduría sociológica más o menos aceptada entre 1945 y mediados de los años 60 se fundamentaba en la equivalencia automática entre desarrollo y el crecimiento, como si éstos fueran procesos equivalentes. Algunos de sus autores más importantes son Rostow, Smelser, Kuznets y en América Latina, Gino Germani.

La visión modernizadora postula que el crecimiento puede conseguirse mediante la aplicación de la tecnología y la ciencia occidentales a la producción; y que todas las sociedades pasan por una serie de fases delineadas (Rostow⁹), que están determinadas por la capacidad de invertir en ciencia y tecnología. Según Rostow (1960), conforme el crecimiento tiene lugar, las instituciones sociales y políticas de la sociedad tradicional son sustituidas por formas más modernas. En el campo social, esto significa la sustitución de modelos de obligación e identificación, más comunales o tribales, por otros modos de motivación más individualistas. Así, las formas tradicionales y feudales del poder político, serían sustituidas por formas de gobierno más democráticas. Según esta conceptualización, las economías no moderni-

⁹ Walt Whitman Rostow (1960): *The Stages of Economic Growth, A Non-Communist Manifesto*. Londres, Cambridge University Press (El Proceso de Crecimiento Económico). En su teoría estableció las cinco etapas sucesivas de crecimiento económico siguientes: (1) La sociedad tradicional, (2) pre-condiciones para el despegue, (3) el proceso de despegue, (4) el camino a la madurez, y (5) una sociedad de alto consumo masivo.

zadas, como las nuestras, mostraban un atraso lineal respecto de los países industrializados que estaban en una etapa superior, hacia la que había que conducir las nuestras. Así, avanzar en esta sucesión de etapas, significaba la modernización deseable de las economías tradicionales, para lo que se requería apoyo en capital y tecnología, elementos que influenciaron el Plan Marshall y la Alianza para el Progreso en nuestra región. Según esta visión, la convergencia de las sociedades hacia este modelo de la modernidad, produciría un orden global menos proclive a las divisiones y conflictos políticos agudos.

Muchas críticas se han elaborado a esta visión un tanto reduccionista y claramente sesgada, pro-occidental y fomentadora de una concepción imitativa del tipo de desarrollo construido por las naciones industrializadas. Sobra decir que no se establecía en esta visión ninguna relación entre el desarrollo industrial de unos países modernos y la prescindencia de desarrollo por parte del resto, elemento que es crucial para entender las transferencias de riqueza y valor a escala mundial, y sobre cuyos ejes estructurales centrarían el análisis y las derivaciones de política los enfoques que a continuación se presentan.

3.2.2 La Teoría de la Dependencia

Surge en el contexto de mediados de los años 60, cuando analistas, dirigentes y políticos de los países del Tercer Mundo, empezaban a impacientarse por la evidente dificultad de que nuestros países alcanzaran el desarrollo. Muchos críticos cuestionaban también la sobrevaloración de los patrones culturales occidentales implícitos en la teoría de la modernización. El resultado de las discusiones de la época, fue una inversión total de la lógica de la modernización, ya que para sus teóricos, el contacto con el mundo industrial ofrecía la promesa de desarrollo, mientras que para los teóricos de la dependencia, era ese mismo contacto con

el mundo industrializado lo que aseguraba la continuación del empobrecimiento de nuestros países.

Los teóricos de Latinoamérica proporcionaron el impulso inicial de esta concepción dependientista, cuyas ideas fueron expandiéndose rápidamente en África y Asia. En su forma más simple, los teóricos de la dependencia afirmaban que el desarrollo de Occidente no podría haber tenido lugar sin la sistemática explotación de las colonias (ahora satélites) del Tercer Mundo, y que por tanto, las fases de desarrollo tratadas por los teóricos de la modernización eran un espejismo.

Como establece André Gunder Frank (1963), el subdesarrollo no es consecuencia de la supervivencia de instituciones arcaicas, de la falta de capitales en las regiones que se han mantenido alejadas del torrente de la historia del mundo, por el contrario, el subdesarrollo ha sido y es aún generado por el mismo proceso histórico que genera también el desarrollo económico del propio capitalismo.

De acuerdo a estos pensadores, la existencia de un sistema mundial explotador aseguraba que los países del Tercer Mundo no puedan seguir el camino del desarrollo de los países ricos. De hecho, los países que ahora son pobres no se encuentran en una especie de estado virginal del subdesarrollo, más bien se han subdesarrollado por un sistema de explotación global; y el Tercer Mundo sólo puede desarrollarse si corta sus vínculos con el sistema mundial.

Aunque este modelo interpretativo fue atacado seriamente en los años 70, sigue teniendo partidarios. A fines de los años 80, se hicieron algunos intentos interesantes de poner al día el pensamiento dependientista, teniendo en cuenta las objeciones teóricas y empíricas planteadas por sus críticos.

3.2.3 El Estructuralismo: escuela pionera del desarrollo latinoamericano

Aunque algunos autores incluyen al estructuralismo de Prebisch y colaboradores dentro de la corriente dependientista, dicha escuela merece un apartado propio, puesto que muestra diferencias ideológicas y teóricas sustantivas con los preceptos dependientistas.

En América Latina, desde la colonia, se había instaurado un sistema económico primario extractivo, que según el país tenía preeminencia agropecuaria (Caribe, Centroamérica, Argentina, Colombia, Venezuela) o minera (Bolivia, Chile), con fuerte dependencia de los países industrializados, en su doble calidad de proveedores de manufacturas y compradores de nuestros productos primarios. América Latina era otro mundo en la década de los cuarenta y principio de los cincuenta, co-existiendo grandes extensiones de latifundio con minifundios, explotaciones mineras tradicionales, y escaso o nulo desarrollo industrial. Nuestra región contenía naciones con clases sociales muy polarizadas de terratenientes y comerciantes poderosos junto a labriegos y trabajadores empobrecidos. No existía lo que hoy entendemos como clase media de técnicos y profesionales, y tampoco se habían instalado los programas sociales de salud, educación y protección social, como funciones centrales del Estado.

Con la Depresión Mundial, nuestras economías también se vinieron al suelo y la teoría económica hegemónica, la neoclásica, no podía ni explicar ni revertir el fenómeno. Lo que veían los economistas ingleses y norteamericanos no reflejaba la problemática central que se percibía en los países latinoamericanos, que veían obstaculizado su desarrollo, en virtud de la división del trabajo y el intercambio internacional que no alcanzaba para gestar mayores riquezas y al mismo tiempo repartirlas mejor.

Es en este lejano cuadro, y luego de la segunda guerra mundial, cuando surge con fuerza la primera escuela latinoamericana de pensamiento económico centrada en el problema de desarrollo. Liderada por el argentino Raúl Prebisch, los estructuralistas se agruparon en la recién construida Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de la ONU, y desde ahí escribieron su teoría del desarrollo y el subdesarrollo.

El llamado «desarrollismo» latinoamericano se sustentó en una plataforma de pensamiento original de varios autores, que planteaban que el desarrollo latinoamericano se veía obstaculizado por la asimetría de las relaciones entre el centro (los países industrializados) y la periferia (nuestros países), por la tendencia secular al deterioro de nuestros términos de intercambio¹⁰, por otras facetas estructurales (por ejemplo nuestra estructura productiva¹¹ dependiente, heterogénea, y especializada en bienes primarios), por la incapacidad periférica para retener los frutos del progreso técnico, y por una serie de otros factores sociales, políticos y económicos.

No se trataba pues, de dar un salto hacia el desarrollo, pues el marco internacional y la naturaleza del sistema económico impedía estructuralmente nuestro desarrollo. Ergo, era necesario disminuir la dependencia externa, industrializarnos para rom-

¹⁰ El deterioro de los términos de intercambio de nuestro comercio exterior con los países centrales se puede entender como la tendencia en la relación entre los precios de las materias primas que nosotros exportamos, respecto de los precios de las manufacturas y servicios que importamos. Esta relación se mueve en contra nuestra, obstaculizando estructuralmente nuestro desarrollo, porque mediante esta tendencia secular, que encuentra asidero estadístico, se realiza una transferencia sistemática de riqueza desde nuestras economías a los centros. Junto con otros factores, Prebisch sostenía que los términos de intercambio desfavorables nos impedían la absorción periférica de los frutos del progreso técnico.

¹¹ Mientras que la estructura productiva de los centros se caracteriza por ser homogénea y diversificada, incluyendo productos y servicios de alto valor agregado; las diferencias en la estructura productiva latinoamericana, unidas a las adversas elasticidades precio e ingreso de la demanda por nuestros productos primarios, explican hasta cierta medida el deterioro de los términos de intercambio y la filtración de los frutos del progreso técnico hacia los centros.

per el patrón de especialización, y disponer de todas las herramientas estatales para lograrlo.

De acuerdo a la visión del sistema asimétrico centro-periferia, la forma de desarrollar intencionalmente nuestros países, consistía en impulsar, desde el Estado, un proceso de industrialización orientado al mercado interno, aprovechando la demanda anteriormente creada (industrialización sustitutiva de importaciones). Esto permitiría reducir los obstáculos al desarrollo latinoamericano propios de la dinámica centro/periferia, potenciar el aparato productivo nacional focalizando su desarrollo en la demanda interna creciente, generar empleo industrial y crecimiento económico, y mejorar la distribución del ingreso.

Primera concepción sobre las necesidades básicas

En el fragor del desarrollismo latinoamericano, se dio un cierto impulso a las políticas y programas sociales desde el Estado, las que generalmente se fundamentaron en el enfoque asistencialista, y en una concepción determinada de la pobreza, entendida como la incapacidad de satisfacer las necesidades básicas.

Según esta visión, las personas tenemos unas necesidades, enteramente entendidas como carencias, que pueden ser jerarquizables, ya que desde el momento que se estipulan las básicas, el resto pueden ser clasificadas desde menos urgentes, hasta ciertamente prescindibles.

Las necesidades básicas se entienden, por lo general, como un conjunto de carencias que abarcan alimentación, vestuario, vivienda y transporte. Correspondientemente, la pobreza y extrema pobreza (indigencia) se conceptualizan y miden como la incapacidad de las personas (u hogares) para satisfacer estas necesidades básicas. La línea de extrema pobreza se sitúa en el

ingreso mínimo que permite satisfacer la alimentación, de acuerdo a parámetros calórico-protéicos de la OMS, y considerando que la ingesta se realiza al menor costo posible. Y esta línea, generalmente duplicada, determina la línea de pobreza, pues se calcula que en estos sectores de población, la mitad del ingreso se destina a la alimentación. Las encuestas que se realizan sobre los ingresos (también llamadas de caracterización socioeconómica o de hogares), determinan la cantidad de personas (y las proporciones porcentuales sobre el total), que se encuentran debajo de las líneas de pobreza e indigencia, o sea que reciben ingresos menores a las líneas que los definen como tal.

Las políticas anti-pobreza, desde los años setenta, se han basado en casi toda nuestra región en este enfoque de las necesidades básicas. Igualmente, las políticas sectoriales de salud, educación, empleo, seguridad social, saneamiento, infraestructura, etc.; se implementaron en nuestros países en consistencia con esta mirada. Pero esta concepción sobre las necesidades básicas contiene en forma implícita, un determinismo economicista, pues es a través del ingreso y la resolución económica de la vida, como se entiende el progreso, el desarrollo. El resto de los ingredientes sociológicos, culturales y políticos del desarrollo, tendrían que llegar por irradiación o añadidura.

Esta visión entiende el desarrollo social como aquel proceso capaz de satisfacer cada vez más necesidades básicas, en una proporción mayor de la población. El sustrato ideológico aquí es claramente integrista y posiblemente asistencialista, concibiendo implícitamente al individuo como un ser pasivo, desprovisto de capacidades y recursos para desplegar su propio camino de desarrollo entendido como potenciación de la calidad de vida.

Ahora bien, esta rápida revisión de las necesidades básicas ilustra el insuficiente trabajo científico existente en torno al

tema de las necesidades humanas, particularmente en el campo de la economía. Esto es especialmente alarmante para la economía en cuanto ciencia, ya que el problema económico central es la relación entre necesidades humanas y escasez.

Pero recientes reconceptualizaciones parecen bien encaminadas a avanzar sustantivamente, al postular que las necesidades constituyen más bien un sistema, en su doble condición de carencias-potencias, sobre el cual no se pueden establecer jerarquías, y que es posible actualizarlas al mismo tiempo, creando inteligente y creativamente los satisfactores más sinérgicos (Max Neef, Elizalde et al, 1986). Dicha visión sin duda constituye un aporte sustantivo, transdisciplinar y sistémico, de gran potencia en la reconceptualización del desarrollo.

Resultados del desarrollismo latinoamericano

Tal vez influenciados por el pensamiento de los estructuralistas, y también por intereses propios de las elites dominantes, los países de la región emprendieron la industrialización sustitutiva de importaciones a partir de la década de los cincuenta y hasta los setenta, con distinto ritmo y duración, dependiendo del país que se analice. Surgen en casi todos los países latinoamericanos las corporaciones de fomento industrial, los regímenes de protección a la industria naciente, y el primer ensayo de desarrollo latinoamericano. En estas décadas de fuerte desarrollo durante los sesenta y setentas, no cabe duda que se generaron procesos de modernización e industrialización, de urbanización, de movilidad social acelerada, de aparición de una clase media, de fortalecimiento del Estado benefactor, expansión de la educación y la salud, así como de mejoramiento de la distribución del ingreso en nuestras sociedades.

No obstante, la creencia de que los avances en la economía iban a irradiarse en forma automática hacia el desarrollo político y cívico se demostró falaz, puesto que con el proceso desarrollista

en verdad no se logró un avance notorio en la democratización y empoderamiento de los ciudadanos.

Por otra parte, el proceso de migración rural-urbana generó un proceso de sobrepoblamiento en los cordones periféricos de las ciudades, generándose asentamientos humanos precarios, pues no se creó una infraestructura de servicios adecuada para atender la demanda creciente¹².

Adicionalmente, la calidad de la industrialización fue cuestionable, por fuertes problemas de sobredimensión y obsolescencia del parque industrial, capacidad ociosa, ineficiencias productivas, dependencia del petróleo importado (en la mayoría de los países), así como clientelismo y corrupción política, sobre todo en aquellos países donde el esfuerzo industrializador estaba fuertemente enlazado con los caudillismos nacionalistas (Quiroga, 1990).

Con los choques petroleros de 1974 y 1979 (resultantes de la cartelización en los países árabes productores del crudo), los precios del petróleo se octuplicaron. Latinoamérica no le puede hacer frente a las necesidades de financiamiento con recursos propios, porque lo que se desata la crisis de la deuda externa de nuestra región. Las economías estaban asfixiadas y no había cómo hacer frente a los compromisos externos. Recordemos que las exportaciones latinoamericanas eran muy débiles durante la fase de industrialización, o desarrollo hacia adentro, como le llamaban los estructuralistas. Los gobiernos de la época, sin experiencia previa en este tipo de crisis, recurrieron al endeudamiento progresivo e incluso a la emisión inorgánica de moneda, ocurriendo sendos procesos de hiperinflación y estancamiento de las economías en forma simultánea (estanflación), configurando-

¹² En todo caso, este fenómeno trascendió el período desarrollista y se extendió hasta el ajuste neoliberal de los ochenta, donde la pobreza en el campo hizo buscar mejores horizontes a las personas rurales en las ciudades, proceso que continúa hasta hoy, en movimientos migratorios desde las provincias hasta las capitales.

se un nuevo y contradictorio fenómeno económico en el mundo. Las herramientas keynesianas parecían impotentes y nuestra región buscaba una receta nueva.

Los graves problemas de ineficiencia e inadecuada selección tecnológica, que junto a los choques petroleros, produjeron un agravamiento notable del endeudamiento externo y el virtual agotamiento del modelo de desarrollo hacia adentro en la región, prepararon así el terreno para la irrupción del neoliberalismo monetarista, como sustento teórico e ideológico de los programas de ajuste y transformación estructural, aplicados en nuestra región desde los setenta y ochentas.

Recapitulando, intentamos realizar una discusión panorámica sobre las principales escuelas y doctrinas económicas anteriores al neoliberalismo. Se ha sintetizado el pensamiento de Ricardo, Marx, Keynes y Prebisch, cuatro economistas brillantes e innovadores, que nos legaron los fundamentos de casi todo lo que hoy sabemos de economía y de desarrollo tradicional, aunque cada uno de ellos desde una ideología distinta. Cada cual con su propia forma de construir teoría y derivar política económica, pero siempre sobre el mismo problema central de la riqueza y su distribución. Este espacio de conocimiento y gestión, se denomina desarrollo (socio) económico; y la rama de la economía que se dedica a su estudio, es el desarrollo económico.

A continuación se verá cómo el neoliberalismo tiene su origen en los preceptos liberales de Smith y Ricardo, y que su «revival» latinoamericano estaba destinado al fracaso, tal como se puede observar de la realidad de nuestros países, donde dicha doctrina se implementó a partir de los años setenta. Como ya se había comprobado, en los países industrializados desde 1929 y al menos hasta 1940, es un error muy costoso, tanto desde el punto de vista productivo como del social, dejar que imperen y decidan todo, las irresponsables fuerzas del mercado.

Pero cuando apremian los intereses, cuando aprieta el poder y las recetas se imponen sin consulta, la memoria parece acortarse y la mayoría de los economistas modernos se lavan las manos, por negación o por falta de perspectiva, porque se niegan a ver con criterio histórico y político, más allá del anecdotario y el relato de próceres.

Capítulo 4

4 LA CONCEPCION NEOLIBERAL Y EL NEOLIBERALISMO REAL EN AMERICA LATINA

LA CONCEPCION NEOLIBERAL Y EL NEOLIBERALISMO REAL EN AMERICA LATI- NA

El neoliberalismo, como su nombre indica, es el reciclaje del pensamiento económico liberal que se originó hace unos 300 años en Inglaterra¹³, y que de acuerdo a la tradición, funda dicho campo de conocimiento, como una disciplina particular. En concordancia con el método científico tradicional, a partir de entonces, la economía comprende un objeto de estudio específico, desarrolla una metódica propia para investigar y acumular saber, sirviéndose de una nomenclatura que le es propia. El origen de las ideas que promueven la libre iniciativa económica, su desarrollo, caída y resurgimiento, se explican en las siguientes líneas.

Milton Friedman, premio Nobel de economía, destacado profesor de la Escuela de Chicago, estaba preparándose para impartir su doctrina desde los años 50.

Se había instalado un programa de becas de doctorado con el que estudiaron en Chicago algunos de los mejores egresados de nuestras facultades de economía latinoamericanas. Su ense-

¹³ Filosóficamente, el reconocimiento de los beneficios de la «propiedad» sobre los bienes, como forma de administración superior y la elaboración de un discurso sobre el derecho al disfrute de los beneficios del esfuerzo propio y la iniciativa de las personas, se encuentra en La República de Aristóteles.

ñanza era bastante simple, aunque con un alto grado de sofisticación matemática y modelística. Según la escuela monetarista neoliberal, los mercados son los mejores asignadores de recursos, los Estados distorsionan y son corruptos, y deben salir de la esfera económica.

¿Resulta familiar? pues claro, es la misma idea original de 1776. Aunque se debe reconocer un conjunto de ideas complementarias aportadas por Friedman: la concepción monetarista de los fenómenos, según la cual, todo en economía se puede relacionar, e incluso explicar, por los fenómenos monetarios.

La idea aquí no es desarrollar todo el pensamiento monetarista, amplio y complejo por demás; sino apenas desarrollar la explicación de esta escuela sobre el fenómeno de la inflación, para develar su inconfundible sesgo ideológico con un ejemplo concreto. La inflación, para los monetaristas, resulta de la expansión de la moneda por encima del ritmo de crecimiento del producto¹⁴. Siendo lo anterior cierto, sólo explica parcialmente el fenómeno, que también se alimenta de la pugna distributiva entre controladores y tomadores de precios y cuya comprensión requiere de una visión más compleja de los procesos sociales, económicos y políticos. Pero en coherencia con la escuela neoliberal monetarista, para disminuir el circulante, la salida consiste en jibarizar el Estado, que éste no incurra en déficit presupuestal y para lograrlo, habrá que disminuir el gasto público.

Demás está decir que en la práctica, aún y cuando Friedman no lo pensara así, cortar el gasto público pasaba por los programas dirigidos a los más débiles, con menor capacidad de negociación. Demás está decir, que igualmente efectivo, pero políticamente menos simple, se contaba con la opción de subir los

¹⁴ idea original de Ricardo (The High Price of Bullion, 1810), que establece que la inflación del momento responde a la incapacidad del Banco de Inglaterra de reducir la oferta monetaria.

impuestos a la empresa productiva. Bajar el gasto público o subirle los tributos al capital, son dos formas «técnicamente» idóneas para reducir el déficit público. Pero a la ortodoxia neoliberal le apetece más la primera. Y después se dicen tecnócratas.

Desde los 50s, las enseñanzas calaron profundamente en sus discípulos, a la postre llamados Chicago Boys, los que habían encontrado un pensamiento económico moderno, congruente con una doctrina económica elitista, de derecha, que de implementarse, obviamente sería bastante instrumental a los intereses de grandes grupos económicos. Entusiasmados por una escuela económica que les ofrecía despojar a sus países de las distorsiones y la corrupción, privatizar grandes activos del Estado y realizar un manejo supuestamente tecnocrático donde mandarían las fuerzas libres de los mercados, los discípulos de la Escuela de Economía de Chicago estaban listos para aplicar sus recetas, en cuanto les fuera posible.

La ocasión llegó a propósito de la grave crisis de endeudamiento externo latinoamericano. De la mano de préstamos condicionados del Fondo Monetario Internacional (FMI) o bien con el beneplácito de las dictaduras militares en el caso del Cono Sur. La receta era siempre la misma: privatizar, desregular, abrir la economía al exterior. El caso chileno fue pionero y también ilustrativo de los magros resultados que se obtienen con semejante doctrina (ver Quiroga, 1996). Crecimiento exiguo, volatilidad extrema, desindustrialización, crecimiento del desempleo y la pobreza, todo tipo de «externalidades negativas» por causa de la desregulación extrema, y un creciente costo social y ambiental que pagan los sectores más débiles (desocupados, pobres, mujeres, niños, y las generaciones futuras). Esto también ocurrió con menor o mayor intensidad en los otros países de la región, sin perjuicio de lo cual, sus artífices nunca fueron capaces de aceptar el peso de la evidencia y quedaron para siempre defendiendo sus ideas con una pasión ciega que sólo puede ser atribuida a la fe. Con décadas de aplicación real en nuestra región, el

neoliberalismo, como ha dicho Max Neef, tiene más de religión que de ciencia.

El neoliberalismo implementado en América Latina también contiene una idea implícita del desarrollo. Su ideario básico consiste en propiciar la libre iniciativa de la empresa privada, facilitando la desregulación de la actividad económica, el repliegue del Estado, la privatización y la apertura externa indiscriminada. La implementación de estas ideas (que se remontan a autores de hace más de 200 años) generó una profunda transformación de las economías de la región, las que se orientaron nuevamente hacia las exportaciones primarias, generando un crecimiento concentrado, fuertes costos sociales (pobreza, cesantía, carencia de acceso a servicios), y ambientales (sobre-explotación de recursos naturales y contaminación) de diversa intensidad, de acuerdo al país (Quiroga, 1990).

La década perdida de los ochenta, generó altos costos para nuestra región. Cabe destacar que son precisamente estos costos sociales y ambientales, derivados de los propios programas de ajuste neoliberal, los que producen el apareamiento de fondos y programas para paliar el efecto negativo de las transformaciones económicas descritas. Surgen así fondos y programas sociales, de alivio a la pobreza, así como de protección ambiental en casi toda nuestra región (Quiroga, 2000).

Como se verá con detalle, en toda nuestra región, la llamada contrarrevolución neoliberal monetarista, ha probado con los años que su concepción de mundo y su gestión económica, muestra en ciertos casos magros resultados de crecimiento económico, acompañados por la concentración del ingreso y las oportunidades, volatilidad en los mercados, vulnerabilidad extrema frente a los vaivenes externos, flexibilización y precarización del empleo, depredación de recursos naturales y

contaminación progresiva; elementos que con el tiempo se hacen socialmente inaceptables¹⁵.

Con el tiempo, los países que iniciaron primigeniamente los experimentos neoliberales, han estado avanzando, con evidente lentitud, en re-dibujar los escenarios y re-establecer marcos regulatorios propicios para el desarrollo más equitativo. Dentro de este proceso de revisión, se observa la implementación de regulaciones progresivas sobre la actividad privada en todos los sectores, la modernización y fortalecimiento del Estado, y la discusión sobre el rol rector del Estado en la dinamización de la economía y la provisión de igualdad de oportunidades para el desarrollo de sus ciudadanos. Algunos autores (French Davis, 1988; Bitar 1988), han llamado a estas aproximaciones que sintetizan los aportes del neoliberalismo y del estructuralismo, neoestructuralismo.

De hecho, casi todos los países en la región ya vienen de vuelta, buscando una nueva síntesis neoestructuralista en su manejo macroeconómico. En esta reforma, Chile ha sido el país modelo dentro de la región. Desde la vuelta a la democracia en 1990, muestra los resultados macroeconómicos de crecimiento, con estabilidad y mecanismos de absorción de shocks externos, mezclando el funcionamiento de los mercados como asignadores de recursos, con crecientes marcos de regulación para solucionar las fallas de mercado.

Pero esto no es novedad. Así han funcionado desde hace décadas los más estables capitalismo de Europa y también de los Estados Unidos. Lo que ha ocurrido en América Latina, no

¹⁵ Tal vez en los países industrializados con menores asimetrías y mayores niveles de competencia, una eventual aplicación de recetas neoliberales, hubiese resultado en mayores beneficios y menores costos. Pero nunca lo sabremos, porque no existen condiciones políticas favorables en dichas naciones, que hagan posible implementar en su población más educada y organizada, una prescripción claramente dañina a los intereses del ciudadano común.

ha sido por falta de ciencia económica, o de conocimiento acumulado. Ha sido consecuencia de la combinación de impericia de los decisores, y privilegio de los intereses de algunos grupos que sí se han beneficiado. Debemos reconocer también la complicidad de una ciudadanía que se ha dejado reducir a meros consumidores, seducidos por el sueño del tener. Crucial ha sido igualmente el mantenimiento fanático de una fe religiosa y una adscripción doctrinaria a toda prueba, por parte de una serie de economistas, políticos e instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional, que con sus prescripciones y decisiones, negaron de cuajo la evidencia empírica y el saber sobre el modelo neoliberal que se iba haciendo cada vez más disponible para los que quisieran ver.

4.1 Fundamentos teóricos del neoliberalismo

El liberalismo como doctrina política que apela a la democracia directa y representativa se remonta a la Ilustración y se ve fortalecida con el éxito de la Revolución Francesa que en su lema tan conocido plantea la «libertad, igualdad y fraternidad». En el campo económico, estas ideas dieron sustento a la percepción de que la búsqueda individual del bienestar en un ámbito de libertad para crear y hacer, es consistente con el bienestar de la sociedad en su conjunto.

Como toda escuela económica tradicional, el neoliberalismo abraza los preceptos previamente discutidos (capítulo 2) de racionalidad económica, soberanía del consumidor y la apología del mercado. Pero en términos más específicos, la teoría y la gestión económica liberal, como receta de progreso, resulta de la combinación de tres elementos constitutivos, a saber:

La concepción liberal de la economía (dejad que los mercados imperen).

- La teoría de las ventajas comparativas (el libre comercio nos hará bien a todos).
- El credo del derrame o chorreo (tarde o temprano la riqueza fluye hacia los pobres).

Como ya se ha adelantado, estos pilares del pensamiento y la correspondiente gestión neoliberal de las economías en nuestra región, han sido profundamente criticados a la luz de sus limitaciones conceptuales, su implícita visión del mundo, y las enseñanzas que ofrece la realidad.

En esta sección analizaremos dichos postulados en relación a su origen teórico, alcance explicativo y las evidencias empíricas sobre sus resultados.

4.1.1 Dejád que los mercados imperen: El liberalismo económico

Como ya se vio, Adam Smith (1723 – 1790), economista escocés, que estudió y enseñó en la Universidad de Glasgow, se preocupó por investigar la causa de la riqueza de las naciones, y al publicar su obra central en 1776, fundó el pensamiento económico como disciplina científica. Smith era un hombre bastante conservador, sostenía la existencia de la ley natural, que en lenguaje laxo y actual, establece que las cosas y los hombres están sujetos a un ordenamiento específico en lo que concierne a la vida social y al orden de las cosas, que era necesario mantener. La concepción liberal de Smith establece que los individuos, impulsados por sus propios intereses particulares, generan un proceso donde también se beneficiaba la sociedad en su conjunto, a través del libre juego de los intereses de productores y consumidores. Este mecanismo que lograba la concordancia armónica entre la búsqueda de intereses individuales y el bienestar colectivo, es el mercado. Con Smith, quedó inmortalizada en la historia del pensamiento económico, la conocida metáfora de la «mano

invisible» del mercado¹⁶, que ordena todo y alinea nuestros intereses individuales con el bienestar de todos, librándonos gentilmente de dicha preocupación. De acuerdo la creencia de Smith, cada uno de nosotros, movilizado por nuestro propio afán de prosperidad, gracias a la mano invisible, contribuimos a lograr el bienestar colectivo.

En sus investigaciones, Smith determinó que la división del trabajo aumenta la productividad, gracias a la especialización de una persona en una tarea, que al fin de cuentas le hará producir más piezas del producto o valor acumulado, a lo largo de una jornada productiva. Por lo tanto, la especialización productiva (en talleres, rubros y países) es una fuente de riqueza nueva, que debe ser explotada para aumentar el nivel de bienestar. Lo que hoy entendemos como obvia relación entre crecimiento económico y la apertura comercial hacia el mercado internacional, fue defendida por Smith, en un discurso apologético del comercio exterior, mediante una concepción rudimentaria de la ventaja absoluta, según la cual la expansión de los mercados hacia el exterior, significaba la posibilidad de aprovechar progresivamente la especialización del trabajo y las economías de escala, para la acumulación de riquezas de las naciones (lo que hoy llamamos crecimiento económico). Aunque fundó la escuela liberal, criticando a sus predecesores fisiócratas y mercantilistas, Adam Smith defendió el proteccionismo a la industria naciente y las funciones Estatales habituales, como la seguridad y la justicia. Pero el discurso de libre mercado, su defensa sustancial del «laissez faire» (dejar hacer) que funda Smith, es sin duda el contenido principal de su doctrina.

¹⁶ «Every individual necessarily labors to render the annual revenue of society as great as he can. He generally neither intends to promote the public interest, nor knows how much he is promoting it...He intends only his own gain, and he is, in this, as in many other cases, led by an invisible hand to promote an end which was not part of his intention. Nor is it always the worse for the society that it was no part of it. By pursuing his own interest he frequently promotes that of the society more effectually than when he really intends to promote it. I have never known much good done by those who affected to trade for the public good». (La Riqueza de las Naciones, 1776, destacado de la autora).

Volviendo a la historia del liberalismo, David Ricardo (1772-1823) terminó por consolidar este pensamiento primigenio, pero hizo un mayor énfasis en el análisis distributivo, que se ocupa de investigar cómo el excedente del proceso productivo, se reparte entre las clases que concurren para crearlo. Tal vez les parezca sorprendente que Ricardo, siendo el más locuaz defensor del sistema de mercado hasta el momento, al mismo tiempo haya tenido tanta preocupación por la distribución. En teoría, no existe la implícita contradicción, pues como a principios del siglo XX elaborara el señor Henry Ford, visionario y pionero de la industria automovilística de Estados Unidos, la mejor política para que funcionen los mercados, es que los consumidores que en él participan como consumidores, tengan buenos ingresos en sus respectivos empleos, para comprar los productos que contribuyeron a crear. La distribución de la renta al interior del país, y también respecto de terceros países, es un tema central en el proceso de desarrollo, y como lo entendía Ricardo en su teoría temprana sobre la renta, era consustancial al problema de la acumulación de capital y eventual reproducción del ciclo que hoy llamamos crecimiento económico.

La teoría de la renta de Ricardo establece que, en principio, debido al agotamiento progresivo de la mano de obra cuando crece el producto, los salarios tenderían a subir solos. Pero debido a los rendimientos decrecientes del uso de recursos naturales (en la medida que crece la producción, se fuerza la incorporación de los menos productivos, reduciéndose relativamente el rendimiento), y en un escenario malthusiano de crecimiento de la población, se hará cada vez menos rentable la producción (salarios de subsistencia fijos), lo que terminará por impedir la acumulación de la renta (capital). De ahí la importancia del comercio exterior, basado en las ventajas comparativas (que se explican más adelante) como fuente de crecimiento y acumulación.

Postulados Neoliberales

Traducido al lenguaje neoliberal actual, en esencia, se postula que bajo ciertas condiciones, el impersonal sistema de mercado, es el mejor asignador de los recursos y el árbitro imparcial en un mundo donde se enfrentan intereses individuales antagónicos, representados en las fuerzas anónimas y atomizadas de ofertantes (vendedores que quieren precios altos) y demandantes (compradores que quieren precios bajos). Así, se establecen los precios naturales, en una especie de «compromiso» de intereses, que han participado en una negociación mutuamente conveniente. Esta doctrina funciona sobre la premisa de que los agentes económicos, al actuar individual y racionalmente en búsqueda de su interés particular, propiciarían la expansión de las economías y provocarían el mejoramiento del bienestar colectivo.

El corpus conceptual libremercantil, se orienta a construir una serie de relaciones causales entre las variables, las que postulan que los precios formados en un mercado que cumpla los supuestos antes vistos, serían «óptimos» o más justos, siendo la sociedad en su conjunto quien se beneficia de la libertad de iniciativa privada e individual, sin regulación externa. En condiciones de competencia perfecta, las señales de mercado (precios) determinarían la optimización en la asignación de los recursos mediante un verdadero proceso de ensayo y error. Por ejemplo, si la cantidad ofertada de un bien supera la cantidad demandada, el precio tenderá a caer, con lo cual se pueden «aclarar»¹⁷ los mercados. El mecanismo de los precios envía señales a productores y consumidores, las cuales reflejan ponderadamente las preferencias y comportamiento de infinidad de agentes que se manifiestan libre y atomizadamente en el mercado.

¹⁷ El término aclarar un mercado, significa que se alcanza un acuerdo de compra y venta a un precio determinado, para que las «intenciones» de compra y venta se realicen.

Pero la teoría (neo)liberal no se agota en establecer lo efectivo que resulta el mecanismo de los precios (sin intervención estatal) en la determinación de los equilibrios entre ofertantes y demandantes. La doctrina va más allá, establece que también en forma agregada, las sociedades en su conjunto se benefician, pues el mercado también es el mejor asignador de recursos escasos, ya que contiene mecanismos automáticos para repartir los recursos disponibles en la economía en forma eficiente.

Por ejemplo, si por cualquier motivo existe un exceso de inversión de recursos en el rubro uvas, las tasas de ganancias comenzarán a descender (exceso de oferta y baja de precio), con lo que el mercado por sí mismo se encarga de inhibir la entrada de nuevos inversionistas, e incluso propiciar el traslado de algunos capitales hacia sectores con mayores tasas de ganancia. En el próximo período productivo, se puede esperar una disminución de la oferta de uvas, un aumento en su precio y por tanto una recuperación de las utilidades sobre la inversión de los productores de uva que permanecieron. El mercado automáticamente, se transforma en el mejor regulador y asignador de recursos. La planificación central y el intervencionismo estatal, sobran.

4.1.2 Ventajas comparativas y libre comercio

Explicitando los procesos de producción y distribución que se verifican en la compleja e interdependiente economía mundial del presente, resultan más evidentes las limitaciones conceptuales y propositivas del pensamiento neoliberal, que traslada sus principales preceptos desde el espacio nacional, hasta las relaciones internacionales en un mundo cada vez más interdependiente.

La teoría de las ventajas comparativas de Ricardo, sobre la cual se fundamentan la especialización productiva internacio-

nal y el libre comercio en la actualidad, establece que los países no deben producir de todo un poco, sino especializarse en producir y exportar aquellos bienes sobre los cuales tienen ventajas comparativas, en función de los costos relativos. Así, cada país maximizaría el nivel de producción, empleo, valor exportado y riqueza, con respecto a una situación previa donde no existía el comercio internacional.

Ricardo construye su argumento tomando el caso de dos países (Inglaterra y Portugal), y dos productos (tela y vino). Calcula los rendimientos de ambos productos en ambos países, y construye un escenario donde cada nación dedica todos sus recursos a producir aquello donde tiene ventajas comparativas respecto al otro país. Inglaterra se dedicaría a producir sólo tela, mientras que Portugal haría lo propio con el vino. Lo hermoso de este ejercicio numérico, es que al final, con la especialización productiva total, ambos países salen ganando pues su nivel de riqueza (producto) es mayor con comercio especializado, en comparación con la situación previa. De ahí que Ricardo abogue con fuerza respecto de las ventajas del comercio, basado en la especialización productiva que se deriva de las ventajas comparativas.

A su vez, con el mejoramiento en la asignación y productividad de la tierra, el trabajo y el capital, el país especializado por la vía ricardiana puede acceder a un nivel de importaciones mayor al anterior a la apertura comercial. Por lo tanto, se eleva el nivel de consumo y utilidad material de todas las naciones participantes y se expande el producto mundial; siempre y cuando exista libre comercio, o sea que no existan impuestos y otras barreras que «distorsionen» los precios de mercado.

Resulta realmente sorprendente que este sencillo ejemplo numérico de Ricardo, que además tomó valores arbitrarios, sea

la base en que se sostiene toda la doctrina sobre el libre comercio y la globalización.

Dos preguntas quedaron sin resolver por el autor: ¿cómo resulta la distribución nacional de los beneficios del comercio?, ya que si bien las dos naciones ganan, no lo hacen en proporción equitativa, lo que nos obliga a preguntar, ¿en base a qué se distribuyen las ganancias? Este lapsus de Ricardo parece más notorio toda vez que su obra completa revela la preocupación constante del autor por el análisis distributivo. Por otro lado, el autor que escribía hace 200 años, no considera la naturaleza primaria o manufacturera del intercambio, ni relaciona lo anterior con los derechos de propiedad y la distribución del ingreso, la información y las capacidades de innovación de los países, elementos que al ser considerados despliegan un cuadro mucho más complejo respecto de las teóricas ganancias compartidas que estipula el ejemplo ricardiano.

Desde la misma concepción, en lenguaje moderno, hoy en día se dice que los Estados distorsionan las fuerzas puras de los mercados nacionales e internacionales, toda vez que imponen barreras proteccionistas de tipo arancelario (impuesto a las importaciones) o no arancelario (cuotas, bandas de precios, subsidios y/o exenciones sectoriales, barreras técnicas, etc.), con lo que se produce una ineficiente asignación de los recursos y un nivel de producción, consumo y bienestar globales, que son inferiores al potencial.

En el mundo actual existe un doble estándar donde los países en desarrollo son cordialmente invitados a liberalizar (desregular) sus economías y comercio externo, mientras que las potencias mundiales persisten abiertamente en sostener sus sistemas no-arancelarios de protección. Aparentemente contradictorios los gobiernos del mundo industrializado, pero también muy patriotas y leales, con la acumulación de ganancias dentro de su propio territorio.

Continuando en la línea argumentativa del libre comercio internacional, se puede decir que para que las promesas ricardianas de que funciones la expansión económica global por la vía de la especialización productiva, es imprescindible que los gobiernos implementen una política de irrestricto comercio desregulado.

Pero en la actualidad, la doctrina liberal de los primeros clásicos, ha trascendido el terreno del comercio para extenderse al ámbito financiero, desde donde se aboga por la apertura y desregulación del flujo de capitales entre los países.

Recapitulando, de la teoría de las ventajas comparativas de Ricardo, se cuestiona fundamentalmente:

- a) La despreocupación distributiva. Ricardo no analiza que el incremento en el bienestar material asociado a su propuesta puede quedar inequitativamente distribuido entre las naciones que concurren a competir por los mercados.
- b) El uso de supuestos implícitos y explícitos muy alejados de la realidad. En particular, no se cumplen los supuestos de inamovilidad internacional del capital, de nulo costo de transporte, y de costos constantes de producción (independientes de la escala).

De hecho, el supuesto de la inamovilidad internacional del capital está completamente invalidado: hoy en día, tanto el grado de internacionalización como la velocidad de movimiento del capital, no tienen precedentes en la historia. Este hecho implica, entre otras cosas, que en el mundo actual, ya no se podría hablar de que el capital se localiza internacionalmente buscando ventajas comparativas, como se sostiene regularmente, sino que responde a la diferencia absoluta en el costo de pro-

ducción de los bienes a escala internacional, como estableció Adams Smith¹⁸ en su teoría de las ventajas absolutas.

De acuerdo al pensamiento ricardiano, en un mundo imaginario donde el capital no se traslada internacionalmente, como resultado del libre comercio y la competencia internacional que enfrentan las empresas de una nación, las actividades relativamente ineficientes desaparecen, eliminándose con ellas fuentes de trabajo. Pero, al mismo tiempo, las actividades relativamente eficientes (aquellas que cuentan con ventajas comparativas) se expanden, absorbiendo tanto capital como a la mano de obra desplazadas. Así, el capital y el trabajo se reasignan dentro del país, especializándose de acuerdo a las ventajas comparativas.

Pero, como explica Herman Daly¹⁹, cuando tanto el capital como las mercancías cruzan las fronteras sin mayores contratiempos, entonces el capital buscará la ventaja absoluta en el país que con los más bajos costos. El capital seguirá al más alto beneficio absoluto, que estará usualmente determinado por el más bajo salario absoluto, justamente en nuestros países.

Todas las naciones tienen una ventaja comparativa en algo, de donde se puede argumentar que el comercio y la especialización guiada por la ventaja comparativa beneficiará a todos los socios que se involucren en el comercio (desregulado); pero no hay ninguna razón por la cual todos los países deban tener ventaja absoluta en la producción de alguna mercancía. Por tanto, aunque la especialización y el comercio de acuerdo a la ventaja absoluta generen un incremento en la producción global, no existen garantías de que dichos procesos sean beneficiosos para todos los países.

¹⁸ Actualmente, el argumento ya no gira en torno a los términos originalmente expuestos por Ricardo en base a la teoría del valor trabajo; sino en la diferenciación internacional de precios relativos. No obstante, la esencia del pensamiento y las derivaciones de política permanecen básicamente inalteradas.

¹⁹ Herman, Daly y Robert Goodland (1994a), p.81.

Daly²⁰ sugiere que puede haber buenos argumentos para el libre comercio, pero en un mundo de movilidad internacional del capital, el de la ventaja comparativa no puede ser uno de ellos. «Nos sorprende la frecuencia con que se afirma, con excesiva seguridad, que un sistema comercial abierto beneficiaría a todos los socios comerciales, porque esta afirmación asume la inmovilidad del capital para ser válida, aún en teoría».

Los defensores actuales del libre comercio léase gobiernos, corporaciones transnacionales y grandes empresarios locales, políticos y la institucionalidad económica internacional parecen desconocer que la teoría de las ventajas comparativas de Ricardo²¹ se basa en los cuestionables supuestos ya analizados. Aún más, parecen no darse cuenta del carácter tautológico de sus construcciones cognitivas: «En resumen, los que abogan por el libre comercio, están usando un argumento que se sustenta en la impermeabilidad de las fronteras nacionales con respecto al capital, para apoyar una política dirigida a hacer esas mismas fronteras progresivamente permeables tanto al capital como a las mercancías»²².

Los apólogos de la apertura externa, abogan que ésta podría significar el acceso a mayores mercados, para ampliar la producción nacional y por tanto hacer posibles los objetivos de crecimiento económico. Después de todo, esta fue la manera en que los países con mayores niveles de riqueza material del mundo llegaron a dicho status. Pero como ya se ha visto, si algo se

²⁰ Daly, Herman: «From adjustment to sustainable development: the obstacle of free trade» *Loyola of Los Angeles Int. Comp. Law J.* 15 (1) 33-34. Traducción de la autora.

²¹ Esto sin considerar críticas de otros pensadores que demostraron, sobre los mismos números utilizados por Ricardo, que aunque ambos países ganan con el comercio especializado, Portugal gana menos que Inglaterra. También se ha cuestionado la elegante evasión de Ricardo, respecto de los determinantes de las ventajas comparativas, lo que podría encontrarse en la división internacional del trabajo, la dotación de recursos naturales y otros elementos estructurales que saldrían a la luz bastante más tarde, en el pensamiento de Prebisch.

²² Daly, Herman (1994b).

puede concluir de la experiencia latinoamericana en procesos de apertura y desregulación (liberalización) económica, es que no existen garantías de que el mercado asigne los frutos del crecimiento de manera equitativa, ni en el ámbito internacional, ni al interior de cada país. Por el contrario, después de siglos de aplicar esta receta en el mundo, se evidencian resultados contradictorios: algunos países parecen ser los mejores ejemplos de la doctrina ricardiana, mientras otros serían la muestra más concreta de su fracaso. En todo caso, la distribución de los frutos de la especialización internacional es cada vez más inequitativa, como puede verse en los datos que el PNUD produce anualmente²³.

Convenientemente, los neoliberales hacen caso omiso a la evidencia empírica que muestra inequidad en la distribución de los frutos de la especialización internacional; o sea, no se hacen cargo de los problemas distributivos y de sustentabilidad que quedan determinados por la «opción» en los ejes de competitividad internacional. Cuando los neoliberales mercadean su doctrina, usan como ejemplo a las empresas y a los países que antaño, o más recientemente, se han beneficiado del (libre) comercio; al tiempo que se resisten a explicitar las profundas diferencias económicas, políticas y sociales que existen entre estos más bien escasos y momentáneos ejemplos, respecto del país donde propugnan por el libre comercio.

Pero incluso pensando en que mediante el «libre» comercio se logre aumentar las exportaciones, cabe preguntarse, ¿tiene esto algún sentido económico? Analicemos el caso ejemplar que presenta Daly respecto del libre comercio de galletas entre Estados Unidos y Dinamarca. Los daneses exportan galletas de mantequilla en metálicas cajas azules a los norteamericanos, quienes a su vez le exportan a Dinamarca esas galletas cuadradas crocantes de cóctel que ellos llaman *crackers*. Al aumentar el flujo de exportaciones en ambos sentidos, se generan aumentos

¹¹ Ver informes de Desarrollo Humano, PNUD; disponibles en www.undp.org

en las ganancias empresariales, en el empleo, en los PIBs de ambos países, y con ellos, en el transflujo global (transporte, embalaje, uso energía intensiva, contaminación y muchos otros efectos o externalidades negativas para los ecosistemas y la salud humana). ¿No tendría más sentido económico, pensando en las necesidades humanas, que daneses y norteamericanos intercambiaran recetas? Hacerlo ahorraría al planeta muchos recursos y contaminación, pero sin duda minaría las ganancias de los productores, de los transportadores aéreos y marítimos, de los asegurados involucrados, y de los productores de embalajes y etiquetas.

Otro ejemplo más cercano se tiene con la especialización productiva en grandes y crecientes extensiones de monocultivo exportador en Latinoamérica, proceso que obviamente incrementa la producción y el comercio, activando toda la cadena económica, hasta llegar a las manos de los consumidores en los países desarrollados. Pero, al mismo tiempo, también tiene consecuencias importantes de disminución de la biodiversidad y de la diversidad cultural, ambos patrimonios que se pierden usualmente para siempre, comprometiéndose en algunos casos, incluso el acceso de las poblaciones locales a sus propios recursos naturales y genéticos.

Debo nuevamente pedir disculpas por seguir con la preocupación sobre la distribución y la sustentabilidad de los procesos económicos, parece ser un defecto genético, exacerbado sin duda por los años, que no pasan en vano.

Ya en 1776, Smith descubría que la especialización del trabajo humano aumenta la productividad. Esto es innegable, pero ¿estamos dispuestos a pagar los costos de aumentar la productividad en forma aparentemente ilimitada, a costa de nuestro propio patrimonio cultural y ambiental? Sobre todo, ¿queremos ha-

cerlo, cuando la mayoría de la población que participa en estos procesos ni siquiera ve beneficios tangibles en su nivel de vida?

Analicemos ahora el tercer pilar de la doctrina neoliberal, que sostiene que los frutos del crecimiento económico tarde o temprano, y de manera automática, llegarán a los más pobres.

4.1.3 El credo del chorreo

La teoría del chorreo, goteo o derrame (trickle down effect) se basa fundamentalmente en la teoría de la distribución y la expansión económica de David Ricardo (1817). Ricardo estableció, a diferencia de Smith²⁴, que la expansión económica de una nación depende de que el sistema económico garantizase una tasa de ganancia empresarial suficientemente alta, así como la posterior reinversión de los capitales así acumulados.

En palabras actuales, la visión ricardiana estipula que en las etapas iniciales del crecimiento económico, es necesario establecer un clima de progresiva libertad a la iniciativa empresarial privada, que a su vez garantice una fuerte tasa de ganancia para poder financiar la reinversión y por tanto la expansión de la producción y el empleo en el circuito económico. Como ya se dijo, fue Ricardo, máximo defensor del liberalismo, y no Marx como se cree, el primero en observar una relación antagónica entre tasas de ganancia y los niveles de salario, toda vez que el incremento de uno implica la contracción del otro.

En sus escritos, se puede inferir por tanto, que si por el bien de la economía las utilidades privadas debían ser sustancia-

²⁴ Para Smith, la expansión de los mercados externos era la condición necesaria para el crecimiento económico. Ricardo pensaba que Smith había sobredimensionado el papel del comercio exterior, y aunque admitía la importancia de dicho factor en el crecimiento, otorgó mayor relevancia al papel que ejercía la distribución social del excedente, sobre la capacidad de expansión económica.

les, entonces los trabajadores tendrían que apretarse los cinturones en los inicios de los procesos de crecimiento. La concentración del ingreso se asume, por tanto, como una condición necesaria (si bien transitoria) para el crecimiento y posterior desarrollo económico en el pensamiento ricardiano.

Interpretando con cierta libertad las ideas de Ricardo, se deduce que con el tiempo, el mismo mercado, se encargará de distribuir «hacia abajo» los beneficios del crecimiento. La reinversión constante de las utilidades, además de expandir el producto, demandará cada vez más mano de obra, provocando una escasez progresiva de trabajadores disponibles. A su vez, el crecimiento de la demanda laboral por encima de su oferta, provocará el alza de las remuneraciones y mejoramiento de las condiciones de trabajo de forma «natural» (sin que el Estado deba intervenir). Así, ocurrirá finalmente el chorreo de los beneficios hacia sectores inicialmente desfavorecidos, lo que de acuerdo a las definiciones actuales, implica que el crecimiento finalmente se transformará en desarrollo, gracias a la bondad intrínseca del mecanismo del mercado (laboral).

Ahora bien, para que funcione la teoría moderna del chorreo, que siempre defienden los neoliberales, es necesario que se cumplan los siguientes supuestos implícitos y explícitos;

- a) En primer término, que **sólo los empresarios ahorren**. La idea de garantizar altas tasas de ganancia consigna implícitamente que todo el ahorro de la sociedad sólo puede ser realizado por los empresarios. Esto así, porque de esta forma se garantizan los recursos para la reinversión. Pero en la actualidad, las empresas invierten con fondos de terceros, intermediados por la banca; de hecho, las remuneraciones al trabajo financian inversiones futuras mediante el ahorro en las instituciones del sistema financiero y previsional. Se relativiza o incluso invalida así la necesidad de los bajos

salarios, como única forma de garantizar altas ganancias y ahorro empresarial; ya que el ahorro puede venir de cualquier parte (empresarios y trabajadores) y finalmente igual queda disponible para la inversión a través del sistema financiero.

b) El **ahorro empresarial será reinvertido** (en vez de dedicarse a consumo). Sabemos perfectamente que la propensión al consumo de los empresarios latinoamericanos es bastante más alta que la de sus austeros pares en el mundo industrializado. Y más aún, no existe demasiada evidencia respecto de que aún pudiendo hacerlo, los negocios productivos de empresas nacionales siempre tiendan a expandirse y a crecer mediante la reinversión de las ganancias. La literatura respecto del comportamiento de las pequeñas y medianas empresas latinoamericanas muestra una serie de problemas estructurales, de rezago tecnológico, de problemas en la innovación e incluso de falta de las herramientas más básicas de gestión moderna y profesionalizada; todo lo cual resulta en comportamientos no homologables a los empresarios del mundo industrializado, cuyas propensiones a la reinversión son más altas.

c) Existe **competencia perfecta** y los **factores productivos son perfectamente móviles** dentro de los países. Nunca ha existido competencia perfecta, y el factor productivo trabajo no es perfectamente móvil en términos de calificaciones para realizar labores en distintos rubros y sectores productivos. En la práctica, los programas de ajuste y transformación productiva de América Latina no pudieron absorber la cesantía creciente, por lo que persiste aún en la región un abultado sector informal desprotegido y poco productivo que presiona las remuneraciones hacia abajo. Esto significa que aún y cuando el crecimiento del producto de un país, por la vía de las exportaciones, genere las condiciones

para aumentar eventualmente las remuneraciones, la respuesta no es ni garantizada ni automática.

Pero como ya se ha visto, más allá de la heroicidad de los supuestos implícitos y explícitos de Ricardo, particularmente en el contexto latinoamericano actual, existen evidencias empíricas incuestionables que demuestran a escala global que el crecimiento económico cada vez se concentra más, y no chorrea hacia los pobres con suficiente fuerza para modificar la distribución del ingreso y las oportunidades (ver capítulo 7).

Más adelante se introducen al estrecho marco teórico ricardiano, algunos elementos de análisis como son factores históricos y políticos, con los cuales se puede entender por qué su teoría se cumple para unos pocos países, y el resto quedan marginados de los frutos de la especialización productiva internacional²⁵.

4.1.4 La articulación de la Teoría con los Supuestos y la Política (neo)liberal

El neoliberalismo, como toda construcción de conocimiento económico, resulta de la articulación piramidal de una serie de supuestos fundamentales (explícitos e implícitos) que sostienen un determinado cuerpo teórico, del que a su vez se desprenden las derivaciones de políticas económica (ver Esquema 2.5, capítulo 2). Aunque los tres componentes (supuestos, postulados y política) de una teoría, guarden lógica y coherencia interna, el incumplimiento de sus supuestos invalida sus postulados y por ende su política económica respectiva.

De ahí que el análisis sobre la congruencia de los supuestos que sostienen el pensamiento neoliberal respecto de la reali-

²⁵ Al respecto, se tiene la teoría del deterioro secular de los términos de intercambio y el sistema centro- periferia, de la escuela Estructuralista, en los diversos escritos de Prebisch, Pinto, Paz y Sunkel.

dad en cuestión resulta crucial para evaluar la aplicabilidad de su política económica. Como ya se vio, el liberalismo económico es la política económica que se desprende de la teoría del óptimo mecanismo mercantil como asignador y regulador económico. A su vez, dicha teoría se sostiene si y sólo si, se cumplen los supuestos implícitos y explícitos que a continuación analizaremos:

Los supuestos que sostienen la teoría (neo) liberal.

Aún restringiéndonos a un análisis sumamente acotado, desde una perspectiva materialista e individualista, el mercado («la mano invisible») sería el mejor asignador de los recursos, convirtiendo la búsqueda egoísta de lucros individuales en bienestar (material) colectivo, **sí y sólo sí** existe competencia perfecta y pleno empleo. Examinemos ahora estos elementos.

¿Existe Competencia Perfecta?

En economía, un régimen de competencia perfecta se entiende como la concurrencia de un gran número de vendedores y compradores no organizados (o sea atomizados), que actúan individualmente buscando sus propios y contrapuestos intereses. Así, los vendedores no pueden vender demasiado caro en detrimento de los compradores, ni viceversa; estableciéndose de la manera implícita un equilibrio de poder entre las partes. Para que esto se realice adecuadamente se debe garantizar absoluta transparencia y disponibilidad informativa permanente, o sea tanto consumidores como productores deben tener acceso a los costos, precios, condiciones y ofertas en todos los mercados en forma simultánea (nadie tiene más información que otros), no pudiendo existir por ejemplo campañas publicitarias o marketing, que distorsionen o manipulen las decisiones de los agentes económicos. Los gustos de los consumidores se asumen constantes, y la calidad de los productos se asume homogénea.

A simple vista es evidente que en ninguna parte, en ningún momento de la historia de la economía, ha existido tal régimen de competencia perfecta. Este conjunto de supuestos se usa apenas como una forma de simplificar la realidad con fines analíticos, lo que no tiene nada de cuestionable si recordásemos tomar con humildad y cautela las conclusiones del modelo, pues éstas han sido creadas como válidas, sólo bajo dichas rígidas y a menudo inexistentes restricciones.

De cualquier forma, nuestro mundo es un lugar bastante inequitativo, el acceso a la información es desigual y la publicidad reina en nuestros imaginarios. Las empresas funcionan ganando más, a través de prácticas y regímenes de monopolio, oligopolio y carteles, organizaciones de productores que mediante distintos mecanismos, logran controlar los precios y las condiciones en los mercados. Nada de esto es posible en un mundo de competencia perfecta.

Hoy en día, la información es completamente asimétrica, no se puede esperar nada distinto de un mundo polarizado, lleno de pobres y analfabetas que ganan menos de un dólar al día, «coexistiendo» en la aldea global con personas que pueden realizar transacciones electrónicas de activos, moneda y productos con un teclazo interactivo en el ciberespacio. Un mundo, donde además, las ideas, los recursos y la información estratégica sobre oportunidades de negocios y de desarrollo humano, siempre quedan compartimentalizadas para el aprovechamiento de un grupo reducido de elites que trafican influencias, contactos y favores al interior de su propio círculo. Tampoco estas realidades son compatibles con la competencia perfecta.

En algunos países industrializados, por ejemplo los países bajos y nórdicos, la regulación del Estado (presionado por la ciudadanía), ha logrado que los mercados funcionen bastante bien, y

quitando el elemento de publicidad de por medio, resulta menos difícil asimilarlos a un modelo teórico de competencia perfecta. Pero en América Latina, donde en forma abierta o soterrada aún impera la ley del más fuerte, donde las mayorías están excluidas de la riqueza, de las oportunidades y de la información; pensar en regímenes de competencia perfecta resulta muy cuesta arriba. Quedan entonces invalidados o al menos severamente limitados, los preceptos y políticas económicas que se basan en el supuesto de competencia perfecta.

Bien valdría la pena preguntar qué les pasa a los estudiantes de economía, sobre todo en América Latina, antes de que pierdan su capacidad crítica, cuando por primera vez, un serio profesor les explica este precepto, sobre el cual funciona todo el andamiaje del pensamiento liberal. Posiblemente éstos sean tranquilizados por sus profesores, quienes le asegurarán que sólo se trata de un ejercicio de simplificación pedagógica, para entender lo esencial, prescindiendo de los detalles menos importantes que podrían nublar el análisis. El problema de esto radica en que, las más de las veces, olvidamos relativizar la potencia y significación de las prescripciones económicas que se derivan de estos modelos hiper-simplificados de la realidad. Extraemos conocimiento sobre algo artificialmente reducido, para luego aplicarlo automáticamente a complejas realidades, y encima pretendemos que funcionen, así no hay cómo dar en el blanco.

La competencia perfecta, aplicada a escala mundial, nunca oyó hablar de la heterogeneidad productiva; pero a pesar de su sordera, mientras algunos países pretenden desarrollarse vendiendo piñas, otros lo hacen exportando microprocesadores y automóviles. No hace falta ser economista, para darse cuenta quien tiene las de ganar en un mercado internacional tan poco perfecto en su competencia: las piñas se venderán a lo que sea para que no se pudran. O bien como tantos otros productos primarios, serán compradas a bajo precio a productores locales, por

grandes corporaciones transnacionales, que le aplicarán tratamientos biotecnológicos, para que éstas aguanten ir más lejos, y por más tiempo, complejizando el eslabonamiento productivo con subsidiarias u otras transnacionales químicas, de embalaje, de aseguramiento, transporte y comercialización; lo que deja apenas un mínimo de recursos en la tierra y en las manos de los que las produjeron.

Tampoco se discute en la teoría neoliberal el efecto que tendría la distribución del ingreso en términos del precio resultante de la interacción de la oferta y la demanda, a pesar de que este punto debilitaría relativamente la fuerza de demanda con respecto a la oferta, ya que las preferencias de los demandantes no se reflejará fielmente en un mercado donde existen constreñimientos presupuestales severos (pobreza, indigencia).

En resumen, con los cientos de años que lleva funcionando el mercado en tantos diferentes lugares, no existe la competencia perfecta. Por lo tanto, no se sostiene el principal supuesto de comportamiento mercantil, que hace posible el equilibrio entre las fuerzas de oferta y demanda, enfrentadas de igual a igual, en una búsqueda de satisfacer sus intereses antagónicos. Es más, si esta maravilla por casualidad apareciera en nuestro mundo, no sería en América Latina. Me atrevo a inferirlo, aprovechando que los economistas tenemos por tarea andar elaborando pronósticos.

Existe pleno empleo factorial.

Este supuesto implica que no hay niveles importantes (superiores a 5%) de desempleo de la mano de obra, ni capacidad ociosa del capital, ni tierras cultivables en desuso. ¿Por qué necesitamos que esto se cumpla para que los mercados generen precios que acercan las fuerzas de oferta y demanda con un adecuado equilibrio?

Teóricamente, cuando los factores productivos (tierra, trabajo y capital) se utilizan a su máxima capacidad, los pagos que otorga el mercado a cada uno de ellos corresponde a su aporte marginal en la producción, y por lo tanto no queda lugar para la injusticia o la explotación. Ciertamente, cuando no existe desocupación de la mano de obra, es más difícil imponer un salario muy bajo a los trabajadores, y viceversa. En pleno empleo, los poderes de negociación de ofertantes (trabajadores) y demandantes (empleadores) del factor productivo en cuestión, se encuentran en condiciones de mayor equidad, no pudiendo imponer el empleador su precio en función de una sobreoferta²⁶ factorial de trabajo.

Pero en nuestras economías latinoamericanas, estamos lejos de contar con una situación de clásico pleno empleo factorial. Dan cuenta de este hecho significativos fenómenos como el desempleo estructural, la «informalización», la estacionalidad y flexibilización del trabajo; así como la invisibilidad y gratuidad del trabajo doméstico y comunitario fundamentalmente realizado por mujeres. Todas estas nuevas modalidades posibilitan nuevas formas de explotación, flexibilización y heterogeneidad, que no son contabilizadas en las estadísticas del sector laboral (empleo no remunerado, subempleo, empleo esporádico, empleo temporal, empleo domiciliario, etc.). El desempleo real en nuestras economías es bastante mayor que lo que se reconoce oficialmente, generándose un cierto «anclaje» de los salarios hacia abajo. Siempre habrá trabajadores dispuestos a emplearse por bajos o menores salarios y condiciones laborales. Hoy en día, tras el período neoliberal, a lo largo del cual se debilitaron sustantivamente las organizaciones sindicales, además de los elementos recién descritos, nos encontramos con un panorama de completa subordi-

²⁶ Marx llamaba a este contingente el ejército industrial de reserva, desempleados a la espera del primer trabajo disponible, sin importar el sueldo, por lo que anclan en un piso muy bajo las remuneraciones de los que sí se encuentran laborando.

nación del trabajo al capital, donde las fuerzas son aún más asimétricas y lejanas al ideal de pleno empleo de los clásicos.

La política económica (neo) liberal: una verdadera tautología

La política que se desprende del corpus conceptual (neo) liberal se reduce, en lo fundamental, a propiciar las condiciones para que el mercado pueda imperar en la construcción de los precios, y por lo tanto, en la asignación de los recursos. Por tanto, el Estado debe abstenerse de participar en la economía, dejando a la iniciativa privada el rol protagónico de determinar qué se va a producir, cuanto y cuando se va a producir, cómo, y para quienes. La idea de empresas o funciones estatales es prácticamente una aberración por la ideología neoliberal, y de ahí es su eterna demanda privatizadora.

Pero en todo evento, haciendo una re-elaboración del pensamiento original con palabras actualmente utilizadas, el Estado no debe intervenir en el campo económico ni como regulador, ni fiscalizador, ni empresario, puesto que el intervencionismo resulta en distorsiones que inevitablemente se traducen en ineficiencias que pagan los consumidores. De acuerdo a los clásicos, neoclásicos y neoliberales, el mecanismo del mercado tiene una capacidad propia de autorregulación (automática) que resulta de la contraposición de fuerza (similares y atomizadas) de ofertantes y demandantes con intereses contrapuestos. A los que compran les interesa comprar barato, y a los que venden, todo lo contrario; la pugna se resuelve con un acuerdo en el mercado, donde se produce un precio que equilibra las cantidades que se desean transar en determinado nivel de precio. Esto es, en teoría, aplicable al mercado de comestibles, al mercado laboral, cambiario, de bonos, de servicios educativos, de salud y previsión. Si alguien se pasa de la raya y quiere cobrar mucho, la competencia lo desplazará (haciéndolo desaparecer). Si alguien se pasa de listo y quie-

re pagar muy poco a sus trabajadores, la industria vecina absorberá esa mano de obra atrayéndola con mejores salarios. De ahí que cualquier intervención, proteccionismo, fijación de precios y/o salarios mínimos, por parte del Estado, resulta en distorsiones a las «verdaderas» preferencias de los agentes, desdibuja las funciones de producción (fundamentados en el comportamiento racional), y por tanto resulta en precios y asignaciones sub-óptimas en los recursos de la economía. La sociedad, en su conjunto, pierde con la intervención del Estado.

Analizado globalmente, el pensamiento expuesto implica una suerte de tautología en que comienza con el supuesto de competencia perfecta y la inexistencia del Estado (económico), luego ilustra el mejor de los mundos resultantes de las fuerzas egoístas de los actores; y termina recomendando como política, un proceso de liberalización y desregulación y privatización económica que acerque la realidad a los propios supuestos de trabajo en los que se fundan su teoría y la política que recomienda.

Dicho de otra forma, se parte por demostrar que la competencia fría y atomizada en los mercados, genera beneficios individuales y sociales que son deseables, y que toda intervención o regulación del Estado genera «distorsiones» en las verdaderas fuerzas del mercado, resulta en precios y vaciados de mercado que son subóptimos, en detrimento de los consumidores y del bienestar nacional. De ahí que se recomiende el *laissez faire*, el liberalismo, la desregulación, la privatización, como mecanismos de asignación de recursos para fines productivos, y eventualmente, satisfacción de necesidades humanas (soberanía del consumidor).

Tampoco tiene nada de científico que los neoliberales establezcan que la regulación debe ser realizada por consumidores y productores atomizados en el mercado, toda vez que sus decisiones particulares no tienen por que garantizar al mismo tiempo

y en forma continua, el bien común, la salud, y la sustentabilidad del proceso en el tiempo. Un consumidor puede tomarse 20 años en descubrir la conexión entre una compra y su enfermedad, o entre su consumo de muebles y la depredación del bosque húmedo tropical en otro continente. Las generaciones futuras no están presentes en los mercados actuales «para votar» con «votos de dinero» respecto de la deseabilidad de tal o cual producto. Las inequidades en la distribución del ingreso y la pobreza son en sí mismos dos fenómenos que no permiten a los consumidores desplegar su teórica soberanía en los imparciales y tecnocráticos mercados. Por tanto, sin el concurso de otras variables y procesos que son necesarios en la determinación de los estilos de desarrollo y los sistemas económicos que se da una sociedad en cuestión, es muy difícil que los mercados y la búsqueda del bienestar individual, produzca mágicamente procesos de bienestar colectivo y sustentable.

4.2 Neoliberalismo real en América Latina

« Si las ecosofías, la ecología social y el ecodesarrollo han intentado dar nuevas bases morales y productivas a un desarrollo alternativo, el discurso del neoliberalismo ambiental opera como una estrategia fatal, que genera una inercia ciega, una precipitación hacia la catástrofe. La fatalidad de nuestro tiempo se expresa en la negación de las causas de la crisis socioambiental y en esa obsesión por el crecimiento, que se manifiestan en el desbordamiento de los fines de la racionalidad económica (...). La retórica del desarrollo sostenible ha convertido el sentido crítico del concepto de ambiente en una proclama de políticas neoliberales que habrán de conducirnos hacia los objetivos del equilibrio ecológico y la justicia por la vía más eficaz: el crecimiento económico guiado por el libre mercado.» Leff, 1998:22

El neoliberalismo implementado en nuestra región, ha fracasado en su promesa de generar desarrollo económico, y más aún, en la tarea de mejorar la calidad de vida de las personas.

Esto no es de extrañar, porque en realidad los experimentos neoliberales en nuestros países nunca fueron diseñados para

satisfacer las necesidades actuales y futuras de nuestros pueblos. Se aplicaron más bien, para hacer frente a los compromisos internacionales de servicio de la abultada deuda externa acumulada hacia los años setenta. En el fondo, se trataba de reformar un sistema capitalista, bastante *sui generis*, que en Latinoamérica albergó economías heterogéneas, donde co-existía la ruralidad casi feudal, las empresas modernas transnacionales extractivas, las industrias emergentes mercado-internistas así como mercados laborales segmentados y disímiles. Las industrias mercado-internistas, habían colapsado como consecuencia de los choques petroleros y de ineficiencias productivas sistémicas, causadas por un inadecuado diseño tecnológico, por la dependencia energética de combustibles fósiles, por la limitada escala de los mercados nacionales y por la sobreprotección a la industria naciente.

El resurgimiento liberal en nuestros países se explica porque estaban las condiciones favorables luego de la crisis del «desarrollismo» latinoamericano, cuyo agotamiento tiene que ver con factores complejos tanto internos como externos²⁷ que no alcanzaremos a tratar en estas líneas. Basta sí explicitar que no se debió únicamente al estatismo sobreprotector de la industria nacional, sino también a la crisis del petróleo (la configuración de la OPEP y los choques petroleros), que significó la octuplicación de los precios (entre 1974 y 1979) del crudo que pagaban nuestros países, en circunstancias en que la estructura productiva había sido instalada plenamente dependiente del petróleo. A posteriori, los países de la OPEP depositaron en la banca europea esta nueva corriente de riqueza que provenía de nuestros países y de Estados Unidos, generándose la ulterior ofensiva de financiamiento fácil y a tasas altas para América Latina, generándose la trampa y la crisis de la deuda externa de nuestra región.

²⁷ Para un recuento histórico, ver Quiroga, Rayén: «Políticas y teorías de desarrollo en América Latina, el pasado y las perspectivas» *Ciencia y Sociedad*, INTEC, Santo Domingo, octubre - diciembre, 1990.

Este análisis resulta ahora relativamente simple, luego de décadas de historia neoliberal; pero cuando la doctrina neoliberal comenzó a imponerse por la vía de dictaduras militares o préstamos condicionados del FMI/BM, el discurso sonaba atractivo y promisorio. La contra-revolución neoliberal-monetarista instaló un cúmulo de iniciativas reformistas, impulsadas por gobiernos militares (Cono Sur) o préstamos de los organismos multilaterales, que obligaron a los gobernantes de la región a implementar la receta única como pre-requisito para la inyección de fondos frescos que resultaban urgentes, dada la situación generalizada de estrangulamiento externo.

La implementación de una sola receta neoliberal, en forma repetitiva en nuestra región, generó problemas sociales, laborales y ambientales de tal magnitud que a la postre casi todos nuestros países han debido reformar sus estructuras productivas y regulatorias, alejándose en diferente grado, y esperemos que para siempre, de la ortodoxia neoliberal.

4.2.1 De la génesis del liberalismo a la receta neoliberal aplicada en América Latina

A partir de la doctrina original que hemos analizado, se puede ahora examinar las recetas neoliberales implementadas en los países latinoamericanos a partir de los setenta. Sin excepciones, y no importando la realidad del país, en el Cono Sur y luego en Venezuela, República Dominicana y las naciones centroamericanas, Colombia, Venezuela y Ecuador, éstas han incluido:

Privatización de empresas e instituciones públicas

En la receta neoliberal, toda institución pública proveedora de productos y servicios debe ser privatizada, bajo el argumento dogmático de que la empresa privada es más eficiente y produc-

tiva. La propiedad individual o grupal de los activos garantiza que habrá interés individual de hacerla rendir al máximo. En contraste, la administración pública se identifica con tendencias de mal manejo económico y financiero consustanciales a la necesidad de privilegiar criterios políticos, caracterizándose por una gestión clientelista, por el tráfico de influencias, y la corrupción. Decimos que esto es un mito, porque empresas estratégicas bajo dominio estatal pueden ser muy eficientes y reportar grandes ingresos al fisco, como ejemplifica el caso de Chile, con las empresas públicas Codelco y ENAP. Por el contrario, transnacionales privadas como ENRON, han mostrado recientemente prácticas corruptas y engañosas no sólo hacia sus clientes, sino también hacia sus propios accionistas.

No se menciona en el discurso neoliberal, que al privatizar sectores productores de servicios como las pensiones, la salud y la educación, el objetivo racional de los nuevos negocios no será la prestación de servicios (medio), sino la maximación de las ganancias (fin último). Si estas privatizaciones se producen, como manda la receta, en un contexto de desregulación de la actividad económica, entonces no habrá ningún obstáculo para que el sistema privilegie la acumulación de capital, en detrimento de la calidad y cobertura de los servicios que obtiene el público. A este respecto se tiene, nuevamente extensa literatura que muestra estas contradicciones y limitaciones, en especial véase el caso de Chile, más adelante (Quiroga, 1996).

Desregulación generalizada de la actividad económica.

El Estado no debe limitar, normar o regular la libre iniciativa privada, que guiada por sus intereses particulares, resultará en la optimización de la utilidad colectiva. Teóricamente, las actividades empresariales injustas o dañinas serían rechazadas por los consumidores (de acuerdo al precepto de soberanía del consumidor) y tenderían a desaparecer sin que se necesite la fuerza

del Estado regulador y orientador. Esto implica la observancia de supuestos fundamentales de competencia perfecta ya vistos, sin los cuales los consumidores no tienen la oportunidad de optar para enviar señales claras al mercado.

Apertura indiscriminada al exterior.

Este último ingrediente de la receta que implementa el neoliberalismo en América Latina, se desprende de la teoría de las ventajas comparativas de Ricardo. El argumento se presenta a seguidas. Desde el momento que el mercado cambiario (y por lo tanto el precio del dólar) y de capitales son desregulados en un país, (libre juego de la oferta y la demanda), y desde que se reduce sustancialmente la protección a la producción nacional (reducción y unificación de los impuestos a las importaciones), la economía nacional «se inserta» en el mercado global en donde, de acuerdo a sus ventajas absolutas y comparativas, debería «sincerar» sus precios, eficientizar sus funciones productivas y de circulación y definir un camino de crecimiento basado en la expansión de las exportaciones de los sectores que la demanda externa determine como más competitivos. Estas son las primeras transformaciones económicas derivadas del proceso de apertura indiscriminada al exterior. Implica un «ajuste» entre costos y precios internos y externos, que determinará la naturaleza de la nueva inserción, para el caso latinoamericano, como exportador de bienes primarios.

Igualmente, la nación se debería abrir a la entrada de capitales externos, que como empréstitos o inversión extranjera, sitúan a dicha economía en determinado rol en la nueva división internacional del trabajo y de los beneficios del sistema, a escala global. Con el esperado *boom* de las exportaciones, debería generarse suficiente excedente en moneda internacional para que los países hagan frente a sus compromisos de deuda externa (privada y pública).

Al combinar estos tres preceptos, la doctrina neoliberal supone que se producirá en dichos países un proceso de prosperidad económica, basada en las dinámicas de la iniciativa privada y los mercados, para beneficio de los consumidores, ya que teóricamente, así se elevará el nivel de vida y la pujanza de la economía en general.

4.2.2 Libre comercio en América Latina: ¿dónde quedan nuestras ventajas?

Para nuestras economías latinoamericanas, con niveles variables de limitación del tamaño²⁸ de nuestros mercados internos, la apertura comercial y el crecimiento basado en la expansión exportadora constituye, en el discurso economicista, la única manera de gestar crecimiento e incluso desarrollo económico. La idea es tan simple que casi aparece atractiva, si no fuera por las consecuencias inaceptables que su implementación ha traído a nuestra región. De ahí que sea imprescindible indagar más profundamente, porque no se trata de exportar y exportar como si no hubiese un mañana, creyendo que con sólo hacerlo se logrará mejorar el bienestar de todos nuestros pueblos.

Hoy contamos con aportes teóricos y abundante evidencia empírica, que nos alertan sobre las consecuencias que traen consigo las diferencias cualitativas en los ejes de competitividad internacional, con que los países de «insertan» o abren hacia los mercados internacionales²⁹. Se ha demostrado que la distribución de los frutos del comercio exterior, especializado según la doctrina neoliberal, es inequitativa, debido a una serie de factores históricos, tecnológicos y económicos que se combinan para ge-

²⁸ Tamaño absoluto en términos de población, y muy especialmente tamaño relativo, en términos del poder adquisitivo de dicha población.

²⁹ Varias escuelas de pensamiento económico han elaborado aportes robustos y sustantivos a este respecto, por ejemplo: Estructuralistas, Dependencistas, Gunnar Myrdal, y Neoestructuralistas.

nerar menores beneficios, e incluso perjuicios en nuestros países.

Esto así, como adelantaron pensadores de la talla de Prebisch, debido a que existen profundas diferencias entre las estructuras productivas y de comercio exterior de los países en «vías de desarrollo» y los desarrollados. Los países en desarrollo basamos nuestro crecimiento económico en una férrea competencia por conquistar la demanda de los países industrializados, con productos primarios de escasa transformación, cualitativamente similares, y con desfavorable elasticidades precio e ingreso de la demanda³⁰.

Complementariamente, los países industrializados exportan diversos productos manufacturados y servicios, cualitativamente diferenciados, y cuyas elasticidades, les son sumamente favorables.

Consecuentemente, y como era esperable si consideramos lo anterior, los países industrializados se benefician más que proporcionalmente de los procesos de apertura a que se abocan los países en desarrollo, en su afán de seguir las recomendaciones de la ortodoxia neoliberal: el comercio desregulado y el crecimiento motorizado por las exportaciones.

Parte de los nuevos ejes no tradicionales de exportación que surgen en nuestros territorios, como pueden ser el turismo, la agroindustria, las maquilas (ensambladoras) y los servicios de

³⁰ La elasticidad precio de la demanda se refiere a cómo varía la demanda cuando ocurre un cambio en el precio del producto en cuestión. La elasticidad ingreso de la demanda se refiere a los cambios en la demanda como consecuencia de un cambio en el nivel de ingreso de los compradores. Como estamos considerando productos primarios, su elasticidad-precio nos es desfavorable, puesto que cualquier cambio en el precio internacional va a significar que los compradores optarán por esos productos más baratos de la competencia, en forma relativamente rápida. Respecto de los incrementos de ingreso que experimentan secularmente los países compradores de nuestros productos, estos no cambian sustancialmente su demanda por nuestros *commodities*, puesto que la propensión es que esos incrementos en el poder de compra, se destinan preferencialmente a productos industriales y servicios.

procesamiento de datos; son generalmente propiedad de grandes transnacionales que por lo general, y excepciones aparte, no tienen ningún interés por dejar ni un centavo más de lo estrictamente necesario en el país anfitrión.

A estos factores económicos, se agregan elementos sociales, institucionales e incluso culturales, que agregan potencia explicativa a la hora de comprender por qué la apertura y el comercio desregulado no ha generado los frutos prometidos a nuestros países. A fin de cuentas, la historia nos enseña que, de varias formas, los países centrales son capaces de retener dentro de sus fronteras los beneficios del progreso técnico y su inserción internacional, mientras que nuestros países constantemente filtran gran parte del excedente económico, por la vía del comercio o de las finanzas, hacia los primeros³¹.

Más aún, los países centrales han podido generar procesos de redistribución progresiva del ingreso y de masificación del mercado de sus propios consumidores, merced a la creación, en su momento preciso, de un poderosa industria mercado internista; mientras que los países periféricos hemos generado procesos de expansión inestable, vulnerables a las variables externas (incluso durante la fase de industrialización sustitutiva), y sumamente inequitativos.

4.2.3 La contrarrevolución neoliberal en América Latina

El proceso más reciente de desregulación³² del comercio y de los flujos de capital en América Latina, fue iniciado en los

³¹ En la retención nacional de los frutos del progreso técnico y la especialización productiva se combinan factores geopolíticos, culturales (creatividad, innovación), institucionales (poder de los actores, sindicatos, etc.), éticos (la ética protestante, por ejemplo), históricos (momentos y naturaleza de la especialización); que merecen un espacio de discusión que rebasa las posibilidades de este capítulo

³² Utilizamos el término desregulación para connotar los procesos económicos (y ecológicos) en cuyo funcionamiento son determinantes las fuerzas del mercado (imperfecto) y no las regulaciones e intervenciones del Estado. Preferimos utilizar desregulación en lugar de «liberalización», como se hace tradicionalmente, porque nos parece que esta última palabra posee una carga ideológica incongruente con nuestro enfoque.

setenta, con los programas neoliberales de las dictaduras militares; o en los ochenta, con el llamado «ajuste estructural», un programa internacional a ser aplicado en las economías subdesarrolladas, liderado por los organismos multilaterales de financiamiento, en conjunto con los gobiernos nacionales. Estos programas de ajuste incluyeron profundos procesos de internacionalización y desregulación de las economías, con costos sociales y ambientales que han sido consignados ampliamente en la literatura regional.

Desde nuestra perspectiva latinoamericana, existen líneas comunes en las recetas neoliberales que se aplicaron a partir de los setenta y ochentas, aún y cuando se pueden identificar especificidades locales que no viene al caso individualizar³³.

Tal como consigna la teoría, el «experimento neoconservador», o la aplicación de recetas neoliberales en las sociedades latinoamericanas, incluyó los siguientes procesos:

i) La desregulación indiscriminada de los mercados (bienes y servicios, laboral, cambiario, financiero, etc.); que en el fondo implica dejar que los precios resultantes (precios de artículos y servicios, salarios, tipo de cambio, tasa de interés, etc.) se formen como resultado «del libre juego de la oferta y la demanda». Esta tarea implicó dismantelar las «distorsiones» de tipo gubernamental (precios tope, salarios mínimos, subsidios, bandas de precios, regulaciones) o institucionales (negociación colectiva, gremios, sindicatos) que «empañan» la libertad de iniciativa individual; porque cuando ésta última actúa en los mercados (de competencia perfecta), produce la optimización de la asignación de los recursos. Dicho pro-

³³ Los países que no asumieron completamente la ortodoxia neoliberal monetarista, y donde persistieron, en algunos casos incluso hasta el presente, funciones del Estado del Bienestar, son aquellos de mayor grado de industrialización y tamaño de mercado interno: México, Brasil, Argentina y Colombia.

ceso se conoce como «desregulación» de la economía, porque implica la desarticulación de los organismos e instrumentos de regulación de todos los ámbitos de quehacer económico.

ii) La apertura comercial y financiera hacia los mercados internacionales, a fin de destruir las «distorsiones» que habría provocado el excesivo proteccionismo nacionalista. Lo anterior, se explica, perjudica a los consumidores nacionales y beneficia la ineficiencia empresarial, la corrupción gubernamental y los intereses tradicionales. Esta tarea implicó la reducción sustancial de los impuestos al comercio exterior y el dismantelamiento de otro tipo de barreras institucionales que complicaban y/o hacían más cara y menos eficiente la actividad exportadora e importadora. En la práctica, se produjo un proceso de «depuración» productiva, en el sentido de que desaparecieron del mercado las empresas nacionales «menos eficientes», que no pudieron afrontar los nuevos precios relativos, y se consolidaron las competitivas, eficientes, deseables. Los consumidores también se beneficiarían de bienes y servicios a un precio relativo menor³⁴. Para lograr el pago de la deuda externa y financiar las importaciones, las economías debieron especializarse en producir y exportar bienes internacionalmente competitivos, que en nuestro caso correspondían a productos de bajo valor agregado, cuyos ejes de competitividad internacional son una muy barata mano de obra, y una relativa abundancia de recursos naturales.

³⁴ Pero, aunque no se contempla en la doctrina neoliberal, estos mismos consumidores experimentarían una fuerte merma en sus ingresos reales, debido al aumento de la cesantía y consecuente caída de los salarios. Así, nuestros países, con profundos niveles de endeudamiento externo, se enfrentan con todas las de perder a las presiones interesadas de los países industriales y sus organismos «multilaterales» que condicionan ayuda y préstamos al empuje y consolidación de procesos liberalización y apertura comercial indiscriminada.

iii) La reducción del radio de acción económica de Estado, que en la práctica equivale a disminuir las actividades productivas estatales en materia de bienes y servicios, y reducir su rol regulador sobre el comportamiento individual u organizado de los agentes. Ambos procesos se consiguen mediante un programa de privatización de las empresas y funciones sociales del Estado, complementado por transformaciones jurídicas que desregulan las actividades económicas. Todo lo anterior se legitimó con el concurso de la ideología que sostiene que la iniciativa privada, actuando a partir de intereses lucrativos individuales, es la garantía del progreso, la eficiencia y la elevación del bienestar colectivo.

Estos tres pilares de la contrarrevolución neoliberal, se complementan entre sí, para construir un sueño de ortodoxia, donde los intereses particulares se convierten en los motores del crecimiento económico. La asignación de los recursos (y por tanto el determinante de la distribución de la riqueza) es el mercado «puro» de distorsiones. El Estado se reduce a funciones de seguridad interna y externa, y a proveer de servicios infraestructurales y de salvataje a la inversión privada cuando sea requerido (esto último no aparece en la teoría pero se realiza en la práctica). Como ya se vio, este paraíso de *laissez faire*, que dejaría atónitos incluso a sus originales precursores de hace más de 200 años (Smith y Ricardo), funcionaría desde la perspectiva economicista si acaso se cumplieran los supuestos bastantes heroicos analizados al principio de este capítulo.

4.2.4 Resultados del neoliberalismo en América Latina.

Específicamente, desde 1492 América Latina ha invertido cientos de años en procesos de crecimiento que se fundamentan en exportaciones de productos primarios agrícolas y/o mineros, sobre los cuales tiene ventajas de costos. Dicho patrón fue ape-

nas interrumpido por unas 2 o 3 décadas del desarrollismo. Desde los setenta, asistimos a un *revival* de patrones de crecimiento basados en el comercio exterior, donde vendemos nuestros *commodities* para comprar manufacturas, servicios, patentes y royalties; y desde luego, para pagar los intereses de la aún así creciente deuda externa latinoamericana.

No se trata pues de establecer una hipótesis teórica, sino de extraer conclusiones que se basan en la observación de más de 500 años, en una región del mundo que está compuesta por más de 30 naciones y cuya población rebasa los 520 millones.

El efecto de las políticas neoliberales en la región fue rápido y brutal: desindustrialización, hipertrofia financiera, devaluación, aumento de la desocupación, de la pobreza y la indigencia, y a posteriori, transformación productiva hacia sectores exportadores primarios. Para la CEPAL y otros organismos multilaterales, el costo social del «ajuste» como se llamó en la época, significó para nuestra región una verdadera «década perdida» durante los años ochenta, puesto que el incremento de la pobreza y el deterioro de la salud, la educación y otros indicadores sociales habían caído sustancialmente. De ahí que la UNICEF y posteriormente el PNUD abogaran por procesos de «ajuste con rostro humano» y de «desarrollo humano (sustentable)» a partir de los años noventa.

A partir de los setenta y ochenta, según sea el caso, nuestra región vuelve a convertirse en exportadora de productos de bajo valor agregado, que se transan en el mercado internacional, compitiendo entre sí para bajar los precios. Desafortunadamente, considerando nuestra historia, queda bastante claro que especializarnos de acuerdo a la doctrina neoliberal ha resultado en varios elementos que caracterizan nuestras dinámicas económicas, sociales y ambientales actuales, a saber:

El patrón de especialización productiva en productos primarios de bajo valor agregado, ha obstaculizado la capacidad de generar procesos de crecimiento económico con progresivos niveles de equidad, ya que la competencia entre los países en desarrollo se basa en los bajos costos, lo que impide mejorar remuneraciones.

El mismo patrón también muestra predilección por la explotación de nuestros otrora abundantes recursos naturales, que debido a la devaluación de las monedas nacionales y a la situación de desprotección efectiva de los ecosistemas, resultaron en verdad muy rentables para los inversionistas que quisieron explotarlos, sin mayores limitaciones y de hecho con fuertes paquetes de incentivos. El problema de esta especialización productiva primario-extractiva, es que no posibilita nuestro desarrollo. Como estamos exportando nuestros bosques, lo que sembramos en nuestros suelos, la biomasa de nuestro borde costero y nuestros mares, nuestros minerales, etcétera; todos éstos *commodities*, de bajo procesamiento y valor agregado, nos vemos obligados a competir internacionalmente reduciendo costos y precios, con lo cual no se logra financiar en el corto plazo, prácticas sustentables de extracción y procesamiento, ni tampoco remuneraciones que alcancen para algo más que el mínimo de subsistencia de los trabajadores.

El deterioro de nuestros términos de intercambio, que en la práctica implica tener que vender cada vez mayores volúmenes de nuestros productos, para poder comprar la misma cantidad de productos manufacturados del exterior. Ulteriormente, el consecuente endeudamiento externo progresivo.³⁵

La imposibilidad de retener internamente los frutos del progreso técnico y de la especialización de cara al mercado

³⁵ Ver estudios y estadísticas anuales de CEPAL, en www.eclac.cl

externo, ya que se continúa transfiriendo, tanto por la vía del comercio como por el financiero, el excedente económico hacia los países industrializados, debido precisamente a la reproducción del patrón de especialización productiva a lo largo del tiempo.

La creciente dificultad de producir una transformación estructural de la economía (de la sociedad y la cultura), que nos permita orientar la economía hacia la satisfacción de las necesidades humanas de los que trabajan en nuestros países, o por lo menos aprovechar las oportunidades que presentan los consumidores en otros países, facilitando que pudiéramos producir con innovación y competir en base a calidad, exportando productos manufacturados y servicios. Así, no hemos podido cambiar el papel que históricamente nos ha tocado en la división internacional del trabajo: competir en base a malas retribuciones laborales y explotación de recursos naturales.

Una persistente, e incluso creciente vulnerabilidad de nuestras economías frente a los choques externos, que comprometen nuestra capacidad de generar procesos de crecimiento y/o desarrollo estables en el largo plazo.

En resumen, los procesos de apertura comercial y desregulación general que han implementado los países latinoamericanos, al compás de la contrarrevolución neoliberal-monetarista, han reafirmado nuestra especialización primaria extractiva, generando sobre-explotación de recursos naturales y servicios ambientales; han debilitado estructuralmente la capacidad de ampliar el valor agregado mediante procesos de transformación, y han revertido las conquistas laborales y sociales previas en nuestra región.

4.2.5 Para muestra, valga un botón: El caso de Chile.

Chile fue uno de los primeros países de América Latina en implementar profundas transformaciones neoliberales, incluyendo reformas económicas, sociales y políticas, por decisión del gobierno militar. En esta nación se emprendió un camino de desregulación, privatización y apertura indiscriminada de la economía al exterior. Si bien estas transformaciones generaron las bases para un ulterior crecimiento económico, no se puede perder de vista que dicha expansión se ha visto acompañada de costos sociales y ambientales crecientes que son tan contrarios a la capacidad de sustentar el desarrollo futuro, como éticamente inaceptables.

A partir de 1974, instaurado el régimen militar chileno, se impulsó desde distintos frentes un profundo cambio económico, social y político, que en esencia buscaba cristalizar experimentalmente la doctrina neoliberal. De acuerdo a dicha doctrina, los mercados desregulados debían asignar los recursos y generar los vectores de precios que reflejaran las antagónicas y competitivas fuerzas de oferta y demanda; reservándose al Estado una función subsidiaria, de facilitador de los cambios, de fomento a la iniciativa privada y de defensa nacional. Adicionalmente, los nuevos ejes de crecimiento se debían centrar en la demanda externa, como única forma de generar crecimiento económico en un país de pequeña escala de mercado interno.

En el caso chileno, el proceso de transformación neoliberal fue emprendido de forma unilateral al principio del gobierno militar, mediante varias dinámicas: desregulación económica, privatización, apertura e incentivo a la inversión extranjera, junto a procesos políticos, sociológicos y de transformación cultural congruentes con una visión militar y neoliberal del país. Así, el gobierno de Augusto Pinochet apostó al cambio radical de la economía y convencido por los Chicago Boys, impuso a la sociedad

chilena la aplicación de la doctrina neoliberal-monetarista, en coherencia con una visión economicista del progreso, donde se sobrevalora el individualismo, el consumismo y la competencia. Esta política realmente constituyó un giro de 180° con respecto a todas las iniciativas y programas de gobierno del Presidente Allende, cuya figura y obra, al igual que toda la visión de la Unidad Popular que lo llevó al poder en forma democrática, fue satanizada por la Junta Militar a lo largo de todo su período de 17 años.

A partir de 1974, el gobierno militar implementó un programa económico neoliberal (privatización, desregulación y apertura indiscriminada), en forma radical y veloz. La transformación estructural de la economía chilena, significó el tránsito de una economía con basamento mercado-internista, con fuerte industrialización y participación del Estado en lo productivo y en la provisión de servicios de educación, salud y previsión social (que se financiaban y administraban con criterio solidario), hacia una economía cuyo motor se basa en las exportaciones de bienes primarios, con un Estado reducido a un rol subsidiario y creciente presencia del sector privado en funciones sociales (que se administran y aseguran con criterios de capitalización y riesgos individualizados).

Se inició así un proceso de profundo cambio económico y cultural, que a su vez produjo altos costos sociales y ambientales³⁶. Recién en los últimos años, gracias a la introducción del manejo macroeconómico y al desarrollo de marcos regulatorios, se ha generado crecimiento económico durante una década, junto a una notable estabilidad macro, que sólo se desaceleró a partir de los choques externos desde 1998, precisamente por nuestra alta vulnerabilidad externa, que es consustancial al modelo económico chileno.

³⁶ Ver Quiroga 1994 y 1996.

En el período 74-89, la dictadura produjo una apertura unilateral e indiscriminada de la economía chilena hacia el exterior. Esto se logró mediante la reducción drástica de la protección arancelaria y no arancelaria a los productores nacionales; y con la notable facilitación del ingreso de capitales extranjeros con la promulgación del DL 600; a partir del cual, la participación de la inversión extranjera en nuestro territorio obtuvo trato «nacional», y aumentó significativamente.

Resulta necesario aclarar que alejándose licenciosamente de la doctrina neoliberal, que supone dejar todo en manos del mercado, el gobierno militar propició, mediante políticas sectoriales, importantes estímulos a la iniciativa privada. En particular, resalta el DL 701 de 1974, de incentivo a la reforestación; la declaración de *res nullius* sobre los recursos marinos, que incentivó la pesca industrial; y el citado DL 600 de estímulo a la inversión extranjera. Al mismo tiempo, se desregularon las actividades económicas, incluyendo una drástica reforma al código laboral; y se desregularon los mercados de productos, de tierras, financiero, cambiario, y eventualmente de todos los servicios. El repliegue de la participación del Estado en la economía, incluyó también un intenso programa de privatización de empresas e instituciones públicas productoras de bienes y servicios. Consecuentemente, se transformó la estructura productiva, se modificó la manera en que nuestro país se inserta en la economía internacional, se concentró progresivamente la riqueza, y cobraron importancia capital en la economía chilena el sector privado y la inversión extranjera (Quiroga, 1994 y 1996).

Todos estos cambios resultaron en la activación de las ventajas absolutas estáticas, consistentes en menores costos absolutos de mano de obra, recursos naturales y servicios ambientales, a su vez debidos a nuestro estándar laboral y ambiental, menos exigente que el de nuestros clientes internacionales. Lo anterior se tradujo en la transformación del aparato productivo hacia un

«modelo» de crecimiento primario-exportador, basado en recursos naturales. Chile sustituyó el motor de su expansión económica, abandonando el industrialismo orientado a satisfacer su mercado interno, para fomentar las exportaciones primarias extractivas. Después de varias décadas de «crecimiento hacia adentro», a partir de los setenta, la economía chilena volvió a depender de la demanda externa. Contra lo que habitualmente se piensa, el crecimiento económico estable, con progresivo control de la inflación, no fue una característica del gobierno militar. De hecho, los años de la dictadura se caracterizaron por inestabilidad económica, hipertrofia financiera, comportamiento volátil del producto y del empleo, crisis en el sistema bancario que obligó a intervenirlo en 1982, aumento notable de la desocupación, de la pobreza y la indigencia a niveles altísimos (48% de pobreza en 1983), solamente manejables en un régimen militar represivo.

Basta revisar las cifras, para observar que el crecimiento con estabilidad sólo se logró con el retorno a la democracia, en el contexto de las reformas neo-estructurales, que implican la instalación de marcos regulatorios apropiados, dinámicos y coherentes con una visión estratégica, con un proyecto de desarrollo con mayor equidad. Fue necesario que a las reformas neoliberales se uniera un manejo estratégico de la economía, incluyendo la instalación de un marco regulador de la economía a partir de 1990 (gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia), así como el despliegue de políticas públicas efectivas en la esfera social; para que en Chile se generara la combinación exitosa desde el punto de vista economicista, de crecimiento económico con estabilización de precios y disminución de la pobreza, que hicieron de nuestro país una especie de modelo económico en Latinoamérica.

Los problemas en la distribución del ingreso y la pobreza, sólo comenzaron a mejorar con políticas públicas focalizadas y eficientes que han sido parte integral de la política de creci-

miento con equidad de las tres últimas administraciones concertacionistas. No obstante, las limitaciones y costos sociales, ambientales y de vulnerabilidad externa, inherentes al modelo de crecimiento económico, se han ido haciendo progresivamente evidentes para la población en general, en particular con los efectos recientes de la crisis económica internacional.

Desde el retorno a la democracia en 1990, el país ha empezado a encarar los problemas de distribución del ingreso, persistencia de la pobreza y el creciente pasivo ambiental; incrementándose el gasto público y la inversión en dichas áreas, y al mismo tiempo, introduciéndose regulaciones de manera progresiva. Desde 1990 la política económica articula los aportes del mercado con el rol del Estado regulador, en un contexto donde las organizaciones de la sociedad civil se fortalecen y reclaman mayor equilibrio entre las fuerzas de la empresa y las responsabilidades de resguardo del bien público, por parte de las autoridades electas. La creciente conciencia ciudadana se refleja también en la exigencia de mayores niveles de equidad y mejor oportunidad y calidad en la provisión de servicios sociales a cargo del Estado.

Así, mientras otros países en la región se encuentran profundizando la privatización y desregulación de sus mercados, desarrollando procesos de ajuste estructural, Chile se encuentra avanzando, con reconocida lentitud, en el desarrollo de marcos regulatorios para encauzar el funcionamiento de las actividades de provisión de bienes y servicios dentro de límites socialmente aceptables. Esto ha sido muy notorio en los últimos años, en particular en rubros estratégicos como son la energía, la educación, la salud y el medio ambiente.

4.3 Reflexiones sobre el mercado, la competencia y la globalización

A menudo se dice que el mercado es ciego, que no ve, ni condiciones ni sufrimiento, lo que ilustra la cierta crueldad con que este supuestamente «neutro» mecanismo determina salarios

de mercado, produce los precios de las cosas, establece el costo de un préstamo y hasta lo que cobran los médicos y los colegios.

Pero cuidado, lo que es deseable en justicia, la aplicación ciega de la ley sin importar la persona sobre la que se aplican los preceptos, no es automáticamente transferible a la esfera de lo económico. Por supuesto que el mercado, como mecanismo donde se encuentran los intereses diversos y atomizados, es definitivamente ciego, te vende el kilo de pan prácticamente al mismo precio, sin importar si tienes salario de hambre, si no tienes salario, o si eres un ejecutivo transnacional. Esta ceguera, que en el ámbito de la justicia es bueno, en la carrera por la supervivencia material es no solamente injusto, es también congruente con una ética de quien no quiere mirar cómo está (o como muere) el que está al lado de uno.

Samuelson, un economista célebre del MIT, en cuyos textos nos educamos casi todos los economistas, sostiene que el sistema de mercado es una especie de democracia donde todos votamos, siendo un dólar equivalente a un voto. Si nos gusta una cosa para comprar, somos capaces de ofrecer tantos votos-dólares por ello, si no nos gusta, no daremos nuestra preferencia y dicho producto desaparecerá. Nadie tiene que venir desde fuera a decir qué o cómo se produce, pues serán nuestros bolsillos, la fuente de nuestros votos democráticos, los que decidan el devenir del sistema económico del que formamos parte. Esto, que puede parecer un tanto extremista como ejemplo, tiene una carga ideológica impresionante, y sin embargo sostiene casi todo el espinazo del conocimiento económico tradicional.

En realidad, el mercado no puede, porque no ha sido construido para eso, redistribuir el ingreso, igualar las oportunidades, ayudar a los que menos tienen, proteger los ecosistemas, subirle los salarios a las mujeres discriminadas. Esto es una constatación de la realidad. No le pidamos esas cosas al mercado, porque un

mercado que opera sobre asimetrías pre-existentes, sobre desigualdades fundamentales en el acceso a los recursos, las oportunidades y la riqueza, sólo podrá reproducir estas condiciones previas, porque la inequidad sistemática, en el esfuerzo de producir y en el disfrute de la riqueza, es inherente al propio funcionamiento del mercado. Esto así, ya que existe un sistema de propiedad privada que legitima y asegura (con leyes, jueces y policías) el acceso exclusivo de algunos al control de medios y riqueza, marginando en el mismo acto, a todos los demás, de tener los mismos privilegios.

La tautología de la propuesta neoliberal, en el fondo nos impide cuestionar el sistema de dominación e inequidad en el que estamos involucrados, en la mayoría de los casos, contra nuestra propia voluntad. Este sistema actual de mercado global, que hasta el Papa ha calificado como de «capitalismo salvaje», es incapaz de garantizar el bienestar colectivo en forma sustentable, tal como se discutirá más adelante. No podemos aceptar a priori el sistema actual de mercado, como si entendiendo los postulados y políticas económicas clásicas o convencionales, entendiésemos como vivir mejor la vida.

Es bueno que sepamos algo del comportamiento económico, igual que vale la pena saber abrocharse el zapato, pero esto no significa que nos tengamos que tragar toda la pócima, o creer nos que es el único alimento a nuestra disposición. Ceder al lenguaje economicista de domesticación, es todo lo que quieren las grandes corporaciones que gobiernan al mundo, y las elites locales que se benefician de este orden de cosas, junto con sus tintorrillos de los partidos políticos tradicionales.

Los estilos de desarrollo, la creación de caminos propios, la innovación en la procura de la satisfacción de las necesidades de todos, con recursos escasos, es el tema medular que está en juego, cuando hablamos de desarrollo solidario y sustentable.

No me tilden de utópica o ingenua, por algo estamos en el continente donde todo ha de ocurrir, donde uno levanta una piedra y le sale un artista o un escritor, en resumidas cuentas, un creador. Como se verá en capítulos posteriores, las evidencias del deterioro social, cultural y ambiental causados por el sistema actual de capitalismo salvaje globalizado, hacen inviable el bienestar de las personas en forma sustentable, de ahí que idear y pensar en nuevos estilos, propios e independientes, es más que un imperativo ético.

Una cosa tengo clara: los límites y condiciones de aceptabilidad de las conductas individuales que se manifiestan en los mercados deben provenir «desde fuera» de la economía. Deben ser decididos y fiscalizados desde una ética de la responsabilidad, desde el ejercicio ciudadano informado, que considere todas las variables implicadas en sus decisiones, todo lo cual supone una organización previa y un nivel de educación, que seguramente deberá realizarse en forma autogestionada, por instancias independientes.

Esto es a fin de cuentas aceptado plenamente en las sociedades industrializadas maduras, donde en mayor grado los derechos de uno, terminan donde comienzan los ajenos (inclusive de los que aún no han nacido). Sin embargo, en el tiempo de acelerada globalización que vivimos, son precisamente las naciones industrializadas las que han impuesto de manera sistemática todo tipo de barreras para el ingreso de nuestros productos (especialmente de mayor grado de transformación) a sus mercados³⁷. Esta práctica proteccionista se verifica continuamente, a pesar de que las teorías liberales y de las ventajas comparativas fueron creadas en los países hoy «desarrollados», de que los gobiernos y agencias de dichas zonas geopolíticas persisten en un

³⁷ Incluso, a pesar del discurso del liberalismo clásico en Europa, varios casos (Inglaterra, España, etc.) ilustran claramente que la expansión capitalista-imperial de sus economías se basó tanto en un marco liberal doméstico, como en la conquista de mercados preferenciales (monopólicos) en ultramar.

discurso liberal y aperturista; y de que los organismos multilaterales presionan de variadas formas para que los países «en desarrollo» adoptemos programas de estabilización, apertura y liberalización irrestricta de nuestros mercados.

Al mismo tiempo que nos adoctrinan en prácticas neoliberales, las naciones industrializadas del mundo acrecientan sus políticas proteccionistas arancelarias. En el transcurso de la actual recesión económica que las afecta, trasladan los costos de su ortodoxia discursiva y de sus consecuentes errores económicos a nuestros países, a quienes invitaron e invitan a incrementar su grado de apertura (y por tanto vulnerabilidad) externa, en primera instancia.

El proteccionismo se manifiesta en incrementos arancelarios muchas veces encontrados con las normas generales del GATT, también en la imposición de prohibiciones, cuotas máximas y calendarios específicos de exportación para los países productores, así como en todo tipo de medidas discrecionales y de requisitos sanitarios, toxicológicos y técnicos. Ultimamente, se ha estado planteando barreras ambientales a la entrada de nuestros productos a los países industriales (justificados con un discurso que pretende evitar el «dumping» ambiental, o sea la competencia desleal por diferencias en regulación ambiental entre los distintos países que comercian entre sí).

Estas restricciones arancelarias y no arancelarias que el proteccionismo impone a la demanda, junto a la sobreoferta mundial de productos primarios (basados en las ventajas comparativas ricardianas) refuerzan cíclicas caídas (más o menos estrepitosas) en los precios de dichos productos, sobre los cuales basamos el crecimiento económico de los países en desarrollo. Por ejemplo, para el caso de Chile, tres de sus más importantes productos de exportación, a saber celulosa, cobre y harina de pescado, han experimentado bajas sustantivas en sus precios interna-

cionales, comprometiendo el ingreso nacional y las capacidades de mejorar remuneraciones locales.

En resumen, la puesta en práctica del discurso aperturista y neoliberal en los países latinoamericanos, junto al proteccionismo descarado de los países industrializados, reproduce la distribución inequitativa de las ganancias y los deterioros derivados del quehacer de las economías, refuerza la división internacional del trabajo (con su correspondiente distribución de costos sociales y ambientales) y provoca la ampliación de las brechas entre ricos y pobres a escala planetaria.

Esto es sin más, lo que demuestra la evidencia empírica disponible, y lo que todos tenemos frente a nuestros ojos, sin tal sólo quisiéramos ver.

Capítulo 5

5 LAS MUJERES Y LO AMBIENTAL EN EL DISCURSO Y LA PRACTICA DEL DESARROLLO

LAS MUJERES Y LO AMBIENTAL EN EL DISCURSO Y LA PRACTICA DEL DESARROLLO

Con la exacerbación de los efectos negativos de los ajustes neoliberales en la región, los grupos más vulnerables de la población sufrieron las más fuertes cargas, y entre éstos, los costos sociales y ambientales afectaron más fuertemente a las mujeres, los pobres y los niños (véase *El Ajuste Invisible*, UNICEF, 1989)

De ahí que se haya procurado, sobre todo desde las distintas agencias de la ONU, conceptualizar y evidenciar estas dinámicas, socialmente indeseables. En el lenguaje de la época, si el proceso económico no lograba beneficiar a determinados grupos, se trataba de «integrar» al sistema a aquellos más vulnerables y marginados para incorporarlos al proceso de desarrollo.

El significado y la fuerza de las palabras es elocuente. Pero ¿qué significa integrar y beneficiar; quién define el tipo de desarrollo que se está impulsando?

5.1 Mujeres en el desarrollo: del integrismo de las mujeres, a la crítica de las relaciones de género

La misma lógica de subordinación de los países periféricos respecto de los centros, opera también entre los sexos.

Los aportes de las feministas que surgieron en el primer mundo, pronto fueron reciclados para contribuir a interpretar la situación de desmedro en que se encuentran las mujeres latinoamericanas a inicios de los años setenta. Es una época de muchas constataciones y derrumbes. Como ya se ha visto, al mismo tiempo que de cierta forma se desploma el esfuerzo desarrollista, emergen con fuerza los temas de género y del medio ambiente en el centro mismo del desarrollo.

En los setenta, la ONU clama por un nuevo orden económico mundial para que los países «en vías de desarrollo» puedan realmente desarrollarse, pues con las relaciones comerciales y financieras tan desiguales (explotativas), era obvio que no se lograría disminuir la pobreza y mejorar la distribución del ingreso para la satisfacción de las necesidades básicas de la población. En los setenta, también la ONU declara la década de la mujer, intentando concientizar y fomentar el compromiso de los gobiernos del mundo para trabajar en el desmantelamiento de todas las formas de discriminación y marginación en contra de las mujeres. Y es también en los setenta, cuando se inicia la discusión pública de los problemas ambientales en relación al desarrollo.

De forma probablemente involuntaria, todo el trabajo modernizador y desarrollista de los cincuentas, sesentas y setentas en América Latina, se realizó con un enfoque que puede catalogarse de «ciego al género». Como puede verse en la literatura especializada, se realizaron políticas, programas y proyectos de desarrollo, que ignoraban las inequidades de poder, recursos y valoración social entre hombres y mujeres. En efecto, esta dinámica que atraviesa toda la vida de las comunidades y los territorios, es crucial para comprender y desarrollar las potencialidades humanas, cuya búsqueda es consustancial al desarrollo. Imperaba una suerte de mito implícito, en el cual el proceso de desarrollo, a la postre guiado por las ideas de la

modernización, sería neutro respecto de su impacto en la vida de hombres y mujeres.

El resultado fue realmente decepcionante, si consideramos que dichas dinámicas podrían haber sido aprovechados para dar un cierto impulso hacia relaciones más equitativas entre hombres y mujeres. En ciertos casos, incluso se ha documentado iniciativas de desarrollo promovidas por gobiernos y organismos internacionales, que han sido contraproducentes a la situación de las mujeres, ya que han aumentando la brecha entre ambos sexos, sobrecargando de trabajo al género femenino, o bien «condenando» a las mujeres a su rol histórico tradicional de maternidad, con lo cual se la aleja de las iniciativas de capacitación para el trabajo (remunerado).

Las primeras constataciones sobre este hecho se reflejaron en una suerte de segunda mirada sobre el desarrollo, caracterizada por un enfoque ciertamente integracionista, que luego se llamó «Mujer en el Desarrollo» (MED). La consigna parecía procurar la incorporación de las mujeres a un estilo de desarrollo pre-definido, a mercados laborales remunerados, y a unas prácticas de modernidad al estilo latinoamericano, diseñados por otros, sin su concurso. Más lamentable aún, de esta etapa «MED» se puede criticar también un cierto sesgo en el lenguaje, pues integrar a las mujeres, implica que éstas antes no se hallaban comprometidas en el esfuerzo del desarrollo o de supervivencia, lo que resulta completamente falso.

Sobra decir que las mujeres siempre hemos participado del trabajo, (aunque no siempre remuneradamente), en la producción de riqueza (aunque no siempre la sociedad ha valorizado y reconocido este aporte), y en la reproducción social, cultural y biológica de nuestras comunidades.

Otra cosa es que hayamos sido invisibilizadas, violentadas, marginadas y explotadas por una cultura patriarcal y una socie-

dad sexista que convierte la diferencia y desventaja y desvalorización del género femenino. Es en estas condiciones de doble estándar (trabajo invisible), que hemos participado en el desarrollo con diverso grado de intensidad, de acuerdo a nuestra posición socio-económica y política. De forma que hemos estado participando siempre en la economía doméstica, en la agricultura familiar, en la microempresa, en la casa biparental y también en las unidades domésticas con jefatura femenina. Así que la postura de «integrar» a las mujeres al desarrollo incluso en el lenguaje revela su profundo sesgo sexista, porque nos alecciona como si no estuviésemos moviendo el mundo, alimentando a nuestros hijos y hasta colaborando, con nuestro silencioso aporte, a que las empresas le pagan menos a sus empleados, pues éstos obtienen nuestro trabajo doméstico, con entera gratuidad.

En resumidas cuentas, las mujeres siempre hemos sido parte no sólo de la economía familiar, sino también de la producción económica y la reproducción social. Esta crítica desde el feminismo en América Latina, concluyó a configurar una nueva mirada sobre el tema de las mujeres y los hombres en el desarrollo, que se conoció como «Género en el Desarrollo» (GED). Esta nueva visión, explícita de entrada las relaciones de género en los espacios simbólicos, de poder, y de relaciones sociales y económicas; utilizando en la práctica distintas dinámicas de sensibilización y conversación entre los integrantes de las comunidades. Se trata de potenciar el aporte de hombres y mujeres, en torno a su experiencia y visión de cómo se realizan las relaciones de género, para configurar un contexto complejo que debe ser considerado dentro de las políticas y proyectos, procurando revertir las inequidades detectadas en las cargas de trabajo y el acceso a los recursos y beneficios de las intervenciones y acciones que se emprenden.

5.2 El despertar de la conciencia ambiental en el desarrollo

«El discurso del desarrollo sostenible va engullendo al ambiente como concepto que orienta la construcción de una nueva racionalidad social. La estrategia discursiva de la globalización genera un metástasis del pensamiento crítico, disolviendo la contradicción, la oposición y la alteridad, la diferencia y la alternativa, para ofrecernos en sus excrementos retóricos una re-visión del mundo como expresión del capital. La realidad ya no sólo es refuncionalizada para reintegrar las externalidades de una racionalidad económica que la rechaza. Más allá de la posible valorización y reintegración del ambiente, éste es recodificado como elemento del capital globalizado y de la ecología generalizada». Leff, 1998: 23

Los signos cada vez más evidentes de la crisis ambiental, tanto a escala global como local, se encargaron de dar el impulso inicial a la irrupción de «lo ambiental» dentro del campo del desarrollo. Recordemos que a partir de los setenta, debido a los choques petroleros y por la amenaza de que el mundo industrializado se quedase sin energía (por más contaminante que esta nos parezca hoy), académicos, políticos y organizaciones de la sociedad civil, se comenzaron a plantear desde diversos enfoques, el aparentemente cercano fin del petróleo que movía al mundo entero. El foco de atención sobre el tema ambiental era sin duda el agotamiento de los recursos naturales en el mundo, frente a la demanda creciente de la población, tal como consignan los Informes del Club de Roma.

La conciencia ambiental emerge en el Norte durante los años sesenta con la Primavera Silenciosa de Rachel Carson (1962), y se expande hasta ahora por nuestros países, a partir de la conferencia de la ONU sobre el Medio Ambiente Humano, realizada en Estocolmo en 1972. El primer informe del Club de Roma (Meadows, 1972) y los siguientes, pusieron en tela de juicio la viabilidad del crecimiento como objetivo económico pla-

netario. De seguir todo como estaba, el agotamiento de los recursos naturales y los niveles de contaminación hacían inviable la sustentación de la población en el planeta. Para la mayoría de pensadores y gestores del desarrollo, los elementos ambientales parecían poco cercanos y ciertamente menos prioritarios que la pobreza y la modernización. De ahí que en la década de los setenta e incluso entrados los ochenta, fuese corriente escuchar por parte de los tecnócratas, comentarios que mostraban bastante desdén e ignorancia respecto del medio ambiente.

Lo cierto es que desde hacía mucho tiempo, diversos y germinales movimientos sociales, campesinos e indígenas en nuestra región, ya habían iniciado un cierto activismo ambientalista, ligado profundamente a la supervivencia de los grupos humanos que dependían (y dependen) de los bosques, las tierras y los mares para comer y vivir. A este respecto se tiene el emblemático caso de la lucha de Chico Mendes en Brasil, defendiendo los bosques contra las talas intensivas que los dejaban sin sustento.

En términos de pensamiento, en América Latina, ya en los setenta habían surgido las radicales ideas y estrategias del ecodesarrollo, publicándose en México el artículo pionero «Ambiente y Estilos de Desarrollo», de Ignacy Sachs (1973)³⁸, así como «Hacia un Proyecto de Ecodesarrollo» (Leff, 1975)³⁹. En 1976 se organizó en México el primer Simposio sobre Ecodesarrollo (coordinado por Enrique Leff con la Asociación Mexicana de Epistemología), el que más tarde llevó a la publicación de un libro colectivo «Los Problemas del Conocimiento y la Perspectiva Ambiental del Desarrollo»,⁴⁰. Más adelante, Sachs publicó sus trabajos en la década de los setenta en espa-

³⁸ Comercio Exterior, México, 1973.

³⁹ Comercio Exterior, México, 1975.

⁴⁰ Enrique Leff, et al (1986): Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo. Siglo XXI, México (donde se incluye trabajos escritos a principios de los ochenta)

ñol, en su libro «Ecodesarrollo: Desarrollo sin Destrucción» (Sachs, 1982), en el que se postulaba la necesidad de fundar nuevos modos de producción y estilos de vida, promoviendo desarrollos fundados en las condiciones y potencialidades de los ecosistemas y en el manejo prudente de los recursos, así como en la diversidad étnica y la autoconfianza de las poblaciones para la gestión participativa de los recursos (Leff, 1998).

Cabe destacar que más al sur de América, desde la CEPAL, el tema de los estilos de desarrollo también había sido reflexionado, en publicaciones que discutían el tema como categoría que comprende las formas de vida, trabajo y evolución económica y social de nuestros países, destacándose Raúl Prebisch, José Medina Echavarría, Marshall Wolfe y Oscar Varsavsky, a partir de la década de los sesenta (ver Quiroga, 1993 y Pinto, 1986), con enfoques multidisciplinares que integran aportes de la economía, la sociología y la politología. Pero con cierta posterioridad, algunas de los fundamentos del pensamiento original sobre estilos de desarrollo en América Latina fueron retomados por varios autores para abarcar explícitamente la dimensión ambiental⁴¹, asociada sobre todo a recursos naturales. Estas contribuciones se publicaron en un voluminoso libro compilado por Sunkel y Gligo (1980) titulado «Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente»⁴², evidenciándose lo que hoy sabemos de sobra en nuestra región, el creciente deterioro y la importancia estratégica de los recursos naturales como suelos, bosques y aguas, en la prospección del anhelado desarrollo.

Lamentablemente, las propuestas más radicales, como el ecodesarrollo y el etnodesarrollo, se fueron diluyendo con la

⁴¹ Ver Prebisch, Raúl (1979): *Biósfera y desarrollo*. Seminario Regional sobre Estilos de Desarrollo y Medio ambiente en América Latina.

⁴² Realizada a partir del Seminario Regional sobre Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina, Cepal, Santiago 1979.

crisis de la deuda externa, que cambió las prioridades dentro del pensamiento sobre el desarrollo latinoamericano. Como establece Naredo (1996), debido a su fuerte significado, el concepto de ecodesarrollo provocó el veto de la corriente principal, a partir de lo cual se impuso el ambiguo y exitoso término «desarrollo sostenible», que había sido popularizado por el Informe Brundtland. No obstante, lo que quedó de estas ideas contra hegemónicas del ecodesarrollo, siguió circulando en espacios más bien alternativos, porque en el *establishment* se debilitó hasta casi desaparecer con la arremetida neoliberal.

Así, el tema ambiental no tomó relevancia internacional institucionalizada dentro del campo del desarrollo, hasta que a mediados de los ochenta, Naciones Unidas nombrara la Comisión Brundtland, al más alto nivel, para investigar las causas del entonces seguro deterioro ambiental global, que podía observarse en la depredación de recursos, el adelgazamiento de la capa de ozono, el efecto invernadero, la escasez de combustibles fósiles, y los innegablemente altos niveles de contaminación urbana e industrial en cuerpos de agua, en la tierra y en el aire que compartimos todos.

A solicitud del secretario general de la ONU, en 1984 se constituyó la Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo, que trabajó por tres años buscando un consenso de diagnóstico y propuestas que conciliara las dispares y contradictorias visiones, que se publicaron en el libro *Nuestro Futuro Común* (Informe Brundtland en español: 1988; original en inglés, publicado en 1987).

La comisión Brundtland lanzó al estrellato el «desarrollo sostenible», un concepto hasta hoy tan amplio, que casi carece de significado. Tanto la institucionalidad oficial internacional, como los gobiernos del orbe y los empresarios en el mundo, se mostraban muy receptivos al nuevo término. Se suscitó un consenso

tan amplio como curioso, probablemente porque en el fondo, con este constructo de desarrollo, ambientalmente adjetivado, nada realmente profundo estaba cuestionado en el modelo de desarrollo a escala mundial.

Aún así, como este concepto es claramente difícil de llevar a la práctica, la Cumbre de Río en 1992 generó el programa Agenda 21 y gran cantidad de países se comprometieron a avanzar en el desarrollo sostenible. Muchos nos sentimos verdaderamente esperanzados con Río, pues por primera vez se reunían los mandatarios del mundo a discutir sobre medio ambiente y desarrollo. Los gobiernos por doquier, parecían comenzar a entender las relaciones directas entre el medio ambiente y el bienestar de las personas, y quizá hasta incorporarían el cuidado de los ecosistemas dentro de las políticas y programas. Pero al cabo de una década, cuando los gobernantes y las agencias internacionales se volvieron a reunir en Johannesburgo para evaluar los avances de diez años, se hizo evidente que se había hecho muy poco, la cooperación para implementar no llegó a los países en desarrollo y la máxima potencia contaminadora y depredadora de recursos, los Estados Unidos de Norteamérica, retrocedió bajo el mandato de George Bush hasta negarse a firmar el Protocolo de Kioto, un acuerdo ambiental mundial realmente vinculante y cooperativo para disminuir el calentamiento global.

Pero aunque lograr que todas las decisiones hagan suyo el concepto abarcativo de la sustentabilidad su desarrollo sea una tarea titánica, al menos se debe reconocer que hemos avanzado algo. Mientras todos estos movimientos pendulares se sucedían en el mundo de los intereses corporativos y de gobernantes, en algunos espacios académicos y de organizaciones de la sociedad civil, se fueron construyendo otras visiones de la sustentabilidad, algunas claramente contra-hegemónicas.

Hoy en día, se puede hablar de dos grandes aproximaciones al «problema ambiental». La primera visión, instrumental al

proyecto economicista, pretende «incorporar» las dimensiones ambientales, como si éstas no hubieran estado formando parte (de la producción económica, de la cultura y de las relaciones sociales), procesando dicha dimensión en forma lineal y productivista, para terminar generando un cuadro parcial y ciertamente irresponsable, en tanto propugna ciertas acciones de «racionalización» en el uso de recursos, la optimización de cuotas de captura, así como una serie de aparejos y dispositivos que de alguna manera sirven para mitigar las «externalidades ambientales negativas», propias de un proceso económico que, en lo medular, resiste incuestionado y autista.

La segunda visión, supone un cierto salto epistemológico, que a la postre pocos han estado dispuestos a dar. Requiere del enfoque de sistemas y recurre a la transdisciplina, develando los límites biofísicos al pretendidamente infinito crecimiento económico. Esta concepción implica opciones de políticas públicas y comportamientos ciudadanos de cuidado permanente, para obtener el máximo bienestar humano, con la mínima cuota de cosecha de recursos y contaminación del medio ambiente. Novedosamente, lo anterior es imposible si no ocurre una redistribución tanto mundial, como también al interior de los países, del acceso al patrimonio ecológico; para hacer equitativos los derechos y obligaciones de toda persona que habita nuestro planeta, como desarrollaremos en el capítulo siguiente.

5.3 Integrismo medioambiental: Concepción del desarrollo sustentable

La Comisión Mundial de Medio Ambiente y Desarrollo, dirigido por la primera ministra noruega Gro Harlem Brundtland, publicó en 1987 su extensamente conocido Informe Brundtland. El diagnóstico global que presenta sobre las condiciones del medio ambiente y hasta cierto punto sobre la pobreza, representa la toma de conciencia sobre los problemas medioambientales de la

tierra en las más altas esferas del poder, y en la corriente tradicional del pensamiento sobre desarrollo y medio ambiente. De hecho, es a partir de la publicación de este informe, se generaliza el uso del término «desarrollo sustentable» a escala mundial.

El concepto de desarrollo sustentable, de acuerdo a la Comisión es:

«el desarrollo que cubre las necesidades del presente sin comprometer la habilidad de dar cuenta de las necesidades propias de las generaciones futuras» (1987).

Como se puede ver, es un concepto tan amplio donde todo puede caber, así que al final dice bien poco. No establece cómo se pueden cuidar las necesidades presentes sin comprometer las futuras, ni quienes deben comprometerse en la tarea, ni a qué plazo. Pero lo más complicado del informe es que la literatura crítica estima que dicho informe no contempla las causas reales del deterioro ambiental, y al equivocarse el análisis, termina recomendando políticas contraproducentes, contradictorias al espíritu que inspira el propio informe.

El diagnóstico de la Comisión incluye el fenómeno mundial de la pobreza como una de las causas del deterioro ambiental, en el sentido que establece el documento a saber: en la procura del sustento, las poblaciones pobres depredan los recursos naturales en todo el mundo. De ahí que se pueda inferir que disminuir la pobreza, a través del crecimiento económico, puede redundar en mayor sostenibilidad del desarrollo. Desafortunadamente ha sido precisamente éste argumento central del Informe Brundtland, el que sirvió de base para generalizar la idea de que los países tienen que lograr altos niveles de PIB per cápita, para poder «darse el lujo» de proteger su medio ambiente.

Claramente, el informe sesga la responsabilidad hacia la pobreza y el subdesarrollo. Falla en identificar la opulencia y la

ineficiencia energética y material de los países desarrollados, como igualmente causantes del daño ambiental. La riqueza en los países del Norte es una verdadera causa de la insustentabilidad del desarrollo, pues el sobreconsumo y la sobrecontaminación afectan el patrimonio natural de otros países y deteriora los bienes globales comunes, en forma desproporcionada y determinante, ya que sus estilos de vida y desarrollo no pueden sostenerse si no es importando espacio ambiental ajeno, en forma sistemática. De ahí que la sustentabilidad del desarrollo, sea un problema sumamente arduo que debe abordarse desde la transdisciplinariedad y desde la complejidad.

A simple vista, en escala planetaria, se observa que en condiciones de fuerte crecimiento económico como el que ha operado en las últimas cuatro décadas, también se han agudizado los problemas de inequidad distributiva, no se ha podido reducir la pobreza, los deterioros ambientales y los desastres naturales se han agudizado y los conflictos, la violencia y las guerras, siguen floreciendo. De ahí que el crecimiento económico por sí sólo no es capaz de gestar desarrollo compartido, ni de incrementar el bienestar humano en forma solidaria y sustentable en el planeta. Al mirar la evidencia empírica disponible, como aporta Brown (1991), se puede ver que el crecimiento cada vez más intenso de la producción económica, no sólo no necesariamente trae más bienestar consigo, sino que incluso va asociado a deterioros en la situación de las personas y el medio donde viven. A escala mundial, en los cuarenta años de la postguerra, se ha experimentado un crecimiento económico de magnitud simplemente espectacular. La expansión económica en el mundo, en cada una de las décadas de los cincuenta a los noventa, ha sido igual o superior al experimentado desde el año cero hasta 1950. Sin embargo, nunca ha habido tantos colapsos sociales y políticos, ni han sido mayores las manifestaciones de la crisis ambiental y ecológica en el mundo (Brown, 1991), ni han operado procesos de concentración de la riqueza (PNUD) como durante dicho período. Respecto a los

años noventa, se tiene que todos los rasgos de deterioro reportados han continuado como se puede ver en capítulos posteriores. Para lograr equidad y sustentabilidad en el desarrollo humano, se requiere en realidad de una distribución distinta de los recursos, del trabajo y la riqueza a escala planetaria, y otros estilos de vida en el Norte, para comenzar a construir estilos de desarrollo más autónomos, locales, sostenibles y culturalmente específicos en nuestros países.

Al respecto, Ted Trainer (1990) abiertamente rechaza el citado Informe Brundtland, considerándolo una obra conservadora, que acentúa la ilusión de que el crecimiento económico y la riqueza son necesarios para resolver los problemas del medio ambiente. Según el autor, aunque proporciona informaciones valideras sobre estos problemas, es insuficiente en el análisis, las causas y las prescripciones. Aún más, a pesar de que fue realizado durante tres años de consultas de alto nivel entre académicos, ministros y expertos, parece ignorar la creciente literatura que vincula precisamente el crecimiento económico, la inequidad distributiva y los estilos de vida suntuosos y consumistas, con el deterioro ambiental. Al no identificar las causas fundamentales, el informe propone soluciones que van directamente en contra de las que se imponen. En síntesis, el informe constituye una declaración convencional que promueve la continuación de valores, de sistemas y de estrategias tradicionales, las mismas que originan los problemas que describe.

El autor (Trainer, 1990) ilustra sus argumentos estableciendo que el enfoque de crecimiento indiscriminado junto al mecanismo del chorreo a escala global, ha sido acompañado por mejoramientos significativos en la expectativa de vida, mortalidad infantil, alfabetismo y PIB en las últimas décadas. Pero la distribución de los beneficios ha sido extremadamente inequitativa, como muestran todas las estadísticas disponibles. De hecho, las cifras que presenta el autor, se han deteriorado aún más a la fecha, de acuerdo

a los Informes de Desarrollo Humano del PNUD. A principios de los noventa, el quinto más rico de la población del mundo ha incrementado su ingreso 38 veces más que la mitad más pobre de la humanidad. En 1960 el PIB per cápita de los países ricos era 20 veces superior al de los países del tercer mundo, relación que para 1980 había aumentado a 45 veces y en los noventa a 60 veces. Correspondientemente, en los noventa un quinto de la población del mundo que vive en países ricos utiliza 4/5 de la energía producida en el mundo.

Como es sabido, debido a los programas neoliberales, esta situación empeoró de manera violenta durante la crisis de los años ochenta, donde la población más pobre del planeta pagó un costo desproporcionado, al tiempo que los ecosistemas fueron seriamente degradados. Lo anterior se refleja hasta hoy en los indicadores ambientales globales⁴³ y locales, al tiempo que la alerta mundial por estos factores crece.

En un tenor parecido Hilikka Pietilä (1992) establece que el citado Informe Brundtland es demasiado cauto, internamente contradictorio, niega el impacto de las corporaciones transnacionales e ignora el rol de las mujeres. Brundtland propone la continuación del crecimiento económico a escala global, y por eso niega su propio objetivo de promover un desarrollo internacional más justo. Pietilä argumenta que el crecimiento no ha beneficiado a los pobres, pero si ha implicado el deterioro ulterior del ambiente y el incremento del desperdicio de recursos naturales. Si el concepto de desarrollo sustentable, que constituye la noción central del reporte, se debe tomar en serio, se requiere un cambio profundo en el estilo de desarrollo. Se deberán establecer consideraciones filosóficas sobre la economía y el rol del trabajo no remunerado, fundamentalmente realizado por mujeres, junto a las economías de subsistencia no monetizadas y la economía doméstica, todas las cuales deberían ser reconocidas como partes integrales de la economía humana.

⁴³ Ver Global Environmental Outlook 2003, mundiales y regionales, en www.unep.org

5.4 El desarrollo humano: foco en las personas

Un tanto después que comenzaran las discusiones sobre el desarrollo sustentable en los organismos internacionales y los centros de estudio, las Naciones Unidas propusieron al mundo su visión y concepto de Desarrollo Humano, centrando el desarrollo en las potencialidades y oportunidades de las personas, y alejándose de la idea de que el desarrollo es equivalente al crecimiento de la economía de los países.

Es precisamente en el contexto de las críticas al contenido neoliberal y ortodoxo de los ajustes⁴⁴, cuando surge el concepto de Desarrollo Humano, introducido, específicamente, por el PNUD (1990), basándose en las reveladoras ideas de Amartya Sen, premio nobel de economía. En esta nueva conceptualización, se postula que el desarrollo humano es un proceso de ampliación de las opciones de las personas, y que se logra ampliar esas opciones aumentando la capacidad y los funcionamientos humanos. Para el desarrollo humano, es importante generar riqueza (producción económica), pero es igualmente relevante el destino y la forma en que se usa o se invierten dichos recursos. Los países estarán haciendo un uso adecuado de estos activos, toda vez que los invierten cada vez más en aumentar los conocimientos, y realizar vidas más prolongadas y saludables para las personas.

Las capacidades esenciales para el Desarrollo Humano son la existencia de vidas largas y saludables, y contar con conocimientos y acceso a recursos necesarios para tener un nivel de vida decente. Es precisamente la ampliación de estas capacidades lo que permite generar desarrollo humano en los países, y de ahí la preocupación de esta corriente de pensamiento res-

⁴⁴ No olvidemos el concepto de «ajuste con rostro humano», publicado por UNICEF (1996), en su intento de paliar los efectos más negativos de los programas neoliberales sobre los grupos vulnerables.

pecto de las políticas y programas de salud, educación, y producción.

Este concepto ha encontrado una gran aceptación dentro de la corriente principal, allanando el camino a la construcción del Índice de Desarrollo Humano, que intenta medir el avance de los países en torno a estas definiciones; el que se publica anualmente en el «Informe de Desarrollo Humano» del PNUD. Pero aunque constituye cierto avance respecto de indicadores económicos tradicionales, el Índice de Desarrollo Humano aún guarda demasiada cercanía con visiones más tradicionales del desarrollo, pues integra la producción económica per cápita, con el logro educacional y el de salud. Su mayor mérito es mostrar cómo países con el mismo nivel de riqueza nacional, tienen distintos grados de desarrollo humano, debido a la direccionalidad que se da en el gasto y la inversión de esa riqueza, por ejemplo, priorizando la inversión en salud y educación dentro de las prioridades y políticas públicas de cada nación. Así, países con muy alto PIB per cápita, pero con relativamente baja inversión en salud y educación, muestran un nivel de desarrollo humano relativamente bajo, mientras que otros países con menor riqueza económica, pero que destinan una parte sustancial de sus recursos a educación y salud, logran un nivel de desarrollo humano relativamente alto.

Más allá de que la concepción y medición del desarrollo humano sea más acertada que la concepción economicista, una de las debilidades que se reportan en la visión y medición del desarrollo humano, es la falta de consideración de los elementos referidos a sustentabilidad, vacío que se intentó superar con la construcción del concepto que se discute a continuación.

5.5 Desarrollo Humano Sustentable: explicitando la preocupación por la gente y su medio.

Recientemente, en la corriente principal, ha comenzado a hablarse de Desarrollo Humano Sustentable, el cual es definido

por Banuri et al. (1994), como «la ampliación de las preferencias y aptitudes de las personas mediante la formación de capital social de modo que satisfaga de la manera más equitativa posible las necesidades de generaciones actuales sin comprometer las necesidades de generaciones futuras».

Esta definición releva que el desarrollo comienza desde las personas y la adecuación de sus propias condiciones; que no se puede gestar desarrollo sin un marco de acción colectiva nacida desde la voluntad; que la sectorialidad debe reconocer las interrelaciones existentes y que sus temáticas deben abordarse en la perspectiva del largo plazo; y que el desarrollo sólo puede ser sostenible si se toman en cuenta las generaciones por venir.

El desarrollo humano sustentable considera tres elementos que son críticos para su despegue; la experimentación social, que se refiere a que el objetivo de programas y proyectos debe ser el probar la viabilidad de opciones de desarrollo u observar el despliegue de opciones hasta ahora desconocidas; la innovación social, reconociendo la necesidad de existencia e interacción entre diversidad, espacio, responsabilidad y equidad, como matriz generativa de nuevas formas y estrategias para afrontar desafíos; y los conocimientos sociales, entendiendo este elemento como el cambio desde un enfoque basado en el control a otro basado en la adquisición de conocimientos.

A pesar de que el concepto de desarrollo humano sustentable es bastante claro y amplio, y que presenta elementos claros para una agenda de políticas públicas, su utilización en dicho espacio es bastante reducido, puesto que continua reinando el dúctil concepto de desarrollo sustentable, y todas las derivaciones que de él se han hecho a lo largo del tiempo.

A la luz de la problemática tanto conceptual como práctica que se ha enunciado, parece fundamental reconceptualizar la no-

ción «desarrollo», estableciendo ciertas distinciones necesarias que permitan recuperar su sentido, que al irse interpretando de tantas formas, se ha ido vaciando de significados. Pero, a la vez, es necesario mantener abiertas las posibilidades, para que las visiones que se propongan puedan también dar cuenta de la diversidad de posibles constructos, cultural y geográficamente específicos.

En capítulos ulteriores, se desarrolla con mayor profundidad la relación entre los géneros, los quehaceres humanos, las economías y los ecosistemas, cuya relación dinámica constituye el campo de conocimiento transdisciplinar que intentamos sintetizar. Así, el medio ambiente por sí mismo, o la economía a secas, constituyen los elementos constitutivos de un sistema más complejo y abarcativo, del cual nos interesará particularmente develar las relaciones entre sus componentes, antes que seguir disectando cada uno de sus artefactos. A mi juicio, proceder de esta manera nos permitirá entender, y eventualmente modificar, la manera en que los humanos nos relacionamos con los ecosistemas, para mejorar nuestra calidad de vida, en forma sustentable.

Capítulo 6

6 EL FRACASO DEL DESARROLLO EN TODAS LAS ESCALAS

EL FRACASO DEL DESARROLLO EN TODAS LAS ESCALAS

Quien sostenga que el patriarcado ha ido humanizándose, no ve cómo el racismo y la xenofobia están impregnando todos los espacios de nuestra cultura, incluso aquellos donde históricamente se construía pensamiento libertario, universidades y partidos políticos de ideas progresistas. Quien sostenga que el patriarcado está humanizándose no quiere ver que la supremacía de la raza blanca se ha ido empoderando sobre el resto del mundo y que la explotación y la pobreza son mayores que hace veinte años. No quiere ver tampoco los miles de tercermundistas tratando de escapar despavoridos de las hambrunas, sequías y guerras, sin poder saltar el muro invisible que ha levantado el Primer Mundo para mantener sus privilegios.

Margarita Pisano, 2001.

Tanto en el caso chileno, como en el latinoamericano e incluso a escala global, la evidencia empírica y los análisis que integran un número suficientemente representativo de variables que hacen parte de la complejidad del desarrollo, demuestran sin lugar a dudas el fracaso del desarrollo. El proceso de crecimiento económico asociado a un estilo particular de desarrollo, como es el que estamos viviendo, no es capaz de generar creciente equidad distributiva, ni mucho menos sustentarse a sí mismo a lo largo del tiempo, lo cual se puede ilustrar en diversas escalas. En este sentido, los datos son elocuentes.

Revisemos la evidencia en escala planetaria y regional, para constatar que crece la economía, a veces también ésta se derrumba, pero la equidad no llega, la pobreza no desaparece, y las dinámi-

cas ecológicas muestran cada vez más signos de agotamiento y sobre explotación.

En el caso chileno, que se desarrolla en otro capítulo, al realizar un análisis de sustentabilidad del crecimiento económico en un contexto de creciente globalización, se concluye que el proceso no ha sido exitoso en términos de equidad, y que la degradación ambiental paralela al crecimiento económico es de tal magnitud, que el modelo económico resulta ecológicamente insustentable (Quiroga, Ed: 1994; Quiroga, 1996). Pero aunque Chile se trata de vender como ejemplo regional de exitoso desarrollo, sin serlo, tal vez no sea el mejor ejemplo del fracaso del desarrollo por su reducido tamaño y sus particulares características. Después de todo, con cualquier país aislado, se puede demostrar tesis completamente antagónicas, necesitamos pues analizar una escala mayor, para cubrir una porción más amplia de la realidad, idealmente, el planeta en su conjunto.

Si entendemos desarrollo como un proceso de expansión de la economía, con mejoras en la equidad, en el mundo y en la mayoría de los países lo que se puede constatar son procesos de crecimiento económico concentrado (con igual o peor nivel de inequidad a través de los años).

Si entendemos desarrollo (sustentable) como un proceso que debe hacerse cargo del futuro, encontramos que el crecimiento acaecido es además depredador de recursos naturales y crecientemente contaminador.

Más allá del discurso, las intenciones o los deseos de la mayoría, en nuestro planeta lo que estamos haciendo es un proceso de crecimiento económico que beneficia a grandes transnacionales, que algunos mal entienden por desarrollo, o como dice Shiva, estamos construyendo un proceso de maldesarrollo.

6.1 Nada más vasto en la Tierra como el planeta mismo.

A escala planetaria, en cualquiera de las últimas décadas (60s, 70s 80s), el crecimiento económico mundial ha sido superior al registrado desde el año 0 hasta 1950 (Lester Brown: La Situación Del Mundo, World Watch Institute). Sin embargo, nunca ha sido mayor la brecha entre ricos y pobres, ni han sido mayores las manifestaciones de violencia, desencuentro, comportamientos evasivos, ni hemos tenido una crisis ecológica más intensa y extendida que la que se verifica en los diez últimos años. Veamos las cifras.

6.1.1 Un mundo cada día más inequitativo

Si bien los defensores del sistema nos dicen que con más crecimiento económico (mediante el libre comercio), tendríamos finalmente el proceso de desarrollo, la evidencia empírica muestra exactamente lo contrario:

Se tiene a continuación las cifras del PNUD que muestran precisamente el aumento de la inequidad mundial en la distribución del ingreso. La brecha entre los ingresos promedio del 20% más rico del mundo con respecto al 20% más pobre aumenta:

En 1913: el 20% más rico ganaba 11 veces más que el 20% más pobre
En 1960: el 20% más rico ganaba 30 veces más que el 20% más pobre
En 1990: el 20% más rico ganaba 60 veces más que el 20% más pobre
En 1997: el 20% más rico ganaba 74 veces más que el 20% más pobre

Ver gráfico 6.1 siguiente página

A modo ilustrativo, se tiene que el 5% más rico de la población mundial tiene ingresos que son 114 veces mayores que los del 5% más pobre. Aún más, si tomamos los extremos de ricos y pobres, en 1989, el 20% más rico recibe el 82.7% de los ingresos del mundo. El 20% más pobre recibe el 1.4%.

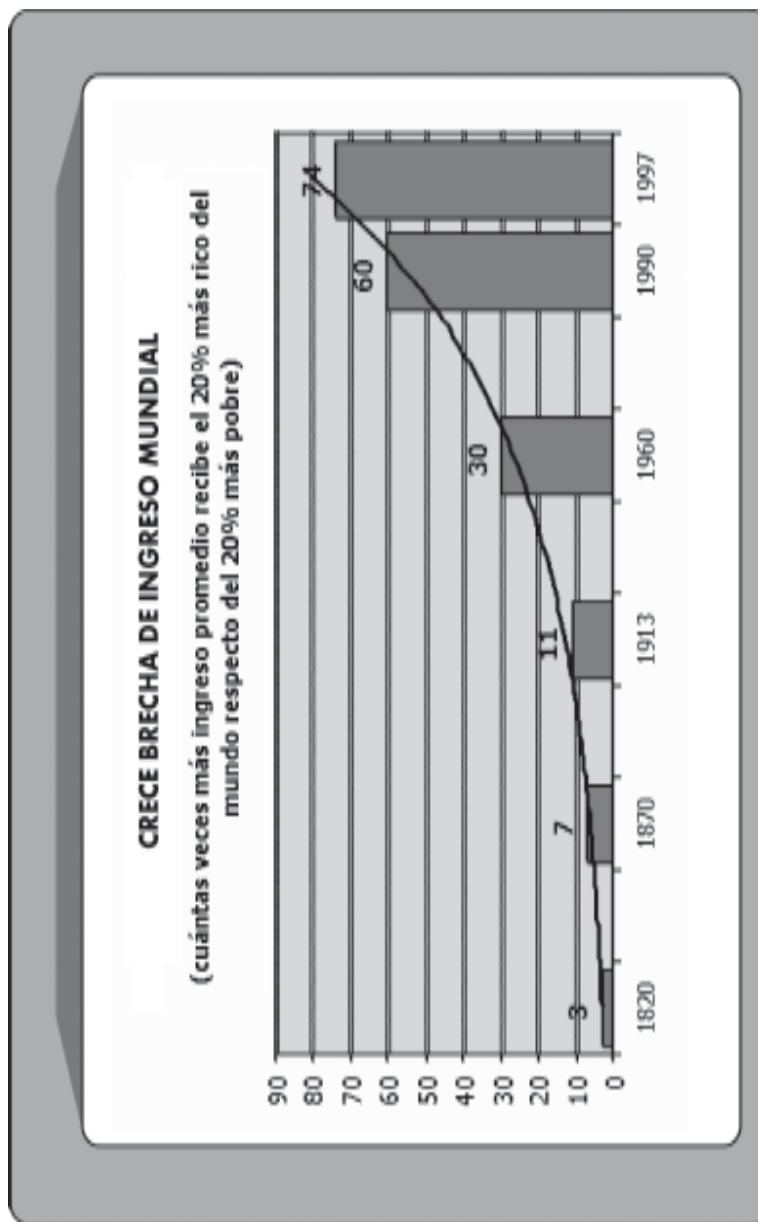


Gráfico 6.1. Crece la brecha de ingresos en el mundo
Fuente PNUD

El incremento de la brecha distributiva entre las personas más ricas y pobres en el mundo se agudiza precisamente en los últimos cuarenta años, como se puede apreciar en el gráfico, en los cuales la brecha más que se duplica. Es este mismo período en donde se observan las más altas tasas de crecimiento de la producción y el consumo en el mundo. La evidencia empírica no deja lugar a dudas: el crecimiento económico no ha generado mayor equidad en nuestro planeta, y por el contrario ha ido de la mano de el recrudescimiento de la brecha entre ricos y pobres.

Pero más allá de la distribución del ingreso, se tiene un desolador panorama respecto a la pobreza y la indigencia en el mundo. Durante el decenio de 1990, el número de personas que vivían en la pobreza extrema en Africa subsahariana aumentó de 242 millones a 300 millones. (PNUD: Informe de Desarrollo Humano 2002). Aunque la proporción de la población mundial que vive en la pobreza extrema o indigencia descendió del 29% en 1990 al 23% en 1999 (PNUD: Informe de Desarrollo Humano 2002), gran parte de las necesidades más básicas de la población que vive en el tercer mundo continúan desatendidas:

*Ver gráfico 6.2 siguiente
página*

La falta de saneamiento del agua mata a 1.7 millones de personas cada año, siendo 90% de estos niños (Vital Signs 2003). Cada día más de 30.000 niños del mundo fallecen como consecuencia de enfermedades que se podían evitar (PNUD: Informe de Desarrollo Humano 2002). Cada año fallecen más de 500.000 mujeres como resultados de embarazos y partos. El 60% de los niños que no van a la escuela primaria en todo el mundo son niñas, y de los 854 millones de adultos analfabetos que hay en todo el mundo, 544 son mujeres (PNUD: Informe de Desarrollo Humano 2002).

En franco contraste con esta tendencia, aunque las tecnologías de información y comunicación están generando oportunidades importantes para los países en desarrollo, en la actualidad,

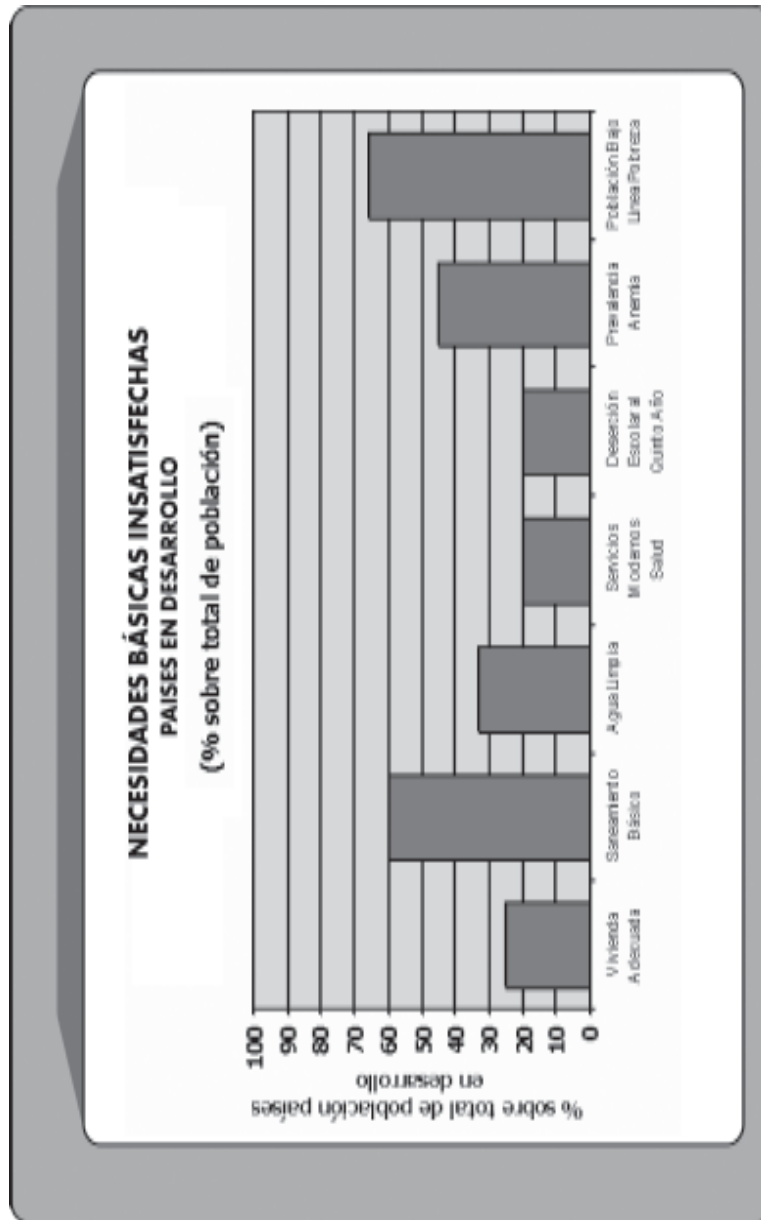


Gráfico 6.2 Necesidades Básicas Insatisfechas Países en Desarrollo
Fuente: UNFPA State of World Population, 2001

hay más de 500 millones de usuarios de Internet, que aumentarán hasta mil millones para 2005. Sin embargo, el 72% de los usuarios de Internet viven en países de la OCDE con alto nivel de ingresos, con 164 millones residiendo en USA (PNUD: Informe de Desarrollo Humano 2002).

Ver gráfico 6.3 siguiente página

6.1.2 La insustentabilidad ecosistémica de nuestros actuales estilos de producción y consumo

Con toda la cautela que merecen los indicadores commensuralistas (Quiroga, 2001), a veces es necesario mostrar algunos de ellos para poder tener una visión sintética de lo que está ocurriendo en nuestro planeta. Analizaremos las décadas recientes, en las cuales se observan las más fuertes oleadas de crecimiento económico mundial, al tiempo que los indicadores de sustentabilidad ambiental del planeta se deterioran sin excepción. A este respecto, es recomendable revisar los cálculos de Consumo de Producto Primario Neto (medido en unidades energéticas), la evolución de la Huella Ecológica de la Humanidad (medido en unidades de territorio), y también el Índice del Planeta Vivo.

Ahora bien, es muy importante reconocer que no todos los ciudadanos del planeta contaminan y depredan con la misma intensidad. Está claro que existe una muy fuerte inequidad en el acceso y explotación de los recursos naturales y en el uso del espacio ambiental para acceder a los distintos servicios ambientales. Los datos muestran que los habitantes de los países desarrollados consumen más recursos naturales y energía; y contaminan en forma desproporcionada; lo que equivale a decir que utilizan un espacio ecológico mucho más extenso de lo que bajo un criterio de equidad les correspondería. Lo importante y grave aquí es saber que los ciudadanos de los países

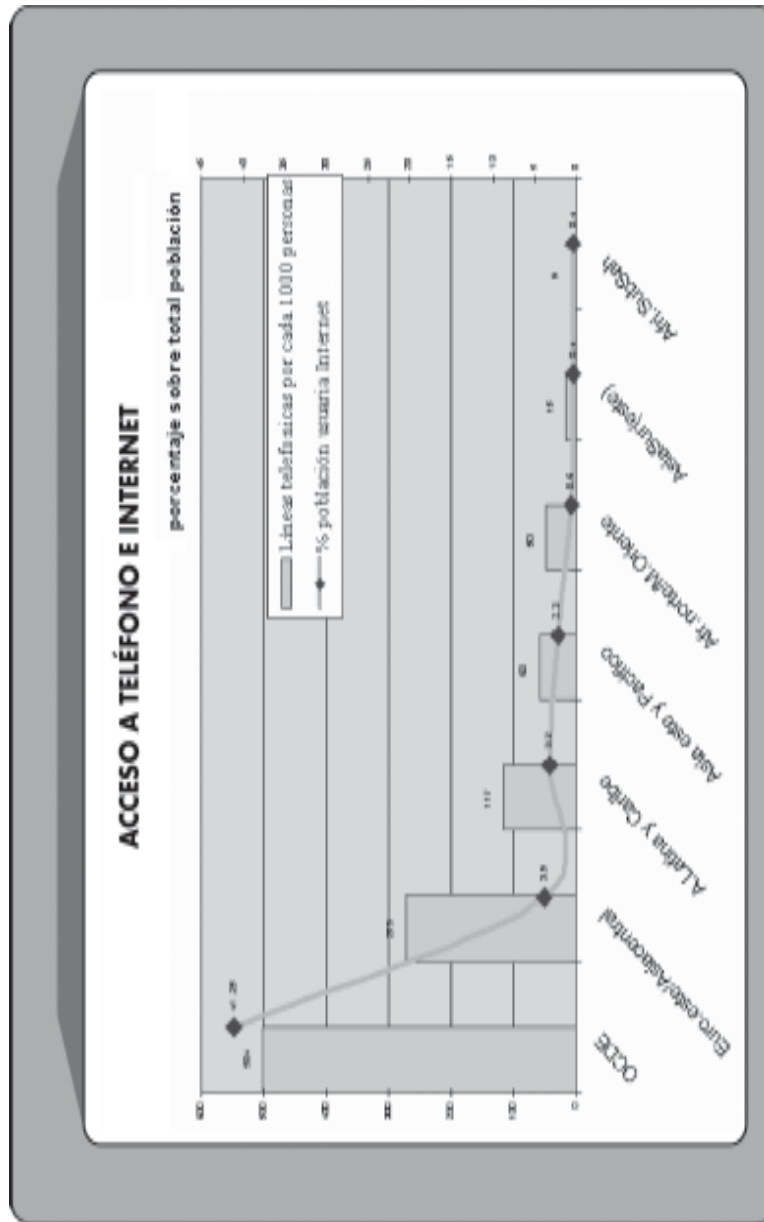


Gráfico 6.3 Acceso a teléfono e internet por área geográfica
 Fuente: Informe Desarrollo Humano PNUD

industrializados lo hacen gracias a que los ciudadanos en el Sur subutilizan este espacio ambiental, subsidiando directamente el sobreconsumo y la sobrecontaminación de sus vecinos «desarrollados».

Un indicador de la insustentabilidad del crecimiento económico mundial se desprende del estudio de Vitousek et al (1986), el que establece que la especie humana «usa» el 25% de la energía primaria vital disponible en la que su finito espacio geopolítico. Lo contrario ocurre en el Sur. Así, para que los países del Sur puedan alcanzar mayor nivel de vida, el Norte debería bajar su desproporcionado consumo energético y producción de desechos.

La huella ecológica es una medida del uso que hace la humanidad de los recursos naturales renovables. Si observamos la huella ecológica calculada para todo el planeta, podemos ver que en forma agregada, desde los ochenta la humanidad en su conjunto ha sobrepasado la capacidad ecológica del planeta, siendo los deterioros ambientales acumulados la resultante principal de este proceso. Como se ve en el gráfico, ésta ha crecido en un 80% entre 1961 y 1999, a un nivel 20% por encima de la capacidad biológica del planeta. El consumo de los recursos naturales puede exceder la capacidad productiva del planeta, mediante la pérdida de patrimonio natural, pero incluso esto no puede mantenerse en forma indefinida.

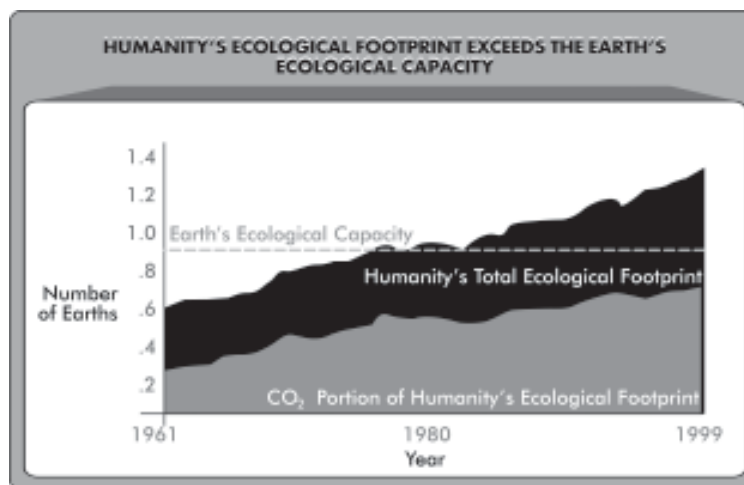
Se debe notar, sin embargo, que este indicador también se calcula a escala nacional, mostrándose cómo los países industrializados sobrepasan la proporción de recursos (hectáreas) disponibles dentro de su territorio⁴⁵, con lo que (sobre) usan el de otros ciudadanos del planeta. La idea es que la huella ecológica de los distintos países se adecue a su disponibilidad de terreno,

⁴⁵ Nótese por ejemplo que la huella ecológica promedio de un estadounidense es de 9.7 hectáreas; de un noruego es de 7.92 hectáreas; la de una persona de la India es de 0.77; de un afgano es de 0.95 há; de alguien de Bolivia es de 0.96 há; y de un chileno es de 3.11 há; todas cifras promedio nacional.

llamándose a una redistribución internacional de los beneficios y los costos asociados a los distintos estilos de desarrollo, que se construyen en el Norte y en el Sur.

Gráfico 6.4 La Huella Ecológica de la humanidad Excede la Capacidad Ecológica de la Tierra

Fuente : Redefining Progress, 2002



Por otro lado, se tiene también el Índice del Planeta Vivo (World Wildlife Fund, 2002), un indicador del estado de los ecosistemas naturales del mundo, que incorpora en un solo numerario el área de cobertura boscosa natural, la población de especies de agua dulce y la población de especies de aguas marinas en el mundo. Siempre es necesario elegir algunas variables para construir indicadores sintéticos, y en este caso se han elegido tres elementos bastante decisivos respecto de las capacidades de nuestro planeta para seguir sustentando no sólo las actividades humanas, sino también la vida. Desafortunadamente, como se puede ver en el gráfico siguiente, el Índice del Planeta Vivo muestra una baja a lo largo de estas décadas, acumulando una disminución de un 37% entre los años 1970 y 2000.

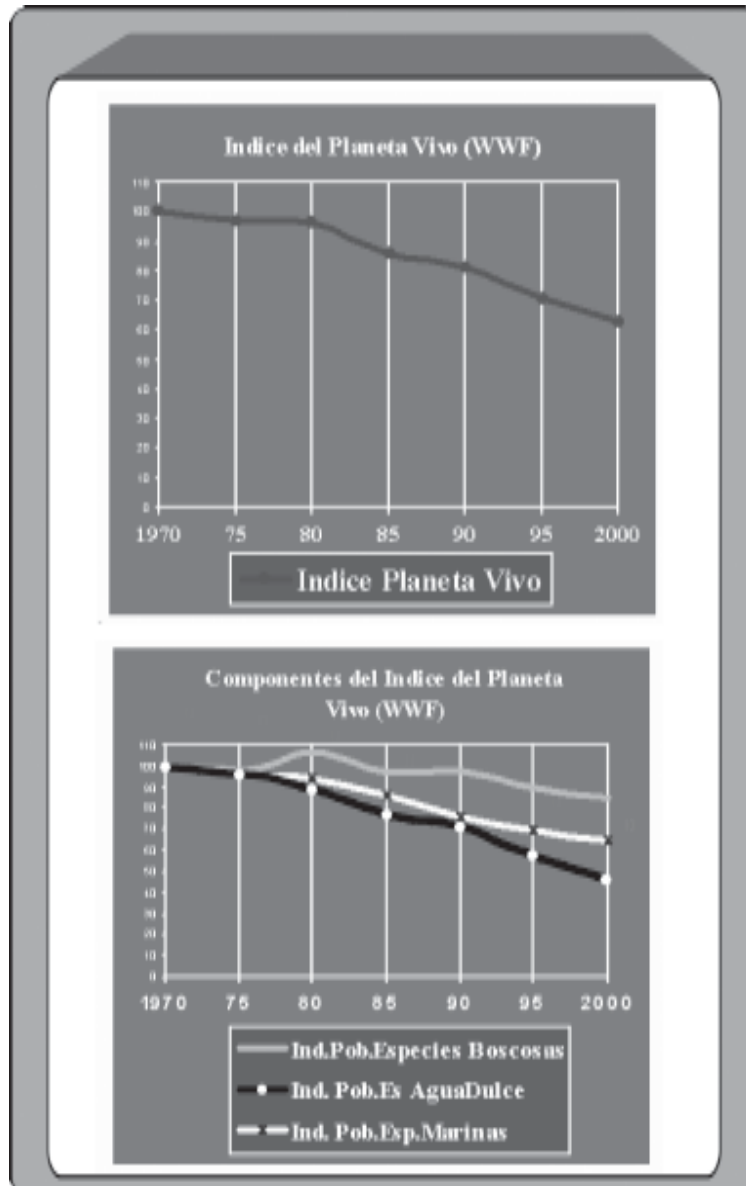


Gráfico 6.5 Índice del Planeta Vivo
 Fuente: The Living Planet Report, 2002. World Wildlife Fund.

Como se puede observar en los gráficos anteriores, el componente que más ha disminuido dentro del Índice del Planeta Vivo, es el de especies de agua dulce, con un 64% de pérdida desde 1970, seguido por el de especies marinas, que ha disminuido un 35% desde la misma fecha.

Aunque la estimación del número de especies vivas que habitan la tierra varía según el estudio, situándose entre 5 y 30 millones; a la fecha, hemos estudiado e identificado sólo 1,7 millones. El grueso del banco genético de la vida salvaje del mundo no se conoce, pero sin embargo, al ritmo actual de desaparición, se habrán extinguido más de un tercio de las especies vivas al año 2100.

Respecto del impacto antrópico, se tiene que la población del mundo crece unos 85 millones anuales, y para 2001 había alcanzado 6.2 mil millones de habitantes, más del doble que existía en 1950. De esta población, unos 1.2 mil millones viven en la pobreza absoluta, un número que no ha variado en términos absolutos, aunque sí respecto de proporción. La brecha entre ricos y pobres está creciendo nuevamente, a pesar de los progresos logrados entre los años 50 y 70s. (WorldWatch Institute: Vital Signs 2002)

La acuicultura se ha quintuplicado desde 1984 en el mundo, y ahora provee un 31% de la comida del mar, pero ésta puede ser destructiva ecológicamente. Las especies de agua dulce están siendo extinguidas a una tasa alarmante por presas, cambio de curso de los ríos y por la contaminación. Su decrecimiento puede significar pérdida de valiosos servicios ambientales. (WorldWatch Institute: Vital Signs 2002)

Respecto de la contaminación atmosférica, que ha seguido aumentando a lo largo de estas décadas, se tiene que el consumo de combustibles fósiles y las emisiones de carbono aumen-

taron en 1% en el 2001, alcanzando nuevos máximos. Correspondientemente, las temperaturas globales han estado aumentando en los últimos cincuenta años, y las medidas en tierra y en los océanos muestran que el 2001 fue el segundo año más cálido registrado desde finales del siglo diecinueve. El mismo año 2001 trajo consigo numerosos episodios de clima anormal, incluyendo un número de huracanes y tormentas tropicales por encima del promedio en la cuenca del Atlántico norte, inundaciones severas en Viet Nam, Siberia y distintos lugares de África, y sequías devastadoras en Irán, Afganistán, Pakistán, África, Brasil, el norte de China, Korea del Norte y Japón (WorldWatch Institute: Vital Signs 2002). Pero, dentro de los esfuerzos por diversificar la matriz energética para aminorar el uso de combustibles fósiles (los más contaminantes), aunque aún es poco significativo, se observa que el uso de energía solar y eólica ha crecido más de 30% anual en los últimos cinco años, mientras que el uso de combustibles fósiles ha aumentado entre 1 y 2%, en países como Alemania, Japón y España, gracias a políticas que han promovido su uso (WorldWatch Institute: State of the World 2003).

En septiembre de 2000, el agujero de ozono sobre la Antártida cubría más de 28 millones de kilómetros cuadrados (Global Environmental Outlook, PNUMA, 2003). Sobre este problema ambiental global, el esfuerzo concertado para reducir los CFCs que destruyen la capa de ozono, ha generado un 81% de disminución en su producción mundial durante los noventa, disminuyendo el crecimiento del agujero en la capa de ozono sobre la Antártica (WorldWatch Institute: State of the World 2003).

Entre un 10 y un 20% de los suelos de cultivo del mundo están degradados (existiendo en total unos 1.500 millones de hectáreas), como consecuencia de su uso excesivo, uso de fertilizantes, sobrepastoreo, remoción de la cobertura vegetal, entre otros factores. En los países en desarrollo la proporción de suelo de-

gradado ya alcanza el 25% (WorldWatch Institute: State of the World 2003). La erosión de suelo es un factor clave en la degradación de la tierra. Unos 2.000 millones de hectáreas de suelos (15% de la capa de la tierra, un área mayor que los USA y México juntos), están hoy clasificadas como degradadas a causa de la actividad humana. Alrededor de una sexta parte de esta cantidad, un total de 305 millones de hectáreas están «intensa o extremadamente degradadas». Para entender el impacto de este problema, se tiene que el suelo extremadamente degradado está tan dañado, que no puede recuperarse (Global Environment Outlook, PNUMA, 2003).

Unas 300 a 500 millones de toneladas de metales pesados, solventes, residuos tóxicos y otros desperdicios peligrosos se acumulan cada año, provenientes de las industrias más tradicionales, así como de las más nuevas. Más del 80% de los residuos peligrosos del mundo son generados en los USA y otros países desarrollados, y un 10% de la misma se maneja transfronterizamente (WorldWatch Institute: State of the World 2003).

Para el 2015, el 40% de la población va a vivir en países con problemas de agua (WorldWatch Institute: Vital Signs 2002).

Más del 70% de la superficie terrestre de la Tierra podría verse afectada por el impacto de carreteras, minería, ciudades y otros desarrollos de infraestructura en los próximos 30 años, a menos que se adopten medidas urgentes. Es probable que América Latina y el Caribe sean las zonas más castigadas, con el 80% de la superficie terrestre afectada, seguida de cerca por la región de Asia y el Pacífico (Global Environment Outlook, PNUMA, 2003).

En el lado positivo, durante el período 1972-2002, se han logrado mejoras en áreas como la calidad de ríos y del aire en

América del Norte y Europa. El esfuerzo internacional para reparar la capa de ozono, el escudo protector de la Tierra, reduciendo la producción y consumo de CFCs es otro éxito notable. Pero en general, se ha dado una degradación continua en el medio ambiente, sobre todo en grandes zonas del mundo en desarrollo. La degradación de la calidad medioambiental del planeta está intensificando la vulnerabilidad de la gente ante riesgos naturales como ciclones, inundaciones y sequías, aumentando los riesgos de la inseguridad en los alimentos. Se calcula que la cantidad de personas afectada por desastres aumentó de una media de 147 millones al año en la década de los 80 a 211 millones al año en la década de los 90. Y que las pérdidas financieras por estos desastres en 1999 superaron los 100.000 millones de dólares. El reporte concluye que una de las principales fuerzas impulsoras ha sido el aumento de la brecha entre las zonas ricas y pobres del planeta. Actualmente una quinta parte de la población mundial disfruta de altos niveles de riqueza que le permite financiar casi 90% del consumo mundial. En comparación, unos 4.000 millones de personas sobreviven con menos de uno a dos dólares diarios (Global Environment Outlook, PNUMA, 2003).

Alrededor de la mitad de los ríos del mundo están seriamente degradados y contaminados, alrededor del 60% de los 227 mayores ríos del mundo han sido fragmentados intensa o moderadamente mediante presas y otras obras de ingeniería (Global Environment Outlook, PNUMA, 2003).

La FAO calcula que los bosques, que cubren alrededor de un tercio de la superficie de la tierra o unos 3.866 millones de hectáreas, se han degradado en un 2.4% desde 1990. Las mayores pérdidas se han dado en África, donde 52.6 millones de hectáreas de sus bosques han desaparecido en el mismo período (Global Environment Outlook, PNUMA, 2003).

Casi un cuarto, o 1.130 mamíferos y el 12% o 1.183 aves están consideradas actualmente como amenazadas mundialmente (Global Environment Outlook, PNUMA, 2003).

En 1994, se calcula que el 37% de la población mundial vive en un radio de 60 kilómetros de la costa. Las descargas de aguas residuales, unidas al vertido de fertilizantes desde tierra y las emisiones vehiculares, están enriqueciendo los océanos y mares con nutrientes de nitrógeno. A este respecto se tiene que el uso de fertilizantes está aumentando en los países en desarrollo pero se ha estabilizado en los países desarrollados (Global Environment Outlook, PNUMA, 2003).

6.2 América Latina y el Caribe: El Desarrollo aún Esquivo.

Después de siglos de búsqueda del desarrollo, hoy se puede constatar en nuestra región que no somos más desarrollados ni sustentables que hace medio siglo, aún y cuando reconozcamos avances sustantivos en algunos aspectos, y pérdidas irrecurables en otros ámbitos.

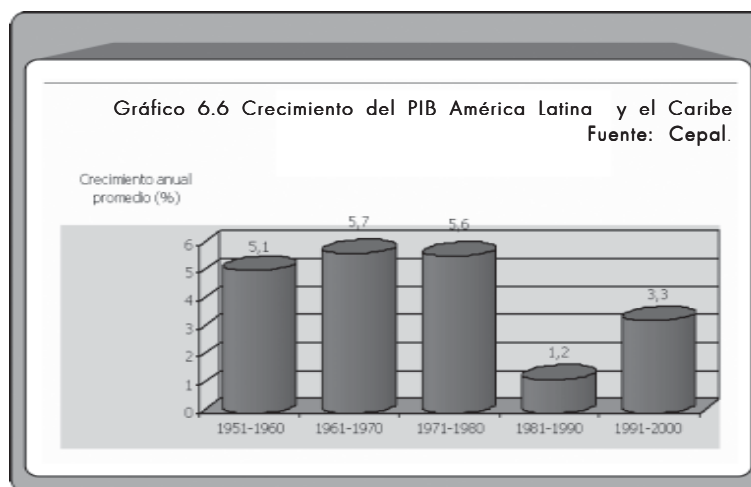
Nuestra región proviene de una determinada historia y participa de cierta forma en la economía internacional. Primero como proveedora colonial o republicana de materias primas (1492 a 1930s); luego distanciándose del mercado internacional para industrializarse y desarrollarse hacia dentro, durante las décadas del desarrollismo (50s a 70s u 80s); para volver, mediante los ajustes neoliberales, a convertirse nuevamente en una región exportadora de recursos naturales y servicios humanos y ambientales de bajo costo a partir de los setentas u ochentas, según el país.

Analicemos el complejo proceso de búsqueda del desarrollo latinoamericano también desde tres grandes componentes, a saber la producción económica, el desempeño social, y las dinámicas ambientales. Como se verá, nos encontramos con un cuadro bastante difícil, en el que interactúan variables políticas, económicas, sociales, culturales y ecológicas que entrampan nuestras posibilidades de lograr sociedades más justas y sustentables;

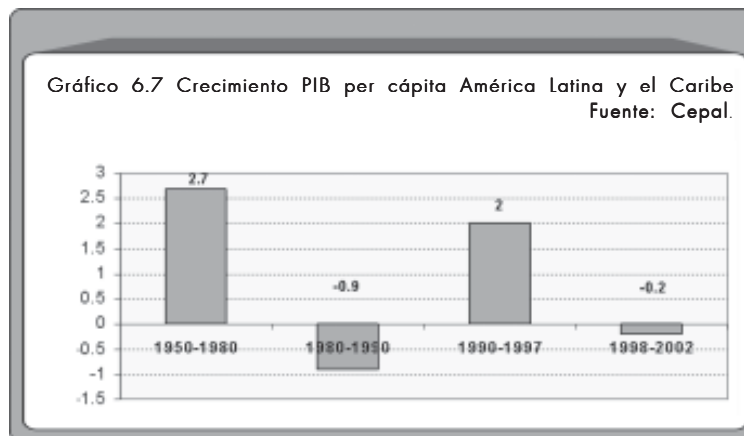
haciéndose necesario un cambio en los estilos de desarrollo y en la distribución mundial y regional de los recursos, para posibilitar el antiguo anhelo del bienestar compartido.

6.2.1 El crecimiento y las caídas de la economía latinoamericana

En Latinoamérica, durante el período del desarrollismo mercadointernista (50s a 80s, dependiendo del país), se tuvo una fuerte capacidad de crecimiento del producto, de 5.5% real anual en promedio. Durante la década de los ochenta, en la que se generalizaron los ajustes neoliberales y se asistió a la recesión mundial del 82, el crecimiento fue exiguo e insuficiente, de ahí que la Cepal bautizara a dicho período como la «década perdida», promediando 1.2% real anual en la expansión del PIB. Recién en los noventa, y hasta la crisis asiática de 1997, se volvió a retomar cierto ritmo expansivo (promedio 3.3% real anual), pero los efectos del contagio asiático en nuestra región siguen comprometiendo nuestra producción económica, por lo que la Cepal también declaró la «media década perdida» al período 1997-2002.



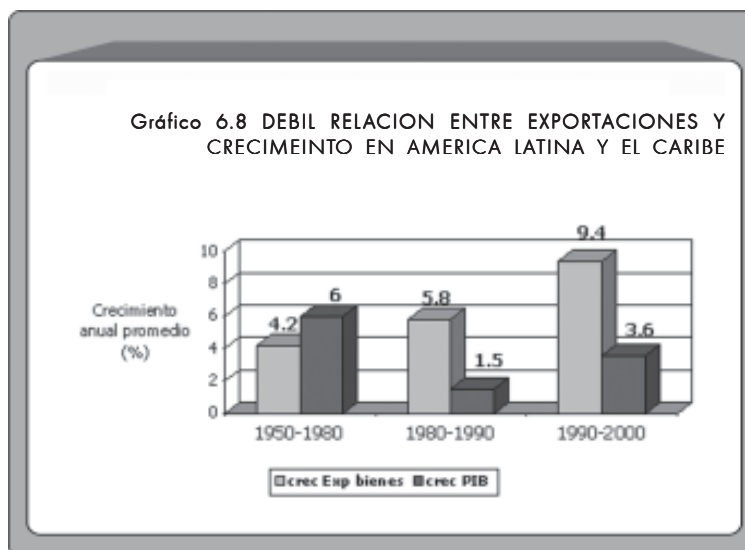
Correspondientemente, el crecimiento anual promedio del producto per cápita en nuestra región en las tres décadas del desarrollismo (o sea en el período 1950 hasta el 1980), alcanzó un 2.7%. En la década de los ochenta, este indicador mostró signo negativo, con casi un 1% de caída. En el período de recuperación del 90 al 97, promedió una expansión casi tan buena como la del desarrollismo, con un 2% per cápita. Y en lo que va de estos años 1998 al 2002, otra vez ha disminuido el producto por persona, a un valor de -0.2% anual promedio.



Como se puede ver, ninguna de las décadas posteriores al modelo desarrollista ha logrado alcanzar una expansión del PIB y del PIB per cápita comparables a dichas décadas. Si a esto agregamos el mejoramiento de todos los indicadores sociales, se tiene que ha sido sólo en este período de nuestra región cuando se ha avanzado en el desarrollo socio-económico, lo entendemos tradicionalmente: crecimiento con mayor equidad.

Pero el actual modelo exportador, que fue instalado al calor de las políticas neoliberales de ajuste estructural en la región, tampoco parece lograr generar ni siquiera crecimiento económi-

co (dejaremos los aspectos distributivos y ambientales para más adelante) con suficiente fuerza, como se puede apreciar en la siguiente gráfica. Por el contrario, durante el período 50-80, a raíz de la orientación industrial mercado-internista del desarrollismo, se logró una fuerte tasa de crecimiento del producto, en circunstancias en que las exportaciones crecían con menor fuerza.



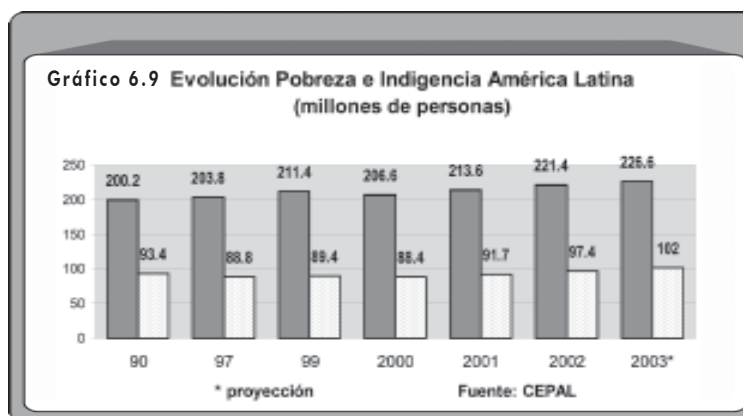
En el período del desarrollismo, como se sabe, el sector externo pesaba bastante poco en la estructura económica de la región, encontrándose niveles de crecimiento exiguo de las exportaciones, a la vez que se registraron fuertes expansiones en el producto real anual, orientado hacia el mercado interno. En la década perdida, ni siquiera la expansión tan acelerada de las exportaciones logró sacar a nuestras economías del estancamiento, registrándose exiguos niveles de expansión del producto, de cerca de un 1%. Y en la década de los noventa, tasas espectaculares de crecimiento de las exportaciones de bienes, de casi un 9%

anual, no fueron capaces de lograr arrastrar al producto en forma proporcional, generándose tasas de crecimiento cercanas al 3% en nuestra región.

6.2.2 La peor distribución del mundo

Con estas débiles cifras del producto, no debe extrañarnos que la cantidad de personas de América Latina que vive con menos de US \$ 1 dólar al día per cápita creció de 63.7 millones en 1987, a 73.8 en 1990, hasta alcanzar 78.2 millones en 1998 (fluctuando entre 15 y 16% del total de la población), según datos del Banco Mundial.

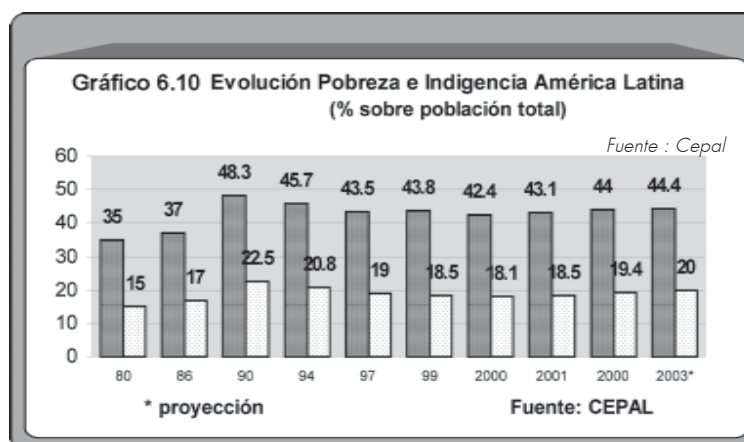
Como se puede ver en el siguiente gráfico, la pobreza absoluta sigue aumentando en los últimos años, de 200 millones de pobres que había en 1990, hasta unos 227 millones en el año 2003⁴⁶. Lo que es más grave, la indigencia o extrema pobreza ha aumentado levemente en términos absolutos, pasando de 93.4 millones de indigentes hasta 102 millones durante el mismo período. Cabe aclarar que la extrema pobreza se entiende (y mide)



⁴⁶ La Cepal reporta datos de pobreza e indigencia regional basándose en los datos correspondientes a 19 países.

como la situación en que las personas no alcanzan a alimentarse con las mínimas recomendaciones de ingesta calórico-proteica compatibles con la vida humana.

La pobreza relativa, que mide la proporción de la población que se encuentra en situación de pobreza, es aún en la actualidad mayor a la registrada en el año 1980 (35%), aunque ésta disminuyó entre 1990 y el 2000, desde un 48.3% hasta un 42.4% estimándose un nuevo incremento para el 2003, donde la pobreza alcanza hasta un 44.4% de la población. Por su parte, la pobreza extrema que alcanzaba al 15% de los hogares en 1980, aumentó hasta un 22.5% en 1990, para reducirse en términos proporcionales hasta un 18.1% en 2000 cifra que ha crecido al 2003 alcanzando un 20.0%. No obstante, es importante señalar que aún hoy, casi la mitad de la población latinoamericana vive en situación de pobreza, y que un quinto están en condición de extrema pobreza, lo que desde todo punto de vista



resulta inaceptable, luego de tantas décadas de producir riquezas cuantiosas y buscar el desarrollo en la región.

Aún más, en ningún continente del planeta, la distribución del ingreso es peor que en nuestra América Latina. Y dentro de nuestra región, Brasil y Chile ostentan los vergonzosos primeros lugares en la distribución más inequitativa del ingreso.

Según datos de CIDUTAL para la segunda mitad de los noventa, el coeficiente de Gini se mueve en América Latina entre 40.0 y 60.0. En ese período, el promedio más alto entre las regiones del mundo, lo que indica peor distribución del ingreso, es el de América Latina, con un Gini promedio de 53.9, mientras que África muestra coeficiente Gini de 42.4, América del Norte 39.2; Asia un 36.0, Europa 31.8 y Oceanía un 37.3 (Fuente: Servicio CIDUTAL, Estadísticas No10/001).

En 1990 el Banco Mundial advertía que «en ninguno de los demás países del mundo en desarrollo, la pobreza y el bienestar nacional se hallan en una extraordinariamente desigual distribución del ingreso como en la región». El BID informa que «un cuarto del ingreso nacional recae sobre sólo el 5% de la población, el 10% más rico detenta el 40% de los ingresos» (BID: Progreso Económico y Social, 1998). Según cálculos del BID, en caso de que continúe la actual distribución del ingreso y con un aumento sumamente optimista del PIB per cápita del 3% anual, se requeriría de 15 a 25 años, según el país, para reducir las tasas actuales de pobreza a la mitad.

Respecto de la evolución en la distribución del ingreso en nuestra región, según datos de la Cepal, el coeficiente de Gini⁴⁷ entre 1990 y 1999 se mantiene fluctuando entre 0.460 y 0.640. Las peores distribuciones del ingreso se pueden encontrar en Brasil y Chile, y los países que más aumentaron la inequidad

⁴⁷ El coeficiente de Gini mide la disparidad en la distribución de los ingresos en un grupo de población (país). Su valor fluctúa entre 0 y 1, siendo más inequitativa la distribución del ingreso cuanto más se acerca al 1, y más equitativa cuanto más se acerca a 0.

distributiva son Paraguay, Ecuador Bolivia, Argentina, Costa Rica y Venezuela; mientras que mejoraron en la década Colombia, Honduras y Uruguay. La relación de ingresos que obtienen los quintiles extremos⁴⁸ de la población, conocida como Q^5 / Q^1 , también funciona como un indicador adecuado de la disparidad en la distribución del ingreso. En ambos casos, se presentan a continuación las últimas cifras disponibles que reporta la CEPAL, a partir de datos oficiales.

Ver Tabla 6.1 siguiente página

Veamos ahora una síntesis respecto de la sostenibilidad ambiental del desarrollo en nuestra región. En éste ámbito es donde hacen más falta las informaciones históricas que puedan ser comparables. De ahí que tengamos que recurrir a diagnósticos y análisis de distintas fuentes, que no permiten una comparación válida en el tiempo.

6.2.3 Perspectiva Ambiental Latinoamericana⁴⁹

Al 2003, la región latinoamericana presenta gran diversidad ecológica, por lo que no resulta adecuado agregar las preocupaciones comunes a las regiones tropicales, los andes y las islas. La región tiene también características ambientales que la distinguen de otras partes del mundo: sistemas hidrológicos inmensos (Amazonas, Orinoco y Río de la Plata), una importancia global como sumidero de carbono y una única y vasta diversidad biológica y heterogeneidad ecosistémica. Al mismo tiempo, la región tiene algunas características comunes entre sus países:

⁴⁸ Los quintiles están constituidos por grupos de población equivalentes al 20% más rico (Quintil 5), al 20% siguiente, y así sucesivamente hasta llegar al último Quintil que agrupa al 20% más pobre de la población (Quintil 1). A menudo se reporta la proporción del ingreso que absorben cada uno de los quintiles, siendo los más interesantes los Quintiles extremos (1 y 5). Otro indicador importante consiste en calcular la relación de ingresos entre el quintil más rico y el más pobres, la cual se expresa como Q^5 / Q^1 .

⁴⁹ Esta sección se traduce y sintetiza de: Global Environmental Outlook América Latina, PNUMA, 1997, actualizado a partir de "GEO América Latina y el Caribe". PNUMA.

País	Año	Coefficiente Gini	q⁵ / q¹
Argentina	1990	0.501	13.5
	1997	0.530	16.4
	1999	0.542	16.5
Bolivia	1989	0.538	21.4
	1997	0.595	34.6
	1999	0.586	48.1
Brasil	1990	0.627	35.0
	1996	0.638	38.0
	1999	0.640	35.6
Chile	1990	0.554	18.4
	1996	0.553	18.6
	2000	0.559	19.0
Colombia	1994	0.601	35.2
	1997	0.569	24.1
	1999	0.572	25.6
Costa Rica	1990	0.438	13.1
	1997	0.450	13.0
	1999	0.473	15.3
Ecuador	1990	0.461	12.3
	1997	0.469	12.2
	1999	0.521	18.4
El Salvador	1995	0.507	16.9
	1997	0.510	15.9
	1999	0.518	19.6
Guatemala	1989	0.582	27.3
	1998	0.582	22.9
Honduras	1990	0.615	30.7
	1997	0.558	23.7
	1999	0.564	26.5
México	1989	0.536	16.9
	1994	0.539	17.4
	2000	0.542	18.5
Nicaragua	1993	0.582	37.7
	1998	0.584	33.1
Panamá	1991	0.560	24.3
	1997	0.570	23.8
	1999	0.557	21.6
Paraguay	1990	0.447	10.6
	1996	0.493	13.4
	1999	0.565	22.6
Perú	1997	0.532	20.8
	1999	0.545	21.6
República Dominicana	1997	0.517	17.6
Uruguay	1990	0.492	9.4
	1997	0.430	9.1
	1999	0.440	9.5
Venezuela	1990	0.471	13.4
	1997	0.507	16.1
	1999	0.498	18.0

TABLA 6.1 INDICADORES DE LA DISTRIBUCION DEL INGRESO EN AMERICA
Fuente: Panorama Social de América Latina y el Caribe, CEPAL,

2001-2002

grandes proporciones de población urbana, alta diversidad étnica que coexiste con poblaciones nativas indígenas, fronteras agrícolas de rápida expansión, economías nacionales que pasan o han pasado por ajuste estructural, roles cambiantes para el Estado, una sociedad civil emergente y activa y problemas de inequidad y pobreza creciente.

Revisemos algunos elementos centrales respecto de la sostenibilidad regional:

Uso de la tierra

América Latina y el Caribe tiene la mayor reserva de tierra arable del mundo, 576 millones de hectáreas que representan el 30% del territorio total mundial. Sin embargo, se estima que como consecuencia de la degradación del suelo 3 millones de kilómetros cuadrados de tierras agrícolas han sufrido pérdida significativa de la productividad. Unas 306 millones de Há (72.7%) de la tierra agrícola seca en Sudamérica sufre de extrema a moderada degradación, mientras un 47% de los suelos de pastizales han perdido su fertilidad. Esta degradación incluye erosión y degradación de suelos de ladera, áreas montañosas y pastizales tropicales; desertificación por sobre-pasturamiento; y salinización y alcalinización de suelos irrigados. La aceleración del proceso de erosión en la región es generada por la expansión de la frontera agrícola y el sobre uso o uso no sustentable de la tierra en cultivos, pastizales y deforestación. Adicionalmente, parte de la mejor tierra también se está perdiendo para suelos urbanos.

Se estima que para que la región mantenga su autosuficiencia alimentaria y expanda sus cultivos de exportaciones para producir divisas, se tendrá que cultivar más intensa y extensamente, lo que tendrá importantes implicaciones ambientales (contaminación, uso de pesticidas y fertilizantes, etc.). La presión de la agricultura también continuará disminuyendo la superficie boscosa y aumentará la superficie degradada.

Bosques

Nuestra región contiene tanto los bosques tropicales más grandes no fragmentados (Amazonía), como también algunos de los más fragmentados y más amenazados bosques tropicales del planeta (como los de Mata Atlántica). En el año 2000 la región tenía el 25% de las áreas boscosas del mundo, correspondientes a unas 964 millones de hectáreas, en tan sólo una séptima parte de su territorio. Un 47% del territorio regional está cubierto de bosques, en tanto que en el mundo la proporción alcanza el 30%. De éstos el 92% se encuentra en Sudamérica principalmente en Brasil y Perú.

La acelerada transformación de bosques en tierras permanentes de pastizales y otros usos, constituye un problema crítico de la región. No sólo la extensión es inmensa, sino que los efectos de estos procesos en los ecosistemas son prácticamente irreversibles. La deforestación es básicamente un resultado de la expansión de la agricultura, la que a su vez se explica por:

- Desplazamiento de campesinos de sus áreas agrícolas tradicionales
- Programas a gran escala de asentamientos (Rondonia, Brasil)
- Uso de incentivos tributarios para expandir la ganadería en la Amazonía
- Corte de trozas para comercio
- Uso de madera con fines domésticos
- Construcción de caminos

La cubierta boscosa de la región descendió de 992 millones de hectáreas en 1980 hasta 918 millones de Há en 1990, resultando una tasa anual de deforestación de 0.8% en tal período. La deforestación anual aumentó de 5.4 millones de ha en 1970 a 7.4 millones de Há en 1990. La deforestación tropical aumentó de 5.6% entre 1960-1970 hasta 7.4% entre 1980-1990. Entre

1990 y 2000 la región perdió el 4,6% de su cobertura boscosa, un total de 46,7 millones de hectáreas, con una tasa promedio anual de deforestación de 0,5%. Las estimaciones de la FAO para este período indican que América Latina y el Caribe a perdido la mitad de los bosques desaparecidos en el mundo durante esta década, así la contribución regional de la cobertura boscosa mundial disminuyó del 25,5% al 24,9%. Casi la mitad de la pérdida total se dio en Brasil con 23 millones de hectáreas, seguido lejanamente de México con 6,3 millones de hectáreas y Argentina con 2 millones de hectáreas. Las tasas anuales de cambio en la cobertura boscosa varían mucho de una subregión a otra en este período. Los países del Caribe tienen la menor tasa con un -0,2%, seguido por los países sudamericanos con un -0,4% y los mesoamericanos con un -1,2%. La rápida pérdida de bosque nativo altamente diverso es particularmente preocupante, porque estos a menudo son sustituidos por pastizales o monocultivos de plantaciones exóticas.

Patrimonio biológico y ecosistémico.

Nuestra región se caracteriza por su alta diversidad ecosistémica. En los ecosistemas de la región se encuentra más de un 40% de las especies vegetales y animales del planeta. Cinco de los 10 países más ricos en términos de especies terrestres vegetales o animales (países de megadiversidad ecológica) en el mundo son Brasil, Colombia, Ecuador, México y Perú. América Latina contiene cerca del 40% de las especies del bosque tropical en el mundo y 36% de las especies industriales y cultivadas para alimentos en el mundo. Los países megadiversos de la región en su conjunto albergan entre un 60 y un 70% de todas las formas de vida del planeta. La biota de la región, además de muy diversificadas, proveen de importantes oportunidades para el desarrollo económico, cuyo legado en términos de potencial médico, industrial y alimenticio puede generar beneficios sostenidos para la población actual y futura. Pero esta reserva biológica

está muy amenazada por la intervención y pérdidas de hábitats en regiones de alta montaña, tierras secas tropicales, ecosistemas desérticos, bosque nuboso y bosque húmedo tropical. Las estimaciones se aportan con referencia a las especies en los bosques, estimándose que entre cien y cuatrocientos cincuenta mil especies pueden desaparecer en los próximos 40 años. La mayoría de las especies en extinción ni siquiera han sido suficientemente inventariadas o descritas.

La otra causa de pérdida de biodiversidad tiene que ver con la fragmentación de los hábitats, con una tasa de fragmentación en la amazonía brasileña que se piensa es 2.5 más alta que la de deforestación.

Nuestras Aguas

América Latina y el Caribe es una de las regiones más rica en agua con sólo un 15% del territorio y un 8,4% de la población mundial, recibe el 29% de la precipitación y tiene una tercera parte de los recursos hídricos renovables del mundo, pero la distribución al interior de la región es muy variable. Sudamérica es la región más rica en recursos hídricos renovables en América Latina y el Caribe concentrando un 29% del total mundial. Dos tercios de la tierra regional es árida o semiárida, incluyendo grandes porciones de Argentina, Chile, Bolivia, Perú, noreste de Brasil, Ecuador, Colombia y norte y centro de México. Las zonas áridas y semiáridas abarcan alrededor de un 23% del territorio sudamericano. Otras regiones enfrentan tal variabilidad estacional con grandes sequías e inundaciones que hacen la agricultura impracticable.

Entre los principales factores de presión sobre la disponibilidad de agua están la extracción excesiva, la impermeabilización de zonas de captación por infraestructura urbana y la deforestación.

Por su parte, algunos problemas de calidad de agua, incluyen contaminación tóxica de la industrial, disposición de aguas y eutroficación por desechos humanos. La tala del bosque también tiene efectos negativos en la producción y regulación de ciclos hídricos, mientras que la erosión de suelos aumenta la cantidad de sedimentos en suspensión que afectan la calidad de los recursos de agua, así como el funcionamiento de diques y reservorios.

Los ríos de la región están siendo contaminados por agentes químicos y biológicos, básicamente por la industria y desechos urbanos, relaves mineros y canales agrícolas.

Nuestros mares y bordes costeros

El 25% de las personas en la región vive en áreas costeras, y los recursos marinos y costeros son vistos como parte importante del patrón de desarrollo en la región. De acuerdo a estimados, 26% de las costas de la región están enfrentando alto potencial de degradación y otro 24% se considera como bajo amenaza potencial provocada por el desarrollo del turismo y de la infraestructura, descarga de sedimentos, basura y contaminantes de áreas urbanas industriales, alcantarillas, contaminación industrial y derrames de petróleo.

Las descargas están concentradas en zonas de alta actividad económica, como Cartagena, Coatzacoahuila, Coahuila, Habana y Kingston, donde el volumen de las descargas excede la capacidad de absorción de los ecosistemas. Este daño ha generado un impacto adverso en las playas, arrecifes de coral, y pastos submarinos. Pocas ciudades latinoamericanas tienen facilidades efectivas para el tratamiento de basura y alcantarillado. La basura industrial y peligrosa de la región como un todo fluye directamente hacia el océano, mientras que las cuencas de los ríos actúan como áreas de captura para los desechos agrícolas que luego son llevados al mar.

Nuestra atmósfera

Los principales problemas atmosféricos de la región son la contaminación del aire, el agotamiento de la capa de ozono estratosférico y el proceso de cambio climático, así como el impacto que todo esto tiene en la salud de la población y los ecosistemas regionales. A pesar de que América Latina y el Caribe apenas producen 14.8% de los gases que producen el efecto invernadero y una proporción similar de CFC's; la región encara una porción desproporcionada de las consecuencias del cambio climático y atmosférico.

Las latitudes al sur de la región son las áreas más cercanas al agujero de ozono estacional que se abre sobre la Antártica durante la primavera y el verano. Como resultado, Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay experimentan los efectos de la radiación creciente de rayos ultravioleta-B, provocada por el adelgazamiento de la capa de ozono, más agudamente que ninguna otra región habitada del orbe.

En septiembre del 2000, el agujero en la capa antártica de ozono llegó a su máximo tamaño registrado, aproximadamente 28 millones de kilómetros cuadrados, más de 2.5 veces mayor que el promedio registrado entre 1979 y 1992.

Al mismo tiempo, el aumento del nivel del mar afectará a los países Caribeños, así como a países con regiones costeras bajas. Adicionalmente, el efecto de peligros naturales como inundaciones, sequía y huracanes, a los que nuestra región es vulnerable, puede ser magnificado por el cambio climático global.

Nuestros ambientes urbanos e industriales

América Latina y el Caribe es la región más urbanizada del mundo en desarrollo, con tres cuartas partes de su población viviendo en ciudades. Entre los años 1970 y 2000 la población urbana aumentó de 158,6 millones a casi 383 millones de perso-

nas y el nivel de urbanización pasó de un 57,4 a un 75,3%. Son particularmente vulnerables a los problemas ambientales como contaminación del aire, del agua, disposición de residuos sólidos y líquidos y contaminación industrial. Las descargas domésticas e industriales contaminan el aire, la tierra y el agua con nutrientes y toxinas. Aunque la mayoría de las mega-ciudades son afectadas en maneras similares, los datos sobre estas condiciones ambientales están disponibles fundamentalmente en ciudad de México, Sao Paulo y Santiago. Gran parte de esta contaminación proviene del crecimiento económico y la industrialización, que ha estado altamente concentrada en grandes ciudades de la región, en vez de la urbanización en sí.

En Sudamérica el nivel de urbanización alcanza al 79,8%, en tanto en Mesoamérica a un 67,3% y en el Caribe a un 63%. Se espera que para el año 2020 la población urbana de la región alcanzará los 526 millones de personas, un 80,4% de la población proyectada.

Muchas de las ciudades latinoamericanas han crecido rápidamente por la inmigración del campo, aún y cuando la mayoría de estas ciudades no fueron concebidas o planeadas para las actuales densidades demográficas. Como resultado, se han generado cordones periféricos de asentamientos humanos precarios, usualmente localizados en áreas ambientalmente inapropiadas como pendientes o tierras inundables.

La contaminación del aire es un hecho constante de la vida para 81 millones de residentes urbanos en América Latina, provocándose un estimado de 2.3 millones de casos de enfermedades crónicas respiratorias todos los años entre niños, unos 105.000 casos de bronquitis crónica entre los ancianos y unos 65 millones de días laborales perdidos.

Otro problema en las ciudades es el acceso al agua. Por ejemplo, Lima está localizada en un área donde no existe suficiente agua, lo que ha forzado a la costosa extracción de agua desde fuentes distantes. En otras grandes ciudades, la oferta de agua se basa en la explotación insustentable de acuíferos subterráneos, algunos de los cuales están seriamente contaminados. En la ciudad de México, dos tercios de la agua usada en la ciudad es obtenida de napas subterráneas a una tasa de extracción que más que dobla la tasa de reposición natural.

6.2.4 La sostenibilidad del desarrollo latinoamericano: balance de la década de los noventa.

En términos estrictamente *económicos*, los países de América Latina y el Caribe atravesaron en la década pasada por una etapa de transformación caracterizada por profundas reformas económicas centradas en una mayor apertura comercial; en la liberalización de los mercados financieros nacionales y de los flujos de capitales con el exterior, y en el papel preponderante de la iniciativa privada en la producción de bienes y servicios y en la provisión de servicios públicos y prestaciones sociales. A partir de 1990, la actividad productiva empezó a recuperarse y muchas de las presiones inflacionarias y desestabilizadoras se fueron mitigando gradualmente, dejando atrás la «década perdida» para el desarrollo económico de la región. No obstante, los ritmos de crecimiento económico del conjunto de la región siguieron siendo significativamente inferiores a los registrados en las décadas anteriores a la crisis de la deuda, además de estar estrechamente vinculados a los ciclos internacionales de capital, lo que le imprime un carácter de volatilidad al crecimiento económico.

Los principales logros en materia económica fueron la expansión de las exportaciones, el nuevo ímpetu del comercio y de las inversiones dentro de los esquemas subregionales de integración y los múltiples acuerdos de libre comercio suscritos con otros

países y regiones. Las debilidades que persisten obedecen a la insuficiente diversificación de las exportaciones regionales, su escasa participación en el comercio mundial, las múltiples barreras que aún se oponen al libre comercio, y los efectos adversos que ejerce la volatilidad financiera y macroeconómica en la dinámica de las transacciones comerciales.

En el ámbito *social*, la evolución de América Latina y el Caribe en los años noventa se caracterizó por la consolidación de la transición demográfica y el progresivo envejecimiento de la población, el limitado dinamismo de la generación de empleo, la relativa reducción de la pobreza y el aumento de la desigualdad en varios países, los avances en materia de equidad de género y la mayor participación de la mujer en el mercado de trabajo, la recuperación de la inversión social y la realización de importantes reformas en las políticas y sectores sociales. Es evidente que el hecho de que el proceso de crecimiento económico no baste para satisfacer los requisitos sociales de la sostenibilidad se debe en mayor medida a un estilo de desarrollo, en términos de los patrones de producción y consumo que engendra, que a las tasas anuales de crecimiento. Ésta indica que los patrones históricos de acumulación en América Latina y el Caribe, los estilos de desarrollo en el sentido propuesto originalmente por la CEPAL, aun en los períodos de auge del crecimiento, no han logrado cambiar las asimetrías sociales que se producen, todo lo cual vuelve a poner de relieve, más allá de los imperativos de crecimiento de corto plazo, la urgencia de introducir cambios estructurales definitivos en las modalidades de desarrollo vigentes.

Dentro de las dinámicas *ambientales* más importantes que se observan en la región, se tiene que pese a contar con poco más de 2.000 millones de hectáreas de superficie terrestre, apenas el 15% de la superficie del planeta, presenta la mayor diversidad de especies y de ecorregiones del mundo. Asimismo, Amé-

rica Latina y el Caribe tiene a su haber alrededor de un tercio de la dotación mundial de recursos hídricos renovables. Tan solo América del Sur dispone de cerca de 30% de la escorrentía total mundial.

Pero pese a este inmenso potencial, el problema de la contaminación muestra inquietantes signos de empeoramiento, producto del crecimiento económico, y poblacional, y de la profundización de ciertos patrones de producción y consumo. En términos generales, las causas de la creciente contaminación del aire, el suelo y el agua que sufre la región y sus consecuencias para la salud están asociadas al proceso de urbanización no planificada y a la agricultura. El considerable crecimiento urbano ha hecho que una gran proporción de la población se vea afectada por el deterioro de la calidad del aire, de la contaminación por residuos sólidos y peligrosos, la degradación de las zonas costeras y de la contaminación del agua. El hacinamiento y la falta de infraestructura contribuyen a una mayor exposición a contaminantes, por lo que los estratos más pobres suelen ser las principales víctimas de la contaminación.

Irónicamente, en la actualidad los problemas de salud provocados por el deterioro de la calidad del aire y la existencia de sustancias tóxicas atribuibles al desarrollo, son tan preocupantes como los ancestrales problemas de salud derivados del subdesarrollo (entre otras las enfermedades gastrointestinales). Si comparamos a la región con otras, vemos que no está tan densamente poblada, que los recursos hídricos son abundantes y que la estructura económica se caracteriza por una elevada proporción de actividades relativamente poco contaminantes. Pese a ello, presenta altos niveles de contaminación que apuntan a serias fallas de planificación y otras deficiencias en la gestión del medio ambiente.

El agravamiento de los desastres es notable sobre todo en lo que se refiere a los vinculados al clima o desencadenados por fenómenos hidrometeorológicos extremos, que representan algo más de la mitad del total, pero causan más del 90% de las víctimas y por lo menos un 85% de las pérdidas económicas determinadas. Cabe resaltar que más del 90% de las víctimas de los desastres de origen climático, viven en países en desarrollo. Por cierto, en América Latina, las condiciones del medio físico regional representan un grave riesgo de incidencia de fenómenos capaces de desencadenar desastres. La vulnerabilidad de la región a estos fenómenos se puso de manifiesto en los efectos devastadores de recientes desastres que afectaron a la zona andina (El Niño, 1997-1998), el Caribe (huracán Georges), Centroamérica (huracán Mitch) y Venezuela⁵⁰.

En el ámbito de la administración pública del Estado, se ha avanzado en la conformación de la máxima autoridad ambiental, la que puede ser de dos tipos en la región. En la mayoría de los casos, tiene carácter ministerial, pero en otros se trata de organismos colegiados. Al igual que en el plano institucional, los marcos regulatorios ambientales también registraron una evolución desde la Cumbre de Río. Algunos de los temas con respecto a los cuales se han dado mayores avances legislativos en la última década en América Latina y el Caribe son la evaluación del impacto ambiental, el ordenamiento territorial, los nuevos delitos y

⁵⁰ La Sierra Madre, el eje neovolcánico, el Istmo Centroamericano y el eje andino en casi toda su extensión constituyen elementos tectónicos muy activos, causantes de sismos y erupciones volcánicas de gran magnitud. En las latitudes tropicales, la región está expuesta a tormentas tropicales y huracanes, que se producen estacionalmente tanto en el Atlántico como en el Pacífico. La sequía se ha convertido en un fenómeno de frecuencia creciente, incluso en ecosistemas húmedos y subhúmedos. Extensas regiones del Cono Sur sufren graves inundaciones y casi toda la región se ve afectada por la reiteración periódica del fenómeno de El Niño (oscilación del sur) que, según la zona de que se trate, intensifica las lluvias o amplía las sequías, aumentando así los riesgos de incendios forestales.

penas, la responsabilidad por daño ambiental, las tasas de contaminación y otros instrumentos económicos, la consagración de acciones judiciales de defensa ambiental, los mecanismos de participación ciudadana y las limitaciones al dominio por razones ambientales. También son relevantes los procesos de reforma de leyes sectoriales que regulan la explotación, el uso y la conservación de recursos naturales renovables y no renovables. Estos procesos dieron origen a amplias resistencias tanto de actores públicos como de la sociedad civil. El proceso de integración de las políticas ambientales a las políticas sectoriales también registra avances y retrocesos. En general, la incorporación del concepto de uso sostenible de los recursos y conservación del medio ambiente en las diferentes áreas de la producción y de los servicios es incipiente en todos los países de la región⁵¹.

Recapitulando, el desempeño económico ha sido insuficiente para revertir los rezagos que presentaba la región ya en 1992, y se han logrado mayores avances en los marcos macroeconómicos que en términos de bienestar. La desigualdad y la inequidad se han mantenido en la mayoría de los países, e incluso se han agravado en comparación con el mundo desarrollado. La pobreza relativa apenas se ha reducido y ha aumentado el número de personas que no alcanzan siquiera a cubrir sus necesidades mínimas. Debido a ello, la región no es hoy en día más

⁵¹ Tradicionalmente, en las políticas macroeconómicas y las políticas sectoriales (salud, educación, agricultura, minería y otras) se ha tomado escasamente en cuenta la dimensión ambiental. De hecho las numerosas «fallas del mercado», que se identifican como unas de las mayores causas subyacentes del deterioro ambiental, son expresiones de esta situación. Lo mismo ocurre en los sectores que aprovechan directamente la biodiversidad o manejan los elementos que la sustentan, como el agropecuario, el forestal, el pesquero y el de recursos hídricos. Asimismo, junto a la principal autoridad ambiental, numerosos organismos públicos suelen recibir mandatos de administración de los recursos naturales renovables (ministerios de pesca y agricultura, y organismos responsables del agua de los bosques y de la energía, bosques, entre otros), que en muchos casos se superponen y generan conflictos institucionales.

sostenible desde el punto de vista social y económico que hace diez años. La situación ambiental tampoco muestra signos claros de avance en términos de sostenibilidad. El deterioro persiste a ritmos alarmantes, aunque los procesos concretos muestren diferencias notables. Los ecosistemas siguen resintiendo el impacto de modalidades de producción y consumo, y de patrones de urbanización insostenibles. La base natural de recursos sigue viéndose afectada por una presión humana creciente, y los servicios ambientales son víctimas de una mayor carga de contaminación, aunque algunos progresos empiezan a consolidarse en lo que respecta a la protección ambiental y el uso sostenible de recursos.

Los avances logrados en materia de desarrollo sostenible no pueden dejar de reconocerse, pero el balance es preocupante y debe afrontarse como un gran desafío para Latinoamérica y el Caribe. Es necesario definir una visión del futuro latinoamericano y caribeño, y determinar la viabilidad del desarrollo necesario y deseable tanto para los países como para la región. En el siglo XXI, la diversidad biológica, cultural y el conocimiento y la información, pueden jugar un papel decisivo en el desarrollo sostenible de América Latina y el Caribe.

Para lograr la transición hacia un desarrollo sostenible, la región necesita iniciar transformaciones económicas y sociales, empezando por una reestructuración productiva que satisfaga el triple criterio de elevar la competitividad, disminuir los rezagos sociales y frenar el deterioro ambiental asociado a los actuales patrones de especialización productiva.

Finalmente, a partir de las consideraciones anteriores, podría concluirse que no es factible, desde el punto de vista de la sostenibilidad, aspirar al rápido crecimiento de la economía requerido por los países de la región sobre la base de los actuales patrones de producción y exportación.

Capítulo 7

7 NUEVAS EPISTEMOLOGIAS PARA
COMPRENDER Y TRANSFORMAR
EL DESARROLLO.

NUEVAS EPISTEMOLOGÍAS PARA COMPRENDER Y TRANSFORMAR EL DESARROLLO.

«La mayoría de nosotros hemos perdido ese sentido de la unidad de la biosfera y humanidad que nos ligaría y nos reconfortaría a todos con una afirmación de belleza. La mayoría no creemos hoy que, sean cuales fueren en sus pormenores las alzas y bajas de nuestra limitada experiencia, la totalidad global es primordialmente hermosa» Bateson, 1990.

«Es ahora necesario el penoso reconocimiento de que lo ecológico, lo social y lo económico, así como lo psicológico, lo político y lo cultural, son solamente formas de simplificar disciplinariamente la realidad y, por lo tanto, se oponen, o por lo menos, dificultan la visión de lo complejo, en donde todo lo humano y lo no humano se entrelazan y se mezclan» Julio Carrizosa, 2002.

«Es necesario aprender a navegar en un océano de incertidumbres a través de archipiélagos de certezas». Edgar Morin⁵²

La epistemología es una disciplina que se encarga de analizar los principios, contextos, significados, métodos y aproximaciones con los cuales se construye el pensamiento, el saber. Michael Foucault ha llamado *episteme* y también «campo epistemológico», a la estructura subyacente y, con ello, inconsciente, que delimita el campo del conocimiento, los modos como

⁵² Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. UNESCO, 1999.

los objetos son percibidos, agrupados, definidos. La *episteme* no es una creación humana; es más bien el «lugar» en el cual el hombre queda instalado y desde el cual conoce y actúa de acuerdo con las resultantes reglas estructurales de la *episteme*»⁵³.

¿Cual es entonces la epistemología que puede ser más conveniente a la hora de abordar la complejidad que nos proponemos desentrañar respecto de los procesos de desarrollo y la calidad de vida de las personas? Sin duda el viejo método científico, analítico, parcelado, superespecializado, positivista y cuantitativista aporta en cierta medida, pero a poco andar nos queda estrecho, impide así el abordaje de los procesos dinámicos y abarcativos que nos interesa comprender, y posiblemente transformar.

No cabe duda de que la aproximación epistemológica adecuada a la tarea propuesta, debe contener elementos de transdisciplinariedad, se apoyará en el enfoque sistémico abordando las relaciones y las pautas que conectan a los elementos constitutivos, trabajará los procesos más dinámicos que dicen más sobre los fenómenos que las estructuras impávidas, y constituirá sobre todo una búsqueda sinérgica⁵⁴ abierta y creativa para abordar la complejidad de los fenómenos cambiantes que influyen en la manera en que vivimos y nos relacionamos.

No se pretende aquí desarrollar las ideas sobre el cambio de paradigma que han elaborado varios estudiosos de la epistemología, dado que en dicho campo existe un gran volumen de literatura publicada a este respecto. Baste decir que como estableciera Kuhn⁵⁵ en su célebre libro, los paradigmas científicos

⁵³ José Ferrater Mora: Diccionario de Filosofía, Alianza Diccionarios, Madrid.

⁵⁴ El concepto *sinergia* significa, en fisiología, «colaboración de varios órganos en una función.» El término griego del cual deriva quiere decir «cooperación, acción conjunta.» Implica una forma de potenciación, un proceso en el que la potencia de los elementos asociados es mayor que la potencia sumada de los elementos aislados.

constituyen una constelación de logros, conceptos, valores y técnicas, compartidos por una comunidad científica, que son usados por ésta para estudiar, comprender y eventualmente intervenir en determinados problemas. Interesantes son también las observaciones del autor sobre las transformaciones en estos conjuntos de formas de saber, pues para Kuhn dichos paradigmas se suceden tras rupturas discontinuas y revolucionarias, que él designa como «cambios de paradigma», ya que por lo general ningún científico perteneciente a una comunidad, va a abandonar sus métodos y aproximaciones (y prestigio) con facilidad, aún y cuando se le presente evidencia incuestionable que refute sus aseveraciones. Para que cambien los paradigmas con que nos aproximamos al conocimiento, hace falta entonces un cambio generacional o una profunda revolución científica.

De partida, enfocar el desarrollo en término más abarcativos implica un profundo cambio de la racionalidad economicista dominante. Obliga, entre otras cosas, a un cuestionamiento profundo del concepto de eficiencia, con cuyo análisis podemos ilustrar el impacto explicativo distinto que se deriva de aproximaciones epistemológicas diferentes. La productividad suele asociarse a nociones de maximización de productividad o de ganancias, a pesar de que ambos términos no son utilizados coloquialmente, como se definen científicamente. La productividad se refiere a una relación de producto respecto de un factor de la producción, como puede ser las horas de trabajo empleado, o también la cantidad de maquinaria e infraestructura involucrada en el esfuerzo; por eso la productividad tiene que ver con los rendimientos. Las ganancias pueden entenderse como la parte de los ingresos que se destinan a retribuir la labor del empresario, y pueden medirse respecto al volumen de ventas, a la inversión, etc. Sin embargo, la eficiencia resulta siempre de comparar dos situaciones: por ejemplo para determinar en dónde resulta mejor invertir esfuerzos y dinero, existiendo diferentes cos-

⁵⁵ Thomas Kuhn: La estructura de las revoluciones científicas, 1970.

tos y beneficios, se calcula la razón de beneficio/costo en ambas alternativas. Resultará más eficiente invertir en aquella cuyo cociente sea mayor, porque en forma relativa, se estará posibilitando mayor ganancia por unidad de dinero (o esfuerzo) invertido. Evidentemente, el resultado de este simple ejercicio de cálculo de eficiencia económica dependerá de los elementos que incorporamos en la consideración de los beneficios y de los costos de las actividades que estamos comparando. A su vez, lo que incorporemos depende de nuestras visiones, ideologías, metodologías y epistemología subyacentes. Si sólo consideramos los costos económicos contabilizables que tiene que asumir la empresa productora (como generalmente ocurre), y no incorporamos los costos que tienen que pagar otros (contaminación, depredación, deterioro y reposición de salud, valores de existencia, valores culturales, valor intrínseco de la biodiversidad, valor humano de identidad, entre tantos otros), estaremos sobre-estimando los beneficios de la opción, lo que equivale a decir que estamos subestimando los costos. Ahora bien, utilizando una epistemología más abarcativa y compleja, se puede constatar que aún viendo el problema desde cualquiera de ambas perspectivas, el problema radica en que la decisión de eficiencia aquí estará mal tomada, porque los parámetros y variables que fueron considerados en la decisión de inversión, son sólo aquellos que le interesan al inversor en el corto plazo, el que con suerte incorporará algunos otros que la legislación local obligue a considerar en forma complementaria. Nada garantiza que estas opciones, cortoplacistas y privadas, coincidan con el interés colectivo.

Ahora bien, si para la microeconomía puede tener todo el sentido del mundo incrementar la productividad y las ganancias (con o sin análisis de eficiencia), incluso a costa de lo que sea, esta razón productivista no tiene por qué ser congruente con los objetivos del desarrollo, pues simultáneamente provocará desde disminuciones en algunos ámbitos del bienestar colectivo, hasta provocar perjuicios a terceros.

Al llevar el criterio economicista al extremo más alienado de la razón instrumental, la productividad aparece como ciertamente amenazante respecto de la sustentabilidad ecológica y la calidad de vida. Concentrarse en eficiencia y productividad, como nociones centrales en el desarrollo tradicional, reproduce el manto que cubre la motivación final de todo esfuerzo productivo en nuestro sistema capitalista, que es la búsqueda de lucro individual, sobre-dimensiona la necesidad de subsistencia respecto de otras necesidades fundamentales igualmente importantes, y sacrifica los espacios de diversidad y creatividad que son inherentes a lo humano y al mundo natural.

En cambio, si utilizáramos una razón humanista y ecológica, una visión sistémica y una metodología adecuada (por ejemplo la de evaluación multifactorial), podríamos tener resultados más congruentes con la búsqueda de mejorar la calidad de vida de las personas actuales y futuras. De ahí que insistamos, que no se trata sólo de deseos de hacer mejor las cosas, sino también de contar con los enfoques y las herramientas adecuadas para lograrlo.

7.1 Enfoque Sistémico

La visión sistémica posibilita, a partir de una mirada de conjunto, visualizar las interrelaciones múltiples y las retroalimentaciones recurrentes entre las partes. Asume que los problemas (y sus soluciones) están interconectados y son interdependientes, son en efecto distintas facetas de un gran proceso complejo. Los sistemas son conjuntos de elementos que interactúan entre sí, en círculos de recurrencia, superándose así la visión previa y ampliamente aceptada, donde se parte de una aceptación implícita o explícita de causalidad lineal como patrón de relación entre variables.

Tal como adelantó Bateson en su trabajo, en gran parte dedicado a investigar pautas y metapautas que conectan los

procesos humanos, Capra (1996) establece que un sistema define un todo integrado, cuyas propiedades esenciales surgen de la relación entre sus partes. Por tanto, el pensamiento sistémico implica la comprensión de un fenómeno en el contexto de un todo superior, «comprender las cosas sistémicamente, es colocarlas en un contexto, establecer la naturaleza de sus relaciones» (Capra, 1996).

La aplicación del enfoque sistémico a los problemas principales que enfrentamos, y que fueron introducidos en el capítulo 1 resulta imprescindible, dada la cada vez más alta complejidad del proceso de desarrollo, en un mundo en franca globalización. Necesitamos pensamiento y soluciones sistémicas, desplazar nuestra atención conceptual desde los objetos hacia las relaciones. Así comprenderemos que identidad, individualidad y autonomía, no significan separatividad e independencia (Capra, 1996).

«Cuanto más estudiamos los principales problemas de nuestro tiempo, más nos percatamos de que no pueden ser entendidos aisladamente. Se trata de problemas sistémicos, lo que significa que están interconectados y son interdependientes (...) En última instancia estos problemas deben ser contemplados como distintas facetas de una misma crisis, que es en gran parte una crisis de percepción. Derivada del hecho de que la mayoría de nosotros, y especialmente nuestras grandes instituciones sociales, suscriben los conceptos de una visión desfasada del mundo, una percepción de la realidad inadecuada para tratar con nuestro superpoblado y globalmente interconectado mundo» (Capra, 1996).

Aplicando estas ideas al campo del desarrollo y la calidad de vida de las personas, de inmediato se despliega la importancia de contar con enfoques y herramientas adecuadas. El desarrollo de sesgo «economicista», es también reflejo de nuestra

ceguera cognitiva y de nuestra soberbia epistemológica, desde las cuales hemos construido visiones reduccionistas y mecanicistas de fenómenos que son definitivamente más complejos y dinámicos. El desarrollo, en su visión más amplia, debe reflejarse en enfoques de trabajo intelectual y práctico que den cuenta de su naturaleza sistémica, para que podamos abordar las dinámicas culturales, sociales, de género y ambientales que le son inherentes, más allá de sus integración aritmética, haciéndonos cargo de las interrelaciones recurrentes con que dichos componentes se manifiestan en la práctica.

La sustentabilidad del desarrollo, como proceso complejo y dinámico, supone una visión sistémica, puesto que para comprenderlo y gestarlo, necesitamos aprehender las interrelaciones recurrentes entre los procesos que lo constituyen, y que están vinculados, incluyendo la producción económica, la equidad social, la preservación ecológica y la construcción democrática de los estilos de desarrollo.

Pero aunque casi todos estamos de acuerdo en que el desarrollo de las comunidades y las naciones debe centrarse en la calidad de vida de las personas, y no en la producción de objetos o índices macroeconómicos, resulta muy difícil definir qué se entiende por desarrollo como calidad de vida. Dos elementos significativos deben ser abordados aquí. El primero es que la naturaleza cualitativa y polisémica del término, dificulta notablemente esta tarea de conceptualizar, identificar o al menos sistematizar lo que va ocurriendo. El segundo, es la cantidad de posibilidades de interpretaciones divergentes que surgen cuando pensamos en quiénes deben definir la calidad de la vida y sus cambios en el tiempo: ¿son los expertos, los que diseñan políticas, la sociedad civil organizada, cada uno de nosotros?

Aún en estos tiempos, a más de cuarenta años de haber inaugurado el campo del desarrollo, nos seguimos preguntando cómo determinar la prosperidad de una nación y la calidad de

vida de sus habitantes y, lo que es primordial, qué criterios son los relevantes para lograr esta prosperidad y calidad de la vida de los seres humanos en general.

Al menos sabemos que el «nivel de vida», medido como ingreso per cápita, no muestra demasiado. Menos lo hace el nivel de actividad económica agregada, medible y comparable a lo largo del tiempo a través del PIB. Estas aproximaciones adolecen de ceguera distributiva y no dan cuenta de la forma en que se reparten las riquezas, las cargas de trabajo, los beneficios y los frutos de la actividad económica. Pero aún cuando contemos con este tipo de indicadores propios del campo del desarrollo socio-económico, parece inaceptable reducir toda la discusión sobre el bienestar humano a una dimensión materialista de las cosas, fundamentada en el limitado enfoque de las necesidades básicas de los años sesenta.

Como establecen Nussbaum y Sen (1996), para conocer acerca del progreso, no basta con saber con cuánto dinero se cuenta, qué nivel de consumo tiene la gente y como están ambos factores distribuidos. Además, se hace necesario dar cuenta de la capacidad de las personas para conducir sus propias vidas. Por ello debiéramos saber de sus expectativas de vida; de su salud y de su posibilidad de acceder a servicios médicos; de la naturaleza, calidad y disponibilidad de educación y acceso a manifestaciones de la cultura; de la dignidad del trabajo que realiza; de las libertades y de los privilegios legales y políticos de que gozan; de cómo conforman y estructuran sus relaciones familiares y sociales; y por último, de cómo la sociedad promueve o facilita a las personas contactarse con sus emociones, maravillarse, imaginar y soñar.

Desde la perspectiva del desarrollo humano, los autores establecen que en definitiva, debiéramos comenzar una reflexión estableciendo una amplia y profunda descripción de lo que las personas pueden hacer. También debemos preguntarnos si es lo más adecuado enfocar este concepto en términos de «utilidad»

(satisfacción de deseos y preferencias o felicidad), entendiendo que existen múltiples actividades humanas que hacen realidad una vida humana próspera.

7.2 Aproximaciones Críticas sobre el Desarrollo, la Sustentabilidad y nuestras Dinámicas Culturales

Existen varias aproximaciones críticas a la visión imperante de desarrollo, que tratan de abordar la difícil relación entre la sociedad (incluyendo o no los aspectos meramente económicos), la cultura y la naturaleza. Podrían citarse la ecología política, la economía socioecológica, las diversas escuelas ecofeministas, el pensamiento económico feminista, las ideas neofeministas del afuera; otras varias líneas de pensamiento que podríamos albergar dentro de la filosofía del desarrollo, y ciertos avances más recientes en el campo de la ciencia de la sustentabilidad. Todas estas lecturas e interpretaciones del mundo, desde una episteme determinada, ofrecen sentido, ideas y caminos posibles para el desafío de desarrollar la sustentabilidad de nuestras diversas formas de vida, en los distintos espacios culturales y territorios del planeta.

Lo que une a varias de estas búsquedas es el rompimiento con la epistemología más ortodoxa que habitualmente se utiliza en las ciencias, asociada al paradigma científico tradicional. Pero cada una de estas contribuciones se alimenta de tradiciones previas y disciplinas diversas, cuyos intentos de síntesis probablemente les habrían parecido abominables a varios de nuestros especializados y positivistas profesores.

En los capítulos que vienen, la idea es presentar y sintetizar algunos de los aportes que se alimentan la búsqueda epistemológica transdisciplinar, porque es posible aprender e incluso aplicar algunas de estas nociones al entendimiento y práctica del desarrollo, a partir de elementos específicos de cada una

de estas aproximaciones. Todas tratan de explicar los complejos fenómenos que ocurren entre las dinámicas culturales, sociales y económicas respecto de la naturaleza, con distinto énfasis y haciendo uso de herramientas científicas y cuerpos conceptuales provenientes de diversas disciplinas del saber. Necesitamos construir una síntesis, pues resulta obvio que ninguna de estas aproximaciones, aún cuando son transdisciplinarias y abordan lo complejo y los procesos, logran integrar plenamente lo económico, lo ecológico, lo cultural y las relaciones de género desde una axiología y una ética plenamente transparente y congruente con la propia búsqueda del bienestar colectivo actual y futuro.

Sólo para realizar un paseo panorámico que prepare el terreno para abordar los capítulos siguientes, podríamos resaltar algunos aportes importantes, clasificados en forma reconocidamente arbitraria, y siempre con el riesgo de que algunas ideas se queden en el tintero.

En primer lugar, se discutirán aportes provenientes de cierta reflexión *filosófica y antropológica del desarrollo*, los que son decisivos tanto desde la crítica de nuestros estilos de desarrollo, como a la hora de proponer alternativas.

Como ya hemos adelantado, apoyándose en los pensadores que sostienen que los problemas actuales tienen como trasfondo un cambio de paradigma científico, cultural y social (Bateson, 1972; Capra, 1982; Ferguson, 1990), otros autores (Gimbutas, Eisler, Maturana) plantean que nuestra forma de percibir el mundo, de entender y realizar las relaciones entre las personas y entre éstas y la naturaleza, consiste en recrear sistemáticamente relaciones de dominación y control, de apropiación, consistentes con un modelo de cultura androcrático, dominador, patriarcal y apropiador, que niega sistemáticamente al otro. De acuerdo a estas visiones, todos los procesos están

interrelacionados y son interdependientes. De ahí que lo que nos hacemos y le hacemos a los otros y a la naturaleza, puede interpretarse como la reproducción, en distinta escala y espacio, de relaciones de sujeción, control y dominio. Estas formas de relación contrastan fuertemente con los rasgos de culturas antiguas que persisten hasta el día de hoy, marginales y silenciosas, y que se basan en la solidaridad, la valoración de la diversidad, y se fundamentan en el amor como legitimación del otro en la convivencia (Maturana); o un fluir de relaciones que consisten en la recreación de la ternura y la caricia (Restrepo) como formas de vida que podrían refundar nuestra civilización.

En congruencia con estos aportes sobre la cultura, se tiene el Desarrollo a Escala Humana (Max Neef, Elizalde, et al, 1986), que desde una búsqueda filosófica sobre el desarrollo, propone resignificarlo como un proceso centrado en las personas. Los autores reconocen la existencia de necesidades humanas fundamentales (idénticas e invariables para todos), trascendiendo la noción de las necesidades básicas (y el correspondiente entendimiento sobre la pobreza limitada a lo material). Lo que cambia en las culturas y la historia humana no son las necesidades, sino la forma en que nos aproximamos a su satisfacción, y es precisamente la calidad de los satisfactores, lo que determina la calidad de vida en los distintos territorios y organizaciones humanas.

En segundo término, las ideas precedentes se enriquecen sustantivamente, al abrazar aportes provenientes de los *diversos feminismos* (teoría de género, pensamiento económico feminista, ecofeminismos, neofeminismos del afuera). Sin duda, los feminismos han generado aportes sustantivos tanto a la crítica de las actuales dinámicas de exclusión, como al rediseño de nuevos mundos incluyentes, ya que desde la reflexión sobre la «cuestión de las mujeres», que luego se transformó en el estudio de las relaciones de género, se establecieron bases fundamentales para construir

una visión crítica del «quehacer» cultural y social de los grupos humanos, que reproduce las dinámicas transversales de dominación, exclusión y violencia; transforma la divergencia en amenaza, la diferencia en inequidad, y convierte a media humanidad y a la naturaleza en objetos de segunda categoría, mediante la reproducción de un orden simbólico y de economías patriarcales y explotativas.

Dentro de los distintos ámbitos en los que ha influido el pensamiento feminista, las investigadoras de la corriente feminista de la economía han generado una serie de aportes a la comprensión de las relaciones de género dentro de los procesos económicos, habida cuenta que la economía como disciplina fuese originalmente concebida con un serio sesgo androcrático y también occidentalista.

En paralelo, las pensadoras y activistas ecofeministas extienden estas visiones a la relación entre los humanos y la naturaleza, aunque con diversos enfoques, de los cuales podemos enunciar los dos más elaborados. Se establece por un lado una suerte de explicación materialista de la exclusión y la crisis ambiental, en la que la causa del dominio masculino sobre la mujer y la propiedad de recursos naturales críticos, reside en la lógica económica de producción de excedente y reproducción de la fuerza de trabajo; de ahí que se considere el liderazgo femenino en la el activismo ecológico relacionado a recursos naturales en el tercer mundo, con el aseguramiento de la fuente de supervivencia del grupo familiar y comunitario. Por otra parte, otras pensadoras plantean que existiría un «principio femenino», relacionado a la capacidad de dar y preservar la vida, que confieren al género femenino una mayor cercanía a la naturaleza y por cierto a la lucha por la conservación del patrimonio natural.

Cabe señalar que existen varias economistas contemporáneas que se alimentan y trabajan combinando estas dos corrientes de la economía feminista y de ecofeminismo, particularmente en los países

del Sur, como es el caso de la célebre Bina Agarwal. Para el caso latinoamericano, persiste el desafío de plantearse estos temas desde nuestra concreción y creatividad.

Pero la visión sistémica más compleja y abarcativa respecto del patriarcado, que proviene del feminismo pero lo sobrepasa completamente, puede leerse en la obra de pensadoras como Margarita Pisano, que realizan una crítica contundente al sistema, para invitarnos a resonar con un mundo diferente, basado en otro tipo de relaciones humanas.

En tercer lugar, como ya ha sido discutido en este libro, se tiene otro conjunto de corrientes emergentes, de *economía socioecológica*, que reconoce los límites biofísicos al crecimiento económico y establece un análisis termodinámico de la economía. Aquí las causas del deterioro ambiental se relacionan con que la intensidad de la actividad económica extractiva y su consecuente emisión de desechos, sobrepasa en varios espacios y momentos la capacidad de los ecosistemas de reponer los recursos naturales sobre explotados, y al mismo tiempo absorber y/o neutralizar los residuos. Aunque esta escuela es una de las más recientes, resulta sumamente aportativa pues trata de construir una transdisciplina con método y nomenclatura propios, reconociendo los aportes de las disciplinas anteriores; pero fundando su campo de estudio y gestión en la sustentabilidad de las economías y las sociedades humanas.

En cuarto lugar, se valora el aporte de las corrientes de pensamiento relacionadas con la *ecología política*, que discuten que la lógica preponderante y en cierta forma, establecen que la explicación final de los problemas de sustentabilidad radica en relaciones sociales y políticas, entendidas en su forma más amplia, o sea en las dinámicas que se reparte y transforma el poder, los recursos y la información en los espacios locales, nacionales y global; cobrando capital importancia el estudio de las

dinámicas que se establecen entre los actores (gobierno, empresas, sociedad civil), las dinámicas de la producción y comercio de bienes y servicios tanto económicos como ambientales a escala mundial, todo esto en el contexto de una agudización de la globalización que trae consigo impactos culturales, sociales y ecológicos asimétricos. Tema central en esta visión es el efecto sobre los sectores empobrecidos de la población, y la respuesta social a estos fenómenos, en términos de que la participación de los movimientos sociales y ecológicos resulta crítica en las transformaciones necesarias.

En este libro, nos concentraremos en el primer, segundo y tercer conjunto de aportes. En todo caso, las ideas que se pueden identificar con la corriente relacionada con la ecología política, ha generado espacios de estudio y publicación actualmente disponibles al público.

Para hacer más eficiente el uso de recursos humanos, físicos y económicos escasos, además de contar con la sensibilidad y los valores humanistas, se requiere saber más; comprender mejor las complejas interrelaciones entre nuestras acciones y omisiones y las dinámicas ecosistémicas.

Necesitamos una suerte de saber para mejorar la calidad de vida de todos y todas, una ciencia abarcativa que aborde la diversidad y la complejidad de lo que ocurre en distintos espacios del planeta cuando la gente busca satisfacer sus necesidades humanas. Todos los procesos son complejos, y ésta particularidad crece en directa relación con la escala y el número de dinámicas consideradas en forma simultánea, ya sea para entender una situación y/o para tratar de intervenir en su proceso, tendencia y resultados.

Así, la complejidad presente es particularmente alta cuando nos ocupamos de comprender las dinámicas ecosistémicas, relacionadas con los procesos humanos (culturales,

socioeconómicos), las relaciones de género, en un territorio grande, por ejemplo una nación latinoamericana. Las epistemologías que actualmente trabajamos no son las idóneas, tenemos que aprender a construir conocimiento en forma distinta, acorde con la compleja y densa realidad que nos ocupa.

El necesario abordaje de la comprensión de estas dinámicas tan complejas, ha generado un desafío mayúsculo, toda vez que los paradigmas de ver y entender el mundo aún están anclados fundamentalmente en una concepción más bien cartesiana, mecanicista y parcelada; y que el pensamiento y las políticas públicas derivadas, se gestan a partir de formaciones disciplinares hiper-especializadas. Incluso las instituciones no sólo académicas, sino también de gestión pública, se ordenan en función de compartimentos estancos del saber, con las consecuentes limitaciones a la hora de resolver problemas. En esta institucionalidad, algunos «temas» transversales como la sustentabilidad y las dinámicas de género, han irrumpido con dificultades similares y potencialidades considerables.

Capítulo 8

8 SUSTENTABILIDAD Y NECESIDADES HUMANAS 8

SUSTENTABILIDAD Y NECESIDADES HUMANAS

«El discurso económico imperante no solo no ayuda a conocer la raíz de los problemas ecológico-ambientales y sociales que acarrea el comportamiento de la civilización industrial, sino que contribuye más a encubrirlos que a resolverlos. Es más, ante la mayor sensibilidad de la población hacia estos temas, el mencionado discurso ha incorporado a su retórica la referencia formal a estos problemas: hoy la mayoría de los programas políticos y las actividades económicas incorporan en sus discursos el vocabulario ecológico (...) ocultando o banalizando las contradicciones y daños ocasionados, sin necesidad de cambiar los criterios de gestión, ni los patrones de comportamiento que los originan. Estamos así en presencia de un nuevo irracionalismo global que se genera a base de calmar la preocupación con políticas de imagen verde y de distraer la reflexión en los laberintos del conocimiento parcelario. Estamos en presencia, en suma, de un nuevo oscurantismo que se construye haciendo que el discurso racional dominante silencie los principales problemas y contradicciones que suscita el comportamiento de la civilización industrial (así como la lectura enfrentada de que es objeto desde disciplinas científicas diferentes, como la economía y la ecología)».

José Manuel Naredo⁵⁶

La economía humana no opera en un vacío, se relaciona directamente con las capacidades de la naturaleza para proveer de materia y energía a los humanos, para sostener los ciclos bióticos y no bióticos; y para absorber, reciclar y diluir los resi-

⁵⁶ José Manuel Naredo, *Sobre el Tratamiento de la Insostenibilidad Ecológica y Social del «Desarrollo Económico» y la Brecha Norte-Sur*, 1999.

duos y contaminantes que toda actividad humana trae consigo, incluyendo a las económicas.

La historia de las contribuciones de «lo ambiental» en la preocupación por el desarrollo, es posterior a los planteamientos más bien académicos de la sustentabilidad, en sus variadas corrientes del Norte y de nuestros países en el Sur. Sin embargo, parece importante introducirlos ahora en la discusión, para que no quede la imagen falsa de que lo económico realmente pende de la nada, como si fuera un artefacto autosostenido que no insume ni excreta, y que por lo tanto, no tiene límites.

Para discutir algunas de las principales ideas referidas a la sustentabilidad, quisiera comenzar por establecer que no se trata de elaborar una síntesis sobre el conocimiento disciplinar especializado de la ecología como campo de conocimiento; pues además de no manejar esto en forma mínimamente solvente, analizar los ecosistemas sin relacionarlos con la sociedad y los imaginarios y procesos humanos, no serviría para comprender los desafíos que enfrentamos como especie que vive en los distintos territorios de un planeta finito y frágil.

Trataré de urdir las relaciones más importantes que se verifican entre la economía humana, las dinámicas sociales que co-existen en un esquema desigual a escala mundial; con las dinámicas ecológicas que nos alimentan y limpian. A partir de la sistematización de las relaciones complejas y continuas que operan entre la gente y los ecosistemas, podremos avanzar en la comprensión del fenómeno de la sustentabilidad.

En otros capítulos se ve cómo estas contribuciones han logrado permear mínimamente la teoría y la gestión del desarrollo, sin lograr todavía, develar las contradicciones complejas que nos impiden mejorar la calidad de vida de las personas en forma sustentable.

Constatamos de partida, que los actuales estilos de producción y consumo, los estilos de desarrollo, la distribución del poder, de los recursos y del trabajo en el mundo, siguen impidiendo que la mayoría de las personas en nuestro planeta puedan vivir vidas seguras, así como desarrollar el máximo de sus potencialidades humanas (ver capítulo 6). Como se verá hacia los capítulos finales, para lograr este viejo anhelo humano, hace falta un cambio civilizatorio, que incluye las formas en que entendemos los procesos, y nos relacionamos entre los congéneres y con las dinámicas ecológicas que nos mantienen vivos.

8.1 La construcción de una transdisciplina para la sustentabilidad.

Muchos han sido los avances en la búsqueda de entender y gestionar la sustentabilidad de los procesos humanos o del desarrollo. En el campo más bien libre del pensamiento, existen aportes transdisciplinarios que provienen de distintos campos, y que han generado cierta «fertilización cruzada» dentro de una transdisciplina cuyos contenidos desarrollaremos a continuación, pero cuyas fronteras y definición precisa requerirá aún algunos años.

La economía socioecológica no es una rama de la economía convencional, ni tampoco es un súbito enverdecimiento discursivo para mercadear la doctrina economicista, sirviéndose del sello ecológico. La economía socioecológica es una transdisciplina científica emergente que reconoce límites ecológicos al crecimiento económico y que se ocupa de estudiar y manejar el problema de la sustentabilidad. Esta transdisciplina pretende generar un diálogo entre la economía y la ecología, desde un nuevo paradigma científico, construyendo un sistema conceptual e instrumental propio. Así, trasciende los avances recientes de la economía ambiental y de recursos naturales, que desde el pensamiento y los métodos económicos se han ocupado

de estudiar variables ambientales, sin hacerse cargo de la discusión del sustrato cultural, ético y estilístico que configura una determinada opción de desarrollo.

El desarrollo de contribuciones sustanciales en economía socioecológica tiene más de 30 años, si consideramos los escritos pioneros de Georgescu Roegen (1971), quien aportó sustantivamente en la construcción de una termodinámica de la economía humana. De ahí, el pensamiento sobre sustentabilidad se enriqueció notablemente, con aportes de la ecología y la ecología social, humana y política, encontrando espacios para su difusión como disciplina científica en los 80's, extendiéndose por Europa y Estados Unidos. En 1991 se publica el primer libro de texto de la economía ecológica editado por Robert Costanza, titulado «Ecological Economics. The science and management of sustainability», al que siguieron numerosos libros, revistas científicas, ensayos y compilaciones para fines docentes.

Hitos en este desarrollo transdisciplinar son las ya mencionadas contribuciones de Georgescu-Roegen, quien situó la economía dentro de la ecología y se preguntó por la valoración de los flujos de energía y materiales que entran en la economía, de los servicios proporcionados por el ambiente para la depuración o reciclaje de los desechos de la economía humana, y de los daños ambientales actuales y futuros (Georgescu-Roegen, 1971). Otros avances importantes pueden situarse en el Informe de *Los Límites del Crecimiento* (Meadows et al, 1972), la publicación de Schumacher *Lo pequeño es hermoso. El estudio de la economía como si la gente importase* en 1973; así como la publicación de la compilación de ensayos sobre *Ética, Ecología y Economía* (Daly, 1980) y *Para el bien común*, que postula la reorientación de la economía hacia la comunidad, el ambiente y la búsqueda de sustentabilidad (Daly y Coob, 1989). Los avances en el sentido de la sistematización y la síntesis en tanto disciplina científica se consolida en los 80's a escala internacional,

publicándose otros libros de texto (Constanza, 1991; y Bergh y Straaten, 1994; Aguilera Klink, 1994), junto a los cuales surgen programas académicos, institutos de investigación y la Sociedad Internacional de Economía Ecológica que edita la revista *Ecological Economics* mensualmente.

Respecto de las contribuciones latinoamericanas, que surgen en los setentas en varios espacios, concentrándose en México y Santiago, se tiene la relación aportada en el capítulo 5. No obstante, la tradición académica y estatal en nuestra región no ha sido embebida por estos aportes radicales de ecodesarrollo, estilos de desarrollo ni economía ecológica; ya que en Latinoamérica aún reina la visión más vaga e institucional del desarrollo sustentable, según como lo ha definido el Informe Brundtland.

Volviendo a la economía socio-ecológica, una de las novedades que aporta la transdisciplina, es el reconocimiento de límites ecológicos al crecimiento económico, puesto que se ocupa de estudiar y manejar el problema de la sustentabilidad (Constanza, 1991). Por esto, la economía socioecológica trasciende los avances recientes de la economía ambiental y de recursos naturales, que desde el enfoque y la epistémica económica tradicional, se han ocupado de estudiar los problemas de contaminación y explotación de recursos, respectivamente.

La diferencia además de epistémica es paradigmática, puesto que la economía socioecológica endogeniza (por motivos de congruencia) la discusión del sustrato cultural, ético y estilístico que configura una determinada opción de desarrollo. Hacernos preguntas e intentar un nuevo quehacer científico en economía socioecológica, muestra una preocupación ética desde la responsabilidad, la que estimula la reflexión sobre las consecuencias del quehacer humano en el colectivo y su entorno.

Probablemente cada vez con más fuerza, por congruencia de mirada, la economía socioecológica se irá nutriendo de

una axiología que estimula la solidaridad, la equidad, la paz, la diversidad y la aceptación del otro como un legítimo conviviente. Su desarrollo se enmarca en las búsquedas de una época donde la ciencia está en transformación general, pero también la sociedad y los referentes culturales están cambiando, en procura de construir congruencias entre las formas de ver y entender el mundo, y las opciones estilísticas de vida y desarrollo humanos.

8.2 La sustentabilidad como potencia relacional

La contribución más sustantiva de esta transdisciplina es la explicitación de la economía como un subsistema completamente contenido por el sistema ecológico finito y frágil, que la alimenta y la limpia. Termodinámicamente hablando, la economía es un subsistema abierto al intercambio material y energético con el macrosistema cerrado que lo soporta (biosfera). Esta visión termodinámica también puede entenderse, de forma muy simplificada, a partir del patrimonio natural, en relación a la cosecha que la economía realiza y de los residuos materiales y energéticos que le devuelve. Si queremos sustentabilidad, la economía humana sólo debe utilizar la parte que se renueva del patrimonio, para que este acervo se conserve como fuente de riqueza para las generaciones futuras.

Como sintetiza Herman Daly (1993), la economía es un subsistema abierto, sustentado por el ecosistema finito con el que intercambia materia y energía. La biósfera (como todo ecosistema), que recibe una determinada cantidad de energía (directa o indirectamente solar), sustenta los ciclos bióticos y no bióticos en nuestro planeta. De este flujo continuo, lo que «canaliza» la especie humana para sus actividades económicas recibe el nombre de transflujo. La economía continuamente insume de los ecosistemas energía en forma de materias primas y de energía útil (fósil, hidráulica, etc.), realiza las transformaciones necesarias para producir bienes y servicios con los cuales se satisfa-

cen necesidades humanas; y consecuentemente devuelve al ecosistema dos tipos de residuos: el calor disipado (por la segunda ley de termodinámica) y todo tipo de residuos materiales que son parcial o potencialmente reciclables. El transflujo se puede entender (Daly, 1993) como un flujo energético de baja entropía proveniente del mundo natural (originalmente del sol) que es «canalizado» por la especie humana en su actividad socio-económica diaria. Este flujo, que a nuestros ojos adopta la forma de recursos e insumos, es transformado por la economía humana para la producción y el consumo, y es entonces «devuelto» a la biósfera (en forma de desperdicios, emisiones, subproductos, basura) para su biodegradación y reutilización, en un ciclo continuo, que sin embargo, está sujeto a determinados límites y condicionantes.



Ya que el flujo de energía disponible en la biosfera es finito y constante (por la primera ley de termodinámica), entonces la economía como subsistema que se «nutre de la biósfera», no puede crecer infinitamente. En otra línea de análisis, la biosfera comprende un determinado y limitado espacio geográfico-ecológico donde se verifican todos los ciclos bióticos de nuestro planeta. El

uso exagerado, desproporcionado e inequitativo de este espacio por parte de la especie humana, implica por definición el que dicho espacio ya no estará disponible para la vida de otras especies (e incluso para determinados ciclos fundamentales para la vida, como el del agua o el del carbono). Por eso, la expansión de las ciudades, la contaminación, la degradación de los recursos naturales, la pavimentación exagerada que trae consigo la cultura del automóvil privado, todos referidos a concreciones espaciales determinadas, están a la corta o a la larga limitadas por este factor, al menos que la humanidad se plantee vivir como única especie viva en el planeta, merced a su avanzada tecnología, lo que más allá de constituir un buen argumento para la ciencia ficción, no merece mayor discusión académica.

Por tanto, desde la visión de la economía socioecológica, la economía constituye un subsistema totalmente alimentado, sustentado y limpiado por el macrosistema ecológico. La economía humana se alimenta de un flujo de materiales y energía que proviene de los ecosistemas, procesa estos flujos con su inventiva y de acuerdo a sus preferencias, para producir, distribuir y consumir bienes y servicios con que satisfacer distintas necesidades humanas. Como consecuencia natural de este procesamiento la economía «devuelve» a los ecosistemas un flujo de energía degradada y todo tipo de residuos materiales de diverso nivel de toxicidad. Debido a las leyes de la termodinámica⁵⁷, sabemos que cuando esta se transforma al mismo tiempo se degrada al dispersarse en forma de calor. Igualmente la transformación de materiales esta sujeta a los procesos entrópicos, pues la economía desconcentra, mezcla y difunde los materiales que originalmente fueron tomados de fuentes concentradas y ordenadas de la corteza terrestre.

⁵⁷ La energía no se crea ni se destruye, sólo se transforma. En esta transformación, la energía se degrada, o sea pierde capacidad de realizar trabajo.

Aunque los economistas tengamos serias dificultades en ver y aceptar las leyes físicas, químicas y biológicas que indiscutiblemente afectan todos los procesos en la Tierra, el tamaño o intensidad de la actividad económica queda limitada por la energía y materia disponible, así como por las capacidades de reposición natural de los insumos que tomamos del medioambiente, así como por la capacidad de procesamiento de los residuos que le devolvemos.

La materia y la energía en nuestro planeta son constantes, y de eso disponemos, junto a las demás especies, para resolver nuestras necesidades y vivir vidas plenas y creativas. Más cercanamente, cada uno de nuestros territorios puede sustentar la vida de cierta cantidad de personas con comodidad, dependiendo de los estilos de vida y desarrollo que esta comunidad recree. Así, el borde costero puede producir tantas toneladas de biomasa en sus distintas pesquerías y tiene determinadas capacidades de dilución y absorción de nuestros desechos en función de sus dinámicas de temperatura, corrientes, ecosistemas presentes, etc. Para que nuestras economías puedan ser sustentables a lo largo del tiempo, necesitamos organizarnos de tal forma que dados los límites naturales que imponen los ecosistemas, podamos maximizar la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales. En otras palabras, debemos aprender a vivir cosechando el crecimiento anual del patrimonio natural, o de lo contrario estaremos cavando nuestra propia tumba. Ilustremos con la siguiente imagen: seguir deteriorando los ecosistemas mediante una escala e intensidad insustentable de la economía tanto global como en algunas localidades, equivale a ir navegando en un mar infinito, al tiempo que echamos en la caldera de nuestro buque salvavidas la madera de la propia nave como forma de combustible. Funciona en el corto plazo, pero todos sabemos el futuro que depara a estos ingenuos marineros.

En economía socioecológica, la resiliencia es un concepto sumamente importante, entendiéndose formalmente como la

capacidad de los ecosistemas (en determinada concreción histórico-espacial) para absorber los desechos recibidos (de la actividad económica humana) y reponer los insumos tomados (por la economía humana). O sea, la resiliencia se asocia a una idea de capacidad de un ecosistema determinado de «regenerarse» o «reponerse» a sí mismo. Con estos conceptos, estamos en condiciones de construir un concepto de sustentabilidad congruente con el marco conceptual de la economía socioecológica.

La sustentabilidad de cualquier actividad humana sería por tanto una potencia, determinada por la relación que se genera entre las dinámicas de crecimiento económico (que insume energía y produce residuos) y de resiliencia. Cuando la expansión económica sobrepasa la resiliencia ecosistémica, o alternativamente, cuando el ritmo de extracción de recursos y producción de desechos supera al ritmo de reposición de los ecosistemas implicados, ocurre un deterioro ambiental y queda comprometida la sustentabilidad del proceso. En este caso, el crecimiento económico es excesivo en función de la resiliencia.

Desarrollar sustentabilidad local, y planetaria, implica redistribuir el acceso al patrimonio natural y la carga ecológica entre los diversos grupos humanos y países que compartimos el planeta, tanto en la extracción de materia y energía como en la producción de desechos, que en el caso de los países industrializados son usados y producidos, respectivamente, en forma completamente desproporcionada respecto de la población que contienen. De ahí que forjar la sustentabilidad del desarrollo también significa reconstruir estilos de vida y consecuentemente, estilos de desarrollo, más sustentables que los actuales; y avanzar en mejores tecnologías que minimicen el impacto ambiental por unidad de producto y satisfacción de necesidades humanas.

Pero no nos engañemos, sin importar cuan rápidamente podamos generar nuevas tecnologías, estas jamás podrán fun-

cionar en contra de la irreversibilidad y naturaleza entrópica de ciertos procesos altamente críticos para la sustentabilidad de la economía y de la vida humana en nuestro planeta. No existe el perpetuum móbile que funcione eternamente sin sufrir la desaceleración que impone la fricción, no existe máquina capaz de revertir la degradación que la energía sufre en su transformación, no se puede descarbonizar un árbol quemado, y por el momento no podemos viajar a colonizar otro planeta si destruimos este donde florece la vida, que como ha sido probado por la comunidad de más renombrados científicos mundiales, constituye una probabilidad tan infinitesimal que casi parece un milagro.

8.3 Patrimonio Natural y Sustentabilidad

Boulding (1966) nos legó la maravillosa idea de que los humanos podemos aproximarnos al manejo del planeta desde dos visiones. La primera es la del vaquero que ve las praderas sin límites sólo para ser explotadas por él, sin la más mínima o remota idea de escasez o economía. La segunda es la economía del astronauta: viajando en una nave totalmente manejada en forma artificial, donde cada uno de los materiales y la energía usada deben ser perfectamente eficientes y reciclados al máximo, para poder mantener al astronauta con vida. Como ha dicho el autor, hoy día en nuestro planeta nos encontramos a medio camino entre el vaquero y el astronauta, los límites de explotación del patrimonio natural son bastante obvios, pero aún no estamos al nivel de manejo tecnológico que nos permita la usurpación total del espacio terrestre con artefactos antropogénicos de la especie humana.

Así, los humanos tenemos que aprender a realizar una gestión sustentable de nuestras posibilidades materiales y energéticas; y esto no es más que una visión primigenia sobre la necesidad de preservar nuestro patrimonio natural y vivir de la

cosecha anual sostenible que produce dicho acervo. Esta visión, en términos de políticas de sustentabilidad y estilos de vida, establece que los seres humanos tenemos que aprender a vivir dentro de lo que produce el patrimonio natural, que es como un gran «banco» de la Biosfera, puesto que así podremos asegurar que siempre tendremos una base para la extracción y producción económica.

Los bosques producen nueva madera todos los años, y nosotros deberíamos cosechar la cantidad que se renovará en el próximo período, y nada más. El sol nos provee de una cantidad constante de energía, la cual se disipará hacia el espacio si no la utilizamos, esta energía que nos llega es el flujo utilizable, mientras que el hidrógeno que arde componiendo al Sol es el capital. Debemos limitar nuestra cosecha de recursos y energía a las capacidades naturales del planeta. Y esto significa tres cosas fundamentales:

1. Redistribuir equitativamente el acceso a los recursos naturales y servicios ambientales (en particular absorción de desechos) entre los países industrializados y los del Sur, y al interior de los países.
2. Construir nuevos estilos de vida y desarrollo, en congruencia con la sustentabilidad local, nacional y planetaria: economías descentralizadas, fuentes energéticas renovables, tecnologías apropiadas, comercio justo, tele-trabajo, mercados y monedas locales, tiempo para compartir, crear e innovar, minimización del transporte, reciclaje y reuso, producción limpia, etc.
3. Ir transformando el motor de la economía y el progreso tecnológico desde la acumulación privada de ganancias, hacia una producción congruente con estilos de vida sustentables, que permitan atender sinérgicamente las necesidades humanas fundamentales, para construir procesos diversos de desarrollo local con especificidad cultural.

Como establecen Costanza y Daly (1992), una mínima condición necesaria para la sustentabilidad, es la mantención o aumento del acervo total de patrimonio natural a los niveles actuales. Pero la mayoría de los países en América Latina y el Caribe basan su crecimiento económico en la sobre-explotación de sus recursos naturales, siendo las pequeñas y medianas industrias bastante contaminantes, habida cuenta del bajo estándar en regulación, normativa y fiscalización ambiental que existe.

8.4 Globalización , transflujo, sustentabilidad

«El principio de sustentabilidad emerge en el contexto de la globalización como la marca de un límite y el signo que reorienta el proceso civilizatorio de la humanidad. La crisis ambiental vino a cuestionar la racionalidad y los paradigmas teóricos que han impulsado y legitimado el crecimiento económico, negando a la naturaleza». Leff (1998: 15)

Globalización es hoy en día un vocablo muy utilizado, que no siempre implica el mismo significado. Para los economistas preocupados del desarrollo, esta palabra puede usarse para designar un retorno al mismo viejo estilo de crecimiento económico con que nuestros países fueron insertados en el concierto económico internacional, hasta que la crisis del año 30 les hizo caer en cuenta de su fragilidad y entonces se asumió un «desarrollismo hacia adentro», basado en la explotación de los mercados internos de los países. Para otros la globalización es un fenómeno nuevo, sobre todo habida cuenta de su intensidad, de su aceleración, pues las tecnologías de información y comunicación, y el abaratamiento de los medios de transporte, han «achicado» el mundo con las consecuencias que siempre trae consigo el proceso de acercar, literalmente, a distintas formas de vida, cosmovisiones y relaciones humanas. En general, se trata de una agudización en la tendencia histórica observada, en relación a la creciente importancia de las relaciones culturales, políticas y económicas de los países con el entorno internacional.

Se entiende por proceso de globalización económica, una megatendencia internacional donde se verifica que la mayoría de los países asignan cada vez más peso a las actividades económicas internacionales, incluyendo comercio, servicios, finanzas, comunicaciones, etc. Este proceso toma auge y se agudiza tras el agotamiento del modelo «desarrollista» o de sustitución de importaciones latinoamericano, y del Estado de bienestar keynesiano en los países desarrollados; puesto que ambas aproximaciones sufren una estocada mortal con los choques petroleros de la década del 70, recordemos que el patrón energético y de transporte de la industria estaba basado en el crudo.

Si bien este proceso de globalización se hace evidente a través de las variables económicas típicas, tanto su aceleración como la conciencia sobre dicho proceso se ve catalizada o acelerada por los grandes avances tecnológicos y cambios culturales asociados a la tercera revolución tecnológica en curso. Este gran cambio está marcado por la masificación y expansión de la informática, la telemática, las comunicaciones digitales, y el transporte; así como por la concentración y globalización de los medios de comunicación en conglomerados transnacionales asociados a grupos económicos.

Estos cambios económicos, tecnológicos y comunicacionales, obviamente provocan profundas transformaciones respecto de las formas en que los individuos y las colectividades perciben el mundo y realizan sus tareas diarias y estratégicas, «acercando» el resto del mundo a su inmediatez cotidiana. Si bien este proceso de globalización de las ideas y las tecnologías se introducen en los países, partiendo por las elites y los grupos más educados y pudientes, pronto la merma en el precio relativo del acceso a estos dispositivos y medios hace que su incorporación a la vida de los estratos medios se masifique.

En términos teóricos, la globalización creciente en que están embarcados la mayoría de los países del orbe se defiende desde la teoría de las ventajas comparativas de David Ricardo (1817) vista en capítulos anteriores, según la cual los países que se involucren en el intercambio comercial basado en la especialización productiva en aquellos bienes en los que tienen ventajas comparativas. Como ya se comentó, si bien esta idea puede demostrar fácilmente que los dos países logran mediante este sistema tener un mayor nivel de producto interno que antes del comercio, se critica que la evidencia empírica demuestra que la brecha distributiva mundial es cada vez peor, en particular dentro de las últimas cuatro décadas (de mayor globalización).

En general, las consecuencias económicas de la globalización pueden resumirse como un auge de crecimiento de la producción y del consumo, que concentra riquezas en pocas manos, deteriora la distribución del trabajo y de sus frutos, y depreda la naturaleza. Se tiene pues, un proceso de concentración de la propiedad de los activos y transnacionalización sistemática e instantánea de los capitales mundiales que se mueven buscando mejores tasas de ganancia, sin aplicar consideraciones éticas o compromiso con comunidades específicas. Al mismo tiempo, se asiste a una gran expansión del PBI global, lo que es esperable de un nuevo esquema de poca o mala regulación e institucionalidad económica, social y ambiental a escala supranacional y en los países en vías de desarrollo. Finalmente, se observa la vuelta del mundo a una economía cuyo motor son las exportaciones de productos y capital, lo que genera niveles de vulnerabilidad externa bastante importantes como ha quedado demostrado a partir de la crisis asiática de 1997.

Las consecuencias sociales del proceso globalizador tienen que ver con el enfrentar una cada vez peor distribución de los frutos del esfuerzo productivo, la imposición de peores y más precarias condiciones de trabajo, en un marco absolutamente

incierto e incluso volátil, pues el trabajo humano queda completamente subordinado a los movimientos del capital. En resumen, la globalización trae consigo también otra cara bastante indeseable, que reduce la seguridad laboral e impone las nuevas tendencias de flexibilización de la mano de obra para acomodar la volatilidad del capital.

Con respecto al medio ambiente, la globalización exacerbaba el ímpetu expansionista de la economía y de sus obvias consecuencias sobre los ecosistemas. Toda economía, aunque los economistas no quieran verlo, está completamente sustentada por los ecosistemas. Por lo tanto, mayor y más rápido crecimiento del PBI en los países y en el mundo, dado el tipo de crecimiento económico que tenemos, significa mayor contaminación en todas sus formas, mayor efecto invernadero, mayor depredación de los bosques, la biomasa de los mares, etc. Por el lado de los desechos, la globalización neoliberal implica más movimiento internacional de materias y energía, requiere la intensificación del uso de transporte basado en el patrón actual de combustibles fósiles, implica en la práctica un mayor nivel de basura doméstica e industrial per cápita, más residuos sólidos y líquidos industriales y mayor nivel de emisiones atmosféricas que deben ser supuestamente absorbidos, reciclados y reducidos por una tecnología determinada, y por los ciclos ecológicos finitos y constantes. Por el lado de los recursos naturales y la cosecha de energía, observamos la sobreexplotación de los recursos naturales, la pérdida de biodiversidad y la insustentabilidad e ineficiencia energética en todo el sistema productivo y de distribución, porque persisten demasiados obstáculos estructurales para su transformación. El costo ambiental de las últimas tres o cuatro décadas de crecimiento, está a la vista de quien quiera observar.

Sin embargo, el aspecto más positivo de la globalización, en términos de calidad de vida, consiste en hacer cada vez más

posible el acercamiento (aunque sea de manera virtual) de seres humanos que piensan y sienten con sus semejantes, facilitando el ejercicio de una conciencia colectiva sobre sus actos y omisiones y los efectos de este sobre sí mismo, el entorno y los demás. Igualmente, hay que reconocer que las nuevas tecnologías de comunicación, investigación y aprendizajes, aunque a primera vista parezcan apabullantes, constituyen una gran herramienta de empoderamiento y democratización del acceso al conocimiento y las ideas, pues por un costo razonable, casi todos podemos acceder a la red. La globalización es también en parte responsable de las nuevas jurisprudencias que se están escribiendo en el derecho y la institucionalidad internacional, que vale como efecto demostración para naciones con menores estándares en derechos humanos, derechos laborales y protección ambiental, como ha quedado ejemplificado por varios casos internacionales recientes.

Respecto de la distribución inequitativa de los recursos ambientales a escala mundial, algunos podrían establecer que las sociedades opulentas simplemente tienen mayores necesidades, o que por último se pueden dar el lujo de tener mayores necesidades. Como se puede ver en el capítulo 9, las necesidades humanas fundamentales son unas cuantas y no varían según el nivel de renta, aunque la forma en las satisfacemos y los artefactos que utilizamos para ello sí varían sustancialmente. En realidad, los seres humanos, en cuanto a energía para la vida, necesitamos todos la misma cantidad, si bien para alimentar las transformaciones que ocurren con artefactos fuera de nuestro cuerpo, podemos llegar a extremos inimaginables, según la cultura y la distribución de los ingresos. Como establece Martínez Alier (1995), el consumo endosomático (al interior del cuerpo) de energía por parte de los humanos, aquella necesaria para realizar las funciones bióticas fundamentales (metabolismo, mantención de temperatura, etc.), responde a instrucciones genéticas⁵⁸. Está cal-

culado que la ingesta alimenticia diaria por persona medida en kilocalorías (consumo endosomático de energía) debe rondar unas dos o tres mil, independientemente de la cultura, el status socioeconómico, etc. Por el contrario, el consumo exosomático (fuera del cuerpo) de energía no tiene nada que ver con la biología humana, y más bien se relaciona con patrones culturales, nivel de vida y distribución de los recursos y la riqueza a escala mundial. Este consumo exosomático oscila entre menos de cinco mil kcal para quienes son pobres y viven en climas cálidos, y sólo gastan un poco de energía para cocinar los alimentos y para fabricar sus vestidos y viviendas, y más de cien mil kcal diarias para las personas de altos ingresos. La elasticidad-ingreso del consumo de energía endosomática es muy baja y pronto se torna cero, mientras que la elasticidad-ingreso del uso exosomático de la energía es positiva y relativamente alta, incluso puede ser mayor que la unidad. Esto quiere decir que a medida que aumentan los ingresos (crecimiento económico), el consumo endosomático de energía permanece estable, mientras que el uso exosomático de energía cada vez crece más.

En síntesis, todo parece indicar que el proceso de globalización impulsado por el libre comercio y la desregulación de las inversiones genera un aumento considerable en el uso de energía exosomática, el que opera en varias dimensiones y sentidos. En primer lugar, aumenta el consumo exosomático de energía por unidad de «utilidad» producida, por los incrementos en las distancias geográficas implicadas en las distintas etapas del proceso ecológico económico (diseño, insumo de energía y materiales, producción, marketing, distribución, consumo, disposición de desechos, etc). En segundo término, la globalización genera un cambio cualitativo y cuantitativo en la disponibilidad de información, acceso a bienes y servicios, y transformaciones culturales que significan en el fondo un proceso de merca-

⁵⁸ Alrededor de un quinto de ese consumo endosomático se puede convertir en trabajo, el resto se gasta en mantener la vida

deo, más o menos sutil, encaminado a persuadir a los consumidores a consumir más productos importados (supuestamente mejores). En tercer término, en el mejor de los casos (desde la perspectiva economicista), el proceso de globalización incrementa el ingreso nacional por la vía de las exportaciones, aumentando absolutamente la demanda por bienes y servicios. Más allá de una preocupación distributiva con respecto a los costos y los beneficios de la expansión económica, dicho incremento de la demanda obviamente propicia aumentos en el consumo exosomático de energía. Aunque desde una perspectiva microeconómica este comportamiento puede tener mucho sentido (maximización de la satisfacción individual del consumidor y de las ganancias del empresario), desde la perspectiva ecosistémica resulta en incrementos del transflujo, incremento en el consumo exosomático de energía y consecuente compromiso de la sustentabilidad del proceso y ulteriormente de la calidad de vida de las personas.

8.5 Manejando los límites ecológicos

Según Herman Daly, para alcanzar el Estado Estacionario, una economía debe mantener dos cosas constantes: el tamaño de la población y la cantidad de artefactos (stock de riquezas físicas). Dado que los artefactos son, en un sentido muy real, extensiones del cuerpo humano, la economía de estado estacionario puede ser pensada como una continuación lógica de la noción demográfica de población estacionaria, que no sólo incluye cuerpos humanos, sino también sus multifacéticas extensiones físicas.

Lo que se mantiene constante es el stock de capital en el sentido más amplio del término, que incluye bienes de capital, el inventario total de bienes de consumo, y la población humana.

De igual importancia es lo que no se mantiene constante en la visión de Daly, aquello que puede seguir desarrollándose cualitativamente como la cultura, la herencia genética, el conocimiento, la bondad, los códigos éticos, y todas las demás creaciones que constituyen lo humano, que obviamente cambian y se enriquecen a lo largo del tiempo.

Daly usa el concepto de crecimiento para referirse a cambios cuantitativos y desarrollo para referirse a cambios cualitativos; entonces puede decirse que en la economía en estado estacionario se gesta desarrollo, pero no se crece, tal como el planeta Tierra (del cuál la economía humana es un subsistema), se desarrolla pero no crece.

Herman Daly define la Economía en Estado Estacionario (EEE) como una economía que tiene acervos constantes de personas y artefactos, mantenidos a un nivel deseado y suficiente por una baja tasa de mantenimiento del transflujo; o sea, por los más bajos flujos posibles de energía y materiales desde la primera etapa de producción (cosecha de materiales de baja entropía) hasta la última etapa de consumo (contaminación ambiental con basura y material degradado o de alta entropía).

Según estableció Georgescu-Roegen, la entropía es la coordenada física final de la escasez económica. Si no fuera por la entropía, podríamos quemar el mismo galón de gasolina una y otra vez, y nuestro acervo de patrimonio nunca acabaría. La necesidad de economizar está entonces dada por la escasez que a su vez se deriva de la existencia de límites y de entropía. Obviamente, ni la mejor tecnología puede elevarse por encima de estas leyes básicas de la física.

La termodinámica de la sustentabilidad, como plantea en su pensamiento Herman Daly, conduce a la siguiente formulación. Considérese que el Servicio (satisfacción de necesidades),

es el beneficio final de la actividad económica, mientras que el Transflujo es su costo final. El Transflujo no produce servicios directamente, debe primero ser acumulado en forma de un acervo de artefactos útiles, que es el que produce los servicios, y por tanto, la satisfacción humana. Así:

$$\frac{\text{Servicio}}{\text{Transflujo}} \quad (1) = \frac{\text{Servicio}}{\text{Acervo}} \quad (2) * \frac{\text{Acervo}}{\text{Transflujo}} \quad (3)$$

Acervo: es el patrimonio que produce los Servicios, al mismo tiempo requiere de cierto Transflujo para su mantenimiento y reposición. En la formulación precedente, las expresiones significan:

- (1) Servicio /Transflujo representa la eficiencia final de servicio proveniente del transflujo (es el beneficio final sobre el costo total)
- (2) Servicio /Acervo, mide la «productividad» de servicio proveniente del acervo. Representa la eficiencia en la producción de servicio por parte del acervo.
- (3) Acervo /Transflujo representa la eficiencia de la mantención del acervo por parte del transflujo.

De acuerdo a esta formulación, el desarrollo económico consiste en incrementar las relaciones (2) y (3), y por tanto, obtener más servicios por unidad de transflujo. El crecimiento consiste en incrementar el servicio mediante el aumento del tamaño del acervo, pero sin incremento (y posiblemente con disminución) de las relaciones de eficiencia (2) y (3). La economía de estado estacionario, al mantener los acervos constantes, forzará el término del crecimiento puro a escala mundial, pero no limitará, e incluso estimulará, el desarrollo de la calidad de vida de las personas.

El incremento en la relación (3), está limitada por la segunda ley de termodinámica. La eficiencia es esencialmente una

medida de la duración del acervo, y la segunda ley dice que no es posible una duración infinita. Los límites para incrementar la relación (2) (eficiencia de servicio) son menos claros. Se tiene pues formalizada, la idea de los límites ecológicos al crecimiento económico, ya no como sentencia, sino como supuesto de partida para lograr el desarrollo cualitativo de nuestras sociedades, con prescindencia del incremento progresivo del transflujo y su obvio impacto ambiental.

Para Daly, la pregunta que sigue es ¿cuál es el acervo suficiente y cómo éste puede ser mantenido con el mínimo transflujo posible? Ya que la meta de la economía en estado estacionario es mantener un nivel suficiente de acervo con un bajo transflujo, se tiene que investigar en cada momento económico, cómo satisfacer más necesidades humanas fundamentales con menor cantidad de energía y materia. Si ampliamos esta mirada económica renovada hacia otros ámbitos, es menester también considerar forjar este tipo de desarrollo cualitativo y sustentable, con significados propios y especificidad cultural, de acuerdo a la cosmovisión, los modos de relación las éticas que surgen en los distintos grupos humanos. Este es el reto formidable que plantea la economía socioecológica a todos los científicos y gestores que ya se preparan para el trabajo futuro.

Como establece Boulding:

« El transflujo no es un desideratum, es de hecho algo a ser minimizado y no maximizado. La medida esencial del éxito de una economía no es la producción y el consumo, sino la naturaleza, extensión, calidad y complejidad del acervo total de patrimonio (...). En la economía del cosmonauta, lo que más nos preocupa es la mantención del acervo, y cualquier cambio tecnológico que resulta en la mantención de un nivel dado de acervo con un transflujo menor, es claramente una ganancia. La idea que la pro-

ducción y el consumo son indeseables (más que deseables) es algo muy extraño para los economistas, quienes han estado obsesionados con los conceptos del flujo de ingresos hasta la casi exclusión de los conceptos de acervo patrimonial». (Boulding, 1966, p.9 citado por Daly, traducción libre de la autora).

Entonces, a los economistas ecológicos no nos debe preocupar tanto la cosecha que realizamos del patrimonio natural, sino la relación de esta cosecha con la magnitud y la calidad del patrimonio natural del que dependemos para vivir y desarrollarnos. Si nos interesa la sustentabilidad de nuestras economías, entonces debemos realizar una cosecha que esté siempre por debajo de la capacidad y ritmo de reposición natural que el acervo realiza frente a nuestra extracción y excreción de desechos.

Este mismo concepto ha sido graficado por Max Neef en la idea de la tina de baño. Establece que a los economistas ciegos a la sustentabilidad, les importa ver cuanto fluye desde la tina anualmente, siendo el esfuerzo económico una hipotética manguera que conectamos a la tina para extraer su riqueza (agua); rehusando a ver lo que va quedando, o sea el nivel de agua de la tina (acervo). Lo anterior es claramente irresponsable, pues es precisamente lo que no queremos ver, lo que determina la producción de riqueza y bienestar en el futuro.

Por lo tanto, continúa Daly, para cualquier nivel suficiente de acervo, trataremos de maximizar el servicio mejorando la calidad y utilidad proveniente del patrimonio, al mismo tiempo minimizando los costos de mantenimiento y reposición (transflujo).

Así, Daly cambia la atención del desarrollo desde los flujos hacia los acervos, la calidad del patrimonio donde se origina la riqueza, y la distribución de la propiedad sobre éste. Nos

lleva a hacer preguntas poco delicadas sobre equidad, pues la redistribución de la riqueza y los recursos constituye la única cura para la pobreza, dado que el crecimiento por sí solo no puede hacer el trabajo. Aunque no es fácil determinar el óptimo nivel de acervo y transflujo, en relación a las capacidades de carga de los ecosistemas, no significa que debamos seguir creciendo infinitamente. Antes que descubramos el óptimo ya puede ser demasiado tarde. Por eso Daly parte de la base de que para poder retroceder, lo primero es aprender a parar, a detener el crecimiento, a alcanzar la EEE, y luego si llegamos a encontrar un óptimo entonces podremos movernos hacia ese punto.

Daly reconoce la necesidad de tres instituciones para transitar hacia una economía de estado estacionario. Estas suponen la existencia actual del sistema de precios y la propiedad privada, y son por tanto fundamentalmente conservadoras, pero se extienden a áreas previamente no consideradas en la literatura. Por un lado se requiere el control de la natalidad y por tanto del transflujo agregado. En las propuestas de Daly, los derechos de propiedad y los mecanismos de mercados se extienden como herramientas a estas áreas críticas, con fines de estabilizar la población y el acervo de patrimonio natural. La tercera institución tiene que ver con limitar el nivel de inequidad en la distribución de la riqueza, generando por ejemplo límites mínimos y máximos al ingreso personal y límites máximos a la riqueza personal.

Las dos primeras instancias parecen obvias, aunque los dispositivos específicos que propone Daly sean discutibles desde la perspectiva del Sur. Respecto a la tercera, establece el autor que existe considerable apoyo político para un ingreso mínimo, financiado mediante un impuesto al ingreso negativo, como alternativa a programa de bienestar administrado por el gobierno. Pero no ocurre lo mismo para los límites máximos al ingreso o la riqueza, pero sin embargo, para que la EEE funcione, debe existir un límite al ingreso total, y por tanto debe imponerse también un

límite al ingreso máximo per cápita. Detengámonos brevemente sobre este punto, que genera escozor e interés por parte de los estudiosos de la sustentabilidad, a la hora de intentar imaginar un mundo donde la inequidad se limita mediante mecanismos regulatorios directos.

De acuerdo a uno de los economistas que fundan la disciplina, John Stuart Mill, la propiedad privada se legitima como un bastión contra la explotación: «la propiedad privada supone un medio de garantizar a los individuos los frutos de su propia labor y abstinencia». Pero según Daly esto es verdad solamente si todos tienen un mínimo nivel de propiedad privada, en otros casos (de gran inequidad), la propiedad privada se transforma en el instrumento mismo de la explotación, en vez de ser garantía contra ésta. De ahí que la institución propuesta por Daly que regula límites mínimos y máximos para la riqueza y el ingreso, remediará a su juicio el severo defecto del sistema de propiedad privada.

Es importante notar que el concepto de propiedad privada de Daly se basa también en John Locke, Jefferson y los Padres Fundadores (de la Unión Americana). No es la doctrina apologética de los grandes negocios. O sea, que la propiedad debe ser adquirida mediante algún esfuerzo personal, como recompensa por alguna diligencia o trato justo. La propiedad implica también control personal y responsabilidad individual.

Como se ha visto, las alternativas que propone Daly se refieren al mundo actual en que vivimos, y consisten en introducir instrumentos de regulación directa y de mercado para ir preparando las condiciones hacia una economía sustentable a escala mundial.

8.6 Sobre límites y responsabilidades

Aunque nos encontramos en una encrucijada ética respecto de la equidad y la sustentabilidad del desarrollo, es impor-

tante establecer diferencias en las responsabilidades y por tanto en los márgenes de maniobra para transformar la situación.

Los ciudadanos no configuran una sola manera de ver el mundo, como si éste fuera un conjunto homogéneo de valores, preferencias, patrones de producción y consumo. Los más de seis mil millones de habitantes del mundo tampoco tienen medios y recursos equivalentes para servir sus necesidades, fantasías y anhelos. Por todo esto, su sólo existir en el mundo, no importa responsabilidades idénticas a cada ciudadano, ya que la huella ecológica de cada uno, la carga sobre el espacio ambiental que implica su vivir, varía sustancialmente entre los distintos países del mundo (ver capítulo 6).

Manfred Max Neef⁵⁹ establece que podríamos reconocer en la actualidad tres nuevas clases en el tejido social a escala planetaria, con responsabilidades compartidas pero claramente diferenciadas sobre la calidad de la vida y de los ecosistemas en nuestro mundo. En primer lugar, se tiene a los sobreconsumidores, que son más o menos mil millones, responsables del consumo de dos tercios de todos los metales importantes del mundo, tres cuartas partes de la energía mundial y la mayor parte de los recursos forestales. A su vez, generan dos tercios de los gases que producen el efecto invernadero (calentamiento global) y producen el 90% de los cloro-fluorocarbonos (CFCs) responsables de la destrucción de la capa de ozono que nos protege de la radiación ultravioleta. Los sobreconsumidores, característicamente privilegian el automóvil sobre el transporte público, comen dietas con bastante carne, consumen grandes cantidades de bebidas embotelladas y alimentos empaquetados, que se desechan. El ciudadano norteamericano medio, consume todos los días más o menos su propio peso: 18 kilos de petróleo y carbón, 13 kilos de otros productos minerales, doce

⁵⁹ Clase Magistral «Llamarle desarrollo a un suicidio colectivo», Universidad Bolivariana, Santiago, 1992.

kilos de productos agrícolas y nueve kilos de otros productos. Los sobreconsumidores se encuentran casi exclusivamente en los países industrializados.

En el otro extremo, se encuentran los marginales, cuyo consumo por persona diario alcanza más o menos, a un kilo y medio de materia, y que viven en condiciones extremadamente difíciles para la sobrevivencia.

En medio, se encuentran los sostenedores, que tienen dietas relativamente más sanas que los sobreconsumidores. Comen mucho menos carne, toman agua corriente y menos bebidas embotelladas, usan transporte público o bicicleta. Este es el grupo objetivo de prácticamente todas las campañas publicitarias en el mundo, orientadas a que dejen de ser sostenedores y pasen a ser sobreconsumidores, esa es la meta rentabilizadora de las corporaciones. Esta constatación es escabrosa, siendo el propio Max Neef quien nos invita a pensar qué pasaría en el mundo, si mediante un éxito económico y distributivo formidable, se agregan uno o dos mil millones de personas al grupo de sobreconsumidores del mundo.

La pregunta central por tanto sería ¿Cuál es el límite o la capacidad de carga de la biósfera? ¿Cuántos sobreconsumidores pueden ser sostenidos por nuestro planeta finito y frágil, y cuántos sostenedores?

Un consenso de la comunidad científica sueca establece lo siguiente respecto de la problemática de la sustentabilidad. Billones de años atrás la tierra consistía en un desordenado guisado de compuestos inorgánicos tóxicos. La transformación de este guisado en la riqueza de depósitos minerales, aire respirable, agua, suelos, bosques, peces, y vida animal, que proveyeron el hábitat del que la especie humana y su civilización pudieron emerger, todo ello comenzó con la célula verde de las plantas. Esta

admirable y portentosa célula tenía la habilidad de capturar excedentes de energía solar más allá de sus propias necesidades de mantenimiento y crecimiento. Esta habilidad la utilizaron a lo largo de billones de años para crear todos los compuestos complejos y concentrados de los que depende toda vida humana y sus actividades. Los seres humanos permanecieron en equilibrio con la capacidad regenerativa de las células verdes hasta hace unos cien años atrás. Fue entonces que nuestra tecnología nos permitió ejercer control sobre fuentes de energía concentrada: carbón, petróleo. Ello nos permitió expandir nuestro dominio sobre el espacio ecológico con tal velocidad y fuerza que comenzamos a revertir el proceso evolutivo de la tierra, transformando materia prima ordenada en basura molecular con mucha mayor rapidez de lo que las restantes células verdes eran capaces de procesar⁶⁰.

Para Max Neef, «se trata de un acto de «suicidio colectivo». Irónicamente hemos escogido llamarlo desarrollo. En años recientes nuestra tecnología ha llegado a ser tan avanzada, que una consiguiente proporción de los desechos humanos consiste ahora en metales tóxicos y compuestos no naturales estables que simplemente no pueden, de ninguna manera, ser procesados por las células verdes. Esa basura quedará aquí para siempre, como monumento a nuestra maestría técnica y a nuestra ignorancia biológica. A ello también llamamos desarrollo» (ibid).

Antonio Elizalde⁶¹, argumenta que la crisis ambiental nos proporciona una oportunidad para un profundo cambio civilizatorio, para modificar a fondo nuestros estilos de vida y nuestra forma de ver el mundo. Establece que el crecimiento económico mejora la calidad de vida en un primer momento, hasta cierto punto, más allá del cual se transforma progresiva-

⁶⁰ Citado por Max Neef, op cit.

⁶¹ La crisis ambiental como oportunidad de cambio.

mente en una fuente de efectos indeseados en el propio bienestar de las personas.

Volviendo a los límites o techos ecológicos que se imponen al crecimiento económico indiscriminado, Vitousek *et al*, establecen que la apropiación humana de la producción primaria neta de energía (de origen solar) alcanza el 25%. Si quisiéramos que todos los individuos sobre la tierra alcanzáramos el PIB per cápita de Inglaterra en 1976, deberíamos incrementar 7 veces la producción de bienes y servicios en el mundo (y repartirlo equitativamente). Sin embargo, esta expansión económica incrementaría la apropiación de producto primario neto, el cual tiene un tope de 100% (aritmético) donde ya no existiría ninguna especie vegetal ni animal sobre la faz de la tierra, un mundo donde la existencia humana sería también un recuerdo de la historia.

Estos son los argumentos fundamentales que nos mueven a concluir que las aproximaciones tradicionales al desarrollo, a saber «mas de lo mismo (mejor repartido)», son incapaces de promover un mejoramiento en la calidad de vida de la humanidad (y del resto de las especies), de manera sustentable.

Así, encontramos la definición de Daly⁶², que desde la perspectiva de la economía socioecológica, plantea que el desarrollo sustentable exige que el tamaño de la economía se encuentre dentro del rango de la capacidad de sustentación del sistema global de la biósfera (no sobrecarge ni destruya las capacidades regenerativas y asimilativas del ecosistema). En otras palabras, el desarrollo de la sustentabilidad consiste en el mejoramiento cualitativo, sin un incremento cuantitativo que esté más allá de cierta escala, que sobrepase la capacidad de sustentación; es

⁶² Herman Daly: «Economía socioecológica y desarrollo sustentable» en Schatán, Ed: «Crecimiento o desarrollo: un debate sobre la sustentabilidad de los modelos económicos». Cepaur/F.Ebert, Santiago 1991.

decir, la capacidad del ambiente para regenerar los insumos de materias primas y de absorber los desechos producidos.

La crisis ecológica que estamos viviendo es verdaderamente una oportunidad de repensar y recrear el mundo. Esto pasa necesariamente por cambiar las formas en que nos relacionamos entre los humanos, con los artefactos, y con la naturaleza. Como ya hemos dicho antes, se trata de un simple cambio civilizatorio, del que ya se extienden por todas partes diversos ensayos de transformación.

En consistencia con esto, para Luis Carlos Restrepo, psiquiatra colombiano (El derecho a la ternura), la crisis ecológica es un reflejo de nuestra forma de relacionarnos, más desde el agarre que desde la caricia. Como humanos, habitualmente vivimos en un continuo que va desde la sujeción y el control (agarre), hasta el ejercicio de cogestión amorosa (caricia). Las transformaciones se podrían producir entonces desde el rediseño de nuestras formas de construirnos con los demás.

8.7 Escala y diversidad en la forja de la sustentabilidad

Lo que hemos visto hasta ahora sobre sustentabilidad, incluido el paradigma de la economía socioecológica, evidencia un cierto sesgo que privilegia la agregación excesiva, presumiblemente con fines analíticos, pero que a su vez se puede traducir en una apariencia homegeneizante y totalitaria. En este sentido, estas visiones podrían ser interpretadas como meros ejercicios teóricos con poca o ninguna potencia realmente transformadora.

Como establece Leff, la economía ecológica sigue aún prendida y prendada de la racionalidad económica, la que no necesariamente se ajusta a los imperativos éticos que discutimos en la

sección anterior. De acuerdo al autor, si la racionalidad económica es incapaz de satisfacer las necesidades en un mundo como el que proponemos, es necesario construir un nuevo objeto de la economía, un nuevo paradigma productivo, basado en la productividad ecológica y en la diversidad, creatividad y significación cultural; tal como quedó plasmado en el Manifiesto por la Vida:

«Tanto los conocimientos científicos actuales, como los movimientos sociales emergentes que pugnan por nuevas formas sustentables de producción están abriendo posibilidades para la construcción de una nueva racionalidad productiva, fundada en la productividad ecotecnológica de cada región y ecosistema, a partir de los potenciales de la naturaleza y de los valores de la cultura. Esta nueva racionalidad productiva abre las perspectivas a un proceso económico que rompe con el modelo unificador, hegemónico y homogeneizante del mercado como ley suprema de la economía». Manifiesto por la Vida. Por una ética para la sustentabilidad, en Leff, Coordinador, 2002.

Es innegable que la economía socioecológica exuda un cierto aroma a primer mundo, a receta hecha por y para culturas autocontenidas en Europa y norteamérica. La explicación quizá radique en que las categorías analíticas centrales de distribución, género y la dimensión simbólica inherentes a todo quehacer humano, quedan en un segundo o tercer rango de importancia, lo que es entendible desde el punto de vista de países más avanzados en estos elementos. Pero de ninguna manera es aplicable a nuestras sociedades, sumergidas en la inequidad, la exclusión, la cultura imitativa del norte, el clientelismo, el caudillismo y el machismo latinoamericano, que fluyen como signos hegemónicos, pero dentro de un cuadro de diversidad y multiculturalidad evidentes. Por eso nos corresponde a nosotros avanzar en estos caminos por los que otros no han transitado antes.

Volviendo a nuestra discusión sobre los aportes transdisciplinarios, desde mi punto de vista, la matriz epistémica de la economía tradicional, que actualmente continúa cautiva del economicismo y cuya doctrina es economicista, es precisamente el objeto de deconstrucción de la economía socio-ecológica. La racionalidad economicista es inaceptable desde la transdisciplina en cuestión. Son otras las limitantes las que a mi juicio no permiten que la economía socioecológica constituya una propuesta radicalmente transformadora. Quizá el principal cuestionamiento en este sentido sea que sus pensadores no se abren explícitamente a la diversidad como fuente de potencial desarrollo, pero tampoco la niegan plenamente. De igual forma, esta transdisciplina no asume centralmente la preocupación por las dinámicas de género ni discute los efectos que podrían generar los diversos constructos culturales en la determinación del tipo de desarrollo en que podemos interesarnos a los ciudadanos latinoamericanos, y dentro de ellos a las culturas más bien andinas, mesoamericanas, o caribeñas.

Estas limitaciones no son menores. Tengo la impresión de que ni aplicando todos los preceptos de la economía socioecológica, subordinando nuestras economías a los límites ecológicos de sustentación, estaríamos escapando completamente, necesariamente, del maldesarrollo. Efectivamente, como humanos podríamos mantener intacto el sistema de exclusión y cultura patriarcal que nos caracteriza hoy, continuando con la sobre explotación del trabajo y de las mujeres, aún y cuando ejerciéramos cierto control sobre el deterioro ambiental, aún y cuando maximizáramos las eficiencias transflujo/producto. Por eso es importante mantener presente que la economía ecológica y su propuesta para construir sustentabilidad, no es suficiente para lograr el mundo que hemos estado proponiendo a lo largo de este libro.

Sin lugar a dudas, el economicismo de factura neoliberal, que propone una economía homogénea y gigantista, y que para

engatusar a sus entusiastas sólo exhibe las agregadas cifras macroeconómicas que ocultan lo que verdaderamente importa, es ciertamente incompatible con la potenciación de personas saludables e íntegras que se busca en los siguientes capítulos. Y por el otro lado, la economía socioecológica ciertamente ha hecho una gran contribución, aunque parcial y contestataria, al economicismo rampante. Pero concedo también que ha quedado un tanto atrapada en la tendencia casi automática de los economistas desarrollistas a sobre-agregar y concentrarse en los aspectos más bien macroeconómicos. Sin embargo, a pesar de haber dejado de lado las dinámicas culturales, de género y el potencial de la diversidad; aún me parecen rescatables sus aportes termodinámicos que permiten situar los límites máximos y agregados de producción, y elaborar las agendas de eficiencia multicriterial abordando elementos meta-económicos que el economicismo rampante no hace.

Sin ánimo de defensa ciega, se puede también argumentar que hasta cierto punto, es necesario concentrarse en la agregación de las funciones de producción que se realizan en un territorio, para poder determinar la sustentabilidad de una constelación de actividades humanas, sobre todo cuando uno procede de un quehacer disciplinar cargado a la escala nacional, y también cuando pretende explicar los límites de insustentabilidad ecológica a los que todo lo ven con los anteojos del economicismo.

En el intento de agregación final para comparar y posiblemente limitar el transflujo con la capacidad de carga y la resiliencia ecosistémica, la economía socioecológica ha dejado de lado el espacio local, la diversidad de aproximaciones a la producción, su potencia y significado propio. Pero, en esta visión limitada sus autores no están solos. En general podemos observar que otras transdisciplinas emergentes, que se analizan en el capítulo siguiente, tampoco han logrado cubrir toda la gama de elementos y dinámicas cruciales que conforman la complejidad del desarrollo hu-

mano en relación a los ecosistemas. Así se tiene que el desarrollo social aborda desde hace 40 años la economía y la distribución del ingreso como ámbitos fundamentales, quedando un poco en el tintero la sustentabilidad ambiental del proceso. Como ya se vio, la economía socioecológica aborda la relación entre lo económico y lo ambiental, con las limitaciones descritas, aunque a mi juicio sólo esto ya tiene suficiente mérito. Por otro lado, se discuten más adelante los aportes del desarrollo a escala humana, que integra elementos filosóficos, de salud, de economía y de desarrollo; dejando un tanto de lado la discusión del poder y de los constructos de género. Por su parte, los aportes ecofeministas relacionan el conocimiento proveniente de la preocupación ecológica con las relaciones de género, cruzada por una perspectiva norte-sur, sin abordar demasiado el análisis de sustentabilidad en términos energéticos y bióticos. En realidad, apenas iniciado el tercer milenio de la era cristiana, no he podido encontrar por ninguna parte una visión completamente integradora que de cuenta de todos los elementos centrales que he enunciado en esta rápida panorámica. Y esto ha sido principalmente lo que me ha motivado a intentar una búsqueda integradora y radical para dar cuenta del proyecto humano en nuestra tierra.

Cuando hablamos de abordar la diversidad, no le queremos pedir tolerancia a la diversidad a nadie, no se trata de que toleremos la diversidad mientras a punta de balas o billetes forzamos la homogeneización, en aras de la globalización sin sentido. El bienestar de las personas hace necesario que nos demos cuenta y abracemos la enorme potencialidad de la diversidad, tanto para el desarrollo, como para la sustentabilidad. Las economías locales y en red, que son culturalmente específicas y diversas, traen consigo la potencia de satisfacer necesidades humanas fundamentales, con significado propio y en forma sostenida. De ahí que afirmo en los próximos capítulos, que para lograr sustentar la satisfacción progresiva de las necesidades humanas, es necesario reorganizar la producción, la distribución, el consu-

mo y el manejo de residuos, de una manera completamente distinta a como lo estamos haciendo hoy.

En el camino probablemente vamos a encontrar la habitual resistencia de los intereses más desvergonzados. El mundo insustentable y aberrante que hoy compartimos funciona como un reloj, como un sistema que beneficia a unos cuantos a costa del sacrificio de todo el resto, incluso de los que no han nacido. Por eso se mantiene en el tiempo, a pesar de sus evidentes signos de impotencia para cumplir su fallida promesa de desarrollo.

De nuevo, la tarea no es fácil. La transformación de nuestras visiones y prácticas imbrica un cambio civilizatorio, en nuestras prácticas culturales, en nuestras formas de vernos y relacionarnos, y por supuesto, en nuestro quehacer económico, que debe transformarse, junto a las otras dinámicas, para ponerse al servicio de las personas y funcionar adecuadamente dentro de los límites que le imponen los ecosistemas locales, reflejando la diversidad cultural de los individuos y los grupos que construyen así, sus propios significados y diseñan sus propias vidas en forma libre.

Capítulo 9

9 RESIGNIFICANDO EL DESARROLLO
COMO SI TODAS LAS PERSONAS
IMPORTASEN. 9

RESIGNIFICANDO EL DESARROLLO COMO SI TODAS LAS PERSONAS IMPORTASEN.

«El ambiente emerge como un saber reintegrador de la diversidad, de nuevos valores éticos y estéticos, de los potenciales sinérgicos que genera la articulación de procesos ecológicos, tecnológicos y culturales. El saber ambiental ocupa su lugar en el vacío dejado por el progreso de la racionalidad científica, como síntoma de su falta de conocimiento y como signo de un proceso interminable de producción teórica y de acciones prácticas orientados por una utopía: la construcción de un mundo sustentable, democrático, igualitario y diverso» (Leff, 1998: 17)

Dado el debate actual, parece posible que el desarrollo compartido y sustentable, como «si toda la gente importase», signifique distintas cosas, según los contextos simbólicos, culturales, políticos, territoriales, o ecosistémicos. La aceptación de la diversidad de concepciones y caminos para el desarrollo, como proceso que mejora en la calidad de las vidas de todos y todas, es un paso necesario en su búsqueda.

La tarea no es fácil. En parte porque esta idea debe parecer inquietante, e incluso amenazante, tanto para los defensores de una receta única (como los neoliberales economicistas), como para los que pretenden imponer su doctrina globalifílica y homogeneizante del desarrollo, que destruye la diversidad de la vida, de los pueblos y sus cosmovisiones. La bienvenida a la diversidad biológica, cultural y simbólica en el campo del desa-

rollo, también puede ser bastante inconveniente a la producción en masa y a destajo, que ha generado un importante eje de acumulación de ganancias para las empresas, que organizadas como gigantescos «holdings», realizan todo tipo de arreglos entre ellas mismas, controlando la producción más que muchos gobiernos del orbe, y con ello el empleo, la distribución de los ingresos y el estado del medio ambiente.

¿Es posible entender el desarrollo en formas distintas y aún así buscarlo, fomentarlo, e incluso medir nuestro progreso hacia las metas? ¿Y qué significa para la agenda de los pensadores, los hacedores, los gobiernos y la ciudadanía, este desafío de resignificar y rediseñar el desarrollo como si toda la gente importase?

Hace décadas, Schumacher (1973) nos legó su magistral obra «Lo pequeño es hermoso». Para muchos economistas entusiasmados con la economía gandhiana, este fue un punto crucial en la búsqueda de sentidos para una disciplina que aún no había probado todo su poder destructivo. Más de treinta años más tarde, la economista Lourdes Benería⁶³ (2003) utilizaría el mismo subtítulo que Schumacher (1973) en su libro sobre Género, Desarrollo y Globalización. Tenía la intención de subtítular mi libro con la misma expresión «La economía como si las personas importasen», pero el último libro de mi maestra se adelantó, lo que no hizo más que confirmar la sintonía en las búsquedas de explicaciones y caminos en que tantos estamos involucrados actualmente.

9.1 El desarrollo a escala humana: las necesidades reconceptualizadas

Los economistas tradicionales, las corporaciones y la mayoría de los políticos, ya sea por convicción o interés, comparten una vi-

⁶³ Ha sido para mí un verdadero privilegio estudiar con Lourdes Benería, pues ella fue mi profesora en el programa graduado de economía de la Universidad de Rutgers. Su trabajo ha influenciado fuertemente en mis investigaciones e intereses académicos, por lo que le estoy sumamente agradecida.

sión economicista del desarrollo. La visión dominante plantea que hacer crecer el pastel y repartirlo mejor son LA FORMA de crear empleo, reducir pobreza y generar bienestar; hace oídos sordos a los efectos indeseados del propio crecimiento de la economía, y por tanto reproduce el asalto sin tregua a la calidad y cantidad del patrimonio natural al punto que los ecosistemas son incapaces ni de resarcir ni de sustentar el esfuerzo en el tiempo. El hecho de que los efectos negativos del crecimiento económico no sean asumidos con la intensidad adecuada y en forma oportuna por los decisores, tanto en los gobiernos como en las corporaciones, existiendo una nutrida e incuestionable cantidad de evidencia empírica en todo el mundo, indica que no sólo se trata de un problema de visión o «ceguera cognitiva», sino que también han entrado a jugar un rol importante los intereses tanto económicos como políticos.

Creo que no podemos escapar a ciertas incómodas e inevitables preguntas. ¿Cuál es el sentido de lo que propone el economicismo, cual es el fundamento filosófico que hay detrás del planteamiento de «más de lo mismo», entendido fuera de las relaciones de poder, de género y con la naturaleza? ¿Para que queremos realmente el desarrollo, para aumentar el bienestar de todas las personas, o para engrosar unas cuantas cuentas bancarias de multimillonarios en el mundo? Y sobre todo, ¿es nuestra visión del desarrollo una congruente con la primera o la segunda alternativa en la pregunta previa?

En un giro epistemológico notable, mediante el cual se funda una nueva visión de las necesidades y del desarrollo, Max Neef, Elizalde, et al (1986) establecen que la calidad de vida de las personas se puede observar en función de la actualización del sistema completo de necesidades humanas fundamentales a nivel local, regional o planetario, según la calidad de los satisfactores y recursos que despliegan las personas.

Explicitando su búsqueda filosófica, el desarrollo a escala humana se fundamenta en los principios de que el desarrollo se

refiere a las personas y no a los objetos, siendo un proceso de actualización permanente de las necesidades humanas fundamentales. Articula al ser humano con la naturaleza y la tecnología, y se centra en la promoción de la autogestión y la autodependencia, en el despliegue de los recursos y creatividades locales para el cambio.

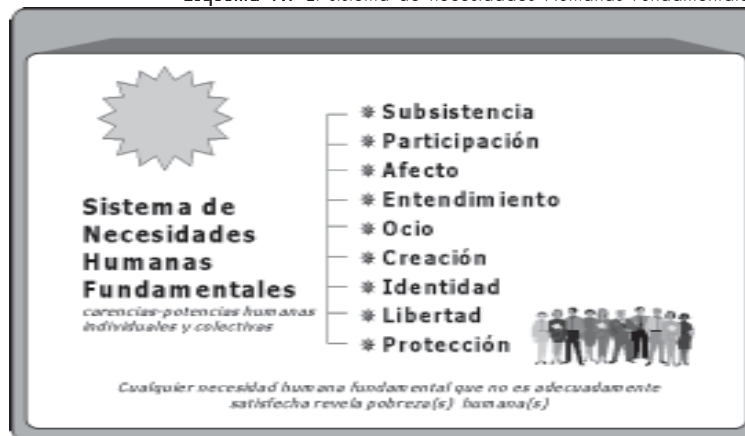
A diferencia del enfoque de necesidades básicas tan determinante en el desarrollismo de las décadas precedentes, que considera a las necesidades como carencias, la nueva visión sistémica establece que las necesidades son al mismo tiempo carencias y potencias para el desarrollo humano individual y colectivo. Son las mismas necesidades de creación e identidad, las que motivan y movilizan a las personas para descubrir y generar recursos y herramientas que antes eran invisibles o que permanecían latentes en su espacio individual o comunitario. La implicancia de esta concepción en el despliegue de la autogestión para el desarrollo resulta directa: si las necesidades son al mismo tiempo carencias y potencias, el despliegue de sus fuerzas constituye al mismo tiempo el proceso, la búsqueda y la consecución de sus contenidos, definidos por los propios protagonistas del proceso de desarrollo, desde abajo hacia arriba.

Las necesidades humanas fundamentales (NHF) constituyen un sistema no jerárquico, compuesto por carencias-potencias, que no varían según el tiempo ni el lugar, reconociéndose en toda cultura e historia humana, pues éstas han estado presentes desde los orígenes de los tiempos hasta el presente, en todas las culturas humanas, como se puede apreciar en el esquema 9.1 de la siguiente página.

Todos necesitamos subsistir y sentirnos protegidos, participar, compartir afecto, ejercer el entendimiento, la libertad, la creación y la identidad, todos necesitamos el ocio. Lo que cambia entre las diversas culturas y momentos históricos de la huma-

nidad, es la forma en que se procura satisfacer (o no satisfacer) estas necesidades.

Esquema 9.1 El sistema de necesidades Humanas Fundamentales



Fuente: Max Neef, Elizalde, et

Según esta concepción de las NHF, cualquier necesidad humana fundamental no satisfecha genera una pobreza, de ahí que los autores hablan de pobreza de participación, pobreza de identidad, etc. Esta visión es más integral y complejiza significativamente el fenómeno de la pobreza, el que hasta entonces y de modo tradicional, se reduce a la pobreza como insuficiencia de ingresos para cubrir necesidades básicas (mientras que la indigencia o extrema pobreza es aquella situación donde los ingresos no alcanzan a cubrir la alimentación).

De acuerdo a la propuesta del desarrollo a escala humana, lo que sí varía con la cultura son los satisfactores, que se pueden construir/activar en la búsqueda de la satisfacción de nuestras necesidades, así como los artefactos asociados a esta búsqueda. Pero no todos los satisfactores o actualizadores de las NHF son equivalentes, de hecho, éstos tienen efectos no neutrales sobre la calidad de vida de la gente. Realizando un aporte innovador y sugerente al entendimiento sobre el desarrollo como proceso cua-

litativo, los autores sugieren una tipología de satisfactores. La calidad de éstos resulta crucial para determinar si el desarrollo realmente se traduce en calidad de vida para las personas.

Los satisfactores o actualizadores se entienden como modalidades (dominantes o alternativas) con que una cultura o una sociedad se aproxima a las necesidades humanas. Son formas de hacer, ser, tener y estar que contribuyen a la realización de las necesidades humanas. Por ejemplo, se pueden citar: prácticas sociales, formas de organización, condiciones subjetivas, valores y normas, espacios, entre otros.

Por ejemplo, para aproximarse a las NHF de subsistencia y protección, uno puede pensar en satisfactores del tipo destructores o violadores (armamentismo, burocracia, autoritarismo, exilio), los que aparte de no satisfacer aquella NHF a la que apuntan en primera instancia, terminan por aniquilar el resto del sistema. Para la misma necesidad, también se podría construir satisfactores como redes de apoyo, iniciativas de autogestión para alimentación y salud; cuya calidad es de tipo sinérgica, pues además de lograr satisfacer las necesidades de subsistencia y protección a las que originalmente apuntan, también activan la creación, la libertad, el entendimiento y el afecto.

En este sentido, el gran desafío del desarrollo consiste en que las comunidades y grupos puedan determinar el tipo de satisfactores y de tecnologías y metodologías que quieren desplegar en la búsqueda de satisfacer las necesidades fundamentales del grupo y de cada persona en particular, intentando que éstos sean de tipo singular a sinérgico, para que con la menor cantidad de recursos y la mayor potencia sinérgica de los mismos, se logre mejorar la calidad de vida en forma compartida y sustentable en el tiempo.

Con esta conceptualización, el desarrollo puede significar procesos y logros muy distintos para diferentes comunidades, de

Tipología de satisfactores o actualizadores

tipo de satisfactor	definición	ejemplos
Destrucciones o Violadores	son perjudiciales al ser aplicados en la intención de satisfacer determinada necesidad, no solo aniquilan la posibilidad de su satisfacción en un futuro inmediato, sino que impeditizan, por sus efectos colaterales, la actualización de otras necesidades. Siempre son impuestas y se encuentran forzadas.	Armas nucleares Código Droga Seguridad Nacional Burocracia Autoritarismo
Pseudo-Satisfacciones	Personas que experimentan una ligera sensación de satisfacción en una necesidad determinada, con la agotamiento de los recursos, pueden avanzar en un determinado momento a la necesidad originalmente demandada.	Prácticas masoquistas Limonada Droga en la forma Ectoparasitos
Inhibidores	son aquellos que por el momento que actúan producen en una necesidad humana fundamental, dificultades con respecto a la posibilidad de satisfacerlas.	Experimentos Sobrepoblación Tolerancia comercial Año a año falta
Singulares	Apartan a la actualización de una sola necesidad humana fundamental, siendo indiferentes respecto al resto.	Programas de suministro de alimentos Yodo, Medicina curativa Masoquismo Rugby
Simétricos	Son aquellos que por la forma en que actúan una necesidad específica, excluyen y contradicen a la satisfacción simultánea de otras. Son generalmente contraproducentes.	Prohibición de sujeción Cooperativismo Agroindustria Autodeterminación Prácticas masoquistas

Esquema 9.2 Tipología de satisfactores o actualizadores
Fuente: Max Neef, Elizalde, et al

acuerdo a su especificidad cultural y a sus recursos económicos, a sus preferencias y a las dinámicas ecosistémicas relevantes. El desarrollo así entendido deja de ser una receta de progreso de claro sesgo occidentalista, androcéntrico y dominador, para abrirse como abanico de posibilidades para la construcción colectiva, diversa y fructífera.

Así, la calidad de vida se puede entender como una autopercepción de las personas, desde su experiencia individual y colectiva, con respecto a la calidad de los actualizadores utilizados, los que pueden ser de tipo sinérgico, singular, inhibidor, pseudo-actualizador o destructor. Correspondientemente, el desarrollo a escala humana se visualiza como un proceso de mejoras cualitativas en la calidad de vida de las personas, que construyen a escala local actualizadores sinérgicos, culturalmente específicos.

Partiendo de esta conceptualización, e incorporando los fundamentos de la economía socioecológica, se propone el desarrollo como un conjunto de procesos que potencian de manera sinérgica y continua, la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales, maximizando la eficiencia transflujo/utilidad, fomentando la diversidad ecológica y cultural, todo lo cual se refleja en el mejoramiento de la calidad de vida de las personas que conforman los colectivos humanos. Esto hace posible que el desarrollo se construye no sólo para las presentes generaciones, sino también para las que vienen (Quiroga, 1999).

9.2 El pensamiento económico feminista

A partir del feminismo de los años setenta, e incluso antes, se comenzó a revisar en el ámbito de la academia y de las políticas públicas, las nociones y constructos científicos inherentes a las distintas disciplinas asociadas a la comprensión y la tarea del desarrollo, en búsqueda del efecto diferencial de los referentes

conceptuales y los diseños de intervención, sobre la vida de hombres y mujeres. La economía no fue la excepción. Más allá de contar con Joan Robinson en el cuadro de honor de los economistas, en general casi todos los pensadores que originaron escuela habían sido hombres, y lo que resulta verdaderamente cuestionable, habían escrito desde una visión androcática, ciega al género.

Esther Boserup (1970) y otras pensadoras comenzaron en los setenta a verificar que las políticas económicas y los modelos económicos no tenían los resultados supuestamente neutrales sobre hombres y mujeres, y de ahí intentaron mostrar cómo las relaciones de género retroalimentaban sistemáticamente la comprensión y la praxis de la economía y del desarrollo.

Economistas feministas como Lourdes Benería (1984), planteaban bastante tempranamente la compleja trama de dinámicas que comprenden el trabajo, el valor, las relaciones de poder, la invisibilidad y la subordinación de género; particularmente en las economías latinoamericanas. El pensamiento económico feminista plantea que el trabajo es mucho más que aquel que se transa en el mercado, y la invisibilidad y desvaloración del trabajo doméstico, familiar y comunitario reproduce la subordinación de la mujer en distintos ámbitos incluyendo la dimensión simbólica, y la falsa visión de una inactividad económica del sexo femenino. Lo anterior refuerza la dependencia económica y una escasez de poder por parte del género femenino, que operan reproduciendo el círculo.

El patriarcado y el capitalismo, con su ancla en la propiedad privada, tejen una red de dinámicas que mantienen al segundo sexo en una situación de desmedro económico, social y simbólico en las sociedades occidentales desarrolladas, y también en América Latina, como resultado de una construcción imitativa del modelo del Norte.

Pero las mujeres nunca hemos estado económicamente inactivas. La invisibilización de nuestro aporte a la producción y reproducción social y cultural en parte resulta de que la economía sólo considera producción y valor económico aquello que se transa en los mercados, utilizando como medio de contabilidad el valor monetario en el instante en que se realiza la transacción (de productos, fuerza de trabajo, tierras, capital). No deja de sorprender aún hoy, que en las aulas de economía, habitualmente en la asignatura economía laboral, se muestra que las mujeres «dueñas de casa», o que se dedican a labores domésticas y que trabajan en muchas tareas más exigentes y complejas que muchos de los trabajos de «oficina», sigan considerándose económicamente improductivas y sean contabilizadas como tales, pues no constituyen población económicamente activa, junto a jubilados, niños y estudiantes que no buscan trabajo.

Según el PNUD, si las actividades no remuneradas en el mundo se valoraran económicamente de acuerdo a los salarios prevalecientes, éstas sumarían US\$ 16 billones (trillones estadounidenses), lo que equivale a un 70% del producto mundial (US \$ 23 billones nuestros, o trillones estadounidenses). De este producto «invisible» y no remunerado de US\$ 16 billones de dólares, US\$ 11 billones o casi un 69% es realizado por las mujeres (PNUD, 1995). Aunque esta sea una cifra gruesa estimada, representa la contribución del trabajo no remunerado que contribuye al bienestar humano. El producto mundial casi se duplicaría si contabilizáramos este aporte. Como podría decir un economista, somos 1.7 veces más ricos de lo que hemos medido macroeconómicamente hasta ahora. Pero contabilidad aparte, lo importante aquí es que todo ese bienestar generado mayoritariamente por las mujeres del mundo, está desvalorado, y su aporte a la economía de la comunidad y del mundo, es invisible; lo que ayuda a reproducir el sistema que mantiene a la gran mayoría de las mujeres en una situación de subordinación, marginación, discriminación y sobre-explotación.

Por supuesto que no todas las mujeres tienen la misma condición, pues su situación en la sociedad, además de ser potenciada por las relaciones de género, también está atravesada por dinámicas de clase, etnia, casta y grupo de referencia. Pero lo que decimos sobre la mayoría de las mujeres del mundo, y ciertamente de América Latina y el Caribe, sigue siendo cierto. Y aunque la mayoría de las mujeres en Europa, Canadá y Estados Unidos han conquistado más derechos y gozan de una relativa mayor equidad que nosotras, de acuerdo a las cifras disponibles, aún hoy ningún país en el mundo trata igual a sus mujeres que a sus hombres, evidenciándose la discriminación en el plano salarial, de acceso a la salud, seguridad social y actividades culturales y recreacionales; así como en el acceso y control de la propiedad de activos.

El modelo de familia determina el modelo de sociedad en que vivimos. El mismo modelo de la familia fordista prevaleciente en el Norte durante los años cincuenta (y en la fase desarrollista Latinoamericana), donde el padre-proveedor-jefe de familia es un trabajador plenamente disponible para la empresa que lo contrata, supone una contraparte femenina que asume con igual disponibilidad y sistematicidad todo el resto de labores que permiten que la familia se desarrolle: tener, cuidar y educar a los hijos, preparar los alimentos, lavar y componer la ropa, limpiar y mantener la casa, hacer de gestora emocional, cuidar de las generaciones mayores que el mercado va desechando convenientemente cuando su «vida útil» ha terminado, y realizar las labores de cuidado en las distintas comunidades (amigos, correligionarios, barrio, etc) a las que pertenece el grupo familiar.

En los países del Norte la incorporación de las mujeres al esfuerzo económico formal y remunerado de la guerra y la postguerra, comenzó a echar por tierra la visión idealizada de la familia nuclear fordista. En América Latina, éstas transformaciones y reivindicaciones se potenciaron al calor de la crisis de la déca-

da perdida de los ochenta, donde las mujeres jugaron un rol decisivo en la supervivencia familiar ya no sólo desde el espacio doméstico, sino que también asumiendo la jefatura familiar como única proveedora de ingresos, claro está que en condiciones laborales francamente precarias, estacionales y desprotegidas. Sus esposos y convivientes enfrentaban la situación de grave cesantía sin ser capaces de transformarse, con ellas, en la vorágine neoliberal. Y fueron ellas, las que crearon redes solidarias, economías de subsistencia, ollas comunes y con el tiempo las microempresas que no se basan solamente, o prevalentemente, en valores economicistas de racionalidad maximizadora, competencia e individualismo.

Como puntualiza Benería, las economistas feministas han establecido que el comportamiento económico racional (egoísta y maximizador de ganancia y utilidades) propio del paradigma neoclásico y liberal hoy tan en boga, excluye otros comportamientos basados en distintos tipos de motivación como el altruismo, la empatía por otros, el amor, la búsqueda del arte y la belleza por su propio valor, la reciprocidad y el cuidado.

La visión economicista que aprendemos en las escuelas tradicionales de economía, supone que el comportamiento más o menos «frecuente» de la racionalidad económica sea la norma. Pero existen muchos espacios donde lo que es «normal» según la economía ortodoxa, no es lo que verdaderamente ocurre. Por ejemplo, en espacios familiares y comunitarios, en economías rurales y de subsistencia, que se basan más en reciprocidad y colaboración. Lo sorprendente y ciertamente, lo inexcusable, es que sobre esta antojadiza pretensión de racionalidad económica descansa todo el constructo ortodoxo en el que los mercados son los más eficientes asignadores de recursos, para el bien común.

El sesgo androcéntrico y occidentalista (Benería, 1999) que exuda esta construcción economicista del comportamiento hu-

mano, es francamente inaceptable desde una posición mínimamente científica ¿Qué tan frecuente es el comportamiento «económicamente racional» en los seres humanos? ¿Cómo anda hoy el «*homo economicus*»?

Está claro que lo que es válido y común para los países del Norte, no tiene por qué coincidir con lo que ocurre en América Latina. Muchas sociedades «subdesarrolladas» se benefician y organizan en torno a vínculos de parentesco y solidaridad mutua que poco tienen que ver con las enseñanzas modernizadoras del Estado del bienestar sueco, o del capitalismo salvaje que pregonan los apólogos del neoliberalismo.

De hecho, parece que hasta el «*homo economicus*» está en franca obsolescencia. En el proceso de globalización actualmente en agudización, están operando las transformaciones hacia una cultura que reclama el nacimiento de un hombre nuevo, el «Hombre de Davos».

El hombre de Davos constituye una metáfora construida apológicamente por el semanario *The Economist*, que incluye en su símbolo a los hombres de negocios, banqueros, oficiales e intelectuales que «tienen grados universitarios, trabajan con palabras y números, hablan un poco de inglés y creen en el individualismo, las economías de mercado y la democracia. Controlan muchos de los gobiernos del mundo, y el mayor trozo de sus capacidades económicas y militares» [traducción de la autora]. Según Benería (1999), la oda al hombre de Davos que hace *The Economist* es también una oda a la versión más global y contemporánea del *homo economicus*: en muchos sentidos, el Hombre de Davos es el hombre económico racional a escala global. Pero según Benería, lo que no reconoce la revista es que esta comercialización de la vida diaria y de todos los sectores de la economía genera dinámicas y valores que los individuos y las culturas pueden encontrar repulsivos. «In many ways we have

witnessed, in Polanyi's terms, the tendency for society to become an accessory to the economic system, rather than the other way around» (Benería, 1999).

Precisamente en el mismo contexto en que el economicismo se globaliza, apenas beneficiando a las grandes transnacionales y a las elites dominantes en nuestros países, las señales de otras búsquedas y otros constructos para entender y reforjar el mundo, se multiplican. Ya lo decía Fritjof Capra, esta coexistencia de una gran cultura en declive, junto a una nueva que se va expandiendo, alcanzan en el tiempo un punto crucial (Capra, 1982) donde la cultura emergente se consolida y se transforma en cultura prevaleciente, mientras la anterior se termina de desplomar.

Pero al mismo tiempo, también surgen las redes, la democratización y los sueños de que otro mundo es posible (Foro Social Mundial), suponemos que con otro tipo de sociedad y de personas motivadas y organizando su economía desde criterios muy distintos a los actuales. Aunque dejaremos para otro capítulo la discusión sobre la hominización, baste sólo por el momento sugerir la existencia de un «Homo Amans» o amador (Maturana) que nos servirá de metáfora para traer a la discusión las transformaciones hacia una cultura del cuidado y la legitimación del otro en la convivencia.

Tanto como la economía, las políticas de ajuste estructural de los setenta y ochenta, el imperio absoluto del neoliberalismo, y el actual proceso de globalización, afectan de manera diferente a hombres y mujeres, porque ambos géneros se relacionan en el sistema patriarcal que nos acompaña por milenios, en ciertas formas que reparten la valorización, el poder, los roles y los atributos en forma diferenciada e inequitativa. Como ya se puede ver en los capítulos de este libro, cuando hay que ajustar el cinturón, siempre se carga más la mano hacia los sectores

más débiles o menos protegidos. En este sentido, las mujeres no sólo son más pobres (desde la perspectiva tradicional de ingresos monetarios insuficientes), sino que además tienen que enfrentar con mayor responsabilidad lo que son sus supuestos «roles femeninos» como sacar la familia adelante en las situaciones normales, ya no digamos a las de crisis.

Como señala la literatura, la relación entre los procesos de globalización actuales y la situación de las mujeres en América Latina es bastante compleja. Por un lado, éstas han entrado en proporciones crecientes al mercado de trabajo formal e informal, logrando mayor autonomía de ingresos, pero lo han hecho en condiciones de explotación, precariedad y desprotección. Por otra parte, su participación creciente en el espacio público (desde las ollas comunes de los barrios marginales hasta los Ministerios y las Presidencias de nuestros países) le ha abierto un mundo de posibilidades, no exento de tensiones y creciente demanda que se traduce en dobles, triples y hasta cuádruples jornadas de trabajo. La reticencia general de los hombres a aceptar una cuota proporcional de trabajo doméstico, familiar y comunitario referido al cuidado de otros, ha generado una sobrecarga monumental a las mujeres, al tiempo que la efectiva menor provisión de cuidado al grupo familiar (de parte de hombres y mujeres activas en el mercado formal) llenan de culpa a las mujeres, criadas en una cultura que las erige como únicas responsables de estas funciones.

Así, el pensamiento económico feminista ha engendrado⁶⁴ una nueva línea de investigación y de activismo en el mundo. La idea es analizar críticamente los preceptos centrales y no tan centrales de la economía para enriquecerla con enfoque de gé-

⁶⁴ Actualmente, existe una Asociación Internacional de Economía Feminista (IAFEE, acceso internet en <http://www.facstaff.bucknell.edu/jshackel/iaffe/>) y una publicación académica que funciona hace casi diez años «Feminist Economics» incluyendo la visión del Sur (Routledge: www.feministeconomics.org).

nero⁶⁵, y según mi propio criterio, potenciar su fuerza para que ésta pueda hacerse cargo de mejor forma de su objetivo original, que es la satisfacción de las necesidades humanas de hombres y mujeres.

9.3 Los diversos ecofeminismos

Los ecofeminismos señalan un espacio de reflexión que relaciona los aportes de las teorías de género, con las cuestiones ecológicas, donde se respira un cierto aire libertario y radical que resulta sumamente atractivo a quienes pensamos que el desarrollo economicista y homogeneizante ha fracasado.

El camino de los aportes al feminismo es rico, divergente y complejo. Se cuenta con la reflexión sobre la «cuestión de las mujeres», iniciada en el norte con el sufragismo y los derechos laborales, pasando por las luchas emancipatorias más abarcativas en el contexto del movimiento por los derechos civiles estadounidense de los sesenta. Se tiene también los aportes provenientes de las búsquedas feministas de factura latinoamericana, que estuvieron inmersas en los trabajos libertarios anticolonialistas y antidictatoriales de nuestros países, con elementos claramente progresistas y de izquierda, que luego se independizan de esta raíz, para fundar los distintos movimientos transversales de las mujeres.

Lo anterior, que implicaba visiones sobre la condición y los derechos de las mujeres, luego se transforma, abrazando el enfoque sistémico, en el estudio de las relaciones de género. La situación desigual entre ambos géneros pasa a ser explicado por un sistema cultural, económico y político que transforma la diferencia en inequidad y convierte a media humanidad en ciudadanas de segunda categoría. El aporte del saber sobre los géneros es

⁶⁵ Utilizo esta expresión como traducción de «engender», que significa incorporar el enfoque de género a un ámbito de pensamiento, políticas, proyectos o acciones.

invaluable en el campo del desarrollo y del bienestar de las personas, puesto que las ideas respecto de que la discriminación de las mujeres con base en opciones culturales que se entrelazan con las cuestiones económicas y políticas, no sólo implica el descubrimiento de que los enfoques previos adolecen de un fuerte sesgo patriarcal y androcrático, sino que además reclama la incorporación de estas dimensiones insoslayables, que habían sido claramente soterradas previamente, contribuyendo así a su reproducción.

Era sólo cuestión de tiempo para que los feminismos y los ecologismos se encontraran y gestaran visiones conjuntas potentes para deconstruir el (mal)desarrollo y proponer procesos radicalmente distintos, centrados en la calidad de vida de hombres, mujeres, niños y niñas. Pero que no se piense que esta síntesis se ha completado. Los ecofeminismos aún constituyen un campo en creciente desarrollo, donde se hace notoria la ausencia de pensamiento latinoamericano.

Existen importantes aportes del Sur, particularmente de la India, y otras pensadoras que provienen de países industrializados, pero cuyo trabajo evidencia un compromiso con la diversidad y los aportes que provienen de otras realidades. Actualmente, se puede reconocer dos corrientes de aportaciones fundacionales en los ecofeminismos. Por un lado se tiene a quienes sostienen una suerte de explicación materialista de la exclusión de las mujeres y la crisis ambiental, pues los determinantes del dominio masculino sobre la mujer y la propiedad de recursos naturales críticos, reside en la lógica económica de producción y acumulación de excedente y reproducción de la fuerza de trabajo; de ahí que se considere el liderazgo femenino en el activismo ecológico relacionado a recursos naturales en el tercer mundo, con el aseguramiento de la fuente de supervivencia del grupo familiar y comunitario. Por otra parte, otras pensadoras plantean que existiría un «principio femenino», relacionado a la capacidad de dar y

preservar la vida, que confieren al género femenino una mayor cercanía a la naturaleza y por cierto a la lucha por la conservación del patrimonio natural.

De acuerdo a Llori i Juncadella (1994), las primeras conexiones entre el feminismo y la ecología que dieron origen al ecofeminismo se encuentran en las utopías literarias de las feministas de los años setenta, en las que se define una sociedad en la que las mujeres viven sin opresión, lo que implica la construcción de una sociedad ecológica, descentralizada, no jerárquica y no militarizada, con democracia interna y en la que prevalece el uso de tecnologías más respetuosas con el medio ambiente. Françoise d'Eaubonne adoptó en 1974 el término ecofeminismo, aparentemente por primera vez, para representar el potencial de las mujeres para encabezar una revolución ecológica que modifique las relaciones de género entre hombres y mujeres y entre las personas y la naturaleza (Llori i Juncadella, 1994).

La autora separa los ecofeminismos del norte, en las corrientes radical, liberal y socialista, los que se diferencian en los contenidos y propuestas, siempre entendidas como un terreno «meramente ideológico». El ecofeminismo radical, nacido del feminismo romántico, destaca las conexiones históricas, biológicas y sociales entre la naturaleza y las mujeres y considera que la explotación y opresión de ambas es consecuencia del dominio del hombre y del orden patriarcal, resaltando la dimensión simbólica de lo femenino y la naturaleza, como constructos despoderados y explotados por lo masculino, cuyo origen se encuentra en los inicios de la sociedad patriarcal, que se sitúa en la prehistoria. Entre otras cosas por la experiencia de la maternidad, las mujeres están en una posición más cercana a la naturaleza, y por tanto son más proclives a realizar trabajos de defensa del medio ambiente.

Mientras, el ecofeminismo liberal, basado en el feminismo de la igualdad y la teoría conservacionista de la naturaleza, considera que el deterioro ambiental es el resultado de la implantación de un modelo de desarrollo economicista que no considera sus impactos negativos sobre el medio ambiente, que no utiliza adecuadamente los recursos naturales (Llort i Juncadella, 1994). La superación de los problemas actuales estaría radicado en el acceso cada vez mayor de las mujeres a la educación y el poder, por la vía «integracionista» del desarrollo.

El ecofeminismo socialista considera que los problemas medioambientales son intrínsecos al patriarcado y al capitalismo que justifica la explotación de la naturaleza mediante la técnica para facilitar el progreso, entendido principalmente como crecimiento económico. El capitalismo está devastando algunos medios de producción como la agricultura de subsistencia y la artesanía, en que los hombres y mujeres participaban con mayor igualdad, adjudicando el trabajo asalariado a los hombres y la reproducción, gratuita, devaluada e invisible, a las mujeres (Llort i Juncadella, 1994). Ya que el capitalismo es la causa, la salida a la explotación, desde este punto de vista, está en la construcción de una nueva sociedad sin explotados (socialismo).

En el Sur, propone la autora (Llort i Juncadella, 1994), las mujeres rurales dependen completamente del medio natural para asegurar la subsistencia, la de sus familias y comunidades, por eso la relación entre los «géneros» y entre «lo humano» y «lo ecológico» es simplemente vital. En este caso, la relación que estas mujeres establecen con la naturaleza sienta las bases del feminismo ecologista (Bina Agarwal), en clara diferencia a los planteamientos de Vandana Shiva y su ecofeminismo radical, que junto a otras autoras como Otner y Merchant, han sido acusadas de «esencialistas».

Para una de las pensadoras y activistas más conocidas del ecofeminismo radical, Vandana Shiva, el maldesarrollo (lo que

tradicionalmente se entiende como desarrollo) es la violación de la integridad de sistemas orgánicos interconectados e interdependientes, que pone en movimiento un proceso de explotación, desigualdad, injusticia y violencia. Rompe la unidad cooperativa de lo masculino y lo femenino, y pone al hombre, despojado de principio femenino, por encima de la naturaleza y la mujer, y separado de ambas. La violencia contra la naturaleza y la mujer surgen de la subyugación del principio femenino. Por eso, al desafiar este patriarcado, somos fieles a las generaciones futuras, a la vida y al planeta mismo. Tenemos una comprensión profunda y particular de todos ellos por medio de nuestra naturaleza y nuestra experiencia de mujeres (Shiva y Mies, 1993: 14).

Para Shiva, el maldesarrollo se ha basado exclusivamente en el crecimiento tecnológico (basado en una ciencia que amenazada la vida) y económico, lo que ha cambiado la relación de las personas con la naturaleza, situando al hombre en superioridad, y otorgándose la capacidad para controlarla y dominarla. En su estudio del movimiento Chipko, Shiva piensa que las mujeres tienen una relación especial con la naturaleza, y un conocimiento tradicional, transmitido por generaciones, el que ha sido marginado por la ciencia moderna y el modelo de desarrollo, ambos patriarcales, que excluyen a las mujeres como expertas y a otros conocimientos como válidos.

Más allá de la potencia relacional de su pensamiento, Shiva ha sido criticada por otras investigadoras de la India, entre otras cosas porque al igual que las ecofeministas del Norte, extienden su visión de los problemas a todas las mujeres del tercer mundo, sin importar otras consideraciones relevantes como clase, etnia, etc. Agarwal critica su trabajo porque Shiva no analiza con detalle cómo se han producido, en la misma India, los cambios conceptuales sobre la naturaleza y sobre las mujeres, ni reconoce la coexistencia de interpretaciones distintas de acuerdo a cada una

de las culturas y religiones que conviven en dicho país (citada por Llorca i Juncadella, 1994).

Para Bina Agarwal, las mujeres son víctimas de la degradación ambiental en formas genéricamente específicas. Al mismo tiempo, son actoras en movimientos ambientalistas, aportando su perspectiva de género. Según Agarwal, desde la experiencia india, los procesos de degradación y apropiación de recursos naturales por unos pocos tiene implicaciones de género y clase. Las mujeres sí se involucran en relación a la supervivencia familiar más que los hombres, pero éstas no pueden ser vistas como categoría unitaria. Los efectos adversos de clase y género deterioran los sistemas de vida y conocimiento de los cuales dependen las mujeres pobres rurales. Por eso, sostiene la autora, existe una resistencia de base a la destrucción ambiental y a la inequidad, y a los procesos, productos, personas, propiedad, poder y orientación al lucro que los sustentan.

El feminismo ecologista definido por Agarwal, «contempla que la relación de las mujeres con el medio ambiente tomará formas distintas de acuerdo con la clase social, casta, raza, etc. a la que pertenecen. Estos factores, a su vez, determinan la relación que las mujeres tenemos con la organización de la producción, la reproducción y la distribución. (...) Reconoce que la destrucción ambiental afecta en especial a las mujeres y al conjunto de las poblaciones pobres de los países del «Tercer Mundo», pero al analizar sus mecanismos, atribuye una parte de la responsabilidad a los grupos dominantes que monopolizan el poder, la propiedad y el privilegio y control de los recursos» (Llorca i Juncadella, 1994).

Ahora bien, ambas visiones, que provienen del mismo país (India), y que relacionan lo ambiental con la lucha de las mujeres, parecen tener mucho que ofrecer, habida cuenta de que plantean una visión de síntesis que integra elementos económicos, am-

bientales, sociales, culturales y de relaciones entre los géneros. Se podría decir que el feminismo ecologista de Agarwal tiene ciertos elementos que indican un determinismo materialista, puesto que la cercanía de las mujeres a la defensa de los recursos naturales tiene más que ver con la sobrevivencia que con factores esenciales. Por su lado, el ecofeminismo radical de Vandana Shiva pone el acento en la dimensión cultural y simbólica y nos remite a pensar en el desarrollo desde dos grandes modelos culturales humanos, el matrístico y el patriarcal.

Desde mi perspectiva y pensando en estas dinámicas en el territorio latinoamericano, me parece que ambas perspectivas aportan valiosos elementos analíticos, y que comportan sendas síntesis desde un enfoque sistémico, donde tanto los factores económicos como los culturales e ideológicos, se conjugan para dar una misma explicación del mundo, un mismo referente para operar y justificar las políticas de desarrollo. A estos constructos complejos y sistémicos, me he referido con anterioridad, sistematizándolos como Estilo de Desarrollo Humano (Quiroga, 1994b).

Siempre podremos entender y sistematizar el mundo con distintos énfasis e incluso con determinismos varios, aunque estemos describiendo los mismos fenómenos, de los cuales formamos parte, puesto que nos producimos y a nuestra realidad en forma autopoietica. Los discursos, la cultura que construimos, el sistema económico, la relación entre las personas y entre nosotros y los sistemas ecológicos, es todo parte de un mismo todo, aún y cuando pretendamos haber descubierto algo nuevo cuando reflexionamos y descubrimos una nueva cara del mismo poliedro.

De ahí que todas las corrientes ecofeministas nos aportan elementos y visiones importantes y respetables. El ecofeminismo radical puede haber sobrestimado la aplicabilidad

de una serie de conclusiones, pero es gracias a esta misma heroicidad generalizadora que nos permite entender grandes elementos definitorios que posibilitan cambiar la vida y la civilización para construir otro mundo. El feminismo ecologista ha desmenuzado más y entendido mejor las especificidades, paradojas y complejidades del desarrollo, del ecologismo y las mujeres, recordándonos que hilar así de fino es conveniente para comprender más y hacer mejor nuestra labor en cada caso concreto.

No creo que lo económico determine todo, no suscribo la corriente materialista de la historia. Pero tampoco pienso que la especial conexión de las mujeres con la naturaleza nos haga especialmente ecologistas y feministas. Las diferencias entre el Norte y el Sur son abismantes, y lo que existe en común entre Asia, Africa y Latinoamérica no es tan contundente hoy en día. A mi juicio las visiones construidas desde el Sur son más abarcativas y potentes que las que provienen de un Norte menos angustiado por problemas primarios, pero incluso en el Sur, habiendo predicamentos similares, ¿qué tiene que ver lo que ocurre en el Asia, con los procesos africanos, y las realidades latinoamericanas? Más allá de un pasado colonial, y de que somos explotados sistemáticamente por un sistema económico mundial que desvaloriza nuestros productos poco transformados y muy intensivos en trabajo barato y recursos naturales, ¿qué dinámicas culturales, qué constructos simbólicos, qué prácticas comunitarias, qué referentes artísticos, qué modos de vida y de producción de autoconsumo nos transforman en un referente conjunto que se ha etiquetado como el Sur?

¿Existe realmente el Sur? O en realidad somos diversos sures, el sur chileno, el sur maya de los mesoamericanos, el sur caribeño de los cubanos, el sur de Cabo Verde, el sur de los etíopes, los sures contenidos en la India, los sures que coexisten en China. ¿Y dentro de cada uno de estos sures, como viven

hombres y mujeres y niños, y cómo se relacionan con la naturaleza que los sostiene?

Según lo que hemos estado discutiendo, es perfectamente posible que el desarrollo se construya en forma diferente, con satisfactores, tecnologías y formas diversas según la cultura, las dinámicas políticas, las éticas y los ecosistemas existentes en cada espacio real. De ahí que si nuestros países deciden pasar del espejismo desarrollista androcático y occidentalista que les presentan las grandes corporaciones y los gobiernos como única vía a la felicidad globalizada, nos tendremos que poner a construir una diversidad de economías locales sustentables y solidarias, basadas en motivaciones y dinámicas completamente diferentes a las que hoy imperan, y que han demostrado con creces su impotencia, pues su proclama de desarrollo es un discurso vacío y patético a escala mundial.

Y para esta tarea, contamos con ambos géneros, porque la transformación del mundo compete y beneficia a hombres y mujeres. No es cierto eso de que es el hombre occidental-fordista-jefe de familia-proveedor material el que se ha beneficiado con el sistema actual y que todas las mujeres hemos sido aplastadas por este sistema androcático-dominador-capitalista-globalizado. Nuestro lugar en el universo no sólo depende del género en que hayamos nacido, sino también de la clase, la etnia, el grupo étnico, el área geopolítica y el grupo de referencia al que pertenecemos.

Por supuesto que las algunas mujeres transmiten a otras, como en cadena inmemorial y hasta el infinito, una serie de saberes que tienen que ver con cosas tan primarias como la alimentación y la salud, hasta la sabiduría de cómo cuidar de los otros. Y desde luego que el ejercicio científicista occidental ha aplastado y en algunos casos destruido esos saberes tradicionales expertos. Pero este desparpajo colonialista no ha ocurrido sólo respecto de los conocimientos y tradiciones de las mujeres; el genocidio de los

pueblos originarios de América también significó pérdidas invalorable de saberes y quehaceres compatibles con la sostenibilidad de sus comunidades, portados por hombres y mujeres. Y decir esto no significa inventar una igualdad de géneros en América precolonial. Aunque nos faltan muchos estudios, en nuestra región se vieron y se continúan viendo sociedades prehispánicas verdaderamente patriarcales, pero cuya relación con la naturaleza era una de respeto y agradecimiento, incluso de pertenencia y hermandad, como se puede ver en la famosa respuesta del jefe indio norteamericano que no concebía, desde su cosmovisión, cómo se podían vender los árboles, los pájaros, la tierra y los ríos a los ingleses que venían invadiendo su territorio.

Por otro lado, aunque las mujeres tengamos una potencia de cercanía con la naturaleza por nuestra función biológica, como seres humanos somos más que sólo eso, somos una combinación de biología y cultura, de racionalidad y emoción, y por eso es que dependiendo de muchas cosas, tanto hombres como mujeres podemos tener una visión más eco-centrica, al tiempo que desplegamos comportamientos más patriarcales o matrísticos. Porque es el *sistema* lo que está, del todo, mal. No es nuestra genitalidad lo que marca nuestro comprender ni nuestro hacer, sino el haz de hilos que tejen nuestra forma de ser con otros, en un territorio concreto y con una cultura al mismo tiempo específica y general.

Y desde luego que las sociedades de clase y de inequidad de género, que incluyen al capitalismo, se han beneficiado de la explotación del trabajo gratuito de las mujeres dentro de sus esquemas de acumulación. Sería ingenuo negar que los salarios subirían automáticamente al doble, el día que se destruyera el sistema actual de mujeres que subsidian al capital (no remuneradas ni reconocidas) por otro de igualdad y retribuciones explícitas y sonantes. Si termina el subsidio de las mujeres al capi-

tal, se afectaría sustancialmente no sólo la distribución del ingreso, sino los márgenes de ganancia y probablemente el sistema capitalista a escala local y global. El capital o más bien sus dueños, se benefician de la explotación de las personas en forma directa, pues les retribuye menos del valor que producen en el tiempo destinado al trabajo. Pero también explota en forma indirecta, sobre todo a las mujeres que por lazos de familia o afecto, realizan trabajo doméstico y comunitario en forma gratuita.

Como han argumentado las feministas socialistas, esta explotación no se reduce sólo a la falta de una retribución monetaria a las mujeres. Dicho proceso también genera una invisibilización de nuestro aporte en la reproducción biológica de la fuerza de trabajo y de nuestra contribución en el desarrollo de la comunidad. Lo anterior está estrechamente vinculado a la perpetuación de la desvalorización personal y genérica de las mujeres, reproduciendo un orden simbólico plagado de una serie de imágenes distorsionadas y falsas sobre nuestro género, que sólo contribuyen a reproducir el círculo de discriminación y explotación.

Y desde luego que lo anterior también se extiende a la naturaleza. El asalto no sólo del capitalismo, sino de cualquier sociedad patriarcal (y por tanto excluyente en función de clases, etnias, castas, género, etc) a la naturaleza, como si ésta fuese una fuente infinita de recursos para la felicidad de algunos humanos, así como su innovadora capitalización privada surgida de la mano del neoliberalismo, también son parte esencial del modelo de acumulación. El tratamiento de la naturaleza como un recurso natural domesticado y al servicio de las transnacionales y conglomerados nacionales, desnuda la triste motivación de lucro individual que se mueve desde el materialismo más excelso. Pero, y esto complementa lo anterior, este operar económico y político también se entrelaza de manera inseparable con el modo en que entendemos las cosas y nos relacionamos entre nosotros mismos

y con el medio. En cada paso diario, nosotros también reproducimos este orden de cosas, siendo los ciudadanos cómplices en mayor o menor medida.

De ahí que pienso que al menos en América Latina y el Caribe, la historia y el presente nos muestran las muchas dinámicas que explican el fracaso del desarrollo y al mismo tiempo nos señalan algunos caminos de transformación. Así, se tiene la combinación de sed de lucro, el sitio que tenemos en la repartija económica internacional, la relación primaria de dominación y exclusión del otro, el ejercicio cartelizado del poder y los privilegios, la visión antropocéntrica y tecnocrática que reduce las dinámicas ecosistémicas a un simple recurso natural, y nuestra herencia precolombina y colonial, entre otras.

A diferencia de la concepción de Marx sobre los Modos de Producción con determinismo materialista, y también a diferencia de las posiciones más esencialistas o culturalistas de que todo se puede entender desde las conversaciones y el orden simbólico-ideológico, pienso que los ecofeminismos latinoamericanos deberán abordar esta diversidad de elementos, en su explicación de lo que nos pasa, y más importante aún, de lo que entre todos podríamos construir.

9.4 Contribuciones Neofeministas del Afuera

«con este verbo desatado, con esta capacidad de juego en la vida, de placer, de gesto libre, de salto al ir en el vacío de la plenitud de todo deseo... Con todo esto, es cierto, no se construyen civilizaciones de la manera conocida.» Julieta Kirkwood (1987).

Las relaciones de género despliegan su plena potencia cuestionadora en el trabajo de Margarita Pisano, quien sos-

tiene que debemos asumir el fracaso del feminismo en su tarea, que la masculinidad ha triunfado, ya que hoy existe un solo sistema patriarcal que construye la masculinidad dominadora y hegemónica, que a su vez inventa una feminidad que le es completamente instrumental. «Hoy, podemos vislumbrar un triunfo más tangible de la masculinidad, como una supraideología mucho más abarcadora que cualquier otra creencia o ideología concebida antes por el patriarcado. Esta supra ideologización de la masculinidad ha cruzado siempre los sistemas culturales, ha impuesto las políticas, las creencias, ha demarcado las estructuras sociales, raciales y sexuales» (Pisano, 2001).

No podemos entender la feminidad como un constructo de las mujeres, pues ha sido esta misma masculinidad triunfante la que ha inventado nuestra supuesta feminidad. Así, la dimensión simbólica, los roles de género y el lugar de las mujeres en la producción y reproducción se hacen con estricto arreglo funcional para el sistema y no es posible emanciparse ni llegar a una relación entre iguales dentro del sistema donde rigen las relaciones patriarcales. «La feminidad no es un espacio autónomo con posibilidades de igualdad, de autogestión o de independencia, es una construcción simbólica y valórica diseñada por la masculinidad y contenida en ella como parte integrante. Por supuesto que esta lectura traerá distintos grados de resistencias, pues, tendremos que abandonar parte del cuerpo teórico producido por el feminismo que se basa precisamente en esta idea y que nos da las falsas pistas de que la igualdad en la diferencia está al alcance de la mano, que con unas cuantas modificaciones de costumbres y algunas leyes, lograremos que toda esta tremenda historia de explotación y desigualdades quede saldada» (Pisano, 2001).

La autora propone una visión crítica de los logros de los feminismos, particularmente del feminismo ahora institucionalizado o del *mainstream*, que ha transado la fuerza

transformadora de los movimientos de las mujeres, por escaños en la estructura de poder que ha instalado la masculinidad, precisamente para cooptar y neutralizar su propuesta contrahegemónica. «No niego que en estos últimos tiempos hemos tenido acceso a ciertos espacios de poder y de creatividad, pero aún no hemos logrado cambiar un ápice la cultura de la masculinidad, por el contrario, nuestro acceso ha vuelto a legitimarla y a remozarla, permaneciendo inalterable su estructura.» (Pisano, 2001).

El feminismo está repetitivo y aburrido, demandante y quejoso, decadente y sin la madurez de la memoria. Continúa en una relación perturbada, por decir lo menos, con el sistema de la masculinidad y sus instituciones. Cuando una relación comienza a estar repetida, pierde la interacción creadora y poco a poco nos deja sin energías, entonces, lo único que queda es el gesto de desprenderse y salirse AFUERA (Pisano, 2003).

Concuerdo plenamente. No es cierto que las mujeres y otros grupos reivindicadores y contrahegemónicos hayamos podido avanzar porque nos hayamos insertado en los mercados laborales, en los parlamentos, oficinas y universidades. Los problemas de violencia, exclusión, sujeción y dominio en el que viven casi todas las mujeres y también amplios grupos no hegemónicos en todos los países (pobres, distintos, sureños) muestran que evidentemente el sistema no ha cambiado en lo fundamental.

De hecho, establece la autora, el sistema ha perfeccionado la absorción de estos conocimientos-ideas-personas, institucionalizándolos o marginándolos, aunque siempre mantenga algunas excepciones (útiles). Accesa, monitorea, borra a las personas y anonimiza sus ideas. Así no hay «otros», sólo se legitiman las voces e ideas que el sistema de dominación quiere, haciéndolas visibles, con lo que éste se va agudizando, perfeccionando en sus poderes, controles y saberes. «Muy distinto sería

reconocer las críticas y conocimientos potencialmente transformadores y dejarlos circular, sin exigencias «pragmáticas», sin recetas ni modelos para ellos indispensables. Los conocimientos, análisis y saberes se quedan adheridos y desactivados en los «pequeños» poderes que este dialogador les otorga. El desafío es quedarse AFUERA. En este diálogo el poder consigue descalificar a quienes no están en su «modernidad», en sus profesionalismos y eficiencias, en sus valores, en sus principios, en su «buen sentido» y a quienes no legitiman a sus pensadores y poetas como ellos los leen e interpretan, cortando de esta forma el hilo de las ideas que no le convienen. Cortando el hilo de las ideas y envasándolas, éstas se empobrecen, se estancan y quedan en la mitad de su historia como un constante pendiente imposible» (Pisano, 2002).

Lo que es más inspirante de las ideas de estos otros pensamientos radicales instalados en el afuera, es que se elabora una crítica que trasciende el problema de las mujeres, propuesto por la visión integrista, que es finalmente instrumental al sistema patriarcal de dominación. Ahora se trata de construir un aporte innovador y sistémico, porque la complejidad de todas las dinámicas económicas, de género, de significados y símbolos, así como las relaciones de poder, las cuotas y permisos para pensar, disentir y proponer, se extienden a toda la humanidad y a todo el planeta. No se trata de pedir permiso para jugar un juego en cuyas reglas, y por tanto en sus resultados, no hemos participado ni mujeres ni una gran cantidad de excluidos, no estamos pensando en que podemos continuar con más de lo mismo pero con una cuota mayor en la repartija. Se trata de que no queremos vivir en un sistema que se funda y funciona bajo los preceptos y mecanismos que nos destazan, expolían y someten a la violencia de la exclusión, la xenofobia y la diversofobia con la intesidad que actualmente percibimos. Se trata pues, de plantearnos, un simple cambio civilizatorio.

Cuando Pisano habla de derrotas, se refiere a que las mujeres no hemos conseguido acercarnos a un diálogo horizontal, puesto que «el diálogo desde lo *femenino* como parte subordinada de una estructura fija, no puede entablar un diálogo fuera de la masculinidad, ya que vive dentro de ella, en su medio, su límite, allí se acomoda una y otra vez, por tanto, no puede crearse independientemente como referente de sí misma. No lograremos desmontar la cultura masculinista, sin desmontar la feminidad.» (Pisano, 2001).

Hasta hoy, no existe una historia de mujeres, pero si podremos construir un futuro distinto con la visión de las mujeres. No existe una historia ni una genealogía propia porque hemos sido silenciadas e invisibilizadas, de ahí que nos haga falta reconstruir una genealogía que no provenga del patriarcado, sino de nuestras propias experiencias, pensamientos y visiones.

Para apenas comenzar a pensar en otro mundo, basado en relaciones de mutuo respeto, cuidado, donde se pueda vivir en cierta armonía con la naturaleza, tenemos que situarnos en el afuera, en la otra esquina, y desde fuera incluso de los márgenes del sistema, comenzar a pensar en otras formas de vida, ejerciendo el trabajo político necesario para deconstruir lo actual e instalar nuevas relaciones para las personas. Así, para Pisano (2001), ya se puede dar cuenta de un nuevo lugar desde donde se elabora, puesto que el pensamiento de algunas teóricas feministas está adquiriendo una dimensión de autonomía, y la crítica que ha venido desarrollando este pensamiento, está generando la posibilidad de ejercitar otras propuestas civilizatorias. «Avanzamos hacia la posibilidad de entablar un diálogo horizontal con la masculinidad desde un lugar creado externamente a ella, liberándonos de los nostálgicos deseos de permanecer en una cultura que, por más que la queramos leer como nuestra, nos sigue siendo ajena.»

9.5 Ética y nuevas epistemologías para resignificar el desarrollo

El concepto de Desarrollo, con su más reciente explicitación relacional con la sustentabilidad, requiere ser dissociado de la noción de puro crecimiento económico, concepción producida por la ideología del progreso y las aproximaciones científicas reduccionistas, parceladas y lineales, propias del paradigma científico tradicional. ¿En qué radica la diferencia fundamental entre ambas nociones? El desarrollo-crecimiento, entendido como progresión ilimitada, o como incremento infinito de la producción física de un país, supone la posibilidad siempre abierta de expandir los horizontes de la producción hasta el infinito y más allá, avasallando de paso la diversidad biológica y cultural; e invisibilizando el trabajo de las mujeres y su aporte crucial en la producción y la reproducción social. Esta visión es sólo posible al combinar el fuerte sesgo androcéntrico (ceguera respecto de las relaciones de género y la economía), con el desconocimiento de las dinámicas biofísicas, regidas por la termodinámica y la fragilidad de los ecosistemas planetarios y locales. A partir de la noción que el crecimiento puede ser ilimitado, se piensa que a las trabas que puedan irse presentando en el proceso de crecimiento, siempre se les encontrará alguna tecnología capaz de superar el escollo. En forma similar, se sostiene que la incorporación de las mujeres a la fuerza laboral formal y su consecuente retribución salarial irá mejorando en la medida en que su aporte agrega valor mercantil monetario a la producción contabilizada, superándose el «tema» a lo largo del tiempo. Estas visiones tan absurdas como poco científicas, hoy prevalecen en el imaginario público y en los discursos de los grupos económicos.

Mientras, en su salto epistémico, los nuevos conceptos de sustentabilidad y equidad entre todos los grupos humanos, reconocen la existencia de límites o umbrales a la expansión de

la extracción de recursos naturales y respecto de las capacidades de absorber los contaminantes y desechos propios del proceso de producción, distribución, consumo y disposición inherentes al proceso económico; y al mismo tiempo explicitan las complejidades, invisibilidades y consecuente explotación del trabajo de mujeres, niños y poblaciones enteras en países con menores estándares laborales, en el marco de un sistema globalizado de maximización tanto local como remota de las ganancias corporativas. El tamaño si importa, igual que la intensidad de extracción y desecho, y también importa si quien trabaja es una mujer, un pobre urbano o un niño rural. Importa porque estas dinámicas determinan quienes vivirán en pobreza y quiénes recibirán los frutos de la cadena transnacional del trabajo, importa porque estas dinámicas también generan frutos actuales que significan automáticamente la hipoteca sobre el futuro desarrollo, una vez que sean agotados los recursos naturales, y contaminado los ecosistemas locales hasta enfermar a su población actual y/o futura. Estas complejidades tan diversas son las que finalmente preocupan o deberían preocupar a los pensadores y practicantes del desarrollo.

A este respecto, cabe resaltar un aporte central en el pensamiento dependientista respecto al desarrollo, algo que pioneramente enunció Gunnar Myrdal (1957): el desarrollo y su fenómeno opuesto, el subdesarrollo, son ambos caras de la misma moneda. Esto es que ambos son fenómenos complementarios o partes de un mismo fenómeno observado desde puntos situacionales de una misma realidad. El desarrollo es lo que ocurre en la parte luminosa de la realidad; el subdesarrollo es lo que se da en la parte oscura.

De acuerdo a esta lógica, se puede considerar el problema de la sustentabilidad, como otra cara de una misma moneda (realidad), siendo la primera cara aquella que muestra las maravillas de la producción económica. El desarrollo-crecimiento buscaría

dar cuenta de apenas UNA dimensión, de aquello que es endógeno o propio de un fenómeno específico; pero que aunque sus analistas se resistan a aceptar, transcurre indisolublemente asociada otra dimensión (exógena, por la opción del analista que así lo decidió). La inequidad inherente al modo de producción que actualmente impera en el mundo, puede también ser visto como la otra cara, que genera las ganancias a las que está acostumbrado el capital, pero al mismo tiempo implica que tantas personas en el planeta malvivan sin siquiera poder obtener los alimentos y el agua para sostenerse biológicamente.

La producción económica, los procesos culturales, los fenómenos distributivos y las dinámicas ecosistémicas, siempre ocurrirán en forma simultánea, retroalimentándose y transformándose complejamente, aún y cuando no nos demos cuenta. Como se dice coloquialmente, «no hay peor ciego que el que no quiere ver», de ahí que estas cuatro dimensiones estén siempre presentes (de hecho habrán varias más, tantas cuanto podamos abarcar) porque son partes *constitutivas* de un sistema mayor que las contiene: lo que está dentro y lo que está afuera, los círculos que se contienen y entrecruzan, simbolizando aspectos de una misma realidad, que se revelan y explicitan según los intereses y los valores de cada quién.

A estas alturas, me parece obvio que el terreno del desarrollo, como saber y como operar, vibra al compás de determinados contenidos éticos, en consistencia con un ethos particular. La sustentabilidad y equidad del proceso resulta de una serie de imbricados procesos complejos, en los que se despliega nuestra (in)humanidad, al mismo tiempo limitada y completamente dependiente de la biosfera; y por otra parte sin aparentes fronteras en el ámbito de la creación de arte y belleza.

El desarrollo se plantea justo en este planeta que se hace cada vez más pequeño; nos reclama una brújula que señale, sin

importar donde nos encontremos, hacia el Sur, donde nos importan los que han sido y continúan siendo excluidos, explotados, desconsiderados, irrespetados. La sustentabilidad, la cooperación y la equidad reclaman hoy de esta brújula que nos recuerde la diferencia entre los medios y los fines, que module nuestro accionar de acuerdo a una ética solidaria y responsable, que legitime al otro, al distinto. Sea la alteridad representada por una persona de otro color, que habla otra lengua, o por una especie que comparte con nosotros en el gran juego de la vida.

No existen acciones éticas y otras no-éticas. Más bien los humanos podemos movernos en contenidos éticos distintos, pues la ética es un campo de reflexión sobre los resultados de nuestras acciones y omisiones sobre nosotros mismos, los colectivos humanos y los ecosistemas. De ahí que podamos hablar de la hegemonía actual de una ética utilitaria, de una ética deontológica, y de construcciones alternativas congruentes con la forja de la sustentabilidad y equidad del desarrollo, como pueden ser la ética de la responsabilidad, la ética de la solidaridad y la ética del cuidado esencial, por nombrar algunas.

Como ha señalado Denis Goulet (1992), el desarrollo para ser tal, requiere de nítidos contenidos éticos: el respeto de la diversidad biológica y de la diversidad cultural; la coexistencia de una serie de racionalidades, es decir tolerancia; el reconocimiento de la diversidad de modelos posibles; una aproximación no reduccionista a la economía; la existencia de enfoques pluralistas y no reduccionistas sobre la tecnología; la valoración de los seres humanos como un valor último y no meramente instrumental; el respeto sagrado de la biósfera como base de sustentación de la existencia humana; y la responsabilidad por la administración del cosmos y la integridad y supervivencia de la naturaleza. Asimismo, el desarrollo también debe contener la existencia de un profundo ethos solidario, que se exprese en solidaridad interna de los pueblos, solidaridad internacional y solidaridad intergeneracional.

Sólo la solidaridad puede restañar los efectos de las dinámicas excluyentes de las fuerzas del mercado y de los procesos de crecimiento operando sin ningún control o regulación.

Como nos dice Leff (2002), la «ética es una filosofía de vida, es el arte de la vida; arte y filosofía que no lo son de la vida orgánica, sino de la buena vida, de la calidad de vida, del sentido de la vida. [...] La muerte entrópica del planeta nos vuelve a la búsqueda de las raíces de la vida, a la voluntad de vida, más allá de la necesidad de conservación de la biodiversidad y del principio de supervivencia de la especie humana. La ética de la vida va dirigida a la voluntad de poder vivir, de poder desear la vida [...] con gracia, con gusto, con imaginación y con pasión ...»

Un determinado contenido ético en nuestro quehacer, nos permite optar y refinar decisiones respecto de variables muy complejas e incluso contradictorias que están contenidas en el proceso de desarrollo. Es fundamental asumir críticamente el carácter sistémico de la noción de «Desarrollo», entendiendo que contiene diversas dimensiones como son la producción, la distribución social, las dinámicas culturales, las visiones de mundo, y la relación con los ecosistemas. Estas dimensiones no necesariamente son contradictorias entre sí, pero se encuentran profundamente interrelacionadas y en dinámica de mutua transformación, pues cuando un elemento cambia en un sistema, el sistema muta por completo. Por tal razón, el «sobredimensionamiento» o la gestión parcial y atomizada de una dimensión en particular, por acción u omisión, inevitablemente termina acarreando alteraciones - en ciertos casos negativas - en las otras dimensiones. Por ejemplo, desde una ética utilitarista o instrumental, buscar la productividad y la competitividad internacional de los productos de una región, que generan una lucha descarnada por los peores estándares ambientales y laborales, puede generar un aumento de ciertos índices

macroeconómicos, pero al mismo tiempo, deterioros ecosistémicos y sociales significativos e inaceptables. Por ejemplo, el cambio de modelo económico en Chile hacia uno desregulado y abierto, generó la desindustrialización y ulterior cesantía de miles de personas, y la correspondiente incorporación creciente de las mujeres al trabajo remunerado; pero esto ocurrió como muestra la evidencia empírica, en condiciones de brecha salarial, precariedad, estacionalidad y desprotección; y que junto al fenómeno de manutención de los tradicionales roles de género en la esfera doméstica y comunitaria, produjeron una doble y triple exigencia de trabajo a las mujeres, que las sobredemanda (en forma distinta según la categoría ocupacional) más allá de lo que cualquier compañero del género masculino haya podido experimentar. De allí la necesidad de superar el enfoque reduccionista y/o «eficientista», por una aproximación capaz de reconocer y fomentar la sinergia en los procesos inherentes al desarrollo.

Vista esta panorámica, queda claro que necesitamos hacer más, apurar el tranco, para construir la sustentabilidad, la equidad y la diversidad como ejes estructurantes de nuestros estilos de desarrollo. Necesitamos re-construir y sintetizar saberes, formar y educar a las actuales y futuras generaciones, impregnar con nuestras propuestas a los decisores, lograr la complicidad de los diversos grupos y movimientos sociales. Movimientos, comunidades, ciudadanos, educadores, empresas y gobiernos, tenemos que afinar la comprensión, construir una visión conjunta de cómo mejorar nuestra calidad de vida y la de otros, conservando la naturaleza que nos sustenta. En el camino, es obvio que algunos perderán sus privilegios, pero no es la primera vez en la historia que el bien común intenta prevalecer sobre los intereses mezquinos de un grupo de poder.

Capítulo 10

10 EMOCIONES Y DINAMICAS CULTURALES EN EL DESARROLLO HUMANO.

EMOCIONES Y DINAMICAS CULTURALES EN EL DESARROLLO HUMANO

«Lo que el patriarcado trajo como esencia desde su lógica de dominación- la conquista, la lucha, el sometimiento por la fuerza-, hoy se ha modernizado en una masculinidad neoliberal y globalizada que controla, vigila y sanciona igual que siempre. Pero esta vez a través de un discurso retorcido, menos desentrañable y en aparente diálogo con la sociedad en su conjunto, donde va recuperando, funcionalizando, fraccionando, absorbiendo e invisibilizando a sus oponente y que trae consigo una misoginia más profunda, escondida y devastadora que la del viejo sistema patriarcal».

Margarita Pisano, 2001.

¿Qué clase de especie somos? ¿Cuál es la historia de nuestro linaje? ¿Acaso somos hijos de la violencia y el egoísmo es intrínsecamente humano, como nos quieren hacer creer los defensores del mercado salvaje?

Estas preguntas me han perseguido por décadas, logrando que cuestione las bases del pensamiento económico tradicional con atrevimientos y atisbos hacia otras disciplinas. En Chile, cuando la gente está descontenta en su trabajo o en su relación de pareja se dice «que está mirando para el lado». Bueno, en mi búsqueda de significados y respuestas, se podría decir que yo siempre he estado mirando para otros lados, incluyendo hacia arriba y hacia abajo, porque nadie en su sano juicio podría sostener en el tercer milenio de la era que corre, que las respuestas están contenidas en una sola disciplina, artificialmente construida.

Somos seres culturales, construimos modos de vida, ritos y significados compartidos. Pero también somos seres políticos e ideológicos, que generamos una determinada visión de mundo, de lo que es correcto y lo que no lo es. También somos seres pensantes, decimos que eso es lo que nos diferencia de los animales «salvajes». Pero a menudo se nos olvida decir que somos animales, que somos entes biológicos, y que albergamos esas misteriosas emociones de las cuales sabemos muy poco, a pesar de que influyen poderosamente en nuestras vidas.

Como seres biológicos, somos seres emocionales, como seres pensantes, también somos capaces de construir racionalidades socialmente aceptables o repudiables. Lo humano está precisamente en el espacio donde se entrelaza la biología y la cultura, las emociones y la razón, en forma única y dinámica. Como he aprendido de los autores que a continuación discuto, los seres humanos somos capaces de albergar emociones de exclusión y negación del otro, así como aquellas de amor y consideración. La racionalidad no es sino una construcción con cierta lógica, que descansa sobre opciones y supuestos subjetivos y arbitrarios que nadie sabe bien por qué elegimos. Así, somos hijos de una cultura que puede ser primordialmente amorosa y matrística, valoradora de la vida, la alteridad y la diversidad; o bien podemos recrear una cultura patriarcal y dominadora, que resalta la subordinación y la exclusión del prójimo. Pero una, la primera, nos potenció como especie, marcó el contexto nutritivo para que surgiera el lenguaje y se desarrollara nuestro sorprendente cerebro. Y la otra, la segunda, constituye una verdadera aberración evolutiva que amenaza nuestro bienestar, nuestra supervivencia y la de otras especies. Las buenas noticias, siempre las hay, es que dentro de la cultura patriarcal negadora del otro, subsiste, subsumida y casi invisible, una neomatrística amorosa y diversa, fundamentada en la misma emoción legitimadora del otro, que nos forjó como humanos.

Dentro de las visiones epistemológicamente más novedosas que se registran en las búsquedas transdisciplinares relevantes en el campo del desarrollo y el bien común, se encuentra la obra de Humberto Maturana, que junto a Eisler, Boff y Restrepo, nos hablan de que mundos distintos, basado en la solidaridad, la ternura y el cuidado no sólo fue, sino que también es posible, si tan solo cambiáramos nuestras miradas de mundo, nuestras conversaciones.

Aunque Margarita Pisano se resiste a «bautizar» la nueva forma de vida que necesitamos y nos merecemos, puesto que es algo que surgirá de nosotras y nosotros (en ese orden), he tenido que recurrir a algunos adjetivos y sustantivos para titular y subtítular algunas secciones para fines netamente expositivos.

Las ideas de estos pensadores son complejas y a menudo utilizan una nomenclatura novedosa que es necesario manejar para poder aprovechar lo que aportan. De ahí que el presente capítulo sea un tanto más extenso que otros, en el sentido de desarrollar desde la base los conceptos y formulaciones, asumiendo que el lector no ha tenido contacto previo con estas ideas, que son centrales al desarrollo humano.

10.1 Lo humano es razonamiento y emocionar entrelazado

Lo que puede el sentimiento
no lo ha podido el saber
ni el más claro proceder
ni el más ancho pensamiento
(...) sólo el amor con su ciencia
nos vuelve tan inocentes
Violeta Parra

Tanto en el paradigma científico racionalista, como en nuestro quehacer cotidiano de humanos, creemos que lo racional tiene un fundamento trascendental que le da validez universal independientemente de lo que nosotros hacemos como personas.

Pero suponiendo que fuese posible alejarnos como observadores (sujetos científicos y objetivos) de la realidad que observamos (objeto científico independiente de quien observa) para aplicar las enseñanzas de Descartes, suponiendo que pudiésemos desprendernos de nuestra integralidad humana y quedarnos sólo con lo racional despojado de toda emoción, en tal caso los científicos no seríamos más creíbles, certeros u objetivos, seríamos simplemente esquizofrénicos (separación persona-realidad).

Me atrevo a afirmar incluso que la realidad no existe separada de nosotros. Tampoco hay una sola realidad describible y demostrable objetivamente (separada de quienes somos), más bien pareciera que existen múltiples y diversas realidades que son auténticas, verídicas e irrepitable, sólo para quien la vive. Autores como Varela y Maturana han acuñado el término *autopoiesis*, para designar el hecho de que la realidad se autoconstruye en el fluir de la propia vida de los seres, que al vivir, crean, generan su propia realidad. De ahí que con nuestros sentidos, con la emocionalidad que nos es propia, con nuestras ideas y con nuestras razones, con el cuerpo que tenemos, vamos construyendo el mundo a medida que lo vamos viviendo. Estas ideas realmente deconstruyen casi toda la base donde se asienta el método científico tradicional, que postula la existencia de una realidad objetiva y externa que es posible describir, y cuyas leyes de funcionamiento pueden ser descubiertas mediante la experimentación controlada y verificable por otros científicos.

La mayoría de las personas tendemos a pensar que nuestras emociones son resabios de animalidad que nos degradan, que nos disminuyen en cuanto a credibilidad y calidad humana, desestabilizándonos y provocándonos todo tipo de sufrimientos. En coherencia con esta percepción, y dado que nuestra cultura patriarcal permite a las mujeres mayor espacio de vivencia en las emociones, somos como género desvirtuadas y desvalorizadas en tanto sospechosamente «emocionales» e incomprensibles. Por tanto, para mujeres y hombres resulta lógico y conveniente aprender a dominar/

esconder estas emociones para que no se noten o arruinen nuestras oportunidades de lograr lo que deseamos en cada momento. La emoción, como algo supuestamente peligroso y vergonzoso, es superada en favor de la razón. Creemos, decimos y queremos que nuestras acciones y opciones estén basadas en la racionalidad. Pero no es así.

...no es la razón lo que nos lleva a la acción sino la emoción. Cada vez que escuchamos a alguien que dice que él o ella es racional y no emocional, podemos escuchar el trasfondo de emoción que está debajo de esa afirmación en términos de un deseo de ser o de obtener. Cada vez que afirmamos tener una dificultad en el hacer, de hecho tenemos una dificultad en el querer que queda oculta por la argumentación sobre el hacer (Maturana, 1990:21).

Si escarbamos suficientemente profundo, al fondo de cualquier argumento racional encontraremos una base intuitiva y subjetiva que revela preferencias, motivaciones y emociones que nos impulsan a actuar de determinada manera, a funcionar de ciertas formas y no de otras, aunque escondamos estos elementos cubriéndolos con un manto discursivo racional, que sea socialmente aceptable. «Más aún, yo sostengo que, siempre actuamos según nuestros deseos, aún cuando parece a veces que actuamos en contra de algo, o forzados por las circunstancias: siempre hacemos lo que queremos, ya sea directamente porque nos gusta hacer lo que hacemos, o indirectamente porque queremos las consecuencias de nuestras acciones aunque éstas no nos gusten. Y sostengo además, que si no comprendemos esto, no podemos comprender nuestro ser cultural, porque al no entender que *nuestras emociones constituyen y guían nuestras acciones en nuestro vivir*, no tenemos elementos conceptuales para entender *la participación* de nuestras emociones en lo que hacemos como miembros de una cultura, y no comprendemos el curso de nuestras acciones en ella...» (Maturana, 1994:24; subrayado propio).

Observemos el caso de la ciencia, como supuesto reducto excelso de la racionalidad objetiva. Los científicos somos constructores de verdades trascendentes y auto contenidas, capaces de desprendernos de nuestra humanidad en procura de la verdad absoluta. Pero la ciencia, como construcción cognitiva, se realiza en una determinada vivencia cultural, de la cual el científico no puede escapar aún cuando se lo propusiese, y aunque éste no sea consciente de su referente emocional y cultural. En ciencias sociales es ya completamente aceptable establecer que la ciencia y la validez de las explicaciones científicas no se constituye ni se fundan en forma externa o independiente del observador o del científico, sino a partir de las experiencias, visiones, búsquedas y subjetividad de quien intenta explicar o sistematizar.

Así, es obvio que cada científico, dentro de su dominio de acciones y relaciones con los demás, construye una racionalidad que además de ser lógicamente consistente, se basa finalmente en un acto de fe, de amor o desamor, en una emoción que le hace escoger determinados supuestos, determinada ideología como premisa fundamental (y probablemente implícita) para la construcción de su teoría. En otras palabras, en el vivir de los seres humanos, donde se entrelazan continuamente la biología y la cultura humana, no es posible lo objetivo, la verdad absoluta, la «racionalidad» despojada e independiente de la emoción humana.

10.2. ¿Dónde se gesta el desarrollo humano?

Aunque en muchos casos resulte una apropiación discursiva del concepto y su significado, es ya casi un lugar común afirmar que el proceso de desarrollo humano debe gestarse de manera participativa, desde abajo hacia arriba, como autogestión, definido y realizado por sus auténticos protagonistas, a escala local, en tanto empoderamiento.

El desarrollo, así planteado en su forma más tradicional, sería algo que viene desde fuera, desde el espacio colectivo que se cons-

truye en la convivencia social, en el espacio discursivo de «lo público». Como he afirmado antes (Quiroga, 1993), la idea y gestión del desarrollo se construye sistémicamente en unidades estilísticas que comprendan la interrelación de la cultura, la ética, la racionalidad, el sistema económico, las formas de gestión, entre otros; por lo que se hace necesario articular los contenidos de dichas instancias, para que todos sean congruentes con el mismo objetivo humanista de potenciar la calidad de nuestras vidas, de mujeres y de hombres de todas las edades, a lo largo y lo ancho de nuestro planeta.

Pero este enfoque alternativo, si bien necesario, resulta insuficiente en tanto supone implícitamente que el mejoramiento en la calidad de vida de las personas es algo que todos deseamos y sabemos cómo conseguir, algo que viene determinado desde el espacio racional y público. Más aún, el desarrollo pensado e intentado desde afuera hacia adentro (casi como por ósmosis) supone que la visión puede ser entendida y asumida por el razonamiento «objetivo» de las comunidades, en tanto estas se hagan permeables a la invasión de las ideas. Así definido, el desarrollo sería algo aprendible y aplicable, en tanto se pudiesen establecer criterios consensuales sobre lo que mejora la calidad de vida (por ejemplo, diseñar satisfactores sinérgicos).

La experiencia asociada a esta idea de desarrollo por inoculación, que por demás es la única forma en que hasta ahora se ha entendido y practicado el desarrollo, muestra serias limitaciones en su puesta en práctica, toda vez que las personas no se comprometen en número y con la fuerza suficiente a los movimientos y proyectos de cambio social y comunitario, sean estos espontáneos o previamente definidos. Un ejemplo típico de esto lo constituye la falta de respuesta de los hombres para hacerse cargo de una parte del trabajo doméstico, en la medida que las mujeres hemos participado progresivamente en el mercado laboral remunerado. La paradoja resultante consiste en que las mujeres hemos ido construyendo un es-

pacio propio en lo público, pero los hombres no han hecho lo mismo al interior de la casa.

Los discursos, fundamentos y argumentos racionales, por más coherentes, elaborados, lógicos e impecables que puedan ser, sólo convencen a los ya convencidos, sólo son aceptadas como explicaciones válidas por las personas que quieren hacerlo, porque estos discursos son congruentes con su emocionar y/o porque justifican/validan/legitiman sus elecciones. Toda racionalidad se articula en premisas iniciales que no se sostienen por sí mismas, sino que se sostienen apenas en una elección, rechazo, invento o sustitución por parte de la persona que construye o analiza el discurso racional.

Los que estamos ocupados en el área del desarrollo, en los movimientos sociales, en los proyectos de cambio, hemos sido incapaces de articular la cotidianidad con los proyectos colectivos, la razón con las emociones, la privacidad con lo público, los sentidos íntimos y familiares con los grandilocuentes discursos de tamaño país.

Pero si nos cuestionamos el fracaso del desarrollo a partir de nuestra concreción de intimidades e historias invisibles, abarcando también las emociones que nos impulsan a la acción, podremos darnos cuenta de que cada uno de nosotros tenemos determinada responsabilidad en la conservación del estilo de vida que hoy recreamos.

¿Con qué cuidado y con qué calidad de vida vivimos la historia los que predicamos el desarrollo humanista, solidario, sustentable? ¿En qué momento nos ocupamos de nuestra casa, de los niños, de las verduras? Creo que constituye una experiencia bastante común el andar predicando contra el estrés y en pro de la vida, contra el autoritarismo y en pro de la democracia, contra la uniformidad y en pro de la diversidad; al tiempo que en nuestra

vida cotidiana nos alejamos bastante, por decir lo menos, de nuestro impecable discurso. Bien valdría en nuestro existir aquello de que se enseña con los hechos y no con las palabras.

Propondremos a lo largo de estas líneas que el cambio social ocurre a partir del cambio en el empujar y de las conductas de las personas, porque el desarrollo como potenciador de nuestras vidas en verdad se gesta desde dentro. Ocurre toda vez que queremos cambiar la forma en que nos relacionamos con los otros, que optamos por ser cuidadosos, afectuosos y considerados con los demás y con nosotros mismos. Si a esto además se agrega un entorno social y afectivo congruente, la velocidad del avance hacia el bienestar común se incrementa.

La paradójica combinación de expansión económica mundial con aumento de la pobreza, crisis ecológica y deterioro de la calidad de la vida (ver capítulo 6) es lo que entiendo como el estrepitoso fracaso del desarrollo. Para Vandana Shiva (1991), el maldesarrollo es esencialmente lo que corrientemente llamamos desarrollo. El maldesarrollo «rompe la unidad cooperativa de lo masculino y lo femenino y pone al hombre, despojado de principio femenino, por encima de la naturaleza y la mujer separado de ambas» (Shiva, 1991:28). «El maldesarrollo es la violación de la integridad de sistemas orgánicos interconectados e interdependientes, que pone en movimiento un proceso de explotación, desigualdad, injusticia y violencia» (Shiva, 1991:28).

Mas allá de todo discurso o racionalidad cómplice, al centro de este flujo de comportamientos y acciones económicas y políticas, se encuentra un soterrado y específico empujar, una cultura aberrante que nos promete la autodestrucción. Es el empujar patriarcal lo que nutre la obsesión por el gigantismo y la expansión, por el crecimiento económico ilimitado que extiende su asalto destructivo sobre la naturaleza, incorpora el trabajo semi-esclavo de niños y jóvenes y extiende la triple y cuádruple jornada laboral por parte de las

mujeres en todo el mundo, condenando a miles de millones de personas a vivir en la más absoluta miseria. Si bien esta aproximación genera ganancias gigantescas que se concentran cada vez en menos manos, por otro lado se imposibilita el mejoramiento de la calidad de la vida de las personas, cuyo bienestar se invoca sólo cuando se trata de mercadear la doctrina neoliberal globalifílica en el orbe.

Pero las contradicciones estilísticas del maldesarrollo no sólo permean las concreciones históricas referidas al espacio de lo público, como la experiencia del socialismo real (colectivismo autoritario) o del capitalismo (exclusión sistemática y libertad para algunos), en cualquiera de sus distintas versiones. Lo que ocurre en la esfera grande del país probablemente sucede también en el colegio, el barrio y la casa.

El maldesarrollo se extiende también a los espacios de la intimidad donde los seres humanos reproducimos tranquilamente el patriarcado, al vivirlo naturalmente en inocencia irreflexiva, o bien en un continuo que va desde el inconsciente de negar todo lo que en el espacio público predicamos, hasta el darnos cuenta y no saber cómo vivir con nuestras parejas y nuestros hijo/as una vida plena y significativa.

Pienso que la recreación del patriarcado, desde la intimidad hasta los más grandes espacios, dificulta enormemente el desarrollo tanto de mujeres como de hombres. Para nuestra infelicidad, el patriarcado atraviesa de manera casi total la red de emociones y acciones que generamos los humanos, pudiendo escapar de éste sólo de manera esporádica, parcial, momentánea e incluso fortuita para sentir la plenitud, la confianza y la paz primigenia del vivir matrístico. Pero además de hacernos bastante infelices, lo más grave es que la cultura patriarcal que a diario reproducimos, hará imposible la conservación de la especie humana.

Pienso, que si hemos de sobrevivir y desarrollarnos como especie, tendremos que realizar un esfuerzo deliberado y consistente por cambiar nuestro vivir cotidiano, para recrear una cultura matrística amorosa⁶⁶ y solidaria.

Realizando un cambio de planos y ejes en la reflexión sobre el espacio donde se origina el desarrollo, afirmo que el proceso de mejoramiento sustentable de la calidad de la vida humana supone un proceso íntimo de darse cuenta y recrear nuevas relaciones matrísticas nutritivas y sanadoras junto a otros. Entiendo que este proceso surge desde el plano más íntimo y particular de la persona consigo misma y sus convivientes en el espacio de lo privado, y fluye hasta la comunidad más próxima (vecindario, espacio laboral) y el colectivo social.

Si al leer estas líneas las ideas que se esbozan parecen un tanto ingenuas y simplistas, tal vez valga la pena seguir profundizando. Es apenas una invitación que intenta rescatar los fragmentos y construir una visión más integral de lo que somos y podemos ser. El desarrollo humano constituye una utopía posible, contra la naturaleza supuestamente egoísta y competitiva de nuestra especie, como veremos a continuación.

10.3. La emoción del amor en la hominización

Muchas personas hemos aprendido que de monos pasamos a *homo sapiens* mediante el desarrollo de las habilidades manuales y del cerebro, resultantes de la fabricación y uso de instrumentos de caza y guerra. Después de todo el «hombre» primitivo era un excelente cazador, rudo, burdo y guerrero, en defensa constante contra las fieras amenazas del medio. Pero existen teorías y evidencias científicas suficientemente sólidas para cuestionar seriamente dichas enseñanzas. Retrocedamos el tiempo a tres y medio millones de años atrás:

⁶⁶ A lo largo de este libro la palabra amor se usa en el sentido de Maturana (1990), como la emoción que hace del otro, un legítimo otro en la convivencia.

Nosotros, los seres humanos, tenemos nuestro origen en una línea de primates bípedos que se puede seguir hacia atrás unos tres y medio millones de años. Nuestros ancestros de esa lejana época eran seres que tenían más o menos el tamaño de un niño de ocho años de edad. Caminaban en posición erguida, igual que nosotros, y deben haber tenido tanta capacidad como nosotros para manejar su cuerpo. Su masa cerebral era alrededor de un tercio de la nuestra. Es posible afirmar que vivían en grupos relativamente pequeños de unas 12 a 15 personas, incluyendo adultos, jóvenes y bebés. Estos seres eran recolectores de alimentos: semillas, nueces, raíces. De hecho, comían los mismos granos que ahora cocinamos para comer. [...] El modo de vida propio de nuestros ancestros era, en lo fundamental, igual al nuestro actual pero sin lenguaje: se vivía en grupos pequeños como familias grandes; se compartían los alimentos; se vivía en la cercanía sensual de la caricia; se vivía en una sexualidad frontal que implicaba el estar cara a cara el uno con el otro en la intimidad de un encuentro personal; y por último; posiblemente, se vivía también en la participación de los machos en la crianza de los niños (Maturana, 1991: 250).

Maturana piensa que el gran desarrollo del cerebro en la hominización se relaciona principalmente con el lenguaje más que en la manipulación de objetos. Y a su vez, el lenguaje sólo puede surgir en un espacio de intimidad y recurrencias suficientemente fértil como la que opera al principio de nuestro linaje.

En el vivir juntos desde una emoción prevalecientemente amorosa, donde el otro es uno legítimo junto a uno, pudo surgir tanto el lenguaje como lo humano; pero más importante aún, ambos procesos lograron recrearse y conservarse intergeneracionalmente, posibilitando el despliegue de nuestro formidable proceso evolutivo hasta lo que somos hoy.

Maturana no comparte la opinión de que el cerebro humano se haya desarrollado como consecuencia del mejoramiento de la destreza manual asociada a la fabricación y uso de instrumentos.

«Me parece más factible que la destreza y sensibilidad manual que nos caracteriza haya surgido en el arte de pelar las pequeñas semillas de las gramíneas de la sabana, y en la participación de la mano en la caricia por su capacidad de amoldarse a cualquier superficie del cuerpo de manera suave y sensual. Sostengo (...) que la historia del cerebro humano está relacionada principalmente con el lenguaje. Cuando un gato juega con una pelota, está usando las mismas coordinaciones musculares que nosotros. Si ustedes tienen algo y se les cae, lo toman en un peloteo que no es diferente al del gato. El mono lo hace con la misma o mayor elegancia que ustedes aunque su mano no pueda extenderse como la nuestra. Lo peculiar humano no está en la manipulación sino en el lenguaje y su entrelazamiento con el emocionar». (Maturana, 1990:18)

El lenguaje nos caracteriza como humanos hasta tal punto, que la convivencia que fundó nuestro linaje sería hoy imposible si no contáramos con el lenguaje como vivencia tan natural como desarrolladora de cultura. Respecto de la potencia de la convivencia en la construcción del otro como legítimo, basta recordar cómo en la concurrencia sistemática que opera cuando por cualquier motivo convivimos con alguien que nos es desconocido y lejano (por ejemplo en retiros, seminarios, estudios, etc.); en poco tiempo ya es parte de nuestra vida y lo que pase con el nuevo amigo nos importa de verdad, sin importar si piensa y siente igual o parecido a nosotros. La convivencia crea el espacio nutritivo para que surja la consideración mutua, los lazos de afecto, y las redes de conversaciones que generan mundos nuevos.

El lenguaje, y por tanto lo humano, no hubiese sido posible en ausencia del amor, emoción que constituyó el fundamento de la génesis de lo humano al configurar un dominio operativo coherente con la conservación y desarrollo de la especie⁶⁷. Este modo de convi-

⁶⁷ Igualmente, la vivencia del amor como la emoción que hace del otro un legítimo otro en la convivencia, nos impidió y en general sigue impidiendo abandonar o exterminar a los congéneres débiles, enfermos o discapacitados.

vencia humana, basado en la aceptación de la legitimidad del otro, constituye lo social, «por esto digo que el amor es la emoción que funda lo social; sin aceptación del otro en la convivencia no hay fenómeno social [...] Sin una historia de interacciones suficientemente recurrentes, envueltas y largas, donde haya aceptación mutua en un espacio abierto a las coordinaciones de acciones, no podemos esperar que surja el lenguaje. Si no hay interacciones en la aceptación mutua, se produce separación o destrucción. En otras palabras, si en la historia de los seres vivos hay algo que no puede surgir en la competencia, eso es el lenguaje». (Maturana, 1990:22)

Lenguaje, conversaciones y cultura

Pero ¿qué son el lenguaje y las conversaciones? El lenguaje no es lo que normalmente entendemos por comunicación, no se agota en un conjunto de símbolos que decodificamos, donde hay un emisor, un mensaje, un medio y un receptor. El lenguaje es un fenómeno central en lo humano, que nos involucra en tanto somos seres vivos, que se origina en determinado momento de nuestra historia evolutiva y que consiste en un operar recurrente, en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales⁶⁸.

Para Maturana, el lenguaje es un modo de vivir involucrados con otros hasta el punto en que se hacen recurrentes las cadenas infinitas de coordinaciones conductuales consensuales. No hay lenguaje si el otro me niega o yo niego al otro y lo hago invisible. Si no hay coordinación mutua de lo que hago y hará el otro, no hay lenguaje, y tampoco humanidad.

Para que haya lenguaje y conversaciones, no basta sólo con emitir un mensaje y que otro lo reciba. Necesito también su complicidad, la participación activa del otro que se involucra en el conversar, en el lenguaje que no es un acto unidireccional sino una relación

⁶⁸ Conductas consensuales: coherencias conductuales que surgen entre seres vivos que viven juntos (en interacciones recurrentes) como resultado de su vivir juntos (Maturana, 1994:165).

entre humanos, que hizo posible la hominización. Por lo tanto, si el otro no «me importa», si el otro no es un legítimo otro, entonces no es posible el vivir en el lenguaje, y la cultura como modo de vida no puede transmitirse. En tanto lo que nos constituye como seres humanos es nuestro existir en el conversar, todas las actividades y quehaceres humanos tienen lugar como conversaciones y redes de conversaciones; así cazar, pescar, cuidar niños, venerar, amar, etc.; son diferentes clases de conversaciones y consisten como tales en distintas redes de coordinaciones de coordinaciones consensuales de acciones y emociones (Maturana, 1994).

De acuerdo a la visión del autor, el amor es una emoción muy importante en nuestra génesis, como lo es en nuestro devenir histórico y en nuestros sueños de futuro. Esta legitimación del otro no constituye un discurso o una declaración, pues en tanto emoción, es una predisposición corporal-psicológica-social que se traduce y refleja en los hechos. El amor no es análogo a la tolerancia, la resistencia, el sacrificio, ni implica someterse obedeciendo incondicional e irreflexivamente a alguien. La práctica del amor supone que en cada persona existe la posibilidad inmensa de ser su propio dueño y desarrollar sus humanas potencialidades de acuerdo a sus preferencias, coincidan estas o no con nuestros deseos y opciones. Desde una visión amorosa, *valoramos* (más que toleramos) la existencia de muchas verdades, configuraciones existenciales y opciones vitales. Amor es ver al otro no como objeto, instrumento, canal, trampolín, receptáculo, materia, dueño, posesión, proyecto, etc.; sino como una persona, con todos sus saberes, subjetividades y razón; constituye un ser legítimo y respetable.

10.4. La cultura como una red de conversaciones

Definimos habitualmente una cultura por las formas de ser y de hacer las cosas, por un conjunto de valores, creencias, ritos y procedimientos que configuran un modo de vida al interior de una determinada cultura.

Pero Maturana (1994) tiene la visión de que la cultura constituye una red cerrada de conversaciones; y como tal es constitutivamente un sistema conservador cerrado, que genera a sus miembros en la medida en que estos la realizan a través de su participación en las conversaciones que la constituyen y definen.

...hay culturas en las que a los hombres se les dice que no tienen nada que ver con el cuidado de los niños. Pero si uno observa lo que pasa con los hombres, uno puede ver que cuando se rompe la admonición cultural que les niega su participación en el cuidado de los niños, los machos humanos, se interesan por éstos y, preocupándose de ellos, cooperan con las hembras en su cuidado. Agreguemos que nada pasa en los sistemas vivos que su biología no permita y que tampoco la biología determina lo que sucede en el vivir, sino que sólo especifica lo que puede suceder. Por esto, si no hubiese en nosotros los machos humanos la posibilidad biológica de hacerlo, no tendríamos la disposición para cuidar a los niños y no disfrutaríamos cuidándolos. No se puede esperar que un gato macho adulto cuide de sus crías, éstas para él no existen o sólo existen marginalmente. Pero nosotros, los machos humanos, no tenemos ningún problema (Maturana, 1991: 250).

El lenguaje configura las opciones de vida en que nos desenvolvemos. No podemos hablar sobre desarrollo desde la imposición y el control que aniquilan precisamente las potencialidades creativas y de identidad que los propios protagonistas del proceso pueden aportar. El lenguaje tiene un peso y como sistema de signos no es neutral, como dice el feminismo, el lenguaje tanto nos somete como nos puede ayudar en el proyecto de iguales (aunque diferentes). Hoy en día vivimos en una red de conversaciones patriarcales, y esto es muy notorio en América Latina. La imagería fálica y los signos que hablan de dominio, control, manejo y sujeción que podemos encontrar en los ámbitos laborales gubernamentales, empresariales e incluso en la academia, son vividos como normales por la mayoría de

las personas, pero para un oído entrenado en los temas que estamos analizando, no son triviales. Describo la siguiente situación que presencié directamente, en boca de quién, a partir de los más humanistas y solidarios intereses, proponía su estrategia de reforma legislativa progresista por etapas. En dicha conversación se sostenía, con el correspondiente apoyo gestual, algo así como «no podemos desesperarnos, se trata de ir de a poco, comenzando por lo menos conflictivo, y cuando ya le hayamos metido la punta, ahí nomás seguimos hasta adentro, ja ja ja». El falo en nuestra sociedad patriarcal se convierte en espada, en herramienta de batalla, conquista, control, cooptación y negación del otro. El fin justifica, aparentemente, los medios.

La cultura, como modo de vida de los humanos, permea todo nuestro quehacer, todos los espacios que hemos construido, y juega un rol fundamental en la comprensión de nuestros problemas y en la construcción de alternativas. Del paradigma cultural que vivimos no escapan ni remotamente los académicos. Ilustremos con otra de las enseñanzas erradas que casi todos nosotros recibimos y creímos durante mucho tiempo, la que sostiene que antes de la existencia del actual sistema de supremacía masculina que vivimos (patriarcado) existió uno inverso, donde las mujeres dominaban a los hombres (matriarcado). Convenientemente, la defensa de la existencia del matriarcado que hoy sabemos sólo existió en la imaginación patriarcal, logra como subproducto casi justificar el patriarcado en tanto «revancha» masculina.

A esta hipótesis sobre el matriarcado llegaron tanto antropólogos como arqueólogos, a tratar de interpretar la evidencia arqueológica disponible⁶⁹, desde su particular forma de ver el mundo, basado en la jerarquía, la apropiación, la exclusión, la dominación y el control que recrea la cultura patriarcal. Por eso, al descubrir evidencias de una cultura que exaltaba la naturaleza y la paz, y rendía culto a la antigua diosa portadora de la capacidad de gestar la

⁶⁹ Ver Eisler, 1990

vida, los científicos respectivos asumieron haber encontrado restos del matriarcado, y por las innumerables figurillas de arcilla de una Diosa embarazada y/o con voluminosos pechos y sin rostro creyeron haber encontrado un juguete erótico del hombre primitivo (Eisler, 1990). Iguales errores se cometieron con la interpretación de representaciones de hojas y plantas a las que se atribuyó un pasado como puntas de flecha y artefactos de la guerra (ibid).

Con gran naturalidad, pues vivían en conversaciones donde prima la dominación, cuando los científicos no encontraron evidencias de que en las culturas primigenias de nuestra especie existiese la supremacía masculina, concluyeron rápidamente que se trataba de un mundo opuesto: alguien debía dominar, y si no eran los hombres tenían que ser las mujeres. La inferencia siguiente: a nuestra cultura de dominio masculino seguramente antecedió un régimen matriarcal, puesto que desde nuestra vivencia de patriarcado, nos resulta muy difícil imaginar un mundo distinto, sin supremacías, dominios ni apropiaciones.

Más allá de las especificidades culturales que se recrean en función del tiempo y el espacio, para cada una de los referentes humanos, a continuación se presentan dos grandes modelos culturales que ha construido la humanidad, de acuerdo a los hallazgos de Marija Gimbutas, en la interpretación que sobre su trabajo realiza Riane Eisler (1990) y otros investigadores.

La primera gran experiencia cultural que construyó la especie humana comienza en el inicio de ésta, hace más o menos cuatro millones de años y que se extiende hasta unos 7 a 5 milenios atrás. Riane Eisler ha llamado a este modelo cultural *gilánico-solidario*, en tanto que Maturana se refiere a él como *cultura matrística*. Este modelo se caracteriza por el predominio de los valores y conversaciones de solidaridad, coinspiración, amor, cuidado mutuo y cooperación; por la veneración a una diosa amorosa, pródiga y fértil; y por la extensión del sentido de pertenencia al mundo natural. La relación entre hombres y mujeres es de respeto y equidad.

Luego se extendió la cultura que actualmente recreamos, y que surgió hace 7 a 5 milenios. Riane Eisler ha llamado a este modelo cultural *androcrático-dominador* y Maturana se refiere a él como *cultura patriarcal-pastora*. Esta sociedad se caracteriza por el predominio de las conversaciones de apropiación, de control, y dominación; por la exaltación de la guerra, la agresión y la violencia; por la veneración de un dios intolerante y castigador; y por la extensión de la visión ya sea teocéntrica o antropocéntrica de la vida, donde la especie humana es elegida y superior. La mujer es controlada, dominada, apropiada y subordinada por los hombres.

La discusión sobre el origen de la apropiación nos lleva a un terreno sumamente importante tanto por su potencial explicativo como por su capacidad transformadora. Durante mucho tiempo se ha sostenido, particularmente en la tradición materialista histórica, que el origen de la propiedad privada y las clases sociales se remonta al origen del excedente mismo, el que a su vez deriva de la revolución agrícola.

Históricamente, cuando las condiciones técnicas y materiales (productividad) en que se realiza el trabajo humano por parte de un conjunto social organizado (comunidad primitiva) permitieron el paso desde la recolección a la producción, más allá de las necesidades inmediatas del grupo, se generó por vez primera el excedente económico. Mediante el conocimiento y las técnicas que se van mejorando, tarde o temprano el trabajo humano alcanza a producir más de lo estrictamente necesario para la sobrevivencia, y es entonces cuando surge la capacidad de acumular cierto excedente económico para el colectivo.

De acuerdo a la visión materialista, en primera instancia, el excedente que surge de la agricultura se guarda comunitariamente, pero de algún modo inexplicable empieza a ser codiciado por los grupos sacerdotales y/o militares, que con el tiempo habrían de gestar, el sistema esclavista, como la primera sociedad clasista de la humanidad. De acuerdo a esta tradición, el paso de la simple exis-

tencia del excedente económico, al acto de apropiación del mismo, se gatilla casi por generación espontánea, no median mayores elucubraciones ni constructos teóricos, por lo que implícitamente se colige que estaría de alguna manera dentro de la «naturaleza humana», que existiría el impulso (egoísta) de apropiarse de lo que otrora fuera común, para acceder a beneficios particulares.

Pero las teorías y hallazgos que ahora discutimos, sugieren con firmeza que los pueblos matrísticos originales vivieron varios milenios de «bonanza» económica, disfrutando excedentes tan voluminosos como para financiar el desarrollo de las artes y la cultura, y sin embargo sostuvieron el arreglo comunitario sin clases, ni apropiaciones, ni dominaciones, ni violencia, ni sujeción, ni control, hasta que pueblos invasores patriarcales casi exterminan de raíz su modo de vida matrístico y solidario.

La violencia y el patriarcado fueron impuestos desde una cultura lejana que terminó con los pacíficos matrísticos europeos. Así, la apropiación y la exclusión, son fenómenos culturales que estimulan un determinado emocionar humano que no es constitutivo de nuestro linaje pero que puede surgir ante determinadas circunstancias sobre las que volveremos más adelante. Por lo tanto, la propiedad privada, la inequidad (de clase, género, etnia) son aberraciones culturales propias del patriarcado y se originan en la emoción de la apropiación. Nuestra biología permite que nos comportemos así, pero no lo determina; tenemos en nuestra configuración biológica la posibilidad de volver a nuestro origen amoroso si así lo queremos con suficiente fuerza.

10.5. De la cultura matrística a la cultura patriarcal

¿Cómo es que de sociedades solidarias y matrísticas, la antigua Europa fue invadida por una cultura patriarcal dominadora que permanece hasta hoy con nosotros? Analicemos lo que ofrece la evidencia, en las siguientes líneas.

La sociedad matrística, más que evocaciones paradisíacas

En la visión de Riane Eisler, el modelo cultural original gilánico⁷⁰-solidario, asociado al Cáliz o a la Matriz, se rendía culto a la diosa creadora de la vida, y la paz, la solidaridad, la nutrición, la creación, la gestación y la pertenencia con la naturaleza constituían los valores predominantes. Eisler (1990) nos cuenta que la evidencia arqueológica re-interpretada minuciosamente por Marija Gimbutas y otras eminentes arqueólogas y académicas, sugiere que en la Europa antigua y hasta hace siete milenios, las relaciones entre ambas mitades de la humanidad eran armónicas (no paradisíacas), cooperativas, sin supremacías ni subordinaciones. A pesar del culto a la diosa, no existió en el origen de la sociedad humana la supremacía de las mujeres sobre los hombres o sobre otras mujeres:

...el hecho de que las mujeres desempeñaran un papel preponderante y vigoroso en la vida y religión prehistóricas, no significa que los hombres fueran vistos y tratados como inferiores. Ya que aquí, tanto los hombres como las mujeres eran hijos de la Diosa, de igual forma como eran hijos de las mujeres que encabezaban las familias y clanes. Y dado que esto, ciertamente, le dio bastante poder a las mujeres, homologando con la actual relación madre-hijo, parece haber sido un poder que se equiparaba más a la responsabilidad y al amor que a la opresión, los privilegios y el temor (Eisler, 1990:31).

Para Maturana, el concepto de sociedad matrística connota una situación cultural en la que la mujer tiene una presencia mística que implica la coherencia sistémica acogedora y liberadora de lo maternal, fuera de lo autoritario y lo jerárquico. Así, la palabra matrístico difiere sustancialmente de matriarcal, que es una hipotética sociedad de jerarquía y dominación con supremacía de las mujeres. Con sociedad matrística nos referimos a «una cultura en la cual

⁷⁰ Se refiere al balance de poder existente entre los dos géneros, la palabra gilánico, acuñada por Eisler (1990) conjuga las raíces de la palabra mujer (gyne) como de hombre (andros).

hombres y mujeres pueden participar de un modo de vida centrado en una cooperación no jerárquica, precisamente porque la figura femenina representa la conciencia no jerárquica del mundo natural a que pertenecemos los seres humanos, en una relación de participación y confianza, no de control ni autoridad, y en la cual la vida cotidiana es vivida en una coherencia no jerárquica con todos los seres vivientes...» (Maturana, 1994:19).

¿Pero cómo vivían las sociedades que estamos interpretando? Los restos arqueológicos encontrados revelan que las culturas matrísticas europeas eran sociedades agricultoras y recolectoras que no fortificaban sus poblados, que no tenían jerarquías entre las tumbas de hombres y mujeres o entre hombres o entre mujeres. Lejos de la dinámica emocional de la apropiación, estos pueblos no pueden haber vivido en la competencia, pues las posesiones no eran elementos centrales de la existencia. Ya que la Diosa constituía una abstracción de la armonía sistémica del vivir, la vida no puede haber estado centrada en la justificación racional de las acciones que implican la apropiación de la verdad (Maturana, 1994:26-27).

Así, en estas sociedades no existía aún la emoción de la apropiación, no existía la propiedad privativa, a pesar de que la productividad generaba los excedentes para que los pueblos matrísticos europeos vivieran las artes, la creación y el cuidado de los niños.

La herencia artística que nos dejaron estas antiguas comunidades -donde todos los aspectos de la vida se centraban en la adoración de la Diosa- sigue siendo desenterrada por la pala arqueológica. Alrededor de 1974, cuando Gimbutas publicó por primera vez un compendio de hallazgos de sus propias excavaciones y de las de más de tres mil otros sitios, se habían descubierto no menos de treinta mil miniaturas de greda, mármol, hueso, cobre y oro, además de enormes cantidades de vasos rituales, altares, templos y pinturas tanto en los vasos como en los muros de los santuarios (Eisler, 1990:16).

Lo que sí encontramos por doquier -en templos y casas, en pinturas murales, en la decoración de vasos, en esculturas, estatuillas de greda y bajorrelieves- es un rico despliegue de símbolos de la naturaleza. Estos, asociados con el culto de la Diosa, atestiguan el temor y admiración por la belleza y misterio de la vida (Eisler, 1990:20).

El patriarcado: origen de la apropiación

De acuerdo a la evidencia científica reciente (Eisler, 1990; Maturana, 1994; con base en Gimbutas) hace 5 a 7 milenios, ocurrió un verdadero vuelco en la evolución cultural de Occidente, cuando las sociedades gilánico-solidarias o matrísticas primigenias europeas fueron absorbidas por una nueva cultura patriarcal, androcrática⁷¹ y dominadora, impuesta por unos guerreros invasores que llegaron «desde los confines del mundo» imponiendo su modo de vida.

A partir de este momento se hace hegemónico el modelo cultural androcrático dominador, en el que rendimos culto a la guerra y a la espada, recreamos los valores de la conquista, el dominio, la fuerza, la agresividad, el castigo, la dominación y la competencia. Al vivir en este modelo cultural, adjudicamos una valoración diferencial a hombres y mujeres, establecemos rangos y jerarquías que resultan en el dominio del género masculino sobre el femenino, y de la especie humana sobre la naturaleza.

La historia de la génesis del patriarcado está relacionada con la emoción de la apropiación, con la que los humanos aprendimos a ser pastores y a excluir sistemáticamente a otros y otras de lo que nos apropiábamos. El patriarcado se impone en Europa hace unos siete mil años, como resultado de las invasiones indo-europeas que vienen del Este (Maturana, 1994); trayendo consigo una cultura de apropiación y violencia vivida por ellos desde el momento en que se transformaron en pastores.

⁷¹ El concepto androcrático (Eisler, 1990) hace referencia al predominio masculino (andros, cracia).

Estos pastores transformaron la cultura europea hacia el patriarcado. Y esto ocurrió no porque esto fuese conveniente o mejor, si no porque el nuevo emocionar resultaba coherente con el correspondiente vivir, por lo que se conservó intergeneracionalmente, extendiéndose en el tiempo hasta nuestros días.

pienso que en el origen de una nueva cultura, el nuevo emocionar surge como una variación ocasional y trivial en el emocionar cotidiano propio de la vieja cultura. Más aún, pienso que en este proceso la nueva cultura surge cuando la presencia del nuevo emocionar contribuye a la realización de las condiciones que hacen su ocurrencia posible en el vivir cotidiano (Maturana, 1994:32).

Pero ¿quienes eran estos pueblos portadores de la espada, que llegaron desde los confines del mundo y por qué eran patriarcales? De acuerdo a Maturana (1994) los pueblos paleolíticos matrísticos europeos no eran pastores, no restringían el acceso de otros animales a las manadas de las que ellos se alimentaban «y propongo que ellos no hacían eso porque el emocionar de la apropiación no era parte de su vivir cotidiano» (Maturana, 1994:33). Parte de estos mismos pueblos migraron hacia el Asia, siguiendo manadas de animales silvestres, y eventualmente se convirtieron en pastores indoeuropeos. Cuando surgió el emocionar de la apropiación, comenzó la acción de negar a otras especies (como al lobo) su acceso natural a la manada proveedora de sustento, monopolizando dentro del grupo humano el acceso al alimento, característica principal de toda cultura pastora.

Para Maturana, el paso de recolector-cazador a pastor-apropiador surge no de un cambio en las fuerzas productivas ni de las herramientas, sino de un cambio en las emociones que se conservaron intergeneracionalmente. El pastoreo y el patriarcado surgen a partir de la generalización de la emoción de la exclusión del otro como modo de vida en la antigua Europa.

El primer paso tiene que haber sido la operación inconsciente que constituye a la apropiación, esto es, el establecimiento de un borde operacional que negó al lobo el acceso a su alimento natural que eran los animales de la misma manada de la que vivía la familia que comenzó tal exclusión. La implementación de tal borde operacional tiene que haber llevado pronto o tarde a matar al lobo. El matar a un animal no era una cosa novedosa seguramente para nuestros ancestros. El cazador toma la vida del animal que se va a comer. Pero, tomar la vida de un animal que uno va a comer, y tomar la vida de un animal al que uno le restringe su acceso a su alimento natural, y hacer esto de manera sistemática, son acciones que surgen bajo emociones muy diferentes. En el primer caso, en el caso del cazador, el cazador o la cazadora realiza un acto sagrado, un acto propio de las coherencias del vivir en el que una vida es tomada para que otra vida pueda continuar. En el segundo caso, el que mató lo hace dirigiéndose directamente a tomar la vida del animal que mata, y esa matanza no es un caso en el cual una vida es tomada para que otra pueda continuar, sino que es el caso en el que una vida es tomada para conservar una posesión que queda definida como posesión en ese mismo acto. Las emociones que constituyen a estos dos actos como acciones totalmente diferentes, son completamente opuestas. En el primer caso, el animal cazado es un ser sagrado que es muerto como parte de la armonía de la existencia; en esta situación o algo así, el cazador o la cazadora que toma la vida del animal cazado está agradecido. En el segundo, el animal cuya vida se toma es una amenaza para un orden artificial que la persona que se transforma en pastor crea en ese acto, y la persona que toma la vida del animal muerto en esas circunstancias, esta orgullosa. (Maturana, 1994:34-35).

De acuerdo al autor, la cultura del pastoreo se define por un emocioar particular que es la apropiación, la cual se mani-

fiesta en la restricción del acceso de otros comensales normales a una manada que a partir de ese momento pasa a ser un recurso apropiado por un determinado grupo humano. No existe significado de apropiación sin sus resultantes de exclusión. Aquello que es apropiado se constituye como tal en la imposibilitación artificial de su acceso a otros.

Aún más grave, el inicio de la apropiación se urde con la irrupción de la idea del enemigo en la vida cotidiana, ingrediente fundamental de la cultura patriarcal: «con el origen del pastoreo surgió el enemigo como aquel cuya vida la persona que se ha vuelto pastor quiere destruir para asegurar el nuevo orden que instala a través de ese acto que configura la defensa de algo que se transforma en posesión en ese mismo acto de defensa» (Maturana, 1994).

El pastoreo surge así cuando la apropiación se convierte en una práctica cotidiana que en el vivir se transmite y conserva transgeneracionalmente. «Más aún, yo sostengo que la adopción de este hábito en una familia tiene que haber involucrado, como un rasgo de ese mismo proceso, cambios adicionales en el emocionar que llevaron a incluir, junto con el emocionar de la apropiación, a otras emociones como la enemistad, la valorización de la procreación, así como la asociación de la sexualidad de las mujeres con ella, el control de la sexualidad de las mujeres como procreadoras por el patriarca, el control de la sexualidad del hombre por la mujer⁷² como posesión, y la valorización de las jerarquías y la obediencia, como características intrínsecas de la red de conversaciones que constituyó el modo de vida pastoral» (Maturana, 1994:35).

⁷² Es interesante como Maturana nos hace reflexionar con respecto a los celos de las mujeres (a quienes se les atribuye inentendibles inseguridades propias de seres histéricos e irracionales) como un emocionar coherente con el patriarcado, donde las mujeres han sido al mismo tiempo apropiadas por el varón y despojadas de todo poder y valor; resultando coherente que en la mujer surjan tendencias más o menos fuertes a patriarcalizarse, toda vez que la irreflexión la urge a obtener lo que le ha sido negado, negándose a su vez como sujeta de sí.

De estas importantes reflexiones, me surge una pregunta y dos hipótesis posibles. Porqué, más allá del azar, surgió la emoción de la apropiación en estos pueblos trashumantes que comenzaron su migración viviendo matrísticamente, y porqué no surgió tal emocionarse en la cultura matrística sedentaria que se quedó viviendo en Europa. Esta pregunta se relaciona con la vieja discusión sobre la calidad del «alma» humana, que maniqueísmo aparte, resulta posible suponer que se mueve en un continuo de emociones que van desde el amor hasta el extremo opuesto de la negación sistemática del otro. Me parece que hay por lo menos dos factores que al combinarse, pueden arrojar cierta luz sobre el origen del emocionarse de la apropiación y por tanto del patriarcado.

La inseguridad podría explicar parte de nuestros comportamientos de exclusión y dominio sobre otros. Pues en virtud de nuestra vulnerabilidad biológica (en relación a otras especies), la especie humana es notablemente insegura y temerosa. Nuestra capacidad de darnos cuenta nos permite intuir las probables consecuencias de nuestra fragilidad corporal ante los elementos y la naturaleza muchas veces impredecible. En un contexto de violencia (como el que vivimos actualmente), no es difícil que se confirmen nuestras ancestrales inseguridades y se nos exacerben al máximo las compensatorias emociones negadoras del otro. No en vano somos una de las especies que nacemos más «incompleta», requiriendo absolutamente del cuidado externo por varios años antes de poder caminar, hablar y lograr las mínimas funciones autonómicas. Pero incluso como adultos, al natural desnudo, prescindiendo de cuevas, artefactos, tecnología en general, somos una de las especies más vulnerables ante amenazas diversas: casi no tenemos defensas naturales como garras, colmillos, pieles suficientemente fuertes, capacidad de mimetización, etc. Posiblemente desde siempre, esta vulnerabilidad que en el fondo conocemos, nos crea una gran angustia, y nos hace tremendamente inseguros. Otras especies, en su hábitat, lucen bastante más tranquilas y seguras, ya sea por inconsciencia, o por certezas innatas basadas en el instinto de conocer las fortalezas

y aptitudes reales. Nosotros, en una cultura patriarcal que además lo premia, recurrimos a conductas predatorias para compensar el miedo y la inseguridad ontológica.

Por cierto que lo anterior también se traduce en un comportamiento compensatorio observable, por ejemplo, en la obsesión por poseer y acumular que actualmente exhibe la especie humana. Resulta interesante observar que un mayor grado de inseguridad, derivado de una existencia relativamente no reflexionada, a decir anti-guo alienada, sin ejercicio de conciencia, resulta invariablemente en consumismo, ya sea como deseo o realización, dependiendo de las posibilidades del individuo. No resulta arriesgado proponer, a partir de mi simple observación cotidiana, que las personas que yo podría asociar con la mayor inseguridad, que desconocen quienes son y tampoco se preguntan qué hacen en el universo, son aquellas que exhiben también las mayores ansias de posesión de cosas, status, reconocimiento externo, dominio sobre personas, etc. La inseguridad humana pareciera tratar de compensarse en las acciones del tener, las que obviamente están precedidas por emociones de apropiación y control.

Por otro lado, quizá para estos proto-pastores la alimentación era más difícil, conseguir el sustento era más lento o trabajoso en esta cotidianidad migratoria que transcurría en el seguir manadas alimenticias, y se podría hipotetizar que en el tránsito hacia la trashumancia, la pérdida del terruño conocido, el alejamiento real y simbólico de aquello que es familiar, del colectivo al que se pertenece, sobre todo cuando lo dejado fue y es significado como amoroso y acogedor, puede profundizar y agudizar el sentido humano de la inseguridad y la indefensión. Tal vez la pérdida del referente territorial, el alejamiento de la comunidad-hogar, el distanciamiento con la red cerrada de conversaciones matrísticas, aumentaron notablemente la sensación de inseguridad de estos grupos humanos y abonaron el terreno para el surgimiento y reproducción de las emociones y ac-

ciones de apropiación, que comenzarían por el alimento, para extenderse posteriormente a todos los ámbitos de la vida y la cultura patriarcal-pastora.

Pero independientemente de cómo se explique su transformación, fueron estos mismos pastores indo-europeos los que volvieron al lugar de origen, a la vieja Europa matrística para transformar de manera violenta la cultura primigenia, causando el vuelco histórico que desde entonces nos ha hecho vivir y recrear el patriarcado como algo que en la irreflexión parece natural y que en el espacio consciente no hemos sabido como superar.

El emocionar patriarcal con el tiempo se hizo independiente del modo de vida pastoril, conservándose como cultura dominante hasta nuestros días, como una cultura que hace «de nuestra vida cotidiana un modo de coexistencia que valora la guerra, la competencia, la lucha, las jerarquías, la autoridad, el poder, la procreación, el crecimiento, la apropiación de los recursos, y la justificación racional del control y de la dominación de los otros a través de la apropiación de la verdad» (Maturana, 1994: 25).

10.6 De aberraciones patriarcales y reductos matrísticos contemporáneos

Si como especie somos hijos del amor, del cual dependemos integralmente, ¿cómo se explica entonces que nuestra especie se haya podido dar el lujo de vivir por varios milenios en la recreación de cultura patriarcal que nos niega el propio origen y alimento primordial? ¿Cómo hemos sobrevivido al maldesarrollo negador del otro?

La explicación de Maturana es que para sobrevivir en medio del prolongado oscurantismo patriarcal, tuvieron que conservarse determinados espacios matrísticos recreadores del amor, la ternura y la confianza total, que la mayoría de los humanos vivimos en la infancia.

CULTURA PATRIARCAL PASTORA Conversaciones:	CULTURA MATRISTICA EUROPEA Conversaciones:
De apropiación	De participación
En las que la fertilidad surge como noción que valora la procreación en un proceso continuo de crecimiento	En las que la fertilidad surge como visión de la abundancia armoniosa de todas las cosas vivas en una red coherente de procesos cíclicos de nacimiento y muerte
En las que la sexualidad de las mujeres se asocia a la procreación y queda bajo el control del patriarca	En las que la sexualidad de las mujeres y los hombres surge como un acto asociado a la sensualidad y la ternura
En las que se valora a la procreación y se abomina de cualquier noción o acción de control de la natalidad y de la regulación del crecimiento de la población	En las que se respeta la procreación y se aceptan acciones de control de la natalidad y regulación del crecimiento de la población
En las que la guerra y la competencia surgen como modos naturales de convivencia y aún como valores y Virtudes	En las que surgen la valorización de la cooperación y el compañerismo como modos naturales de convivencia
En las que lo místico se vive relacionado a la subordinación a una autoridad cósmica y Trascendental, que requiere obediencia y sumisión	En las que lo místico surge como participación consciente en la realización y conservación de la armonía de toda la existencia en el ciclo continuo y coherente de la vida y la muerte
En las que los dioses surgen como autoridades normativas arbitrarias que exigen total sumisión y obediencia	En las que las diosas surgen como relaciones de evocación de la generación y conservación de la armonía de toda la existencia en la legitimidad de todo lo que hay en ella, y no como autoridades o poderes
En las que el pensamiento es lineal y se vive en la exigencia de sumisión a la autoridad en la negación de lo diferente	En las que el pensamiento es sistémico y se vive en la invitación a la reflexión frente a lo diferente
En las que las relaciones interpersonales surgen basadas principalmente en la autoridad, la obediencia y el control	En las que las relaciones interpersonales surgen basadas principalmente en el acuerdo, la cooperación, y la coinspiración
En las que surge el vivir patriarcal de hombres, mujeres y niños, a lo largo de toda la vida como un proceso natural	En las que surge el vivir matrístico de hombres, mujeres y niños, a lo largo de toda la vida como un proceso natural
En las que no aparece una oposición intrínseca entre hombres y mujeres pero subordina la muera al hombre desde la apropiación de la procreación como un valor	En las que no aparecen una oposición entre hombres y mujeres, ni subordinación del uno al otro

Esquema 10.1 Conversaciones patriarcales y matrísticas

Fuente: Elaborado a partir de Maturana

...como seres humanos, somos seres culturales que podemos vivir en cualquier cultura que no niegue totalmente en su desarrollo inicial una relación madre-hijo de íntimo contacto corporal en mutua confianza total. La guerra, la agresión, la maldad, como maneras de vivir en la negación de los otros no son características de nuestra biología. Como animales [...] somos, sin duda, biológicamente capaces de agresión, de odio, de rabia, o de cualquier emoción que la experiencia nos muestra que podemos vivir, y que constituye un dominio de acciones que conduce a la destrucción o negación de los otros, pero nosotros vivimos estos dominios de acciones ya sea como episodios transitorios, o como alienaciones culturales que sabemos nos distorsionan en nuestra condición humana y nos llevan a la locura o a la infelicidad. La agresión, la guerra, la maldad, no son parte de la manera de vivir que nos define como seres humanos y que nos dio origen como tales. (Maturana, 1994:63-64).

Todos los seres humanos actualmente participamos en la red de conversaciones que reproducen la cultura patriarcal. De ahí que tanto hombres como mujeres, como niños y niñas, aprendamos en nuestro entorno un emocionar y un accionar patriarcal, cada cual según su género. No obstante, las mujeres en general mantenemos una tradición matrística en nuestras relaciones mutuas y con nuestros hijos. Esto, desde luego, no significa que las mujeres no podamos ser patriarcales y que los hombres no puedan ser matrísticos; lo que obviamente prueba que el patriarcado como red cerrada de conversaciones hace de todos nosotros potenciales patriarcas masculinos o femeninos que triunfamos en tanto somos capaces de apropiar, controlar, cooptar, violentar, excluir, luchar, conquistar, dominar, y ser obedecidos. Al mismo tiempo, los reductos matrísticos que recreamos nos hacen recordar las huellas de otros tiempos más congruentes con nuestra biología y emocionar, y nos potencian en tanto personas que podemos optar por un emocionar y un accionar neomatrístico.

Aún dentro del patriarcado, los seres humanos encontramos espacios matrísticos, tales como la vivencia de la infancia con la madre⁷³, en algunas relaciones de pareja, y ciertos espacios comunitarios. De otro modo, la persona humana privada de esa red de conversaciones fundadas en el amor, la dignidad del mutuo reconocimiento, respeto y confianza, enfermaría irremediablemente y nuestra especie no sería viable. Así, los reductos matrísticos que casi todos vivimos en nuestra infancia permiten que la especie humana sobreviva en la recreación de la cultura patriarcal que constituye una aberración de su esencia.

La pregunta obvia que corresponde hacer en este punto es ¿cómo cambiamos el mundo? Cómo, si como siempre alegamos, existe ese enorme obstáculo de que aquellos a quien privilegia y beneficia el actual sistema tienen el poder. Sólo la extrema ingenuidad podría hacernos creer que dichas personas se dejarían arrebatar lo que han acumulado durante tanto tiempo, después de todo nunca se ha logrado articular la revolución ni con elecciones, ni con violencia, ni con consensos, ni por la razón ni la fuerza. Ni conquistando el poder para decretar el cambio desde arriba hacia abajo, ni desde abajo como grupos organizados que disienten y proponen algo distinto.

Desde la ingenuidad, me quedo con la idea de que la clave del cambio cultural y social, y por tanto la posibilidad del desarrollo de las personas humanas en tanto mejoras cualitativas en la experiencia

⁷³ En este trabajo entendemos a la madre como una persona que realiza determinadas funciones consistentes en prodigar cuidado, amor, ternura, nutrición y enseñanzas al infante desde incluso antes de su nacimiento; y para la cual tanto hombres como mujeres estamos biológicamente, igualmente capacitados (Maturana, 1994). Frank Pittman, quien piensa que si los hombres criaran a sus hijos, en una o dos generaciones el mundo se salvaría, establece que «Los que criamos a nuestros hijos o a los de otros padres (...) sabemos que la crianza de los hijos es una de las experiencias primordiales de la vida, fuente de sabiduría y autoconocimiento, origen de muchas alegrías y muchos orgullos, el lazo más eterno con una mujer. Sabemos que ser padre puede convertirse en la expresión más completa de la masculinidad que hay en la vida»(Pittman,1993:7).

vital, radica en el darse cuenta y en el querer cambiar nuestras emociones y acciones para recrear conversaciones neomatrísticas a partir de los espacios más íntimos y cotidianos. El darse cuenta presupone una cierta capacidad de reflexionar y meditar consigo mismo y con otros, tratando de ser mejores personas, como modo de vida, y no sólo en las ocasiones críticas donde se nos mueve el piso.

Las transformaciones necesarias para que todos y todas vivamos vidas saludables y con significado individual y colectivo, tal vez radica en algo tan simple como difícil: que los hombres y mujeres decidamos sanarnos y salvar la vida de nuestros hijos y los de otros, tejiendo relaciones con cuidado esencial, haciéndonos cargo de la maternidad y de la crianza en el amor y el respeto a la diversidad. Así, al mismo tiempo generaremos relaciones de equidad y respeto a la legitimidad de los convivientes y respecto del otro diferente pero igualmente legítimo. Por el mismo camino iremos ganando seguridad y fuerza para exigir los cambios necesarios en el espacio público, en el afuera social, en el espacio local y nacional.

El amor se aprende en la casa, donde la recurrencia del contacto diario facilita «ponerse en los zapatos del otro» y genera las cercanías físicas y emocionales que nos hacen valorar al otro que es distinto, como un legítimo otro en la convivencia.

Capítulo 11



11 PARA VIVIR UN CAMBIO CIVILIZATORIO

PARA VIVIR UN CAMBIO CIVILIZATORIO

Desde esta otra esquina he podido proyectar un sueño, el sueño del cambio civilizatorio. El sueño de una cultura que no esté basada en el odio/amor, sino en el respeto, de una cultura que no esté basada en el dominio, sino en la colaboración. Este sueño permite que el feminismo –desde mi punto de vista- traspase la demanda de incorporación a la cultura vigente y se abra a todas las potencialidades creativas y de responsabilidad que como humanas tenemos. El cambio que percibo como posible y que involucra a todas y a todos, es mucho más complejo de lo que pudiera entenderse y mucho más global y profundo de lo que algunos feminismos han estado proyectando.

Margarita Pisano, 2001.

La gente sabe de sobra que el actual sistema no es capaz de mejorarles la vida, excepto a un reducido puñado de privilegiados que no tienen el menor interés en compartir los frutos de que se apropian. Ante esta impotencia sistémica, no hay que escarbar demasiado para poder identificar miles de respuestas y alternativas que despliegan las personas para satisfacer las necesidades humanas fundamentales en todo el planeta. En Latinoamérica, a partir de la crisis de los setenta y ochenta, comenzaron a evidenciarse por doquier las economías sumergidas e invisibles, encargadas de realizar las funciones que el sistema dominante no podía lograr. Pero las ollas comunes, la medicina

alternativa, los micro emprendimientos, las redes solidarias, la construcción colectiva de asentamientos humanos, y todas aquellas alternativas al modelo tradicional, no se gestaron únicamente como procesos económicos, a saber, apenas cambiando la forma de producir y distribuir. Más bien, se desarrollaron sinergizadas por la extensión de prácticas culturales y visiones de mundo que no tienen mucho que ver con la dominación, la apropiación y la exclusión. Los grupos más negativamente afectados por la marea neoliberal, sacaron a relucir lo mejor de nuestra herencia cultural, construyendo relaciones humanas solidarias, haciéndose cargo autogestionariamente de salir adelante con las familias, cuando el Estado se estaba jibarizando y las respuestas sólo podían provenir de nosotros mismos.

Estas mismas alternativas se desplegaron nuevamente con el derrumbe político, económico e institucional de distintos países en nuestra comunidad latinoamericana, como se hiciera patente en años más recientes, a lo largo de los episodios o crisis más generalizadas en Bolivia, Perú, Brasil, Ecuador, Venezuela y Colombia.

Aún así, cuesta mucho pensar cómo podría ser otro sistema, solidario y sustentable, otro mundo posible, como plantean muchas organizaciones de la sociedad civil en el planeta, así como los miles que anualmente asisten a los Foros Sociales Mundiales que se originaron en Porto Alegre, Brasil. Sin embargo, lejos de querer realizar un ejercicio de futurología, parece necesario al menos plantear algunas pinceladas respecto de los elementos que podrían caracterizar nuestras sociedades en un futuro, re-centradas en el desarrollo en las personas y en la vida.

Los diversos desarrollos humanistas, solidarios y sustentables, están por ser inventado entre todos. Nadie puede pensar que es capaz de «modelar» o diseñar los caminos, com-

ponentes y metodologías para lograrlo. Nadie puede pretender que es capaz de guiar, o de decirles a los demás cómo tienen que vivir la vida.

Las ideas e iniciativas que aquí se discuten, se extractan de la realidad, pues en general han constituido respuestas a las limitaciones y contradicciones que los actuales estilos de desarrollo y de vida han ido produciendo cada vez más aceleradamente, tanto en los territorios locales como a escala planetaria. Aunque no se pretende sintetizar un diagnóstico, que por lo demás se encuentra desarrollado en capítulos previos, resulta importante iniciar cada propuestas con una presentación sobre las principales limitaciones del maldesarrollo. Es en esta sistémica incoherencia entre postulados, discursos y resultados, donde se fundamentan apropiadamente las respuestas silenciosas y desarticuladas que la gente ha comenzado a ensayar y recrear a nivel local.

Consecuentemente, es importante hacer el esfuerzo por investigar sobre las pautas y las relaciones que conectan los distintos elementos, que como problemas u oportunidades, revisten importancia central en la comprensión y transformación del mundo. También es relevante reflexionar sobre las posibles articulaciones o desarticulaciones entre los grandes procesos macro sociales y económicos donde se gestan las políticas públicas y la gestión corporativa, respecto de los pequeños espacios comunitarios, familiares y personales donde ocurren, o no, los cambios en las conversaciones, la cultura y la vida. El cambio civilizatorio que necesitamos y comienza a ocurrir, depende tanto de lo que hacemos y dejamos de hacer, en los espacios anónimo, público y macro, como de las formas de relación que construimos en los pequeños lugares en que cada uno de nosotros vivimos.

De ahí que también interesa avanzar sobre las formas concretas, humanas, colectivas y personales con cuyo concurso se pueden ir realizando estas propuestas. A todas luces, parece que

este es el punto más difícil de lograr, puesto que más allá de comprender racionalmente hacia donde tenemos que dirigir nuestros pasos, para robustecer el cambio civilizatorio que necesitamos como especie, lo más difícil y menos estudiado en los procesos humanos, son precisamente cómo ocurren las transformaciones. Tanto la psicología del individuo como la psicología social, contienen un conjunto de saberes ciertamente recientes y hasta cierto punto restringidos sobre las motivaciones y las emociones, si consideramos la importancia central que tienen estos aspectos en el bienestar y el desarrollo.

Está claro que darse cuenta y querer las transformaciones son precondiciones para las transformaciones humanas. Pero emociones como el temor a lo desconocido y a lo nuevo, ante el poder y el sistema de privilegios, también importan en las decisiones y en las acciones. Igualmente, el conocimiento, las herramientas y los apoyos para realizar los anhelos de transformación, son críticos para el éxito o el fracaso del proceso de cambio. Para transformar la vida es necesario quererlo, pero también es necesario trabajar mucho para aplicar herramientas y metodologías adecuadas al propósito, a fin de lograr los objetivos que se planteen las personas y las comunidades.

De ahí que el tema del poder y de la resistencia hacia la transformación sean fundamentales, puesto que a medida que un modelo cultural, económico y político acelera su desgaste y se acerca a su ocaso, con mayor fuerza se instalan las alternativas y las personas arriesgan «menos» al sumarse al proyecto de cambio.

11.1 Redes de diversas economías sustentables

Al mismo tiempo que las contradicciones entre el discurso y las promesas del modelo se hacen más evidentes, las corporaciones, los gobiernos y los políticos construyen nuevos relatos y

nos marean con diversas zanahorias para continuar en la misma senda. Pero la sabiduría de las diversas comunidades es mayor. Con o sin números debajo de la manga, la gente sabe o intuye, tal vez se conecta con el inconsciente colectivo, con esos sentipensamientos que sobrepasan lo académico: de alguna forma sabemos que en muchos aspectos vamos de mal en peor, y que las transformaciones se gestan silenciosas y desarticuladas, por doquier.

De ahí que no esté escribiendo estas líneas para proponer una profunda transformación social que no venga al caso, no podría tener dicha pretensión. Por el contrario, sólo intento sistematizar observaciones sobre ese cambio en ciernes. La única constante vital y natural de nuestro mundo es la transformación permanente, pero lo que nos interesa sistematizar en estas líneas son aquellos cambios que re-direccionan nuestras economías, nuestras formas de ser y hacer, y nuestros imaginarios.

Para forjar sociedades con economías que produzcan sustentablemente y distribuyan los esfuerzos y los frutos del proceso en forma equitativa, tendrían que modificarse casi todos los elementos que actualmente constituyen las prácticas económicas dominantes, las que se retroalimentan con procesos culturales basados en los privilegios y la exclusión.

El desafío es mayúsculo, puesto que de acuerdo con las primeras ideas que se presentan en este libro, tendríamos que cambiar la forma en que nos relacionamos entre las personas, con nuestros ecosistemas, y con los artefactos. Las economías tendrían que diversificarse y hacerse localmente sustentables, orientándose hacia la satisfacción de las necesidades humanas, abandonando la búsqueda del lucro individual, desplegándose sobre una racionalidad humanista y ambiental y un nuevo emocionar neomatrístico. A tono con lo anterior, tendrían que modificarse las fuentes energéticas y las tecnologías, las escalas desde el

gigantismo homogenizador globalifílico, hasta recuperar la escala humana, que además genera desarrollo potencialmente sustentable, a partir de los recursos y resiliencias ecosistémicas y culturales locales. Lo anterior necesariamente también implica una redistribución mundial del patrimonio natural y de los servicios ambientales, pues es imprescindible que los países industrializados disminuyan su desproporcionado de estas dinámicas y acervos, que pertenecen a toda la humanidad, para permitir que el resto del mundo pueda incrementar hasta cierto punto la producción económica de forma que se puedan satisfacer las necesidades mínimas que hoy no están resueltas para los habitantes del Sur. Y mientras operan en el mundo los resabios del orden actual y los signos de los variados mundos nuevos, tendría que resguardarse la riqueza producida en el Sur, utilizando moneda y banca local, para evitar la transferencia de excedente hacia el norte. Tejamos a continuación estos elementos cruciales.

La centralización de la propiedad de los procesos productivos y la extrema dependencia energética y tecnológica en fuentes concentradas, no renovables y extremadamente contaminantes; genera un escenario que por sí solo, hace de la globalización un proyecto social y ecológicamente insustentable, porque incrementa el impacto ambiental por unidad de producto, más allá de la capacidad de carga de los ecosistemas involucrados. Adicionalmente, genera una inequitativa distribución de las cargas de trabajo y de los excedentes, reproduciendo la extrema concentración de la riqueza en el mundo, que más que un subproducto del sistema, parece constituir la dinámica que posibilita su reproducción en el tiempo. Como ya se argumentó, el actual proceso de maldesarrollo es completamente consistente con el sistema patriarcado uniformador, basado en la sistemática exclusión de la mayoría de la población respecto de las oportunidades y los beneficios de la producción y la distribución colectiva; en función de la pertenencia de la persona a determinado género, grupo étnico, etnia, origen geográfico, etc.

De acuerdo con la diversidad de formas de resolver las necesidades humanas fundamentales en cada territorio, con arreglo a los ecosistemas locales, no necesitamos un modelo económico homogeneizante, y tampoco queremos aceptar sus consecuencias aniquiladoras de la vida y la alteridad. La verdad es que no existe ninguna justificación para hacerlo. La diversidad cultural y ecosistémica en cada territorio o referente, demanda y merece una economía particular que aborde lo que las personas quieren hacer con sus vidas, desde el punto de vista de las necesidades humanas, los satisfactores que se construyan, y las tecnologías apropiadas a dicho propósito. Las economías diversas, podrán basarse en recursos localmente disponibles, formando redes en las que se intercambien los excedentes en forma solidaria y recíproca, minimizando costos sociales y ambientales, generando trabajos deseables y estables, donde se despliegue la creatividad humana en pequeños espacios, con significado personal para los individuos, y potencia nutricional para el tejido social de la comunidad.

Pero no se puede construir ninguna de estas dinámicas prescindiendo de las otras. Por ejemplo, una red de economías diversas y sustentables, no puede germinar en su pleno potencial en el despliegue de una cultura dominadora, homogenizadora y excluyente. Por eso, para que otros estilos de desarrollo sean posibles y la vida pueda ser buena para todos los humanos, hemos de recrear todas las dinámicas de conversaciones, emociones, racionalidades, estilos de vida y de desarrollo; tendremos que transformar nuestras visiones de mundo y las formas en que nos relacionamos entre las personas; si es que de verdad queremos vivir con principios de equidad, solidaridad y diversidad, creando sistemas neomatristicos cuyos componentes sean congruentes.

Para profundizar estas ideas, a continuación se enumeran y describen algunos lineamientos, que podrían formar parte de un

nuevo sistema cuyas economías se centren en torno a las personas y sus necesidades. La mayoría de estas ideas corresponden a iniciativas reales que se han implementado antes, en forma silenciosa y soterrada, como reacción a la incapacidad del sistema para satisfacer necesidades humanas:

1. Redes de diversas economías locales autosustentables
2. Intercambio equitativo de los excedentes
3. Equidad entre los géneros, trabajo y calidad de vida
4. Trueque y banca comunitaria
5. Economías eco-eficientes
6. Energías renovables, limpias descentralizadas y en red.
7. Diversidad cultural, comunidad, identidad y participación

Como la lectura de estas ideas puede ya sugerir, para construir un cambio civilizatorio, se requiere de que la economía se subordine al bienestar de las personas y no a la inversa. Se intenciona que las distintas economías estén al servicio del desarrollo como potenciador de avances *cualitativos vitales* y de ampliación de las oportunidades de las personas. Lo anterior reclama un contexto distinto, con estilos de vida basados e la ecología del yo, al mismo tiempo cuidadosos del otro y de la naturaleza, que imbriquen nuevos estilos de desarrollo comunitarios y colectivos, centrados en la solidaridad y la equidad; todos éstos congruentes con permanentes ejercicios éticos de responsabilidad, en un fluir de conversaciones *neomatrísticas*.

Habida cuenta de que la economía humana no puede transformarse sino dentro de un todo, esboceemos ahora los lineamientos constitutivos de estas redes solidarias de producción y distribución locales.

11.1.1. Redes de diversas economías locales autosustentables

Actualmente, la producción mundial está organizada por grandes corporaciones que destazan los distintos pasos de sus cadenas productivas y los van asignando bajo el criterio de los

menores costos absolutos locales (en China o México, por ejemplo), generándose una tendencia a concentrar procesos productivos intensivos en mano de obra, en el uso de recursos naturales y en procesos contaminantes en aquellos países que cuentan con una legislación y capacidad de fiscalización relativamente baja respecto al trabajo y al medio ambiente.

En consistencia con el proceso de globalización homogeneizante, la economía actual de nuestros países se caracteriza por el gigantismo productivo (industrial, intensivo extractivo como en el caso minero, o de grandes extensiones de monocultivo exportador). Esta tendencia a incrementar la intensidad y magnitud productiva, resulta en economías de escala, altas rentabilidades corporativas transnacionales, fuerte impacto ambiental hasta el punto de la insustentabilidad, y cada vez menor margen de maniobra local. Los empleos que se generan en estos sectores «de punta» habitualmente no son capaces de promover mejores distribuciones del ingreso, ni desarrollo, puesto que la producción de bienes primarios de bajo valor agregado compite a escala global mediante la contracción de costos, incluidos los laborales, sociales y ambientales.

Como contraparte a este esfuerzo productivo, extractivo y depredador, cada vez menos sustentable, las corporaciones globalizadas nos necesita como partícipes y cómplices del sistema. Así, poco a poco fuimos aceptando que el discurso global nos redujera a meros consumidores, que cosificamos nuestros anhelos en la compra de artefactos, manteniendo un mercado global que ni Henry Ford en sus más ambiciosos sueños hubiese podido adelantar. Aunque es cierto que cada día mayor proporción del comercio mundial se realiza al interior y entre los grandes bloques de países desarrollados, nuestros países aún participan en el intercambio no sólo de mercancías, sino también en la

provisión de recursos naturales y servicios ambientales y personales, que mantienen funcionando el sistema a escala mundial.

Varios conglomerados transnacionales tienen un volumen de actividad económica superior a varios países del planeta. Lo que hacen y dejan de hacer en el concierto internacional, tiene un impacto poderoso, en muchos casos más influyente que las acciones de los gobiernos. Como resultado de todo esto, los conglomerados y las mega-empresas gobiernan al mundo, amparadas en una fuerte institucionalidad financiera y comercial a escala mundial; al tiempo que no existe poder equivalente de la comunidad organizada, ni a escala nacional ni global; siendo también notoria la falta de una institucionalidad que regule y fiscalice la responsabilidad social y ambiental a escala planetaria. Como resultado, los intereses corporativos pasan la aplanadora y tanto los gobiernos nacionales como los ciudadanos, quedan debilitados o incluso impotentes frente a esta tendencia prácticamente imparable.

Pero no podemos culpar de todo esto al otro, como siempre queremos hacer. Los ciudadanos, al tragarnos el rol único de consumidores autómatas, reproducimos a diario este orden de cosas. Consumimos camisetas fabricadas a la mitad del costo latinoamericano, con trabajo esclavo o infantil del Asia, vendemos manzanas cuyo precio no alcanza para pagar la seguridad o estabilidad laboral ni para manejar más adecuada y ecológicamente los temas fitosanitarios. En Tokio y Filadelfia los consumidores desinformados también completan el círculo comprando los bienes más baratos, sin saber cómo en el tercer mundo pueden producir a un décimo de lo que cuesta fabricar lo mismo en el Norte; o aún sabiéndolo, hacen la vista gorda. En el transporte mundial de productos, se va contaminando el planeta cada vez más intensamente, todo en nombre del progreso y el desarrollo globalizador.

Y para terminar de complejizar las cosas, los humanos pretendemos tenerlo todo: el crecimiento y el consumismo, la equidad y el bienestar para todos, y un medio ambiente robusto y conservado, libre de contaminación. En nuestro ingenuo deseo de progreso material trasnochado, construimos junto a las corporaciones y los gobiernos, una enorme falacia de composición: queremos un solo lado de la moneda, pero ésta siempre ha de venir con sus dos caras.

Ya que el gigantismo de la globalización excluyente sólo conviene a unos cuantos, descentralizar las economías es una respuesta de empoderamiento local para las comunidades, emprendedores, gobiernos locales y ciudadanos. Las economías locales son organizaciones a escala humana, donde se gestiona la producción y distribución de bienes y servicios para la satisfacción de las necesidades humanas, con arreglo a las dinámicas ecosistémicas locales y a la diversidad cultural de los distintos grupos. En forma democrática, las comunidades gestionarán los satisfactores sinérgicos y singulares más adecuados a las dinámicas de desarrollo que elijan, y fomentarán que las iniciativas individuales y colectivas surjan dentro de este marco general que contenga la economía local. Estas economías estarán fundadas en servir a las personas actuales y futuras, y su racionalidad estará apoyada en el bien común, en el ejercicio cuidadoso de la emoción que legitima al otro en la convivencia. Combinarán distintos rubros de producción como pueden ser los servicios de gestión de información, educación y salud, la agricultura orgánica, la pesca y recolección sostenible, el manejo sostenible de bosques, la construcción de vivienda con tecnologías apropiadas, la realización de producciones artísticas y culturales, el fomento de las artesanías, la generación energética potente, autónoma y renovable. Manejarán los desechos y residuos de forma que se incremente al máximo la reutilización y el reciclaje, y realizarán un uso sostenible de los recursos naturales. Para que tales economías existan, será necesario que las formas de propiedad se

diversifiquen, garantizando el control comunitario (que no significa que las cosas no tengan dueño) sobre los recursos críticos para el bien común. El excedente que pueda producirse, servirá para el intercambio entre distintas economías locales, construyendo las redes hasta cubrir los territorios en que existan asentamientos humanos.

11.1.2. Intercambio equitativo del excedente.

Hoy en día, un CEO (Chief Executive Officer, que equivale al máximo ejecutivo corporativo) gana por su trabajo millones de dólares al mes, al tiempo que un médico se cobra unos 50 dólares por la consulta y un obrero o labriego latinoamericano obtiene menos de un dólar por hora. La hora de trabajo de distintas personas se retribuye en forma desigual, sin que nadie pueda explicar las causas de lo anterior, en forma mínimamente aceptable. Se dice que la oferta y la demanda elevan las remuneraciones de los trabajadores más calificados y escasos, que el valor agregado a la producción por un labriego o alguien que limpia es muy bajo. Pero más allá de constatar lo obvio, ¿por qué ocurre esto? Dado que en el fondo esto es lo que mantiene al sistema funcionando sin mayores preocupaciones, mientras se condena a media humanidad a la más miserable de las existencias.

El hecho de que el trabajo de un cultivador de papas o de un artesano o de un pescador valga cien o mil veces menos que el de un profesional que fue a la Universidad, es *el* mecanismo que asegura, por la vía del mercado, que la riqueza que producimos entre todos, seguirá concentrada en pocas manos. Los pobres no tendrán nunca el dinero para estudiar ni acceder a las mismas oportunidades de los que sí tienen los recursos, y por eso será muy difícil que dentro del actual sistema, puedan salir de la trampa de la pobreza, aún así tengan condiciones intelectuales y humanas para convertirse en los mejores creadores, profesionales y líderes de nuestros países.

Una sociedad que pretenda ser solidaria, equitativa, democrática y sustentable, tendrá que configurar un sistema para que el intercambio del excedente productivo entre los grupos humanos, se base en el principio de equidad retributiva por esfuerzo, incorporando todos los criterios relevantes para las personas, sus culturas y los ecosistemas. Esta es una de las claves para asegurar la equidad entre los grupos y las generaciones. Así, el intercambio intra-nacional e internacional se realizará conforme a principios de *justicia y responsabilidad* social y ambiental, hoy ausentes.

Las nuevas economías necesitarán de un esquema que comprenda distintas formas de propiedad, que respondan a diversas conveniencias e inconveniencias concretas respecto de situaciones determinadas. Seguramente el control privado y excluyente respecto de los frutos del trabajo, dentro de ciertos marcos distributivos, podrá continuar porque un sistema así incentiva a todos a dar lo mejor de sí mismo. La co-propiedad comunitaria de ciertas áreas de activos resultará más congruente con los principios sociales en que se funde la sociedad; y existirán también algunos bienes comunes críticos, donde algunas nuevas formas de propiedad colectiva intransferible se estime como más aconsejable.

El intercambio de productos y servicios, entre las economías locales en distintos puntos del orbe, se tendrá que efectuar con base en una equivalencia en tiempo de trabajo, haciéndose necesario un acuerdo social respecto de si el trabajo con distinto nivel de calificación supone o no una retribución horaria diferenciada. La igualdad completa y absoluta tiene el riesgo de desincentivar un tanto la creatividad, el compromiso y la productividad de cada persona, «condenando» a todos a la misma valoración o retribución, independientemente de que haya realizado su trabajo en forma maravillosa o mediocre. De ahí que una hora de trabajo se podrá intercambiar por otra hora de trabajo de

cualquier nivel de calificación o creatividad, o bien, la sociedad podrá generar ciertas escalas de variación retributiva según los objetivos más generales del desarrollo que escojan, incentivando el mayor esfuerzo y creatividad dentro de una escala de variación limitada, según sea la decisión colectiva a la que se arribe.

11.1.3. Equidad de género, trabajo y bienestar

Cuando hacemos una lectura sobre las prácticas de trabajo y el uso del tiempo desde el enfoque de género, saltan tres obvias problemáticas respecto a la inequidad en calidad de vida de hombres y mujeres, que serían inaceptables en un futuro como el que estamos imaginando. En primer lugar, rescatar la inmensidad y variedad del aporte que realizamos las mujeres en la sociedad significa valorizar lo que hacemos y también retribuirlas económica, política y simbólicamente, contribuyendo con esto a visibilizar nuestras miradas, voces y autonomía. En segundo lugar, las culturas patriarcales que recreamos a diario, nos alienan hasta el punto en el que tanto hombres como mujeres vivimos para trabajar y cercenamos nuestro emocionar, nuestra afectividad, el tiempo de ocio y de estar nutriéndonos y a la familia, como tareas humanas que nos hacen desarrollarnos como personas más integrales. Complementariamente a lo anterior, necesitamos darnos cuenta de que el enfoque de género no ha sido considerado en el diseño de las sociedades que queremos construir, habiéndose perdido un gran potencial creativo humanista y solidario que ahora debemos recuperar.

Tiempos modernos se llama la célebre película de Chaplin, donde vemos a Charlotte como un autómata alienado, casi asimilable a la cadena productiva. Los cambios que acontecen en los procesos productivos han generado algunos avances en la liberación del trabajo manual, en los países del Norte. Pero en el Sur continuamos haciendo aquellos trabajos más pesados y riesgosos

que requiere la economía global. Esto, junto a la expansión y densificación urbana de las últimas décadas, resulta en jornadas de trabajo inverosímiles y tiempos de transporte diario crecientes hasta el punto de lo inaceptable (en particular en algunas ciudades como Santiago y México). Las personas amanecen y se duermen atrapadas por las mismas viejas dinámicas de explotación, sean estas en la casa, en la tierra, en las fábricas, en las oficinas y en la calle; sólo que en el caso de las mujeres se agregan ingredientes de precariedad, estacionalidad, desprotección e infravaloración del trabajo. La sobre demanda que experimentamos la gran mayoría de mujeres puede darse como una combinación de la exigencia doméstica que resulta en una jornada interminable, y en relación a nuestra creciente incorporación al terreno público, donde debemos esforzarnos mucho más que cualquier colega del sexo masculino, para ser reconocidas y valoradas en un espacio construido por hombres y para hombres. Como resultado, se extiende el agotamiento permanente, y menor calidad de vida para las mujeres y para sus familias, debido a los fuertes cambios de roles que se hacen evidentes, al tiempo que los apoyos tanto estatales como privados para el cuidado de los niños, los ancianos y la comunidad son cada vez menores. ¿Vale la pena tanto correr y correr, tanto esfuerzo y tanto sacrificio humano? ¿Es esto lo que realmente queremos cuando pensamos, anhelamos mejor calidad de vida para todas y todos? Definitivamente no.

Por otro lado, la flexibilización laboral que acompaña el proceso globalizador homogeneizante sin duda ha generado importantes rentabilidades a las empresas, pero la flexibilidad asimétrica del trabajo, es un elemento que profundiza más la subordinación del empleado con respecto al empleador (empleo temporal, por producto, despidos en cualquier momento por necesidad de la empresa). Si hemos de tener flexibilización, que esta sea en ambos sentidos, de tal forma que los proyectos de vida y

la dignidad de las personas a lo largo de su ciclo vital, puedan ser resguardados. El resultado sería contribuir, en más, al desarrollo de seres humanos más seguros, productivos y emocionalmente nutridos.

Como ya se discutió, la contribución que las mujeres realizan a la humanidad, no se restringe a su aporte en sobre-trabajo, aporte a la producción y completa responsabilidad en las tareas de reproducción biológica y social de nuestra especie. La humanidad requiere el concurso de las visiones, herramientas y alternativas que las mujeres pueden aportar no sólo a la realización, sino también al *diseño* de los estilos de vida y desarrollo para la comunidad y los países. Es tanto lo que nos estamos perdiendo en nuestros países y en el planeta, debido a las prácticas de subordinación y desvalorización del aporte del género femenino, que deberíamos darnos la oportunidad para repensar lo que estamos haciendo y legando a las generaciones que vienen.

Transformar las relaciones de género es tan difícil como necesario. Para facilitar la visualización de un proceso transformador, se podría enunciar algunos principios y acciones iniciales, orientadas a revertir la situación para avanzar en nuestro proyecto humano. Sólo a modo de ejemplo, se puede promover: equidad en la intensidad y duración del trabajo remunerado y doméstico entre hombres y mujeres; equidad en el disfrute del tiempo libre (individual, social y familiar), lo que implica responsabilidades domésticas y laborales compartidas; equidad en la tercera jornada laboral que se realiza en el cuidado de otros y de la comunidad; regulaciones y educación para garantizar estas equidades en el espacio público y privado; aprovechar las ventajas de la informática para incrementar el trabajo en la casa (disminuye desplazamientos y contaminación, agrega tiempo para el desarrollo personal y familiar); flexibilización de la jornada laboral sin pérdida de oportunidades en la organización, puesto que

colaboradores contentos y sanos, deberían ser valorizados y mejor retribuidos que los trabajajólicos; y finalmente, fomento y valoración de jornadas parciales en función ciclo vital de la persona.

11.1.4. Usar trueque y banca comunitaria

Si la gente no puede intercambiar entre sí sus productos y servicios, sin usar dinero, su autonomía y sus economías locales siempre seguirán siendo vulnerables, porque el dinero es el medio a través del cual se realizan las transferencias de excedentes productivos desde lo local (donde son producidos) hacia los centros urbanos, metropolitanos o transnacionales.

Los sistemas financieros de propiedad local y cooperativa del capital, permiten capitalizar los esfuerzos locales y resguardar el control del valor que se produce en forma personal y/o comunitaria. Al mismo tiempo, la banca comunitaria y el dinero local sirven para financiar proyectos de desarrollo territorialmente relevantes, de acuerdo a las prioridades y condiciones que fijen los ahorrantes o cooperantes locales. De acuerdo a la experiencia internacional, sacar a una familia de la pobreza, con frecuencia apenas requiere de un limitado préstamo o microcrédito que contra el prejuicio general, los pobres pagan al banco que cree en ellos. En el caso de Argentina, a partir de la reciente crisis, la propagación de mecanismos y ferias de trueque ha sido crucial en el sostenimiento de la economía familiar frente a un macrosistema incapaz. Pero estos no son los únicos casos, existen valiosas experiencias de trueque, moneda y banca local, que muestran ciertos resultados y también limitaciones, por eso es importante plantear estas iniciativas articuladas con otros lineamientos de transformación para que funcionen con mayor probabilidad de éxito.

11.1.5. Economías eco-eficientes

Para construir economías sustentables, en general, se trata de minimizar la intensidad material y fósil del producto global y por tanto minimizar la producción de desechos y residuos; y fomentar emprendimientos y cooperativas locales que se manejen dentro de las resiliencias ecosistémicas.

Los esquemas productivos se gestionarán de tal forma que maximicen las eficiencias transflujo/utilidad y minimicen la producción de residuos y extracción de materiales de la corteza terrestre⁷⁴, incluyendo la producción de bienes pero también de servicios, particularmente de la provisión de transporte, agua, electricidad, gas y comunicaciones.

En esta tarea, los economistas pueden otorgar un gran servicio a la humanidad, si utilizan su formación para tratar de generar mejores cocientes de eficiencia entre el uso de la energía y la materia, por unidad de satisfacción de necesidades de las personas. Se trata de vivir mejor con la menor cantidad de materia y energía posible, cautelando el adecuado reuso, reciclaje y manejo de todos los residuos que todo proceso de producción trae consigo.

La agricultura moderna, inventada en aras de las crecientes bocas que hay que alimentar en el mundo, no resulta ser sustentable en el largo plazo, y además se basa en la explotación de la mano de obra desprotegida y la externalización de los costos ambientales involucrados. La modernización y tecnificación de la agricultura y la ganadería han generado una falsa impresión de éxito de productividad, la que normalmente se reporta en unida-

⁷⁴ El transflujo es el flujo de energía y materiales de baja entropía que es tomado de la naturaleza, utilizado por la economía humana en la producción de bienes y servicios, y de allí devuelto a la naturaleza en forma de energía residual y residuos materiales (líquidos, sólidos y emisiones atmosféricas).

des de producto por hectárea de terreno. Sin embargo, si aplicamos el enfoque de ciclo de vida⁷⁵ del producto, se tiene que la intensidad de agrotóxicos, energía y combustibles fósiles de esta producción es cada vez más alta, al tiempo que los suelos se ven sometidos a fuertes niveles de degradación y contaminación. Si tomáramos en cuenta estos parámetros en nuestras mediciones de productividad (i.e. producto por unidad de energía incorporada) estaríamos en presencia de un fenómeno distinto.

Ante esta situación, las líneas de cambio que ya se perciben en nuestra región, respaldadas por la creciente conciencia y presión ciudadana son varios. Para comenzar, se tiene la emergente agricultura orgánica sustentable, que no usa pesticidas ni agrotóxicos, sino que aplica una estrategia biológica de manejo de plagas, y recurre a fertilizantes naturales reciclados o reutilizados. Igualmente, el uso de recursos pesqueros y del borde costero tenderá hacia el mismo manejo que realiza la pesca artesanal, manteniendo los niveles de captura al nivel de reposición natural de los ecosistemas marinos y del borde costero. Complementariamente, se tiene que lograr la auto-provisión creciente local de alimentos, disminuyendo su intensidad energética, incluido el transporte.

Entre otras iniciativas probadas, se puede citar a este respecto la producción más limpia y la eficiencia energética, la incorporación enfoque ciclo de vida del producto, los incentivos para orientar la producción y el consumo (eco-etiquetado, sistemas de incentivos y tributación integrada).

⁷⁵ El enfoque de ciclo de vida del producto se basa en incorporar al análisis todos los insumos energéticos y materiales, así como todas los desechos y contaminantes «desde la cuna hasta la tumba», para posibilitar el manejo integral ecoeficiente de los productos a lo largo de toda la cadena productiva, distributiva y desechativa.

11.1.6. Combinación inteligente de energías renovables y limpias

La actual estructura tecnológica y energética de la economía globalizada, se basa en la cosecha insustentable y en el uso altamente contaminante de las energías de petróleo, surgidas a partir del motor de combustión interna y la consecuente cultura del automóvil. A lo anterior se agregan urbes extendidas con sus centros industriales y comerciales distantes de los lugares donde se producen los alimentos y energéticos; así como la producción desvergonzada de empaques, residuos domésticos e industriales en los tres estados de la materia, y con diverso grado de toxicidad.

La búsqueda de alternativas energéticas suficientemente potentes y económicas para descontaminar el mundo, siempre se ha tocado con dos grandes obstáculos. En primer término, con los intereses de los gigantes de la era del petróleo, y en segundo lugar, con una estructura de precios «mentirosos», que no incorporan todos los efectos en el medio ambiente y la salud, derivados del uso de energías fósiles. Con estas barreras, es imposible que las nuevas energías renovables y limpias puedan vencer en un terreno tan desigual.

Aún así, hoy se cuenta con ciertos avances disponibles que diversifican las potenciales fuentes energéticas, como son la biomasa, las pequeñas hidroeléctricas, la energía eólica, solar fotovoltaica y las celdas combustibles, alternativas que se pueden considerar, en función de las realidades locales, a efectos de minimizar las emisiones y aumentar la auto dependencia energética local.

Es cierto que la energía fotovoltaica ha presentado limitaciones en términos de nuestra capacidad tecnológica para concentrarla, densificarla y acumularla. Sin embargo, hoy en día ya

está disponible a nivel de prototipos aplicados al transporte y combustibles de aplicación doméstica y corporativa, las celdas de energía o celdas combustibles (fuel cell), que a través de una reacción electroquímica convierte hidrógeno⁷⁶ en electricidad (en presencia de oxígeno); generándose como única emisión, agua químicamente pura.

Las celdas de energía constituyen hoy en día la tecnología más renovable y limpia para producir energía, ya que el hidrógeno es el elemento más disponible en el universo, y por cierto uno de los energéticos más potentes o densos (recordemos que el sol arde por combustión de hidrógeno). Las celdas de energía producen energía renovable mediante una reacción electroquímica, sin emisiones contaminantes, que es altamente disponible, estable, densa y puede ser generada en forma autónoma y descentralizada. Esta tecnología fue inventada Lord William Grove en 1838 y produce energía en forma similar a una batería, sólo que el electrolito (H) se suple continuamente. Ha sido utilizada desde los años 60's en el programa espacial de los EEUU y hoy en día se están probando prototipos de celda energética en edificios, automóviles y buses de emisión cero.

11.1.7. Diversidad cultural, comunidad, identidad y participación. El contexto nutricional para las nuevas economías

Como ya se ha discutido, desarrollar las iniciativas económicas locales, a escala humana, da sentido a la vida y al desarrollo. La globalización, como proceso complejo y contradictorio, también trae consigo una serie de oportunidades para el tipo de desarrollo que estamos discutiendo. Una de las más notables, es la redización de las comunicaciones alternativas y la disponibilidad creciente de medios accesibles de información, trabajo en red y tele trabajo. Las nuevas plataformas informáticas y de

⁷⁶ Alternativamente, se puede utilizar metanol, gas natural y otros combustibles, pero el resultado no es de cero emisión como cuando se utiliza el hidrógeno.

comunicaciones, permiten hoy, más que nunca, un rápido empoderamiento local a un costo razonable.

No obstante, la globalización ejerce un cierto efecto de homogeneización que puede deslumbrar a las personas, reforzando su reducción a simples consumidores desorganizados, que quedan en total desigualdad de condiciones frente a las gigantescas corporaciones y sus estrategias de mercadeo.

Los efectos culturales y de transformación que acarrearán consigo los diversos signos de la globalización, respecto de las visiones de mundo, son tan profundos como confusos. Es muy difícil ser ciudadanos del mundo, si no se sabe antes y bien quiénes somos y de qué lugar provenimos. No podemos ser ciudadanos del mundo, sin referentes territoriales, sin un ethos propio, desprovistos de memorias de nuestras identidades, tradiciones y contradicciones; sin correlato a formas de ser y estar que hemos compartido en una historia común con otros.

Así, la recreación y revalorización del aporte local a la constitución de la identidad y el sentido de ser y de pertenecer que apenas estoy delineando, puede constituir un potente satisfactor sinérgico que atenúe los efectos negativos de la globalización homogeneizadora.

11.2 Poder, culturas, transformaciones

...Somos responsables en el momento en que nos damos cuenta, en nuestra reflexión, de las consecuencias de nuestras acciones y de si queremos o no queremos esas consecuencias, y si actuamos de acuerdo a ese querer o no querer y [...] Somos libres en el momento en que nos damos cuenta -en nuestras reflexiones sobre nuestro quehacer- de si queremos o no queremos nuestro querer o no querer las consecuencias de nuestras acciones, y desde allí actuamos de acuerdo a nuestro querer o no querer

nuestro querer. [...] tal vez lo más iluminador de estas reflexiones sobre las relaciones entre la emoción y la razón, esté en el darse cuenta de que la comprensión racional de lo más fundamental del vivir humano, que está en la responsabilidad y la libertad, surge desde la reflexión sobre el emocionar que nos muestra el fundamento no racional de lo racional. (Maturana, 1991).

Para abordar el tema que me propongo en la forma más comprometida que me es posible, permítaseme trabajarlo desde el relato.

Darnos cuenta y transformaciones culturales

¿Qué elementos determinan un cambio individual o colectivo? ¿Qué tiene que ocurrir para que una situación que para muchos parece intolerable, realmente sea modificada por sus protagonistas?

Desafortunadamente, a veces se sostiene que una mujer que es golpeada por su conviviente o por su pareja, es responsable de esta violencia por no irse, o por no ponerle término. Hay personas que incluso sienten rabia de que estas mujeres no reaccionen como es debido, y en su frustración otorgan a las mujeres golpeadas adjetivos varios, que frecuentemente connotan reducidas capacidades mentales, o posibles emociones de disfrute, como si todo fuese un problema de racionalidad o emociones ocultas.

Pero en los casos de violencia contra la mujer, ésta puede no darse cuenta, vivir como si los golpes, el abuso, el control y la exclusión, fuesen completamente naturales y esperables. ¿Acaso no fueron también golpeadas sus madres y sus abuelas? Después de todo, su situación es coherente con el resto de las cosas: los animales se acorralan para que no escapen, la propiedad es privada, la sexualidad de las mujeres es controlada por los hombres, los niños y las niñas deben ser enseñados a obedecer, Dios-varón es también supe-

rior, requiere obediencia, castiga a los que disienten, y en su nombre se han cometido atrocidades inaceptables. Desde la vivencia cotidiana e irreflexiva, no hay como discrepar, rebelarse, ni mucho menos disponerse para la resistencia o el cambio, hasta el momento en que la persona, por cualquier motivo, reflexiona sobre su situación y se da cuenta. Por supuesto que luego precisará las herramientas para superar los obstáculos y utilizar los apoyos para lograr la transformación de la situación vivida, pues querer, aunque confiere un gran poder, no es equivalente a logro.

Creo que una persona no es responsable de una situación que otros podemos considerar abusiva o intolerable, en la medida que dicha persona vive tal situación como algo que si bien es doloroso, resulta también común, natural, normal, incuestionable. El hecho de que la persona *se de cuenta* de que algo no está bien, porque la violencia o la discriminación le niega en tanto persona (o niega a otros), supone un proceso de reflexión y abstracción donde se establecen relaciones y se transparentan las consecuencias de las opciones sobre el bienestar de uno, de los otros, y del entorno. Darnos cuenta significa también hacernos cargo, activa o pasivamente, en la conservación de un modo de actuar/vivir, o de su cambio.

Cuando a pesar de darnos cuenta, nos quedamos en una situación, recién entonces podemos ser considerados como co-responsables de lo que nos ocurre. Y si dándonos cuenta, no hacemos nada para que cambien las cosas, tal vez sea porque en el fondo, nuestra emoción es querer la situación, por ella misma o porque queremos sus consecuencias, a pesar de que racionalmente declaremos no querer más. Darnos cuenta potencia la transformación, al permitirnos a nosotros mismos elegir si queremos o no queremos determinada situación. Que de ahí continuemos o cambiemos nuestro emocionar y nuestra conducta, depende enteramente de nosotros.

Ideología y cultura

Muchas veces me he preguntado sobre el sentido de algunas situaciones que considero desde mi racionalidad como desarticulaciones obstructoras, y desde mi emocional como burdamente asqueantes. Por ejemplo, se tiene la figura del líder contradictorio. Aquel personaje que habría de comandar el proceso de cambio social con el que aún soñamos, y que desde su inteligencia articula un discurso maravilloso y seductor que nos enseña a amar al prójimo y entregarnos a la causa, para transformar la sociedad, las instituciones, los discursos, lo público. Pero que al mismo tiempo, recrea sistemáticamente deseos y acciones de exclusión, apropiación, aniquilación, conquista, violencia, luchas y victorias; que emergen en algunos descuidos discursivos, en la práctica diaria, en los espacios pequeños o íntimos. El líder tradicional y patriarcal, muestra estas contradicciones no sólo al (des)calificar a un contrincante o enemigo «público», o al criticar o expulsar a un (ex)comprometido correligionario, o al fantasear sobre el futuro y las acciones de pugilato y purgatorio que vendrían para exterminar el olor de los otros en la nueva sociedad; sino que también saltan a la vista al observar apenas un tanto, dentro del ámbito más íntimo de lo privado.

Para muchas mujeres que conozco, la historia de convertirse en feministas comienza de manera muy similar, cuando no queremos seguir siendo parte de orgánicas ni colectivos supuestamente progresistas, cuyos líderes sacrosantos esperan obediencia, y necesitan controlar y compartimentalizar, ejercer violencia y otorgarse el dominio sobre una o más mujeres, sobre los hijos, y sobre el trabajo de otros. En particular, el descubrimiento de que uno de nuestros humanos líderes golpeaba a su compañera, fue suficiente para que varias de nosotras repudiásemos la izquierda machista leninista (como comenzamos a llamarle) a la que entregamos años de trabajo, y comenzáramos a soñar con movimientos más coherentes.

Hoy entiendo que conservadores y progresistas, izquierdistas, derechistas, fascistas, oscurantistas, ecologistas y cualquier grupo centrado en una ideología, están conformados por seres humanos y como tales, hacen parte de la red de conversaciones patriarcales que definen nuestra cultura y nuestros quehaceres. Comprendo que muchas veces somos capaces de utilizar cualquier cosa para reproducir y profitar de la larga cadena de explotación y privilegios: desde el status quo y sus respetables instituciones, hasta las corrientes más vanguardistas, como si fuesen vulgares e instrumentales plataformas, todo con tal de hacer lo que en verdad queremos. El resto consiste apenas en construir unos adecuados discursos más o menos seductores, convenientemente dirigidos a grupos y subgrupos que anden ávidos de ser convocados.

La diferencia, las transformaciones, no se realizan a través de las grandes y públicas causas, sino a partir de lo que las personas comunes y silvestres vamos haciendo por doquier. Existen personas más bien amorosas, apoyadoras y solidarias, así como existen hombres y mujeres más bien patriarcales, dominadores, supresores, apropiadores; en todos los grupos humanos, en todas las organizaciones, en todos los reductos ideológico-rationales. Hoy en día, donde todos estamos en las búsquedas para vivir mejor, resulta realmente fácil cooptar un buen discurso, capitalizar las ansias de transformación con que venimos a la vida casi todos los humanos, y utilizar los más nobles y desinteresadas causas, para lograr lo que cada uno quiere. Dentro de estos oscuros proyectos, se incluye el vivir en el resguardo de los instintos más básicos y bajos, protegiéndose con una buena prensa que siempre está disponible al bolsillo adecuado. Así, el partido, el credo, el discurso, el grupo, el origen, el referente, la historia, no son garantías de coherencia o verdad. Las acciones, desatadas por el entrelazamiento del conocer y el emocionar humano, son las que pueden indicarnos la ética en que la persona se

mueve, así como el grado de coherencia entre lo que se dice ser y lo que se es.

En este contexto, volviendo al tema del poder, es innegable que el vivir patriarcal genera relaciones jerárquicas y excluyentes, en congruencia con el ejercicio del poder que niega al otro; aunque no comparto la idea de que éste se impone de manera unilateral, monolítica y autocontenida sobre otro, que pasa de acuerdo a esta visión, a ser una víctima pasiva e impotente.

Más bien, las relaciones jerárquicas «...se fundan en la negación mutua implícita, en la exigencia de obediencia y entrega de poder que traen consigo. El poder surge con la obediencia y la obediencia constituye el poder como relaciones de mutua negación. [...] Corrientemente hablamos como si el poder lo tuviese el otro, y en verdad no es así. [...] El poder no es algo que uno y otro tiene, es una relación en la que se concede algo a alguien a través de la obediencia, y la obediencia se constituye cuando uno hace algo que no quiere hacer cumpliendo una petición. El que obedece se niega a sí mismo, porque por salvar y obtener algo hace lo que no quiere a petición del otro. El que obedece actúa con enojo, y el enojo niega al otro porque lo rechaza y no lo acepta como un legítimo otro en la convivencia. [...] pero, el que manda también niega al otro y se niega a sí mismo al no encontrarse con el otro como un legítimo otro en la convivencia. Se niega a sí mismo porque justifica la legitimidad de la obediencia del otro en su sobrevaloración, y niega al otro porque justifica la legitimidad de la obediencia en la inferioridad del otro» (Maturana, 1990:64).

Aún hoy, al observar las acciones de los liderazgos tradicionales insertos en el sistema de partidos políticos representativos, que se autodenominan redentores de todo mal, no puedo sino sentir, junto a tantos otros, sobrecogimiento y temor de que en algún momento éstos llegaran a «posiciones de poder» (ex-

cluyente o concertacional). Temo por nuestro futuro, porque en casi en todos los casos, se trata de modernos patriarcas ávidos de tener y excluir, de administrar la red de privilegios al interior de un grupo que termina siendo una casta con nombre de partido o colectividad, que tiene o compra la complicidad de los medios de comunicación, y nos marea con un discurso seductor que contiene lo que requieren los tiempos. Así, no debe extrañarnos que una vez instalados en la cúspide, se descuide un poco la imagen y queden expuestas las garras otrora ocultas, tanto a la diestra como a la siniestra.

Hasta hace algún tiempo, pensaba que mi inconformismo y mi mal escondida sensibilidad, que me han impulsado siempre a rebelarme ante lo que considero injusto, inhumano, negador del otro; se debían a mi inmadurez emocional. Confieso que todavía me revuelve el estómago el «legítimo» ejercicio del poder formalmente democrático, partidista u organizacional, casi tanto como me lo revuelve una dictadura férrea, será porque biología aparte, ambas se parecen tanto. Quisiera que la tierra me tragara cada vez que presencio o recibo un abuso físico o verbal en el trabajo, en la calle, en la televisión. Se me parte el corazón cada vez que oigo de matanzas, guerras, exterminio, peleas conyugales, o «crímenes pasionales». No puedo evitarlo, son los antiquísimos genes de la importancia.

Pero las búsquedas que ahora comparto, me han proporcionado alguna paz, pues comprendo que rechazar visceralmente cualquier muestra de apropiación, autoridad, sujeción, control y exclusión, en realidad constituye una reacción de lo más natural y humana. Tengo claro que el emocionar y las conversaciones patriarcales no son constituyentes de nuestro linaje, ni de la historia que hizo posible nuestro proyecto de humanidad.

El patriarcado y sus múltiples y violentas ideologías, es aberrante y no puede evitar nuestro natural y humano impulso a aborrecerlo, por todos sus signos de sufrimiento, desarreglos y

desencuentros que va sembrando en la vida de las personas, desde luego castigando también el tránsito de quienes de él, disentimos. Sin embargo, hemos sobrevivido el patriarcado, y ahora nos encontramos listos para transformarlo recurriendo a nuestra cultura hominizadora fundada en la vida, la colaboración y la diversidad.

Afortunadamente, como nada es puramente negro o blanco, a pesar de 7 milenios de patriarcado, aún subsisten rasgos fundamentales de la sociedad matrística primigenia⁷⁷. Como auténticos salvavidas matrísticos: «este modo de vida aún se conserva en nosotros (...) aún somos animales compartidores, y esto es evidente en el niño que se saca la comida de la boca para darla a la mamá, y en lo que nos pasa cuando alguien nos pide una limosna; aún somos animales que viven en la coordinación consensual de acciones, y esto lo vemos en la facilidad con que estamos dispuestos a participar en actividades cooperativas cuando no tenemos un argumento racional para negarnos; aún somos animales en los que los machos participan en el cuidado de las crías, cosa que vemos en la disposición de los hombres para cuidar de los niños cuando no tienen argumentos racionales para desvalorizar tal actividad; aún somos animales que vivimos en grupos pequeños, lo que es aparente en nuestro sentido de pertenencia familiar; aún somos animales sensuales que vivimos espontáneamente en el tocarse y acariciarse, cuando no pertenecemos a una cultura que niega la legitimidad del contacto corporal; y por último, aún somos animales que vivimos la sensualidad en el encuentro personalizado con el otro, lo que es aparente en nuestra queja cuando esto no ocurre» (Maturana, 1990:22-23).

⁷⁷ Es más, aún somos seres veneradores de la diosa-madre, amorosa y pródiga, lo que se puede observar en la persistencia del culto a la virgen María (de Guadalupe, de Lourdes, del Carmen, de la Altagracia), reminiscencia moderna de la antigua religión.

A pesar del patriarcado, aún somos humanos, y dentro de nuestras posibilidades, podemos reconstruir una cultura matrística de respeto, colaboración y valoración de la diversidad y de la naturaleza.

Querer es Poder

No pretendo tener ninguna experticia en psicología, pero parece ser que cuando operamos desde una motivación, cuando realmente queremos algo, y provistas las mínimas condiciones y contexto, habitualmente terminamos lográndolo.

La importancia de las emociones y la motivación en la calidad de vida y en las transformaciones vitales es fundamental, y aún así los humanos estamos completamente desprovistos de herramientas para poder hacernos cargo de lo que vamos experimentando en nuestras complejas emociones. Si a esto agregamos las diferencias de valoración en el vivir racional y emocional de hombres y mujeres, y la desvaloración sexista de lo emotivo, afectivo y conductas derivadas, se presenta un cuadro ciertamente críptico y misterioso respecto de cómo abordar la intersubjetividad imbricada en conceptos como calidad de vida. ¿Cómo podemos cambiar nuestras vidas para vivir el desarrollo humano que todos decimos querer? La insondable naturaleza humana, acaso nos atrapa y deja a merced de una emocionalidad incomprendida, supuestamente controlada por la razón.

En referencia a las transformaciones culturales, Maturana (1994:23) establece que una cultura surge cuando en una comunidad humana comienza a conservar intergeneracionalmente una red particular de conversaciones como modo de vida, y desaparece o cambia cuando tal red de conversaciones deja de ser conservada. Por ejemplo, el patriarcado «surgió como un cambio en la configuración de deseos que definían nuestro modo de coexistencia en el medio de un vivir matrístico, y sólo un nuevo cambio en la configuración de

nuestros deseos en nuestra coexistencia puede llevarnos a un cambio que nos saque del patriarcado. Y este cambio podrá pasarnos ahora sólo si queremos que nos pase» (Maturana, 1994:52).

Con respecto a la manera en que ocurre el cambio cultural, el autor establece que «la conservación del nuevo emocionar debe ocurrir a través de los niños de la comunidad, de modo que el cómo vivimos con nuestros niños es a la vez tanto la fuente y el fundamento el cambio cultural, como el mecanismo que asegura la conservación de la cultura que se vive [...] El patriarcado es un modo de vivir, un espacio psíquico. Si queremos recuperar la igualdad colaborativa de la relación hombre-mujer de la vida matrística, tenemos que generar un espacio psíquico neomatrístico en el que hombres y mujeres surjan como iguales colaboradores en el vivir de hecho, sin esfuerzo, como simple resultado de su crecimiento como niños en ese espacio psíquico en que las diferencias de sexo son sólo diferencias de sexo. Para que esto ocurra, debemos vivir como hombres y mujeres que viven como colaboradores iguales a través de una coinspiración en la que hombres y mujeres, mujeres y hombres, coparticipan en la creación de una convivencia mutuamente acogedora y liberadora que se prolonga desde la infancia a la vida adulta» (Maturana, 1994:16-17).

Pero a pesar de que en general la madre conserva el vivir matrístico en la relación con su hijo, el espacio de la infancia es vivido en nuestra urbana modernidad, como estorbo en nuestra realización personal en el proceso de obtención de los medios de subsistencia. En la lucha por los medios económicos, vemos a nuestros hijos desde una jerarquía, como si sus necesidades materiales fuesen más importantes que sus necesidades de acogimiento incondicional, como si no fuesen cruciales en su desarrollo los juegos, las caricias y la ternura. En distintos segmentos socio-económicos, aunque los signos del maltrato y la negligencia hacia nuestros niños sean diferentes, se puede verificar que no les estamos dando lo que ellos y nosotros

necesitamos; y que muchas veces por exceso o por defecto de condiciones materiales, fijación de límites, fomento de la autonomía y aplicación de incentivos y castigos, estamos haciendo un pésimo trabajo. Las cifras que a este respecto se manejan en nuestros países son vergonzosas. Pero estas dinámicas no provienen de una supuesta maldad intrínseca. Son apenas coletazos horribles de nuestra cultura patriarcal que en la relación con la infancia despliega todo su arsenal de contradicciones. Y es en ese lugar de cuidado hacia los niños y hacia nosotros mismos, donde también surgen, si los dejamos, los tímidos brazos del vivir en el amor incondicional y las dinámicas lúdicas, características de la cultura neomatrística emergente.

De vuelta a la sobre-exigencia cotidiana del patriarcado, en el mejor de los casos, utilizamos la figura infantil como supuesto destinatario de nuestra causa transformadora, justificando de paso nuestro poco tiempo y energía para estar con ellos. Si bien es cierto que los niños nos demandan una muy alta cuota de energía y que viven a su propio ritmo (que desde el mundo de la modernidad es muy lento), debemos reconocer también que nuestra intolerancia y tendencia a instrumentalizarlos y/o abusar de nuestra posición de poder, crecen en función directa con la profundidad en que recreamos emociones patriarcales en el diario vivir. Estas vivencias pueden deberse a experiencias de la propia infancia y a las influencias que ejercen la presión social, la alienación y las relaciones de sujeción y control que se verifican en la sociedad diariamente.

En nuestro proceso de convertirnos en adultos, casi hemos olvidado la clave del vivir en amor y juego, en una relación de confianza total sin presiones, demandas ni exigencias. Ya no sabemos lo que es vivir la alegría de cada momento, sin preguntarnos para qué sirve o como afecta nuestra productividad. En nuestra relación con los niños, reproducimos las conversaciones patriarcales que hablan de control, exigencia, demanda de obediencia, de velocidad, de preparación para la competencia, de seriedad, de oportunismo; negando

la legitimidad de la niña o el niño, negando por tanto el amor que necesitan para su bienestar y su desarrollo; tratando inútilmente de compensarlos, atenderlos y sanarlos obsequiándole objetos y artefactos.

Al mismo tiempo, nuestros niños viven y experimentan los desencuentros de los adultos convivientes en el más o menos recurrente fluir de dificultades económicas, estrés, demandas, reproches, confrontación, irrespeto, violencia y desamor; donde las mujeres son desvalorizadas en su emocionar matrístico y los hombres son valorados en su racionalidad, fuerza y competencia. En este currículo invisible con que los vamos criando, probablemente se encuentra el origen de lo que hemos llamado desórdenes conductuales, disfunciones varias, enfermedades psicosomáticas, inseguridad, maldesarrollo, patriarcado. Son todas consecuencias del desamor efectivo con que los adultos criamos a nuestros niños

No es entonces coincidencia que la inmensa mayoría de las pocas personas medianamente sanas y amorosas que conozco, provengan de hogares donde se amaba y jugaba con los niños, y donde la figura de un patriarca estaba ausente, por no existir padre o ser este un hombre también amoroso y solidario. He observado una y otra vez, que las personas, hombres y mujeres, que se crían en este fluir de conversaciones neomatrísticas, se convierten en adultos cuidadosos, considerados, respetuosos, con alta autoestima, capaces de amar y cuidar de otros, de comprometerse y ser responsables.

Pero sin importar de qué infancia venimos, las personas que quieran cambiar su vida (y su mundo) recreando conscientemente una cultura matrística, podrán hacerlo, si se lo proponen con suficiente fuerza, si se hacen de algunas herramientas básicas, y si encuentran los apoyos necesarios en algunas personas cercanas.

Donde se gestan las transformaciones

El cambio social y cultural, y por tanto lo que entendemos por desarrollo humano, se gesta en la más profunda intimidad reflexiva de la persona (aunque esta pueda ser acompañada en su reflexión por otros). Definir el estilo de desarrollo que queremos pasa por ser capaces de optar, crear y construir, lo que no se logra en la inconsciencia, sino a partir del darse cuenta de lo que queremos como personas particulares, como comunidades o incluso como especie. Desde este momento, surge la potencialidad de articular el emocionar, los conocimientos y las acciones de dicha persona en su relación cotidiana con sus convivientes, sus colegas, sus vecinos, su medio ambiente, en pequeños espacios.

Me doy cuenta de que de alguna manera estoy re-editando la vieja noción de predicar con los hechos y no con palabras, porque esta imagen potente nos refiere también a la más nueva noción de educar viviendo, en la recreación cotidiana del amor y del juego:

“el educar se constituye en el proceso en el cual el niño o el adulto convive con otro y al convivir con el otro se transforma espontáneamente, de manera que su modo de vivir se hace progresivamente más congruente con el del otro en el espacio de la convivencia. El educar ocurre, por lo tanto, todo el tiempo; de manera recíproca, como una transformación estructural contingente a una historia en el convivir en el que resulta que las personas aprenden a vivir de una manera que se configura según el convivir de la comunidad en donde viven” (Maturana, 1990:26).

Si bien parece muy convincente que las conversaciones patriarcales o neomatrísticas se conservarán intergeneracionalmente cada vez que una configuración en el emocionar, y en el actuar comienza a ser parte de la manera corriente de incorporación de los niños de esa comunidad, y éstos la aprenden al vivirla (Maturana, 1994); vale la pena preguntarse ¿cómo se darán estos cambios?, y

¿podemos hacer algo para que las transformaciones que necesitamos se aceleren?

La intención de estas líneas es apenas extender una invitación a explorar las posibilidades y consecuencias que trae consigo la vivencia de un nuevo empujón neomatrístico, desde la intimidad propia y a partir de los más pequeños espacios humanos. Nuestra oportunidad de supervivencia y desarrollo como especie, depende de la extensión y conservación de estas nuevas redes de conversaciones a lo ancho de la geografía y a lo largo del tiempo.

Si queremos ser amorosos, solidarios, coherentes, lo seremos, «*si queremos democracia, tendremos democracia y tendremos racionalidad democrática. Pero nunca la tendremos si no la queremos y no hacemos las conversaciones que la constituyen como un dominio de coordinaciones de acciones y emociones que funda la racionalidad que la justifica*» (Maturana, 1990:89)

La transformación sistémica de nuestro modo de vivir, lo visualizo como un fluir de pensamientos, emociones y acciones, más coherentes con la calidad de la vida de todos y todas, guiada por los siguientes principios:

- a) Un permanente reflexionar ético, que nos permite juzgar y transformar nuestras opciones, en función de las consecuencias implicadas respecto de nosotros mismos y los otros,
- b) El fomento de la cultura neomatrística fundada en el amor, como dominio que hace del otro un legítimo otro en la convivencia,
- c) La construcción progresiva de las articulaciones pendientes al interior de los estilos de desarrollo y respecto de los modos de vida

La ética constituye un espacio de reflexión sobre las consecuencias de nuestras acciones y omisiones sobre el colectivo

humano, los ecosistemas, la vida futura. Así, la preocupación por desarrollo de la sustentabilidad en un contexto ecológico complejo y frágil, supone discutir y optar por determinados procesos y sus consecuencias, desplegando un conjunto determinado de valores y principios. El desarrollo de los humanos en un esquema sustentable requiere recrear continuamente una ética de la responsabilidad, congruente con principios de equidad y solidaridad, auspiciadora de la diversidad y de la vida, en todas sus manifestaciones.

El amor propició nuestra propia historia de hominización, al nutrir la recurrencia de contactos donde puede surgir la caricia y el lenguaje. Recrear esta legitimación en una cultura neomatristica que haga posible la reproducción de la especie humana y de su cultura primigenia, es una tarea propicia para recuperar nuestra humanidad, alejándonos conscientemente de esta desviación cultural que es el patriarcado dominador y excluyente.

Necesitamos aprender a valorización la diversidad. En los derroteros de la vida, no existe una sola verdad como no existe sólo un tipo de personas. Más allá de la enseñanza ficticia de la tolerancia, aprendamos a vivir la diferencia y la diversidad por lo que son: enormes potencialidades de despliegue creativo y las fuentes originales de todo desarrollo. La diversidad de experiencias, visiones y aportes que todos y todas podemos aportar a la tarea del desarrollo humano, es la más grande riqueza con que contamos como especie, independientemente de que nos demos cuenta o lo ignoremos olímpicamente.

Mi verdad es una posibilidad, y al declararla sólo abro un horizonte de acasos en el lugar donde antes no existían dichas opciones que a la postre mostrarán si servían o no para algún proceso. Opto por la ternura, por acariciar (contar con el otro) en vez de agarrar (tratar al otro como una cosa), quiero vivir en un camino donde la única constante es la plena transformación.

Pero con el mismo entusiasmo, quiero escuchar y considerar las verdades de otros como verdades legítimas para construir una experiencia colectiva. Recrear culturas diversas que nos permitan nutrir y acariciar al otro, y donde agarrar y someter sean mal vistos, significa también posibilitar la gestación de varios estilos de desarrollo humano, opciones de vida que son congruentes con su reproducción en el tiempo, y al mismo tiempo son potenciadoras de la calidad de la vida de todos y todas.

Hemos de cambiar si lo queremos. Al decir de Maturana, somos una muy especial combinación de razón y emoción y nada que nos entre en la cabeza pero no nos atraviese el corazón, tendrá un futuro cierto. Los cambios ocurren cuando queremos que ocurran y en este deseo construimos un empujón congruente. En este caso, hemos de construir desde los más pequeños hasta los más grandes espacios, una red de conversaciones matrísticas que nos permitan recrear los valores de la solidaridad, el amor como legitimación del otro en la convivencia, la capacidad de reír y de recrear la vida, en permanente reflexión ética sobre las consecuencias de nuestras acciones y omisiones sobre nosotros y los demás.

Epílogo

E A MODO DE EPÍLOGO **E**

A MODO DE EPÍLOGO

Gracias a la vida,
que me ha dado tanto
me ha dado la risa y me ha dado el llanto,
así yo distingo, dicha de quebranto,
los dos materiales que forman mi canto
y el canto de ustedes que es el mismo canto
y el canto de todos que es mi propio canto

Violeta Parra

Para sustentar lo que es humano en nuestro frágil planeta vivo, es necesario en primer término darse cuenta de lo que nos ocurre, querer transformar nuestras vidas, sumar energías vitales, construir y compartir herramientas y apoyos suficientes, para que logremos modificar nuestras formas de vivir, y con ello, nuestro mundo.

La dificultad que mostramos los humanos para permitirnos un fluir de conversaciones y acciones más congruentes con la solidaridad, la responsabilidad y el amor se hace cada día más aparente. Igualmente, las consecuencias que trae consigo nuestra forma de ver y relacionarnos con nosotros mismos, con los otros y con la naturaleza, son cada vez más conocidas. Atrevernos a investigar las causas que nos hacen tan incoherentes y divididos, es un comienzo valioso para la transformación.

Personalmente, debo haber invertido más tiempo en darle vueltas a esta pregunta, que en la débil construcción de algunas mínimas certezas. En todo caso, tengo la impresión que los caminos no se encuentran exclusivamente desde la racionalidad, pero tampoco sirve apelar sólo a las emociones. Lo digo porque a pesar de que las personas, en general, puedan tener una adecuada cercanía a los saberes que podrían motivar cambios personales, grupales y sociales, estas transformaciones a menudo, simplemente no se producen. Existe una complejidad, casi un misterio podría decir, que no nos permite entender porqué las transformaciones no operan ni en lo individual ni en lo colectivo con la velocidad que requiere la urgencia de los problemas que actualmente enfrentamos, profundamente imbricados como estamos en el vivir patriarcal, y dependientes como nos hemos vuelto, de su reflejo economicista y neoliberal en el desarrollo. Apenas insinúo el tema, sobre el que tengo sólo intuiciones.

En este trabajo he tratado de argumentar que LA ECONOMÍA no es buena o mala en sí, puesto que es un campo de reflexión, estudio y proposición de las formas en que los humanos generamos procesos para la satisfacción de las necesidades humanas. También he tratado de demostrar que la implementación de los preceptos de la escuela neoliberal ha fracasado como aproximación al desarrollo humano. Aunque los economistas a menudo lo olvidamos, el pensamiento y la consecuente gestión económica necesariamente afectan no sólo los aspectos directamente manipulados por las intervenciones micro y macroeconómicas, sino también todas las otras dinámicas «metaeconómicas» como son la calidad de vida, la forma en que vamos construyendo y percibiendo el mundo, las dinámicas ecosistémicas que sustentan la vida y lo humano, y hasta la los aspectos existenciales y espirituales de nuestras vidas. En realidad ninguna disciplina por si misma es hoy capaz de darnos una explicación suficientemente abarcativa sobre los complejos problemas que actualmente enfrentamos los distintos pueblos en el planeta.

Por el contrario, son sólo las aproximaciones que provienen de un nuevo paradigma más integral, transdisciplinar y sistémico, las que nos pueden orientar para comprender, y posiblemente transformar, las infinitas conexiones y pautas de relación entre fenómenos económicos, culturales, sociales, políticos y ambientales. De ahí que debemos reflexionar responsablemente sobre las contribuciones y limitaciones que presentan las distintas escuelas o modelos disciplinares; y considerar lo que ofrecen nuevas propuestas transdisciplinares del saber-hacer, a la hora de considerar cómo contribuir a la satisfacción de las necesidades humanas presentes y futuras.

Las relaciones entre economía, cultura y medio ambiente son sumamente complejas, por lo que todo intento de realizar una abstracción sintética de sus principales dinámicas sistémicas, resulta en una pérdida de la diversidad y riqueza de sus interrelaciones. No obstante, me ha parecido interesante poner sobre la mesa un mínimo de conceptos relacionales, para que podamos ir pensando el tema de la cultura, de las relaciones entre nosotros y con la naturaleza, respecto de las formas de producir y distribuir, con sus consecuentes efectos, y sobre los significados divergentes y complejos de la calidad de vida de las personas en un contexto ecológico frágil y finito.

El economicismo y sus secuelas sociales y ambientales, no significan la única forma de hacer economía con que contamos los humanos. Si bien constituyen hoy la manifestación dominante del proceso productivo, distributivo, de consumo y desecho, si nos atrevemos a mirar con cuidado a nuestro alrededor, veremos crecientes signos de dinámicas alternativas económicas que co-existen. Por ejemplo, veremos mujeres encargándose de cuidar los hijos de la vecina, mientras ésta trabaja remuneradamente (probablemente en condiciones precarias), veremos comunidades campesinas que se han organizado para defenderse, mejorar su productividad y nivel de vida, veremos

estrategias solidarias de supervivencia en distintas localidades urbanas, veremos movimientos de los sin tierras procurando una breve cuota de terreno donde ganarse el sustento, veremos que algunos pueblos prefieren malcomer durante todo el año para lanzarse a la calle a disfrutar del baile, del color y de la alegría explosiva de los carnavales, veremos todo tipo de prácticas productivas, distributivas, de consumo y de disposición de desechos, que son invisibles a las cuentas mercantiles, porque muchas veces no operan mediatizadas por el dinero, veremos todo tipo de satisfactores sinérgicos inventados por comunidades locales para vivir mejores vidas que las que permite el sistema a secas.

Ideas similares pueden encontrarse en una extensa y creciente literatura transdisciplinar que intenta sistematizar este tipo de manifestaciones alternativas al modelo imperante, y que plantean lineamientos, ideas y fundamentos que aportan y se retroalimentan con las ideas de las economías verdes, economías descentralizadas, economías populares, economías solidarias, economías centradas en la persona, economías autónomas federativas, etc.

Con décadas de movimientos cooperativistas, de tecnologías apropiadas, con manejo local sostenible de recursos y servicios ambientales, hoy es perfectamente posible generar economías solidarias y sustentables mediante la cuidadosa selección de las escalas, las tecnologías, las intensidades de cosecha y disposición tanto energética como material, la calidad de los satisfactores y artefactos que construimos a propósito de nuestras necesidades humanas. A pesar de que vivimos en un planeta cuyos flujos de recursos materiales y de energía son constantes y limitados, es perfectamente posible satisfacer el sistema de necesidades humanas fundamentales, si tan sólo optamos por articular nuestra inteligencia con las emociones fundantes de lo humano, y así cambiar nuestros dogmas sesgados de racionalidad economicista, para abrazar el cuidado esencial del otro, la

consideración verdadera del otro como legítimo en la convivencia, la preocupación por la distribución de los esfuerzos y los frutos del trabajo humano para que abarque lo social, el género, la raza, las etnias, la localidad ecopolítica, el grupo etéreo, y la pertenencia generacional.

Los humanos en la encrucijada ética

Económicamente hablando, nuestra especie se sustenta materialmente en la continua búsqueda de satisfacer las necesidades humanas fundamentales, con los recursos disponibles en cada territorio. El esfuerzo productivo y extractivo para satisfacer necesidades implica la canalización de un flujo de energía y materiales provenientes de la naturaleza para su utilización humana. Esta corriente es naturalmente, una parte del total disponible para la sustentación de todas las especies en la biósfera, de forma que lo que tomemos los humanos para nuestra reproducción como especie, y para el aumento de nuestro disfrute vital, ya no estará disponible para el uso de otras especies y sostenimiento de ciclos de elementos y de vida. Al mismo tiempo, los humanos estamos constantemente «desechando» o devolviendo al mundo natural el flujo de energía y materiales obviamente transformado en dos sentidos: en primera instancia devolvemos la energía al medio ambiente con una carga mayor de entropía o dicho de otra forma con una menor capacidad para producir trabajo, al tiempo que los materiales contienen distintos rangos de potenciales contaminantes, tóxicos, bio-estables, etc. Así, al devolver todo tipo de desechos materiales, basuras, contaminantes y tóxicos al medio ambiente, estamos ensuciándolo y el efecto que esto tiene sobre las otras especies, sobre el patrimonio ambiental y sobre la capacidad futura de generar calidad de vida en el presente y en el futuro, dependerá única y exclusivamente de las escalas e intensidades involucradas.

La intensidad de la cosecha y de la devolución de desechos que devolvemos a los ecosistemas es crucial porque aun-

que nuestra actividad humana crece y crece, los ritmos y las disponibilidades ecosistémicas son constantes. La energía y materia disponible para nosotros y todo el resto de los ciclos que ocurren en la biósfera son constantes; y además el ritmo de reposición (y degradación) de lo que nosotros tomamos (o desechamos) es realmente lento. He ahí los límites biofísicos y ecológicos al crecimiento cuantitativo de la economía, que genera un tope a las pretensiones humanas de seguir incrementando, hasta el infinito, la cosecha y el desecho que realizamos desde y hacia los ecosistemas. Este límite claro e insuperable, nos invita a incrementar todo tipo de eficiencias multicriteriales, que incorporan las funciones ambientales más sustantivas en el proceso de decisiones y de gestión.

Si los humanos optamos por controlar la intensidad y escala de nuestra apropiación de energía y materiales para los fines de mejorar nuestras vidas, y esto implica hacernos cargo de cada uno de los potenciales desechos líquidos, gaseosos o sólidos, y de cada microproceso energético involucrado en el complejo tejido productivo, si logramos una distribución equitativa de los recursos materiales, energéticos, de biodiversidad y seguridad alimentaria entre los países, y al interior de éstos; entonces estaremos actuando responsablemente con nuestros congéneres no nacidos y con las otras especies que comparten nuestra nave Gaia. Dicho de otra forma, el cuidadoso manejo de las magnitudes y las intensidades materiales y energéticas de los procesos humanos, implica llana y simplemente el desarrollo de la sustentabilidad del proyecto humano en la tierra.

La distribución reconsiderada

La pobreza material, entendida desde el economicismo, es demasiado sesgada y reduccionista para convertirse en la brújula de nuestras búsquedas, e incluso puede ser instrumen-

tal a las ideologías materialistas que plantean que el crecimiento económico desmedido, constituye la mejor vía para la felicidad colectiva.

En mi experiencia, la inequidad visible a plena luz del día en la realidad de cualquiera de nuestros países, ha sido una gran motivación para mi decisión vocacional. Pero en mi proceso, recuerdo nunca haber pensado dedicar mi vida a los paliativos, por ejemplo a la beneficencia o a administrar un hospicio para los desvalidos; mi enfoque siempre estuvo puesto en el aporte que uno pudiera hacer a transformar las estructuras, los sistemas, las causas que reproducían la situación. Como a tantos otros, la pobreza y la inequidad de oportunidades, o en la distribución de los frutos del progreso material, me parece no sólo abominable desde el punto de vista de valores, sino que me ha provocado hasta el día de hoy, un rotundo dolor.

Desde luego que la inequidad en la distribución del esfuerzo y los frutos de la producción económica en el mundo, no sólo se pueden reducir a la categoría analítica de clase, sino que se entremezcla y complejiza en un símil de fractal comprometiendo otras dinámicas asociadas como género, etnia, grupo étnico, localización territorial, área geopolítica y tantas otras. Toda esta red de dinámicas, que conforman los hilos del tejido social de forma muy compleja, reproducen hasta el presente las diversas manifestaciones de la exclusión por todos conocidas.

Lo que he podido ir concluyendo en los años de pensar y conversar con otros, es que existen algunos hilos conductores, comunes a las dinámicas de la inequidad y la exclusión, y estas dinámicas son precisamente las vitalidades: esas formas de ver y vivir la vida, junto a los que queremos y a los que no queremos ver ni en pintura. Las conversaciones, la cultura, la forma de relacionarnos con nosotros mismos, con el de al lado, y con los grupos y colectivos más amplios, determina en escala mínima

pero crucial, la sociedad en la que vivimos. Somos hijos no sólo de una biología, sino también de una cultura patriarcal que se remonta en la historia y persiste en quedarse con nosotros, tal vez porque nosotros no hacemos lo suficiente por modificarla.

Y porque actuamos tan incoherentemente

En primer término, parece que es mucho más fácil fingir que cambiamos, abrazando discursos de transformación, en vez de comenzar a reinventarnos en el espacio de cogestión cotidiana. Esta especie de autoengaño en que todos incurrimos, surge como una especie de máscara que optamos por portar, tal vez sin percatarnos que en el fondo somos incongruentes y que ninguna etiqueta, valoración, título o grado, cuenta bancaria o distinción social, sirve para que realmente cambiemos el mundo, si nosotros mismos no queremos cambiarnos del todo.

El proceso de permanente reflexión y re-diseño de nuestras vidas, requiere de gran cantidad de voluntad, tiempo y energía; pero al mismo tiempo es un esfuerzo que no sólo nos hace estar más vivos, sino que además nos revela una vida que vale la pena vivir.

Los avances que urden el cambio

Desde el punto de vista ecológico, los humanos no somos ninguna especie particularmente elegida por fuerzas superiores, que nos salvarán contra viento y marea de nuestra autodestrucción. Nos corresponde a nosotros, según nuestra esencia autopoética, construir nuevas formas de vida, que sean conducentes a nuestra sobrevivencia e idealmente a nuestro bienvivir. De lo contrario, podemos seguir ciegamente por camino actual, hasta hacernos inviables respecto de nuestra retroalimentación dinámica con la naturaleza de la que formamos parte.

Esto no quiere decir que no seamos especiales. Pienso que somos una especie realmente fantástica, porque tenemos la capacidad de mejorarnos en la práctica del amor y el ejercicio permanente del cuidado esencial. Somos únicos, porque podemos llegar a reflexionar sobre nosotros mismos y por tanto podemos hacernos cargo de los efectos de nuestras acciones sobre nosotros mismos, sobre el colectivo y nuestro entorno. Sin duda que estas características nos hacen soberanamente preciosos. Pero al mismo tiempo, somos perfectamente capaces de suicidarnos colectiva o individualmente, somos capaces de reproducir conductas violentas, supresoras, impositivas, autoritarias y negadoras del otro, de manera asombrosamente fácil.

Está claro que podemos optar, ¿pero queremos realmente optar?

Tal vez las visiones más catastrofistas que pregonan nuestra destrucción, de mano visible y humana, se deben a que las semillas del cambio están demasiado desperdigadas, aunque cada día éstas se acercan y comunican más gracias a la masificación de la informática y las comunicaciones.

Quizá detenernos brevemente en algunas de estas semillas resulte poderoso, luego de haberlas discutido en los capítulos precedentes. En primer término, tenemos las sistematizaciones sobre los movimientos sociales que luchan por sus derechos sobre la tierra, por los derechos humanos inalienables, por el derecho a ser diverso(a), culturalmente específico(a)s. Por un lado tenemos todos los aportes contenidos en la reflexión sobre la ecología y nuestro lugar en este fluir constante y frágil que Gaia nos provee para disfrutar la vida junto a otros. Por otro lado se reconoce el fuerte potencial explicativo y propositivo que comporta la reflexión feminista, y en particular del ecofeminismo que integra elementos científicos, valóricos, espirituales y para la acción. Además, resulta muy esperanzador todo lo que se plantea

desde un crisol más político, que dice relación con la propuesta de autogestión, la participación directa y transformadora desde abajo hacia arriba, y la consideración respetuosa y efectiva de las propuestas de las personas en la toma de decisiones. También podemos valorar la discusión sobre cognición, emociones y biología, la reflexión epistemológica y la investigación sobre los alcances y transformaciones paradigmáticas de la ciencia, que necesitamos para comprender las dinámicas complejas y sistémicas de nuestras sociedades.

¿Y entonces porque actuamos tan mal? Como si estuviéramos desprovistos del conocimiento reseñado, como si nadie hubiese experimentado o visto las múltiples expresiones contra-hegemónicas que se manifiestan en lo económico, cultural, ecológico y político. Mucho me temo que aún intuyendo que otro mundo es posible, nos negamos a vivir distinto. Y aquí no valen las excusas sobre la supuesta ignorancia formal de las mayorías. Los que tenemos el privilegio de conocer algunas ideas, de estudiar estos temas, pecamos igualmente de incongruentes en nuestras conductas cotidianas.

Una invitación al juego de la vida

Al buscar intencionalmente vivir vidas cuidadosas, desde una ética de la responsabilidad, procurando disfrutarla, construyendo bienestar, estamos desarrollando una vida que vale la pena vivir. En ese proceso, generamos un ambiente nutritivo para que nuestros hijos y los de nuestros amigos y cercanos, vivan en una red de conversaciones diferentes a aquellas en las que nos formamos nosotros.

Detenernos frente a los ciruelos que comienzan a florecer, admirar la maravillosa belleza que encierran los ríos, o la sonrisa de una mujer que transita por la calle, no son clichés rancios, o apenas lugares comunes capitalizables por el *mar-*

keting. Muy por el contrario, constituyen manifestaciones de lo más esencial y espiritual de la vida, en su más desinteresado despliegue de vitalidad y energías. Todos sabemos que los colores, los sonidos y lo que sentimos a través del tacto son eso: vibraciones, energías de distinta frecuencia o intensidad.

Somos, al igual que todo lo que conforma el universo, materia y energía, en un juego de la vida que nos hace parte temporal de su proceso. Si no interesa hacer el esfuerzo de aportar algo al mejoramiento de la experiencia para nosotros mismos y para las comunidades de pertenencia, entonces contribuimos con fuerza y alegría a ser parte de este proceso vital.

No podremos cambiar el mundo, para mejor o para peor, si no nos cambiamos a nosotros mismos. Escribir un poco sobre estas ideas resulta un puro intento de compartir estas intuiciones, pero de nada sirven si al volver a casa o cuando voy por la calle, o en el trabajo, me olvido de que existo y de que los demás existen en su legitimidad, y me vuelvo un ser supuestamente profesional y ascético, apartado de mi emocionalidad y alejado de mis energías de curación y cuidado.

Una vida esquizofrénica donde somos cuidadosos con el círculo familiar y negligentes o abusivos con los demás, además de que contribuye a mantener las cosas como las conocemos, casi no vale la pena ser vivida, pues no alcanza su máximo potencial humanizador.

Por lo menos en lo que a mis preferencias respecta, siempre admiré a las personas que se encargaban de abrir la trocha para otros, aquellos que se apasionaban con el cante jondo y el canto lírico, los creadores dispuestos a pagar todos los costos por su atrevimiento anti-convencional, aquellos que se presentan con el pecho henchido, seguros de quienes son. Siempre quise ser como esos personajes sabios y espiritualmente muy desarrolla-

dos, que aun siendo de carne y hueso, vivieron amorosamente la vida, a veces de forma completamente anónima, mostrando respeto y validación por el hijo, el más pobre, el más rico, el más ignorante, el más sabio.

Compruebo a cada paso, lo tremendamente difícil que es emprender el camino que pregonamos. Confieso que he aborrecido a aquellos personajes de la historia de la violencia americana, que por un lado pueden masacrar olímpicamente al prójimo y por el otro llevarle regalitos amorosos a sus nietos. En vez de ver lo contradictorio de un personaje aniquilador, que a la vez tiene progenie y que probablemente les trata con dulzura, a menudo mi tendencia original es a negarme a la posibilidad de siquiera considerar que dicha persona pueda ser capaz de sentir y dar amor. Como una máquina, no me doy cuenta de que su principal problema es la multiplicidad de personas que conviven en él: el patriarca, el abuelo, el amante, el negador. Olvido que puede estar troquelado por la violencia del patriarcado que le fluye quién sabe por qué insondables espacios. Esto no implica que una persona capaz de matar a otra, sea admirable o siquiera perdonable. Lo que trato de decir aquí es que nuestra propia dificultad de legitimar al otro, incluyendo al que piensa y actúa diametralmente opuesto a nosotros, tiene que ver con nuestro miedo a aceptarnos. Tenemos miedo de abordar nuestra complejidad de múltiples contradicciones. Desplegar la negación del otro, es lo más fácil del mundo, incluso para los que declaramos querer el bien común.

La manera en que estamos configurados como humanos, implica la duplicidad sinérgica de racionalidades y emociones para cada proceso de la vida. Al menos una de las ideas que tengo más adelantada, es que cualquiera sea el campo en que nos desenvolvemos, tenemos que realizar un esfuerzo sistemático por tratar de dar unicidad a nuestros sentimientos, nuestro conocer y nuestro accionar.

La mayoría de las personas somos sensibles y, a pesar del patriarcado, no hemos sido completamente dañados por experiencias de abuso y violencia insuperables. El esfuerzo de hacer converger nuestra emocionalidad y pensamiento, con las acciones cotidianas y hacia los congéneres, probablemente esté contribuyendo, si bien en muy pequeña cuantía, a la potenciación de las conversaciones amorosas, que casi sin excepción, somos capaces de construir y que disfrutamos manteniendo con unos pocos elegidos.

Se trata de ir avanzando en pequeña escala, transformando las relaciones problemáticas con nosotros mismos, las comunidades y el medio ambiente; para que desde ahí, y a lo largo del tiempo, contribuyamos a un cambio civilizatorio. Que como humanidad vivamos en relaciones de respeto, colaboración, equidad y asombro ante nuestra propia creación de vida compartida, desplegando todas nuestras maravillas y potencialidades.

La transformación sociocultural y afectiva que se propone nos invita. ¡Despleguemos todas nuestras humanas maravillas y potencialidades!

Bibliografía



B BIBLIOGRAFÍA **B**



BIBLIOGRAFÍA CITADA Y CONSULTADA

Agarwal, Bina (1988): *Structures of Patriarchy: The State, the Community and the Household*. 2ª Ed. Books, Londres, Abril.

Agarwal, Bina (1994): *A Field of One's Own: Gender and Land Rights in South Asia*. Cambridge University Press, Boston, Noviembre.

Aguilera Klink, Federico y Alcántara, Vicent (Comp.) (1994): *De la economía ambiental a la economía ecológica. Economía Crítica*, ICARIA-FUHEM, Barcelona, España.

Banuri, R.; Hyden, G.; Jume, C. and Rivera, M. (1994): *Sustainable Human Development: from concept to operation: a guide for the practitioner*. United National Development Programme, New York.

Bateson, Gregory (1972): *Steps to an ecology of mind*. Ballantine, New York. (Carlos Lohlé (1991), Versión española S.A. Planeta.)

Bateson, Gregory (1990): *Espíritu y Naturaleza*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Benería, Lourdes (1984): *Reproducción, producción y división sexual del trabajo*. CIPAF, Santo Domingo, República Dominicana.

Benería, Lourdes (1999): *Mercados globales, género y el hombre de Davos*. En: Portugal, Ana María, Ed.; Torres, Carmen, Ed. Isis International. El siglo de las mujeres. Santiago.

Benería, Lourdes; et al (2000): *Globalization. Feminist Economics*, Vol. 6, No. 3.

Bermejo Gómez De Segura, Roberto (1994): *Manual para una economía ecológica*. Los Libros de la Catarata, Madrid, España.

Bitar, Sergio (1988): *Neoliberalismo v/s Neoestructuralismo en América Latina*. En: Revista de la CEPAL # 34, Santiago de Chile.

Blejmar, Bernardo (Compilador) (2003): *Liderazgo y Desarrollo Sustentable*. Ediciones Manantial SRL, Buenos Aires, Argentina.

Boff, Leonardo (1996): *Ecología. Grito da Lerra, grito dos pobres*. Editora Atica. Sao Paulo, Brasil.

Boff, Leonardo (2002): *El cuidado esencial. Ética de lo humano compasión por la tierra*. Editorial Trotta, S.A., Madrid, España.

Boulding, Kenneth E. (1966): *The Economics of the Coming Spaceship Earth*.

Boserup, Esther (1970): *Women's role in economic development*. St. Martis Press, New York.

Bravo, Patricia, Kathya Araujo y Sara Larrain (Eds) (2001) *Mujeres y Sustentabilidad. Intercambio y Debates entre el Movimiento de Mujeres y el Movimiento Ecologista*. Santiago de Chile.

Brown, L. et al. (1991): *La situación en el mundo*. World Watch Institute, Washington, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina.

Capra, Fritjof (1996): *La trama de la Vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*. Anagrama, Barcelona. (Original inglés: The web of Life. Doubleday)

Capra, Fritjof (1988) *Uncommon Wisdom. Conversations with remarkable people*. Simon & Schuster.

Capra, Fritjof (1982): *El Punto Crucial*. Integral. Barcelona, España.

Carrizosa, Julio (2002): *Hacia nuevas economías. Mimesis, hedonismo, violencia y sustentabilidad; en: Ética, vida, sustentabilidad*. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Pensamiento Ambiental Latinoamericano 5. México D.F., México.

Carson, Rachel (1962): *Silent Spring*. Penguin Books & Hamish Hamilton.

Chomsky, Noam (1994): *World Orders, Old and New, Pluto*, Londres. (Versión española: El nuevo orden mundial (y el viejo), ECOE, Madrid, 1993)

Comisión de Desarrollo y Medio Ambiente de América Latina, BID/PNUD (1990): *Nuestra propia agenda*. (Segunda edición BID-PNUD-FCE, México, 1991).

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y Oficina Regional para América Latina y el Caribe (PNUMA) (2001): *La Sostenibilidad del Desarrollo en América Latina y el Caribe: Desafíos y Oportunidades*. Conferencia Regional de América Latina y el Caribe preparatoria de la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible (Johannesburgo, Sudáfrica, 2002), Río de Janeiro, Brasil.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2003): *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 2002*. Santiago de Chile, Abril.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2002): *Panorama Social de América Latina y el Caribe, 2001-2002*, Santiago

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2003): *Panorama Social de América Latina y el Caribe, 2002-2003*, Santiago

Costanza, R. (Ed.) (1991): *Ecological economics. The science of management of sustainability*. Columbia University Press.

Crespo Callaú, J. Renato (1999): *Diccionario de Términos Ambientales*. Centro de Estudios Superiores Universitarios y UNESCO. La Paz, Bolivia.

Daly, H. y Cobb, J. (1989): *For the common good. Redirecting the economy towards community and sustainable future*. Beacon Press, Boston.

Daly, H. (1991a): *Economía ecológica y desarrollo sustentable*. En Schatán, Jacobo (Ed.) *Crecimiento o Desarrollo: Un Debate sobre la Sustentabilidad de los Modelos Económicos*. Fundación Ebert-Cepaur, Santiago de Chile.

Daly, H. (1991b): *Sustainable growth a bad oxymoron*. Grassroots Development. Vol. 15.

Daly, H. (1992): *From adjustment to sustainable development: the obstacle of free trade*. Loyola of Los Angeles Int. Comp. Law J., 15 (1).

Daly, H. y Goodland, R. (1994a): *An ecological-economic assessment of deregulation of international commerce under GATT*. Ecological Economics, Elsevier.

Daly, H. (1994b): *The perils of free trade*. *Resurgence*, No. 163, Londres, Marzo/Abril.

Ehrlich, Paul. R.; Holdren, J.P. y Anna H. (1978): *Ecoscience: Population, Resources, Environment*. Freeman and Co., San Francisco, California.

Eisler, Riane (1990): *El Cáliz y la Espada. Nuestra historia, nuestro futuro Cuatro Vientos*, Santiago de Chile.

Emmanuel, Arghiri; Bettelheim Charles (1972): *El intercambio desigual: ensayo sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales*. Siglo XXI, México D.F., México.

Ferguson, Marylin (1990): *La Conspiración de acuario. Transformaciones personales y sociales de este fin de siglo*. Kayros, Barcelona, España.

Friedman, Milton (1960): *A Program for Monetary Stability*. Fordham University Press, New York.

Friedman, Milton (con Rose D. Friedman) (1962): *Capitalism and Freedom*. University of Chicago Press.

Georgescu-Roegen, Nicholas (1971): *The Entropy Law and the Economic Process*. Harvard University Press., Cambridge, Mass. / London, England. (Ed. Española en Argentina-Visor Col. Ciencia y Naturaleza, 1996)

Georgescu-Roegen, Nicholas (1976): *Energy and economic myths*. Pergamon, New York.

Glifo, Nicolo (2001): *La Dimensión Ambiental en el Desarrollo de América Latina*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Santiago de Chile.

Goulet, Denis (1995): *Development Ethics: A Guide to Theory and Practice*. Zed Books, Londres. (Versión española: *Ética del desarrollo: guía teórica y práctica*. Iepala/Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África, Madrid, 1999)

Gunder-Frank, André (1963): *América Latina: Subdesarrollo o Revolución*, Editorial ERA, México.

Gunder-Frank, André (1975): *Raíces del Desarrollo y del Subdesarrollo en el Nuevo Mundo*. Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Caracas.

Hawken, Paul (1993): *The Ecology of Commerce. A Declaration of Sustainability*. Harper Business. New York, USA.

Jacobs, Michael (1991): *The Green Economy. Environment, Sustainable Development and the Politics of the Future*. Pluto Press, London.

Jacobs, Michael (1996): *La economía verde. Medio ambiente, desarrollo sostenible y la política del futuro*, Icaria-Fuhem, Economía Crítica, Barcelona, España.

Jiménez Herrero, Luis M. (1997): «*Desarrollo sostenible y Economía Ecológica*», Síntesis, Madrid, España.

Kalecki, Michael (1977): «*Ensayos escogidos sobre dinámica de la economía capitalista 1933-1970*», Fondo de Cultura Económica, México.

Kalecki, Michael (1982): *Ensayos sobre la teoría de los ciclos económicos*. Editorial Ariel, Barcelona, España.

Keynes, J. M.: *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*. Fondo de Cultura Económica, México.

Kirkwood, Julieta (1987): *Fiesta en Lima* en Tejiendo Rebeldías. Escritos feministas de Julieta Kirkwood, hilvanados por Patricia Crispi. CEM - Casa de la Mujer La Morada, Santiago.

Korten, David C. (1998): *Cuando las Transnacionales Gobiernan el Mundo. No todo lo que brilla es oro*. Cuatro Vientos, Santiago de Chile.

Leff, Enrique et al (1986): *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*. Siglo XXI, México.

Leff, Enrique (1998): *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. Siglo XXI, PNUMA, México.

Leff, Enrique (2002): *Ética por la vida. Elogio de la voluntad de poder, en Ética, vida, sustentabilidad*. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Pensamiento Ambiental Latinoamericano 5. México D.F., México.

Leff, Enrique; Ezcurra, Exequiel; Pisanty, Irene y Romero Lankao, Patricia (Compiladores) (2002): *La Transición hacia el Desarrollo Sustentable. Perspectivas de América Latina y el Caribe*. Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales; Instituto Nacional de Ecología; Universidad Autónoma Metropolitana; Organización de las Naciones Unidas; Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. México D.F., México.

Llort i Juncadella, Imma (1994): *Ecofeminismo(s) o feminismo ecologista. Estado del debate en la India*.

López Accotto, Ana Inés (1997): *Género y desarrollo: el círculo vicioso de la interdependencia desigual*. Madrid, España.

Lovelock, James. E. (et al.) (1987): *Gaia: A Way of Knowing*. Oxford University Press, Oxford. (Versión Española Kairós, Barcelona, 1989)

Martínez Alier, Joan y Klaus Schlüpmann (1991): *La Ecología y la Economía*. Textos de Economía, Fondo de Cultura Económica. México D.F., México.

Martínez Alier, Joan (1995): *De la Economía Ecológica al Ecologismo Popular*. Editorial Nordan-Comunidad, Icaria Editorial S.A. Barcelona, España.

Martínez Alier, Joan (Jordi Roca y Jeannette Sánchez, Colaboradores) (1995): *Curso de Economía Ecológica*, Serie de Textos Básicos para la Formación Ambiental No. 1. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y Red de Formación Ambiental. México D.F., México.

Martínez-Alier, Joan (1999): *Introducción a la economía ecológica*. Rubes, Barcelona, España.

Martínez Alier, Joan y Roca Jusmet, Jordi (2000): *Economía Ecológica y Política Ambiental*. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y Fondo de Cultura Económica. México D.F., México.

Marx, Karl & Engels, F. (1848): *Manifiesto del Partido Comunista*.

Marx, Karl (1973): *El Capital*. F.C.E., México. [Original 1867]

Maturana Romecín, Humberto (1990): *Emociones y lenguaje en educación y política* Hachette-Ced, Santiago de Chile.

Maturana Romecín, Humberto (1991): *El sentido de lo humano* Dolmen Ediciones. Santiago de Chile.

Maturana Romecín, Humberto y Gerda Verden-Zöllner (1994): *Amor y Juego. Fundamentos Olvidados de lo Humano* Instituto de Terapia Cognitiva, segunda edición, Santiago de Chile.

Meadows, D. et al (1972): *Los Límites del Crecimiento*. Fondo de Cultura Económica. México

Max-Neef, M.; Elizalde, A. et al. (1986): *Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro*. Número especial Development Dialogue, Fundación Dag-Hammarskjöld-CEPAUR. Uppsala.

Mies, María y Shiva, Vandana (1993): *Ecofeminism: A Feminist and Ecological Reader on Biotechnology*, Zed Books, Londres. (Versión española: *La praxis del Ecofeminismo. Biotecnología, consumo, reproducción*, Icaria Editorial, Barcelona, 1999)

Naredo Pérez, José Manuel (1993): *Sobre las relaciones entre ciencia, cultura y naturaleza*. Archipiélago, 15. Madrid, España.

Naredo Pérez, José Manuel (1996): *Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible. La construcción de la ciudad sostenible*. Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente. Madrid, España.

Naredo Pérez, José Manuel y Valero Capilla, Antonio (dirs) (1999): *Desarrollo Económico y Deterioro Ecológico*. Colección Economía y Naturaleza. Serie Textos Aplicados. Fundación Argentaria, Visor. Madrid, España.

Naredo Pérez, José Manuel (1999): *Sobre el Tratamiento de la Insostenibilidad Ecológica y Social del «Desarrollo Económico» y la Brecha Norte-Sur*. Seminario Urbano 1999 sobre Ecodesarrollo y Sostenibilidad, EUROPA-MAGREB. Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, España.

Philippi Jr., Arlindo; Morelli Tucci, Carlos E.; Joseph Hogan, Daniel y Navegantes, Raúl (Editores) (2000): *Interdisciplinaridade em Ciências Ambientais*. Signus Editora. Sao Paulo, Brasil.

Pietilä, Hilka (1992): *Medio ambiente y desarrollo sustentable*, Ifda Dossier 77, Suiza.

Pinto, Anibal (1986): *Estilos de desarrollo: origen, naturaleza y esquema conceptual. Repensar el Futuro. Estilos de Desarrollo*. Nueva Sociedad/Unitar/Profal. Caracas, Venezuela.

Pisano, Margarita (2001): *El triunfo de la masculinidad*. Surada Ediciones, Santiago.

Pisano, Margarita (2002): Avanzadas del imaginario. Texto en la Web: www.mpisano.cl

Pisano, Margarita (2003): *Sobre la masculinidad/feminista*. IX° ENCUENTRO FEMINISTA EN COSTA RICA. www.pisano.cl

Pittman, Frank (1993): El miedo a ser padre. *Uno Mismo N° 45*, Santiago de Chile, septiembre.

Porto Gon Çalves, Carlos Walter (2002): *Ética e ethos - contribuição para uma ética da sustentabilidade*, en *Ética, vida, sustentabilidad*. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Pensamiento Ambiental Latinoamericano 5. México D.F., México.

Prebisch, Raúl (1949): El Desarrollo Económico de la América Latina y alguno de sus principales problemas: EL TRIMESTRE ECONOMICO 35 (1), N° 137.

Prebisch, Raúl (1988): *Dependencia, interdependencia y desarrollo*. Revista de la CEPAL No. 34, Santiago, Abril.

Prebisch, Raúl (1976): *Crítica al capitalismo periférico*. Revista de la CEPAL No. 1, Santiago, Primer semestre de 1976.

Prebisch, Raúl (1985): *La periferia latinoamericana en la crisis global del capitalismo*. Revista de la CEPAL, N° 26, Santiago, agosto 1985.

Prebisch, Raúl(1982): *El desarrollo en el capitalismo periférico*. en Medina Echavarría y la Sociología Latinoamericana. Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

Quiroga, Rayén (1990): *Políticas y teorías de desarrollo en América Latina, el pasado y las perspectivas*. Ciencia y Sociedad, Universidad INTEC, Santo Domingo, República Dominicana, Octubre-Diciembre.

Quiroga, Rayén (1991a): *Economía, responsabilidad y necesidades humanas*. Estudios Sociales. Santo Domingo, República Dominicana, Noviembre.

Quiroga, Rayén (1991b): *Precios e inflación. Síntesis de conceptos, teorías y políticas*. Ciencia y Sociedad. Universidad INTEC, Santo Domingo, República Dominicana, Julio-Septiembre.

Quiroga, Rayén (1991c): *Sobre distribución y pobreza: notas conceptuales*. Ciencia y Sociedad. Universidad INTEC, Santo Domingo, República Dominicana, Enero-Marzo.

Quiroga, Rayén (1992): *El estilo de desarrollo económico. Breve itinerario conceptual*. Ciencia y Sociedad Vol. XVII, No. 1, Universidad INTEC, Santo Domingo, República Dominicana, Enero-Marzo.

Quiroga, Rayén (Ed.) (1994a): *El tigre sin selva. Consecuencias ambientales de la transformación económica chilena 1974-1992*. Programa de Economía Ecológica, IEP, Octubre.

Quiroga, Rayén (1994b): *Viejos y nuevos estilos de desarrollo humano: procesos y desafíos*. El corazón del Arcoiris. Luis Weinstein y Jorge Osorio (Editores), CEAAL, Santiago de Chile.

Quiroga, Rayén (1996): Chile: *globalización e insustentabilidad. Una mirada desde la economía ecológica*. Co-autorado con Saar van Hawermeiren. Programa de Economía Ecológica. IEP, Abril.

Quiroga, Rayén (1999): *Propuestas para una red de economías locales sustentables*. Mujeres por una nueva Economía para un Desarrollo Humano con Equidad para América Latina. FLACSO, Ecuador, Marzo.

Quiroga, Rayén (Ed.) (2000): *Participación, Superación de la Pobreza y Desarrollo Sustentable*. La experiencia de los fondos sociales y ambientales de América Latina y El Caribe. FDLA-FOSIS, Marzo.

Quiroga, Rayén (2001): *Indicadores de Sostenibilidad y de Desarrollo Sostenible: Estado del arte y experiencias relevantes para América Latina y el Caribe*. Serie Manuales, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL, Santiago de Chile.

Restrepo, José Luis (1994): *El derecho a la ternura*. Arango Editores, Bogotá, Colombia.

Ricaldi Arévalo, Tania (Comp.) (1999): *La Economía Ecológica: Una nueva mirada a la Ecología Humana*. Centro de Estudios Superiores Universitarios y UNESCO. La Paz, Bolivia.

Ricardo, David (1959): *Principios de Economía Política y Tributación*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., México. [Original en inglés 1817]

Rifkin, J. (1990): *Entropía, hacia el mundo invernadero*. Ediciones Urano, Barcelona, España.

Rojas, A.: *¿Desarrollo sustentable o desarrollo de la sustentabilidad ecológica y social?* El Canelo, No. 46, 47 y 48, Santiago de Chile.

Rostow, Walt Whitman (1960): *The Stages of Economic Growth, A Non-Communist Manifesto*. Londres, Cambridge University Press. Traducción al español: *El Proceso de Crecimiento Económico*.

Sachs, I. (1982): *Ecodesarrollo: desarrollo sin destrucción*. El Colegio de México, México.

Samir, Amin (1978): *Acumulación a Escala Mundial. Crítica a la Teoría del Subdesarrollo*. Siglo XXI, México D.F., México.

Samir, Amin (1990): *Maldevelopment: Anatomy of a Global Failure*, Zed Books, Londres (con la Universidad de las Naciones Unidas y el Foro del Tercer Mundo).

Samir, Amin (1999): *El capitalismo en la era de la globalización*. Paidós, Barcelona, España.

Savater, Fernando (1999): *Las preguntas de la vida*. Ariel, Barcelona, España.

Schatán, Jacobo (Ed.) (1991): *Crecimiento o desarrollo: un debate sobre la sustentabilidad de los modelos económicos*. Cepaur / F. Ebert, Santiago.

Schumacher, E.F (1973): *Small is Beautiful. Economics as if people mattered*. Harper & Row, New York.

Sen, Gita y Grown, Caren (1987): *Development Crises and Alternative Visions: Third World Women's Perspectives*, Monthly Review Press, Nueva York.

Sen, Gita y Benería, Lourdes (1981): *Accumulation, reproduction and women's role in economic development. Boserup revisited*. *Signs*, 7, 2.

Shiva, Vandana (1991): *Abrazar la Vida. Mujer, ecología y supervivencia*. Instituto del Tercer Mundo, Uruguay. Original en inglés *Staying Alive. Women, ecology and survival*. (1989), Zed Books.

Smith, Adam (1994): *La Riqueza de las Naciones*, Edición de Carlos Rodríguez Braun, Alianza Editorial, Madrid, España.

Sunkel, O. y Gligo, N., Comps. (1980): *Estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina*. Fondo de Cultura Económica, México.

Sunkel, Osvaldo (Ed) (1991): *El desarrollo desde dentro: un enfoque neoestructuralista para América Latina*. Fondo de Cultura Económica, México D.F., México.

Trainer, Ted (1990): *Un rechazo al reporte Brundtland*. IFDA dossier No. 77, Suiza.

UNICEF (1989): *El ajuste invisible: los efectos de la crisis económica en las mujeres pobres*. Bogotá, Colombia.

Vitousek, P. M.; Ehrlich, P. M.; Ehrlich, A. H. y Matson, P. A. (1986): *Human appropriation of the products of photosynthesis*. *Bioscience*, Vol. 34, No. 6, Mayo.

WCED (1987) *Our Common Future*, World Commission on Environment and Development, Oxford University Press, Oxford

Wolfe, Marshall (1976): *El Desarrollo Esquivo. Exploraciones en la política social y la realidad sociopolítica*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL, Fondo de Cultura Económica, Primera Edición, México.

NATURALEZA, CULTURAS Y NECESIDADES
HUMANAS. Ensayos de Transformación, se terminó
de imprimir en los talleres de Impresores Unidos de
México S.A de C.V, en noviembre de 2003. con un
tiraje de 500 ejemplares.